

Bajo el desierto de Nubia yace un secreto enterrado hace 2.500 años.
Pero nada permanece oculto eternamente...

The background of the cover is a desert landscape at sunset or sunrise. A large, golden sun is low on the horizon to the left. In the upper right, a stone head of an ancient Egyptian pharaoh is partially buried in the sand. The central focus is a large, rectangular stone block, also partially buried, which features hieroglyphs and a central column. The title is written in a serif font across the middle of this block.

La leyenda
de LA
PIRÁMIDE
INVERTIDA

Una novela de J.D. Lisboa

**LA LEYENDA
DE LA
PIRÁMIDE
INVERTIDA**

de J.D. LISBONA

©2010, J.D. Lisbona

ISBN: 978-84-615-9553-2

<http://www.jdlisbona.blogspot.com>

<http://www.facebook.com/jdlisbona>

©2012 Diseño de portada: J.D.
Lisbona

Maquetación ebook: Iván
Hernández (buscoaliados.com)

Índice

1ª Parte: El Libro de Qustul

1. Un robo imperfecto

2. El libro

La leyenda de Mâlik, el persa

Breve apunte histórico

Capítulo I El templo

Capítulo II El ejército de Mâlik

Capítulo III La junta secreta de

los magos

Capítulo IV Tras las murallas de

Babilonia

Capítulo V La misión

3. La huida

Capítulo VI La recepción de

Gaumata

Capítulo VII El viaje de Mâlik:

En la ciudad maldita

4. El plan B

Capítulo VIII El poder del mago

Capítulo IX El viaje de Mâlik:

Fantasmas del pasado

Capítulo X La visión de

Cambises

Capítulo XI El viaje de Mâlik:

A través del Mar Rojo

Capítulo XII El ejército perdido

Capítulo XIII La muerte de

Gaumata

Capítulo XIV El viaje de Mâlik:

Redención

5. El vuelo

Capítulo XV El regreso del rey

Cambises

Capítulo XVI El sacerdote

Snefer

Capítulo XVII Caída y muerte

del monarca

Capítulo XVIII El secreto del templo de Kush

6. Miami

Capítulo XIX La fortaleza

7. La Corporación Nethuns

2ª Parte: La pirámide invertida

Año 1974 d.c. En algún lugar del desierto de Nubia

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

Epílogo

Capítulo XX La noche sobre
Babilonia

La ciudad perdida

*Sólo en las ciencias matemáticas
existe la identidad entre las cosas
que nosotros conocemos
y las cosas que se conocen en
modo absoluto*

Umberto Eco

*A pesar de su desconcertante
formulación
y de la extraña versión que
proporciona de la realidad,
la mecánica cuántica nunca ha
fallado en una prueba
experimental.*

*Es extraordinariamente fiable
aunque no transparentemente
comprensible.*

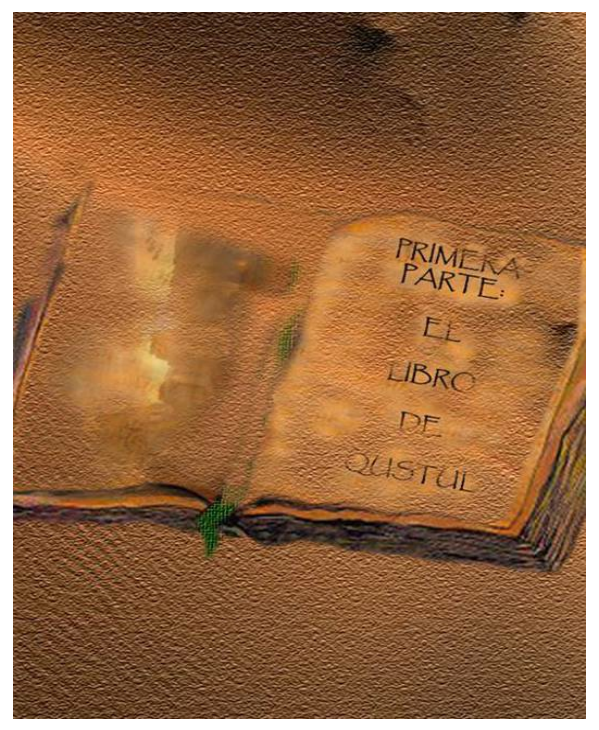
*Probablemente sea cierto que
"nadie entiende la Mecánica
Cuántica",
aunque es igualmente cierto que
de alguna maravillosa manera
la Mecánica Cuántica entiende al
Universo*

Eugene Hecht

Sólo vemos lo que conocemos
Johann Wolfgang von Goethe

1ª Parte

El Libro de Qustul



PRIMERA
PARTE:

EL
LIBRO
DE
QUSTUL

1. Un robo imperfecto

19 de julio de 2010.

Informe adjunto a la reproducción del volumen con número de expediente 001618/74, de 23 de diciembre de 1974, propiedad del Archivo Arqueológico de la Fundación Melvin Fitch, Nueva York

Título de catalogación: Libro de

Qustul

Título del texto: La leyenda de Mâlik, el persa

Número de Capítulos: 20

Autor: Atribuible al sacerdote Ebner, según el contenido del texto

Fecha: Siglo V a.c., aprox.

Procedencia: Nubia

Idioma original: Inglés

Encuadernación: Piel

Comentario:

Las páginas incluidas en este

volumen constituyen una reproducción exacta del libro hallado por el profesor Baptiste Venard en el año 1912, durante unas excavaciones en una aldea próxima a la localidad de Qustul. La encuadernación original está realizada en piel, destacando un grabado en la tapa posterior — parte baja cerca de la ranura— donde puede leerse: notiGam. (No se han hallado referencias acerca de dicha designación).

Esta narración fue datada en

posteriores estudios alrededor del siglo V antes de nuestra era. La veracidad de los hechos reflejados en sus hojas aún está siendo investigada, si bien la tinta utilizada, así como la datación del libro en sí, han superado favorablemente los exámenes de originalidad obteniendo la calificación positiva de autenticidad de documentos.

La hoja estaba enmarcada en un cristal colgado de la pared. En él se

reflejaba el rostro hipnotizado de una visitante que leía la información con interés, mientras la voz grave y modulada del señor Graham, encargado del Archivo de la Fundación, envolvía la sala:

—El Libro de Qustul es, sin duda, una de nuestras propiedades más valiosas y enigmáticas.

La mujer, sin apartar la mirada de la nota, advirtió:

—Pero se trata de una copia...

El empleado la observó en silencio. Era una mujer atractiva, de

apenas cuarenta años. Lucía un embarazo avanzado bajo un vestido suelto de premamá y tomaba constantemente notas en una libreta. Pero lo que verdaderamente le llamaba la atención cada vez que la miraba era el mechón blanco que surcaba su larga melena oscura.

—En efecto —contestó—. Aunque sería más correcto hablar de reproducción.

—¿Y qué hay del original?

—Lamentablemente, se perdió. —Forzó un gesto de fastidio—. En un

incendio. Gracias a la mente previsoras del señor Nathan Fitch, antiguo presidente de la Fundación, esta reproducción deja constancia de su existencia. Incluso la encuadernación es una réplica casi idéntica a la original.

Señaló el libro. Se hallaba encerrado en una vitrina transparente sostenida sobre un pedestal de madera oscura, iluminado con halógenos. Estaba abierto mostrando dos páginas al azar. Sophie Balmy, como rezaba su

tarjeta de visita, centró la atención en él. A su lado, su compañero, un hombre de edad pareja a la suya en cuya tarjeta figuraba el nombre de Pierre Cornet, comentó al encargado con marcado acento francés:

—Como les explicamos al solicitar esta visita, estamos documentando una tesis sobre objetos fuera de su tiempo... Quizá este sea el más desconocido de todos los que se han hecho públicos a lo largo de la Historia, por eso

nos interesa. En particular, la leyenda que lo rodea...

El hombre asintió en silencio con la vehemencia de alguien que sabe de lo que habla.

—Verán —adoptó una posición docente, reforzando sus explicaciones con un lenguaje no verbal de las manos—, que en el siglo quinto antes de nuestra Era encuadernaran libros en piel, es difícil de creer. Pero aún cuesta más dar una explicación coherente al hecho de que el propio texto

estuviera escrito en inglés. En un inglés moderno. Eso ha convertido al libro en un Oopart [*Out of Place Artifact. N. Del A.*]; es decir, en un objeto fuera de lugar, o de tiempo, si lo prefieren. Como la batería de Bagdad, el planeador de Saqqara, las calaveras de cristal o el mapa de Piri Reis. Es cierto que no se le ha dado demasiada publicidad, quizá porque su propietario, el señor Nathan Fitch, siempre fue muy celoso de esta reliquia.

—¿Cómo lo consiguió? —se

interesó Sophie, dispuesta a seguir anotando.

—La existencia del libro llegó a su conocimiento en los años setenta, gracias a un arqueólogo que en aquellos momentos lo tenía en propiedad. Buscaba financiación para una expedición al desierto, con la pretensión de desenterrar la presunta verdad que escondían sus páginas, y el señor Fitch aceptó poner el dinero a cambio de acompañarlos. Lamentablemente, la expedición se convirtió en un

desastre que acabó con la vida de aquel arqueólogo y de todo su equipo. El señor Fitch no sólo tuvo la suerte de salvarse milagrosamente, sino también de rescatar el libro. Y regresó con él.

Le dio un matiz victorioso al final de la frase. Era un tipo de corta estatura, flemático, de avanzada edad. La clase de asalariado que ha pasado toda la vida al servicio de la empresa y que ha logrado un puesto de responsabilidad por acumulación de conocimiento y,

sobre todo, fidelidad. Vestía un traje immaculado, oscuro, nada apropiado para aquel caluroso día de verano y que, además, le quedaba grande.

Sophie Balmy desvió la mirada nuevamente hacia la vitrina.

—Una historia muy interesante — valoró Cornet acariciando distraídamente su poblada barba oscura salpicada de canas—. Cuéntenos, ¿qué sucedió en esa expedición?

El empleado se encogió de

hombros.

—Nunca lo supimos. El señor Fitch no habló jamás de aquel episodio.

—¡Lástima! Quedaría tan bien en nuestro trabajo... ¿No te parece? —consultó a su compañera.

—Desde luego —convino ella, con indiferencia, la vista perdida en los párrafos de una de aquellas páginas—. Señor Graham, ¿sería posible que le echáramos un vistazo?

—Lo lamento, señorita. No está

permitido prestar a los investigadores la reproducción. Entiendan que es el único ejemplar que queda, y debemos conservarlo en perfecto estado.

—Sería sólo unos minutos — insistió Cornet—. Siempre con usted presente, por supuesto.

El empleado se ajustó las gafas de pasta con un dedo, visiblemente incómodo.

—No lo tomen como algo personal. Tenemos expresamente prohibido sacar de su vitrina este

ejemplar. Pero si lo desean, en la segunda planta disponemos de una modesta biblioteca. Parte del libro está microfilmado. Allí pueden consultar cuanto deseen.

La pareja compuso un gesto de desaliento.

—Ya, pero... no sería lo mismo. Entiéndanos. Tocarlo... Sólo sería un momento... —suplicó Sophie simulando una mueca infantil con la que pretendió encandilar al guía.

—Lo siento —se reafirmó él, media sonrisa dibujada en la boca.

Pierre Cornet sujetó la cámara de fotos que colgaba de su cuello y jugó con el objetivo parsimoniosamente.

—¿Podemos fotografiarlo, por lo menos?

—Desde luego.

Graham se retiró de la vitrina acercándose a la que, contigua, compartía la pared con ella, donde estaba expuesta la fotografía de un curioso objeto. En su hoja informativa figuraba el nombre "Medallón de orihalcon". El

documentalista retrocedió tres pasos y miró a través de la cámara, ajustando después la luz y la distancia antes de apretar el disparador varias veces.

Cuando abandonaron la sala de exposiciones, situada en el primer sótano del edificio, el señor Graham les ofreció nuevamente subir a la biblioteca. Sophie alegó que necesitaba ir al baño primero. El encargado le indicó el camino y, mientras ella se adentraba hacia el fondo del pasillo enmoquetado,

Cornet avanzó hacia los ascensores llamando la atención del guía con otra pregunta, esta vez no sobre el libro sino sobre las adquisiciones de la Fundación. Graham lo acompañó, solícito como de costumbre, mientras respondía a un tema que sin duda le apasionaba. No sin razón, pues era él el encargado de las propuestas sobre el fondo del Archivo arqueológico.

El plan, previsto de antemano, seguía su cauce. Sophie, oculta tras la puerta entornada del servicio,

observaba a ambos hombres dialogando de espaldas a ella.

Era el momento de ejecutar su parte.

Salió del cuarto de baño, atravesó el pasillo con sigilo hasta la sala de exposiciones y se volvió a colar dentro. Cuando Cornet la descubrió por el rabillo del ojo, puso más énfasis en sus palabras para no dejar caer la atención de Graham.

La sala, que tendría un tamaño de unos doscientos metros cuadrados, diáfana y de techo bajo, tenía

dispuestas vitrinas a lo largo de sus paredes y formaba, con otro conjunto de ellas, una fila en el centro que la dividía en dos pasillos. Todos los objetos expuestos tenían gran valor arqueológico, como detallaban los informes. Pero ninguno alcanzaba el del Libro de Qustul. Nuevamente, Sophie se encontró frente a él; aunque esta vez, a solas.

Echó un último vistazo a su alrededor. Le temblaban las piernas y sus manos sudaban de nervios

ante el delito que estaba a punto de perpetrar.

Levantó la tapa de cristal con precaución, introdujo el brazo y asió el tesoro. Hasta el momento, todo iba como la seda. Volvió a bajar la tapadera, miró hacia la puerta para constatar que nadie la hubiera visto y, en un movimiento rápido, lo escondió bajo el vestido.

Cornet y Graham seguían charlando sobre la desaparición del "Medallón de orihalcon" cuando se unió a ellos. Ambos se volvieron y

el empleado le regaló una sonrisa.

—¿Subimos, entonces? Les mostraré la biblioteca.

El ascensor no tardó en llegar pues, de hecho, ya estaba en camino cuando el guía se dispuso a pulsar el botón. Las puertas se abrieron y otro hombre, joven, vestido con ropa casual, salió de su interior y los saludó cortésmente.

—Por cierto, Peter —se dirigió a él Graham—. He olvidado apagar las luces de la sala. ¿Te importaría hacerlo tú?

—Descuida —contestó el otro regalando una sonrisa amable a los visitantes antes de dar la vuelta y encaminarse hacia allí.

Entraron en la cabina. El empleado pulsó el botón de la planta baja y las puertas se cerraron. Sophie sintió un cosquilleo en el estómago; una reacción de pánico que pronto se convertiría en un sudor frío en la espalda. Su mirada se cruzó con la de su compañero, que no estaba mucho más tranquilo, implorando

ayuda. Tenían que largarse del edificio cuanto antes. Ajeno a todo, el encargado del archivo continuaba la charla que había dejado pendiente:

—Como le comentaba a su compañero —se dirigió a ella—, la vitrina contigua a la del Libro exhibía un medallón que el propio Nathan Fitch tomó de aquel templo. Tan curioso como mítico. Era una circunferencia fabricada con un metal conocido como oricalco que, según la leyenda, era el segundo

máspreciado por los atlantes y que, al parecer, se sacaba de las montañas. Los expertos que lo analizaron aseguraron que se trataba de una aleación de plomo, cobre y zinc. En el centro exhibía una joya de ámbar unida a la circunferencia con hilos muy finos del mismo metal. Nunca estuvo expuesta, dado su valor mítico. Para quien crea en la leyenda, el medallón tenía poderes...

Un pitido anunció que habían llegado, antes de que las puertas les

dejaran vía libre. El encargado, con un gesto de cortesía, les cedió el paso.

—Disculpen por esta parada. Olvidé coger la llave de la biblioteca.

Salieron al vestíbulo y se dirigieron hacia la entrada, donde una recepcionista uniformada trabajaba tras un mostrador. Graham se detuvo frente a ella y le pidió la llave. Mientras la joven buscaba en uno de los cajones de su escritorio, él se volvió nuevamente

hacia los visitantes:

—El medallón desapareció junto al Libro de Qustul en el incendio de la residencia que el señor Fitch poseía en Nueva Orleáns. Un desgraciado accidente que, para los mitómanos, podría considerarse obra de la maldición del templo.

—¿Treinta años después de su expedición a aquel lugar? —cuestionó Sophie.

El hombre esbozó una sonrisa altiva.

—En el momento de la desgracia,

el señor Fitch estaba inmerso en una operación arqueológica con la que pretendía recuperar otro gran tesoro que, según el Libro, sigue oculto bajo ese templo: la llamada "Piedra de Ilbet". Un equipo había desenterrado nuevamente la construcción y...

Abruptamente, se interrumpió ante una voz lejana que le reclamaba a gritos. Graham manifestó cierta incomodidad.

—Discúlpeme. No entiendo qué puede ser tan urgente... —se

excusó apartándose de ellos y dirigiéndose hacia el interior.

Cornet carraspeó, nervioso, consultando por el rabillo del ojo a Sophie.

Mientras, el alboroto aumentaba en las escaleras del fondo llamando la atención del guardia de seguridad, que se había levantado de su mesa situada frente a la recepción.

—¡Deténganlos! —se desgañitaba aquella voz.

Graham y el vigilante cruzaron

sus miradas, atónitos. Por las escaleras, el joven empleado llamado Peter alcanzaba el vestíbulo con el gesto descompuesto.

—¡Deténganlos! —repetía, sofocado, señalando con el brazo extendido hacia la salida.

Pero cuando los dos hombres se volvieron hacia la puerta giratoria ya era demasiado tarde: ésta aún daba vueltas por inercia, como testimonio de que la pareja acababa de abandonar el edificio.

A pocos pasos de la entrada a la Fundación, un taxi acababa de dejar a un pasajero y se disponía a reanudar la marcha. Sophie le cortó el paso para evitar que arrancase, aunque la temeridad por poco le costó ser atropellada. Cornet abrió la puerta trasera y se coló dentro, impaciente. La mujer corrió para entrar por el otro lado, como si su tripa de embarazada no supusiera un impedimento.

El vehículo se puso en movimiento al tiempo que los tres

hombres del Archivo se precipitaban a la calle, gritando. El empleado joven y el guardia echaron a correr tras él a lo largo de la calle 82. Pero poco a poco el taxi fue tomando velocidad y ambos se fueron quedando atrás, hasta que, al fin, el coche giró por la Avenida Lexington y lo perdieron definitivamente.

2. El libro

La habitación del hostel era un cuarto pequeño con una única ventana a un callejón ante la que cruzaban las escaleras de emergencia. Cuando Sophie y su acompañante entraron, aún conservaba algo de luz anaranjada de un sol que se retiraba perezosamente. Un ventilador, colgado de la lámpara del techo,

daba vueltas moviendo el aire caliente de aquel atardecer, y ambos se colocaron debajo para aliviar el sofoco que les había provocado la huida.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en localizarnos? — preguntó, preocupada, ella.

—No demasiado. —Su acento francés había desaparecido.

Cornet dejó la cámara de fotos sobre el colchón y se quitó la camisa de lino azul descubriendo su torso. Sophie, al tiempo, se sacaba

el vestido de premamá por la cabeza dejando a la vista una prótesis de goma que comenzaba bajo el sostén, fijada con tirantes a su espalda, y que había hecho las funciones de tripa de embarazada. Su compañero le ayudó a soltar los enganches de la parte trasera y la barriga se aflojó cayendo sobre la cama. El Libro de Qustul apareció en su interior, protegido en el hueco de aquel vientre de pega.

—Lo mejor será que nos larguemos de aquí —propuso

Sophie mientras rescataba de debajo de la cama una bolsa de lona.

Cornet se quitó los pantalones.

—No son tan efectivos. Tenemos unas horas antes de que localicen al conductor del taxi, así que primero llamaremos a Al Garner para contarle lo que ha sucedido. Él nos dará instrucciones. Y no pienso hacerlo sin darme una ducha antes.

Ella terminó de desnudarse e introdujo la ropa de ambos junto con la prótesis en la bolsa, dejando

el libro sobre la cama. Luego se encaminaron juntos hacia el angosto cuarto de baño, como dos deportistas camino de la ducha tras una jornada de entrenamiento, los cuerpos regados de perlas de sudor.

Los restos de Sophie Balmy y Pierre Cornet terminaron de desvanecerse con el agua de la ducha, liberando las verdaderas identidades de Virginia Solves y Miguel Corbal; un matrimonio que no era de nacionalidad francesa, sino española. En cuanto a sus

profesiones, él era periodista y ella lo había sido, aunque en los últimos años se había dedicado a escribir libros de no ficción alejándose definitivamente del oficio de su marido. Pero el robo del libro no tenía nada que ver con la ocupación de ninguno de ellos, ni con un proyecto profesional común, como habían hecho creer en la Fundación Melvin Fitch. A esas alturas, se trataba de un asunto que había trascendido a lo personal.

Cuando salieron de la ducha,

Corbal se había afeitado la poblada barba que escondía sus facciones. Se vistió unos tejanos y camiseta negra y se revolvió el cabello húmedo y rizado ante el espejo que colgaba frente a la cama.

—Voy a llamar a Garner desde un teléfono público —le dijo a Virginia comprobando el efectivo de su cartera mientras ella terminaba de abrocharse sus vaqueros negros.

—No tardes.

—Descuida.

Virginia se ajustó una camiseta de tirantes y recogió su melena en una coleta. Cuando la puerta de la habitación se cerró, reparó nuevamente en el libro sobre el colchón.

Las tapas de piel marrón, sin grabados de ningún tipo, ni adornos, encerraban una historia increíble que muy pocos hombres habían leído. Y, de los que lo hubieran hecho, o no habían dado crédito a la narración o no quedaba ninguno vivo. Virginia sabía que

aquel objeto era sumamente valioso, incluso tratándose de una reproducción, y que lo que relataban sus páginas ocultaba un secreto que, de trascender, muchos codiciarían. De ahí el interés de Al Garner por sacarlo de la circulación. Para ella suponía una moneda de cambio, pero también le daba la única oportunidad de beber directamente de la fuente en busca de ciertos detalles que podrían resultar vitales para lograr su verdadero propósito; esa era la

razón última por la que había aceptado robarlo.

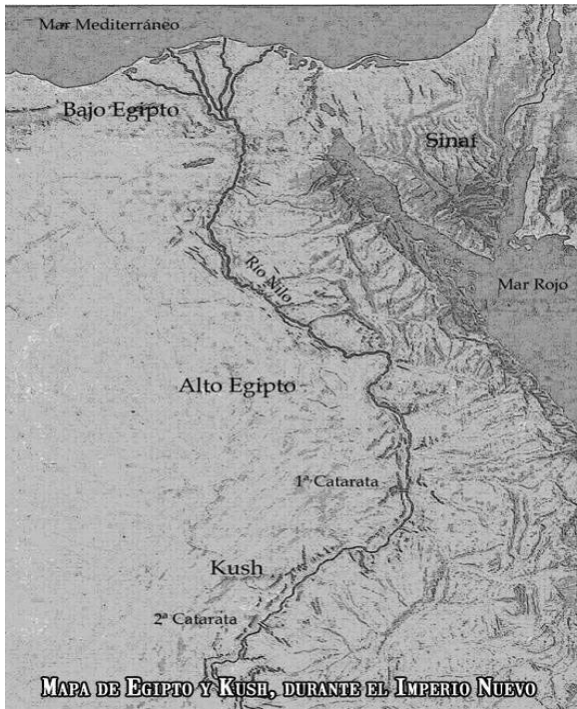
Tomó el libro y se sentó en la cama, apoyando la espalda contra el cabecero. Encendió las lámparas de las mesillas y su luz se derramó sobre el ejemplar iluminándolo como un haz celestial. Sus manos temblaban por la emoción y por un ligero temor a lo desconocido, y su corazón palpitó más fuerte cuando lo abrió y se topó con la primera hoja, donde se leía:

Reproducción del Libro de Qustul,
en cuya primera página figura el
título:

La leyenda de Mâlik, el persa

Tomó aire, como quien acumula fuerzas para adentrarse en un largo y misterioso camino.

Y pasó a la siguiente página:



MAPA DE EGIPTO Y KUSH, DURANTE EL IMPERIO NUEVO

Breve apunte histórico

Mi nombre es Ebner. O así, al menos, es como fui conocido durante gran parte de mi vida. Llegué al desierto de Kush, al sur de Egipto, hace tantos años que ni siquiera mi lúcida memoria es capaz de recordarlo con exactitud. Y aquí me quedé, en contra de mi voluntad inicial, que al igual que la

de mis dos compañeros de viaje se regía por el empeño de regresar al país del que proveníamos. Pero el destino es caprichoso y depara a cada cual un fin único e irrevocable, que en nuestro caso nos hizo partícipes de un episodio vital para el devenir del Universo y de nuestra propia especie.

Sin embargo, no será de mí de quien hable en las páginas de este mi último libro, aunque lo conservara desde mi juventud, paradójicamente, para escribir el

capítulo más relevante de mi propia vida. Es ahora, en las postrimerías de mi existencia, envejecido y cansado, cuando he decidido que estas hojas sirvan para contar una mítica historia que jamás fue ni será recogida en documentos públicos, rigurosos y aprobados oficialmente. Lo llevo a cabo con la trivial intención de dejar constancia de una verdad oculta al mundo, con el propósito de que después sea enterrado junto a mi cuerpo hasta que haya transcurrido suficiente

tiempo como para que el ser humano tenga la capacidad de entender y de enfrentarse a la realidad que lo rodea.

Permíteme pues, mi desconocido lector, que sin más preámbulo comience introduciendo el contexto en el que se desarrolló dicha epopeya.

Cuenta la Historia que en el año 525 antes de nuestra era gobernaba en Persia un rey llamado Cambises. A la muerte de su padre —el valeroso Ciro, cuyas victorias

sobre medas y neobabilonios le valieron para ampliar su reino hasta convertirlo en un gran imperio—, heredó junto a su hermano Esmerdis un trono repleto de adhesiones, a excepción de una: Egipto.

A orillas del Nilo, el faraón Amasis se había esforzado durante años por intrigar desde la sombra contra la expansión de los persas, aliándose con cada uno de los nuevos enemigos que iban surgiendo a su paso. Sin embargo, todos sus esfuerzos habían

resultado vanos. Además, una versión de la Historia apunta a que Cambises se hallaba interesado por una de las hijas del faraón, si bien el egipcio sabía que ésta jamás reinaría en Persia y que sólo sería una más entre las mujeres del harén del nuevo monarca. Por ello, Amasis decidió enviar a una descendiente de su predecesor haciéndola pasar por su verdadera hija, pero Cambises descubrió el engaño y se dice que, en venganza, preparó la invasión de Egipto.

Por la causa que fuere, la conclusión es que el persa acabaría buscando la alianza con los griegos y con las tribus árabes para dar el golpe definitivo al único estado independiente que subsistía a su mandato.

El faraón Amasis murió dejando el trono en manos de su hijo Psamético III, antes de ver cómo los persas se abalanzaban sobre la ciudad de Menfis. Sin embargo, en aquel capítulo iba a acontecer algo más de lo que reflejarían

posteriormente las crónicas. Una trama de la que no quedó huella alguna y que, como ya he anunciado, pasaría a formar parte de los anales de una misteriosa leyenda...

Capítulo I

El templo

Unos árboles de troncos gigantescos se elevaban más de treinta metros hacia el cielo cubriendo con sus frondosas copas la visión de éste. Los rayos del sol atravesaban a duras penas sus fronteras, filtrándose hasta el suelo rocoso, salvaje y húmedo, al que

amarilleaba en puntos dispersos. La vegetación se alzaba aquí y allá, creciendo desde la orilla de un acaudalado río que fluía perdiéndose en codos por debajo de algunos montículos verdosos. Era el frescor de aquel lugar, al que se añadía el monótono eco de una cascada lejana, el que contrastaba con el árido clima del desierto que se extendía a escasas millas de allí.

El faraón, acompañado por sus esclavos y una joven guardia real, atravesó a camello tan encantadores

parajes preguntándose cómo podía la naturaleza crear algo así, subsistiendo bajo el mismo sol inclemente que castigaba las dunas del desierto. Mas no halló respuesta. Prolongaron su viaje algún tiempo más, pasando después por las orillas de un lago de profundas aguas azules y atravesando un valle solitario en medio del cual, como un delirio para un moribundo, se alzaba un templo de dimensiones incalculables: el templo del

sacerdote Snefer.

Si bien pocos habían logrado alcanzar las puertas de esta edificación, el joven faraón lo había hecho ya en varias ocasiones, acompañando a su padre Amasis desde la niñez. Allí, en el interior de las gigantescas paredes, residía un enigmático personaje al que el difunto rey profesaba adoración desde tiempos lejanos. Psamético había escuchado ciertas leyendas acerca de aquel hombre, todas en boca de su padre, que lo

asemejaban a una divinidad. Pero el joven faraón no era fácil de impresionar y mucho menos de creer a pies juntillas los cuentos que solía idear su progenitor.

Al llegar al primer pilono, formado por dos muros a los lados del portal, el faraón descendió de su transporte y escudriñó en derredor, descubriendo únicamente a unos siervos recolectando, inclinados sobre el verde suelo, sin levantar la mirada.

Se dirigió entonces hacia la

puerta, y lo hizo solo, dejando a su guardia en custodia de los animales y de sus esclavos.

Accedió, tras atravesar tres portales, a un patio que precedía a la fachada principal del templo. Nadie más deambulaba por allí, por lo que el silencio otorgaba una gran paz al lugar.

Seguidamente, Psamético penetró en la sala hipóstila:

Su interior resultaba fresco y apacible. Grandes columnas sustentaban un elevadísimo techo

que aparentaba perderse hacia el cielo, produciendo una extraña sensación que no se intuía desde afuera. Incluso en profundidad, la perspectiva variaba de lo que pudiera apreciar un observador que contemplase el edificio desde el valle. Psamético avanzó entre las columnas por el pasillo central de la planta. A sus lados discurrían otros dos corredores, cercanos a las paredes grabadas con motivos religiosos que en otras ocasiones había admirado. Y recordó

entonces que los dibujos que decoraban éstas ya le habían llamado la atención en su niñez. Dibujos extraños, de perfiles en apariencia humanos aunque con sutiles diferencias. Egipcios manejando carruajes excepcionales donde no existían caballos que tirasen de ellos, y que parecían flotar en el aire. Seres mitológicos, para el faraón seguramente inventados, se mezclaban naturalmente con gentiles y reyes en otras representaciones. Sólo apartó

su vista de aquellas obras en el instante en que un hombre de color, fornido, vestido al uso sacerdotal, cruzó por el pasillo en dirección al portón. Lo saludó en silencio, con una reverencia, sin detener su paso. En el templo de Snefer todo era muy distinto a la vida usual, incluso las leyes. Quizá fuese el único lugar donde un faraón tenía el mismo valor que un siervo. Aquello lo había aprendido de su padre, y lo respetaba desde entonces.

Hubo de atravesar el vestíbulo

para llegar a la primera capilla. Una doble puerta permanecía abierta y varios sacerdotes abandonaban en aquel momento la estancia, sin prisa, portando documentos bajo sus brazos. De entre todos, Psamético se fijó en mí, que antecedió ligeramente al grupo. Como ya era usual, acepté que le llamara la atención esta cicatriz que cruza mi mejilla desde la comisura del párpado derecho, recuerdo de un accidente de juventud al que habría de añadir una sutil cojera.

Abandonada la capilla, más oscura que la sala anterior, se accedía a la antesala del naos. A medida que se avanzaba hacia el interior, la luz se extinguía en ella. Lo que allí hubiera era difícil de discernir incluso cuando los ojos se acostumbraban a la penumbra. En esta nueva sala —lugar que precedía al más importante del templo reservado exclusivamente al sacerdote—, sólo dos rayos permitían una limitada visibilidad: uno penetraba por el techo,

posiblemente hacia la mitad de la estancia, y el otro, por la pared del fondo, que nuevamente se hacía mucho más lejana de lo que la dimensión física del templo cabría permitir. Psamético reparó en un detalle: ambas aberturas, circulares y de gran diámetro, cedían la entrada de la luz solar que se proyectaba en un caso sobre el suelo y en el otro, cortando transversalmente la sala contra su doble puerta de acceso. Ambas creaban en su finalización un disco

amarillo perfecto y todo lo que quedara alejado de sus haces permanecía en la negrura más absoluta. Ahora bien, la intensidad de la luz de ambas oquedades era similar. Teniendo en cuenta que el sol debía de hallarse en aquel momento sobre el templo, ¿cómo podía explicarse aquel curioso fenómeno?

Pensaba en aquello el faraón, sin detenerse, cuando una voz grave y templada llamó su atención. El sonido lo envolvió como si

proviniese de cada esquina, demostrando una acústica perfecta.

—Yo te saludo, mi rey.

El faraón se detuvo, sorprendido, coincidiendo en el cruce de ambos halos. El sacerdote Snefer estaba allí, en algún lugar, observándolo. Y, aunque él era rey de Egipto, no pudo controlar el irreverente escalofrío que sacudió su cuerpo.

—¿Snefer? —un leve temblor acompañó sus palabras.

—Han pasado muchos años desde la última vez que estuviste aquí

junto a tu padre, faraón —respondió la voz sin rostro—. Dime, ¿qué te ha traído nuevamente hasta mi templo?

El rey entornó los párpados tratando de avistar entre las sombras; o de adivinar, en el mejor de los casos. Por primera vez en todas sus visitas, se encontraba incómodo. Abrió la boca para responder, pero antes de pronunciarse sintió una presencia a sus espaldas, muy cerca de él. Y se giró súbitamente.

Sin embargo, allí no había nadie. Mas al volverse hacia el frente, ante la pared desde la que se proyectaba el foco horizontal, discernió un contorno parcialmente alumbrado; un cuerpo robusto, entre sombras, sentado en un gran trono instalado sobre una planta más alta, a medio codo del suelo. Un resquicio de luminosidad salvaba de la penumbra parte de la cabeza pulcramente afeitada del sacerdote y recortaba casi intencionadamente la mitad de un rostro de gesto

sereno y mirada penetrante. Se hallaba, en verdad, lejos del faraón; pero éste podía presentir aquellas pupilas verdes clavándose en su ser sin pudor.

—Se avecinan tiempos cruentos para Egipto, sacerdote. Los persas ultiman nuestra conquista, y poco podremos hacer contra su poderoso ejército. He venido a pedirte que me ayudes a vencerlos como tiempo atrás ayudaste a mi padre y, anteriormente, a su predecesor. Yo, tu rey, te lo imploro.

La recia mano del sacerdote recorrió suavemente su calva, desde la frente hasta la coronilla, sin que sus ojos se apartasen de la intimidada mirada del joven.

—En este momento, Polícrates de Samos se habrá aliado ya con el rey Cambises. —Snefer se recostó sobre el respaldo y todo su ser fue engullido por la oscuridad. El faraón volvió a forzar la vista entonces, pero la voz templada del sacerdote surgió esta vez a sus espaldas—: Y pronto, muy pronto,

el comandante de los mercenarios griegos que ha luchado a tu servicio hará lo mismo, arrastrando consigo al jefe de tu propia flota.

Psamético se giró, sobresaltado, y palpó a tientas en la penumbra. Sin embargo, nadie había junto a él.

—En contra del augurio del oráculo de Amón, Cambises conquistará Egipto —continuó la voz, surgida ahora de un lateral de la sala—. Nadie podría impedirlo, ni siquiera yo.

—Se que el rey de Persia está

protegido por un poderoso mago. Tú debes conocer la forma de atacar sus puntos débiles. Tú eres Snefer y fuiste tocado por los dioses. Si destruyeras su protección, podríamos vencer a los persas.

El silencio se hizo nuevamente. Entonces, la figura del sacerdote volvió a inclinarse bajo la luz, sentada aún en su trono.

—Mi rey —pronunció con gravedad—, una vida tuya no bastaría para que pudiera explicarte

el enigma de los dioses, ni para que tú lograras asimilar el misterio del Universo. Aunque eliminásemos su protección, nada cambiaría.

—Sabes que cuando Cambises conquiste Egipto, bajará hasta aquí para proclamarse rey de Kush —tentó con osadía el joven faraón—. Si lo detenemos ahora, no habrá más que temer. Y tú tienes el poder para lograrlo.

El sacerdote bajó la mirada.

—El poder no siempre es útil. Sois los reyes los que así lo creéis,

pero os equivocáis. Es demasiado tarde para salvar tu reino.

Volvió a fijar la vista en él mientras se reclinaba en las sombras.

—Aún no, sacerdote —se rebeló—. Si no quieres darme tu ayuda, respetaré tu decisión. Mas me veré obligado a exigir que me entregues el Medallón de orihalcon.

Entonces, el sol que caía desde el techo se fundió repentinamente. Psamético alzó la cabeza, sin poder ver nada más allá de unos metros

por encima suyo. Y, seguidamente, la luz frontal se apagó con la misma brusquedad que lo había hecho la superior, dejando la sala sumida en una completa tiniebla. El faraón giró sobre sus pies, visiblemente asustado. Su ira había desaparecido como el sol, dejando paso al temor más primitivo.

El silencio se mantuvo un instante, contribuyendo a que el ritmo cardíaco del rey aumentara hasta lograr escuchar los propios latidos de su corazón y, finalmente, la voz

de Snefer susurró muy cerca de su oído:

—El poder del medallón destruirá a quien haga uso de él. Aunque Egipto gane esta contienda, tú morirás. ¿Y qué hará tu reino cuando otros traten de conquistarlo?

Psamético se giró. El sacerdote no estaba allí. Pero su voz envolvió nuevamente aquella misteriosa sala:

—Acata el destino, mi rey. No utilices el medallón.

Mas el faraón, reflexivo, inclinó la cabeza y sentenció con

desaliento:

—Es mi deber.

Capítulo II

El ejército de Mâlik

Los últimos vestigios de luz perecían en el horizonte, donde una fina línea anaranjada ocultaba más de media circunferencia solar. Veintitrés hombres a camello atravesaban las dunas del desierto, agotados y maltrechos. Sus sombras se proyectaban ya sin fuerza como

si sus propias existencias se prolongaran sobre la fina arena. Dirigiendo la expedición, un guerrero de oscura barba, alargada y puntiaguda, almendrados los ojos, acomodaba sus movimientos al cabalgar pausado de su animal. Era un persa joven, aunque curtido. Sus recios brazos tatuados mostraban cicatrices recientes y restos de sangre reseca que, posiblemente, perteneciese a otros. La melena oscura caía sobre sus hombros bajo un improvisado turbante negro y

sobre la piel cobriza de su rostro salteaban las huellas de una guerra cercana.

Su nombre era Mâlik. Conocido por su gran valía como luchador y por ser un consumado estratega, desde siempre había combatido a la orden de Cambises, aunque se formase en el ejército del conquistador Ciro. Lo único que los supervivientes de su grupo sabían de él era que su familia había sido asesinada cruelmente por enemigos del rey, pues su padre fue en

tiempos asesor del propio Ciro, el Grande. En cuanto a amistades, no contaba más que con la de sus propios guerreros, pues compartía con ellos la mayor parte de su vida. Pero aún entre allegados y confidentes, Mâlik resultaba ser un personaje reservado.

En silencio, mientras dejaban tras de sí las pisadas de los camellos como una estela sobre la sabana, el guerrero cabalgaba evocando la muerte. Y pensaba en los hombres que habían caído en contienda, bajo

su espada y sus puñales; y en la sangre derramada sobre su cuerpo. También llegaron a su memoria los rostros de aquellos persas que, bajo su mando, habían perecido en Per-Amón o en las últimas reyertas de Menfis. La guerra, reflexionaba, a veces carecía de sentido. Sin embargo, él era un soldado. Así lo habían formado siendo un muchacho y así lo había aceptado desde entonces. Jamás se había cuestionado el porqué de una contienda ni la razón de su lucha;

sólo ahora, de regreso a Babilonia, parecía que una irreverente luz estaba encendiéndose en su interior.

Cerró los ojos y se dejó llevar, acompasando la respiración. Los gritos de las batallas, ensordecedores, de rabia, terror y angustia, contrastaban con aquel silencio que ahora los acompañaba y en el que otros gritos se dejaban oír: los de su conciencia. Había rebanado demasiados gaznates y apuntalado suficientes corazones; derribado numerosos cuerpos y

cercenando innumerables cabezas. Todo por su Imperio, justificaba para sí, aunque no podía engañar a su espíritu. Nadie podía. Por eso aquellos gritos se desgarraban cada noche, en su soledad, surgiendo de lo más profundo de su ser. Y le preguntaban, en boca de rostros fantasmales de compañeros ensartados en lanzas enemigas, si le resultaba suficiente para amortiguar el dolor causado por el asesinato de sus padres. Y él guardaba silencio, como siempre, ante el vacío, y

despertaba llorando para regresar a la batalla.

Mâlik abrió los ojos. La noche caía. Giró la cabeza y escrutó los rostros marchitos de sus guerreros. Eran los supervivientes de un total de cien soldados, derribados por armas egipcias antes de que su rey, Cambises, conquistara definitivamente la tierra de los faraones. Una veintena herida, cabizbaja incluso ante la victoria, amoral ante la vida, que conocía bastante bien el ínfimo valor de

ésta. Por esa razón sus miradas parecían vanas.

Avanzaban mientras la noche arábiga se volcaba sobre ellos. La luna, en todo su esplendor, pronto alumbró su camino recortando sus figuras ante el lóbrego horizonte. Por fin regresaban a casa. Algunos lo añoraban; otros se habían acostumbrado a no tener más hogar que aquel al que su rey los enviaba para conquistar. Sin embargo, Babilonia era una buena ciudad para ahogar en vino el dolor y la

culpa. Los hombres necesitaban divertirse, y aunque las campañas daban a veces lugar para el entretenimiento inmoral y despiadado, muchos de ellos eran aún conscientes de que aquello servía más para aplacar necesidades que para liberar la mente de las atrocidades que los acompañaban a diario. Pero aún faltaba para llegar a su destino.

Custodiada por aquellos hombres, la única prisionera maniatada estudiaba en silencio el

comportamiento del general. Se llamaba Raal, y había asegurado ser hermana del faraón al ser apresada tras un encarnizado lance con el propio persa, en el que demostró sus buenas dotes como guerrera a pesar de acabar sucumbiendo. Mâlik no tenía previsto llevar prisioneros a Babilonia. Mas cuando, atraído por el curioso medallón que colgaba del cuello de la joven, trató de arrebatárselo, sintió que aquél poseía algo mágico y peligroso en su piedra de ámbar.

La princesa, entonces, se vio obligada a confesarle una historia que bien podría interesar a su mentor, el mago Gaumata. De esa forma, el valor de aquella egipcia se hizo latente, y tal había sido la causa por la que decidió llevarla en presencia del hechicero.

Capítulo III

La junta secreta de los magos

Una amplia mesa circular dominaba el centro de una sala subterránea en el interior del palacio de Babilonia, iluminada a base de antorchas en las paredes. Sentados alrededor se congregaban diez magos de avanzada edad. Ante

ellos, el más joven de todos presidía la reunión desde un altar de piedra. Era un hombre fibroso, con turbante sobre su cabeza y ostentosos anillos en sus dedos. Una cadena de oro sostenía una piedra verde que colgaba bajo su perilla de tonos grises, triangulada. Su traje largo, claro, refulgía con la luz del fuego que crepitaba en la chimenea. Se llamaba Gaumata, y era conocido por ser asesor del rey.

Decían de él que el mismo Cambises le había permitido

regresar a Persia como funcionario político. Su hermano, el mago Patizithes, encargado de custodiar el palacio, lo había acogido. Y pronto, Gaumata había sabido hacerse con la confianza del rey convirtiéndose en su mano derecha; su asesor y protector. Por todos también era sabido su carácter obsesivo, ansioso de poder y despiadado; factores que coincidían a la perfección con la personalidad de Cambises. Sin embargo, los que permanecían a su lado gozaban de

sus favores y disfrutaban de una vida repleta de riquezas y reconocimiento.

Ahora los diez magos del Consejo habían creído oportuno alertar a Gaumata sobre un grave problema social: el descontento popular causado por el despotismo del monarca. En el preciso momento en que éste estaba ocupado en la campaña egipcia, los persas clamaban por la liberación de la política de aquel tirano.

La voz de Patizithes se elevó

sobre el resto:

—Hermano, tú sabes que la opresión de nuestro rey alcanza no sólo a nuestro Imperio sino a todas y cada una de sus conquistas. Cambises es odiado, al contrario que sucediera con su padre, y se ha creado muchos enemigos potenciales. Y nosotros no somos una excepción —afirmó con rotundidad.

Gaumata frunció el ceño y acarició su perilla con suavidad, mientras recapacitaba sobre

aquellas palabras.

—Nuestro rey nos proporciona una vida generosa, ¿cuál es el fundamento de vuestras palabras? Los impuestos afectan al pueblo y, a nivel religioso...

—Cambises ostenta su poder con desprecio y tiranía —interrumpió Patizithes—. Tú sabes mejor que nadie que es un desequilibrado que no valora la vida de sus súbditos y que sólo pretende la gloria. Desde la muerte de Ciro, el Imperio ha ido en decadencia. Las medidas

antipopulares han afectado en su mayoría a los ciudadanos, pero otras decisiones han calado en sectores más altos, como el nuestro. ¿Por qué inició la campaña de Egipto?

El resto asentía en silencio.

—Sólo buscaba la gloria y la venganza —continuó su hermano sin dejarle responder—. Incluso el oráculo de Amón le advirtió para que no lo hiciera.

—Y se equivocó —matizó Gaumata.

—¿Tú crees? —Patizithes se puso en pie—. Nuestro ejército pierde efectivos; vidas de ciudadanos que son obligados a ingresar en él para perecer en tierras lejanas sólo por la gloria de un perturbado. No mueren en conquistas, mueren en sublevaciones absurdas que se evitarían con una política correcta.

—Creo que no nos corresponde a nosotros decidir sobre esos asuntos.

—Por supuesto. Porque Cambises, nuestro rey, también nos tiene sometidos. Vivimos por y para

él. Tenemos todo lo que deseamos menos la libertad. Libertad para elegir qué es lo que nos conviene realmente —Patizithes caminó alrededor de la mesa elevando el tono de voz—. Ahora, en lugar de regresar a su país, ansía seguir expandiéndose. Descuida lo que posee a cambio de ampliarlo. Y más tarde o más temprano, alguien logrará ocupar su lugar —sentenció—. Alguien que podría eliminarnos del mapa y acabar con nuestra situación de privilegio por estar

apoyando incondicionalmente a Cambises.

Gaumata frunció el ceño. Acababa de entender el propósito final de aquella reunión.

—Así que es eso lo que tratáis de decirme... —habló dirigiéndose a todos—. Que seamos nosotros mismos los que derroquemos a nuestro rey...

—Piénsalo. Tendríamos el apoyo popular casi mayoritario.

El mago acariciaba aún su barba, perfilándola inconscientemente en

un gesto monótono. El brillo del fuego iluminaba sus oscuras pupilas, aunque otro más profundo, el de la codicia, comenzaba a resplandecer tras él.

—La propuesta es arriesgada...

Patizithes se aproximó hasta él.

—Si retirases tu protección y lo enviases a una difícil campaña, Cambises moriría —aconsejó en un tono sutil.

—Pero si no saliese bien el plan —intercedió Gaumata—, sabría que he retirado mi protección. Y,

entonces, vendría a por nosotros...

Capítulo IV

Tras las murallas de Babilonia

El viaje terminó resultando extenuante aunque exento de peligros, sin más enemigos que el calor extremo del desierto durante el día. Al llegar a la ciudad de Babilonia, Raal fue conducida sin demora en presencia del mago

Gaumata. Allí, en una sala de palacio, éste la recibió vestido con un traje púrpura, apoyado en un bastón de dos metros al que coronaba un diamante de forma piramidal, rojo, con su vértice incrustado en la madera.

El mago se aproximó a la chica y la rodeó lentamente, escrutándola.

—Así que dices ser hija del faraón Amasis. —Se detuvo, acariciando su perilla mientras la alisaba con las yemas de sus alargados dedos—. No tienes

aparición de llevar sangre real en tus venas.

Raal guardaba silencio, la mirada fija al frente, evitando cruzarla con la de su interlocutor. Ante su mudez, éste le quitó el medallón que colgaba de su cuello y lo sostuvo en su mano, observándolo con detenimiento. Se trataba de una circunferencia de metal cobrizo, con jeroglíficos grabados en sus dos caras, que rodeaba una piedra heptagonal de ámbar solidificado. Una curiosa joya que, cuando el

hechicero acarició con sus dedos, pareció palpar y licuarse. Gaumata apartó raudo la mano, sosteniendo el medallón por la cadena de la que pendía — fabricada, aparentemente, por el mismo material de la circunferencia —, y la piedra volvió a su estado sólido.

—De modo que éste es el Medallón de orihalcon —lo hizo oscilar ante los ojos de la joven, como si se tratara de un péndulo, y la luz atravesó el ámbar de la

piedra central reflejándose en ellos. Ella trató de apartar la mirada, pero una fuerza extraña se lo impidió, hasta que, finalmente, entró en un estado de letargo—... En verdad, se parece al que describen las tradiciones de nuestros ancestros. Y no hay duda de que parece tener poderes mágicos, pero... ¿cómo una simple mortal lo ha conseguido?

Raal no era dueña ya de su voluntad, por lo que la verdad brotó de sus labios:

—El faraón se lo exigió al

sacerdote Snefer para vencer a los persas, y yo fui enviada por éste para utilizarlo, custodiarlo y devolverlo.

—Vaya, vaya... Entonces no eres hermana del rey de Egipto... Eres alguien mucho más útil. Pero dime: ¿Por qué Psamético no nos venció, teniendo esta fuente de poder?

—Porque no la utilizó, finalmente. El poder del medallón acaba destruyendo a quien lo usa...

Gaumata observó la joya y sintió un estremecimiento.

—Dime, mujer, de dónde proviene.

—Dicen que fue creado en la Tierra de los Shemsu Hor, que desapareció bajo las aguas de los océanos. La tradición cuenta que existen doce medallones, y que están alojados en el interior de cada una de las doce pirámides invertidas que dominan y encauzan la energía del Universo. Éste proviene de la pirámide de Kush.

Gaumata, paralizado, constató que aquella versión era la que él

conocía por boca de sus antepasados. El ámbar desprendía calor y, al mirarlo, contempló que de la piedra emergía un destello de luz.

—Claro... Kush —susurró como si tal revelación hubiese certificado una antigua teoría—. Y ese sacerdote... Snefer, es quien custodia la pirámide...

—Así es.

—Háblame, pues, de la situación exacta de ese lugar...

Y Raal, con la mirada

abandonada al ámbar que oscilaba ante ella, el cuerpo rígido y desprovisto de voluntad, confesó cuanto el hechicero de Babilonia le fue inquiriendo.

Capítulo V

La misión

Horas después de aquella conversación, Mâlik se hallaba en el interior de un baño; una sala oscura con olor al incienso que se propagaba en forma de humo desde varios quemadores. Primero había recibido un masaje a base de ungüentos fabricados con

solanáceas, que habían aplicado sobre su piel dos hermosas jóvenes. Después, abiertos sus poros, habían afeitado su barba dejando únicamente una perilla recortada y cuidadosamente delineada que comenzaba bajo la comisura de sus labios. Ahora, entre risas, ambas lo lavaban sumergidos los tres en las cálidas aguas vaporosas que cubrían hasta sus hombros.

Andaba tan embebido el soldado, ante los encantos de aquellas serviles muchachas, que no se dio

cuenta de la presencia de alguien más en la estancia hasta que el personaje en cuestión lo saludó provocando en él un sobresalto:

—¿Disfrutas de tu regreso, Mâlik? —la voz de Gaumata sonó inconfundible entre el silencio relajante de aquellas paredes.

Las mujeres se apartaron discretamente ante un gesto del mago; salieron del agua, se cubrieron y abandonaron la sala. Mâlik permaneció sentado, casi sumergido, mientras el hechicero se

acomodaba en un asiento cercano. Pronto sacó algo del interior de su vestimenta, que el guerrero reconoció como una pipa. Jugueteeó con ella entre los dedos, vertió algo de opio en su interior y la prendió dejando que su humo se uniese al del incienso. Mâlik la miraba hipnotizado, como si el mago ejerciese cierta influencia mental con aquel utensilio sobre él. Y, sin saber cómo, en un momento se halló el general con la pipa entre sus húmedas manos.

—Me alegra que estés de nuevo aquí —admitió Gaumata reclinándose en su asiento de piedra.

Mâlik aspiró de la pipa y pronto sintió el efecto de la droga.

—Y a mí me alegra disfrutar de nuevo de todos estos placeres, Gaumata.

El mago sonrió, pero de aquel gesto se desprendía un detalle amargo.

—He hablado con la egipcia.

—¿Y bien? —preguntó

despreocupado el guerrero.

—Sus palabras y ese medallón darán un giro a nuestro futuro...

—¿Verdaderamente es tan poderoso como quiso hacerme creer?

—Más aún. Utilizado correctamente, puede permitirnos dominar el mundo.

Mâlik fumó de nuevo y un humo blanquecino se desbordó por entre sus labios.

—Cuando la vi, supe que era especial... —afirmó después.

—Has hecho un buen trabajo, como siempre, y por él te felicito. No en vano eres mi protegido — declaró, aunque su tono sonó consternado.

El guerrero lo estudió desde el agua. El mago parecía reflexionar con la vista clavada en el suelo.

—Pareces preocupado. ¿Qué es lo que te inquieta?

Éste quedó en silencio un instante, aunque no tardó en decidir la respuesta:

—El medallón —confesó—

acaba destruyendo a quien utiliza su poder. Mas existe una forma de evitar que eso suceda. —Gaumata desvió la mirada y atravesó los vidriosos ojos de Mâlik, que lo escuchaba con atención—: poseyendo la Piedra de Ilbet.

El soldado frunció el ceño en señal de incomprensión, relajado bajo los efectos de la droga, y el hechicero continuó explicando:

—La Piedra canaliza la energía creada por el medallón. Y sólo manteniendo a ambos juntos se

logra el poder de los semidioses y la inmortalidad.

—¿Y dónde se encuentra la Piedra de Ilbet?

—En Kush. La egipcia ha confesado que existe un templo custodiado por un poderoso sacerdote llamado Snefer. Él es quien posee la Piedra. Sin embargo, quien trata de alcanzar aquel lugar se encuentra con trampas y pruebas en el camino que, según las leyendas, son tan peligrosas que pueden acabar con su vida. Nuestra

prisionera asegura que sólo los hombres valerosos son capaces de superarlas. Y por ello —se inclinó hacia el agua y bajó el tono de su voz—... sólo puedo confiar esta misión a alguien de absoluta confianza.

Mâlik se despejó de los efectos relajantes de su baño y protestó:

—Gaumata, la campaña ha sido tortuosa. Tanto mis hombres como yo necesitamos...

—Lo sé, lo sé —interrumpió el mago alzando una mano ante el

rostro del joven—. Pero no hay en todo el Imperio mayor valía que la tuya, Mâlik, mi adorado ahijado. Te prometo que tanto tú como tus hombres disfrutaréis de un buen retiro a vuestro regreso. Ellos gozarán de riqueza y libertad y tú... —Su pausa llamó a la curiosidad del guerrero—. Bien, en cuanto a ti, ahijado mío, el futuro que te he deparado está lleno de poder y apartado de la guerra.

—¿A qué te refieres? —aquellas palabras empezaban a alentarle.

—Aún no puedo hablarte de mis planes. Pero has de confiar en mí, que siempre te he protegido y velado —sus pupilas, minúsculas como cabezas de aguja, se clavaron en las de Mâlik como las de una serpiente en su presa.

—¿En qué consiste la misión? —claudicó finalmente el guerrero.

Gaumata se puso en pie y caminó hasta las barras de incienso. Tomó una y la sostuvo sobre una llama, girándola lentamente.

—Iréis hasta el templo de Snefer.

Una vez allí, apresaréis al sacerdote y me lo traerás personalmente junto con la Piedra. —El humo del incienso comenzó a ascender lentamente—. Tus hombres se quedarán protegiendo el templo hasta que yo me encargue de él. Y recuérdalo bien —insistió girándose hacia el soldado sin soltar el incienso humeante—...el sacerdote debe vivir.

Mâlik aspiró de la pipa y exhaló el humo.

—Llevarás mi protección. Con tu

ayuda, a tu vuelta poseeré todo el poder de los semidioses y los secretos de ese sacerdote. Y tú y yo estaremos por encima de cualquier rey mortal...

3. La huida

—¡Tenemos que irnos!

La voz de su marido la hizo dar un brinco en el colchón.

—¡Vamos, Virginia!

Apartó la atención del libro como quien despierta súbitamente de un sueño profundo y la dirigió hacia la ventana, por donde Corbal estaba haciendo una entrada inverosímil.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué subes

por las escaleras de incendio?

—¡Cierra el libro y larguémonos!

Corrió por la habitación, sacó una mochila del armario y se la colgó a la espalda. Virginia se calzó sus deportivas apresuradamente, rescató la bolsa de debajo de la cama y guardó el ejemplar en ella.

—¿Me vas a explicar qué pasa?

—Hay dos coches patrulla en la entrada, y cuatro polis preguntando al recepcionista por una pareja como nosotros.

—¿Cómo han podido localizarnos

tan rápido?

—No creo que sea el mejor momento para jugar al Trivial...

—¿Y piensas escapar por la ventana?

Corbal ya tenía medio cuerpo fuera y se asomaba discretamente por si había algún policía merodeando. La oscuridad de la noche, unida a la del callejón, los ayudaría a ocultarse de ellos —le explicó y concluyó con un:

—¿Tienes algún plan mejor?

Virginia no lo pensó demasiado.

—Somos un par de pardillos...
—refunfuñó saliendo tras él.

Descendieron por las escaleras evitando hacer demasiado ruido. Las luces rojas y azules de los coches patrulla se reflejaban sobre las paredes del callejón, a la entrada de éste. Al llegar al suelo, corrieron a ocultarse tras unos contenedores de basura.

—¿Y ahora, genio? ¿Nos quedamos aquí oliendo a pescado muerto y a orina reseca hasta que decidan marcharse?

Desde su posición, Corbal podía alcanzar a ver el maletero de uno de los vehículos, pero no si había agentes en la calle o si estaban todos dentro del edificio.

—No creo que sea buena idea. Cuando entren en nuestra habitación se asomarán por la ventana. Y nos descubrirán... —aseguró separando ligeramente el primer contenedor del grafiti que ornamentaba la pared con intención de avanzar unos metros tras él.

—¿Y si están en la entrada del

hostal?

Corbal se giró hacia su mujer.

—Pues despídete de entregarle el libro a Garner y de rescatar a Dante Bellver.

Virginia sintió un escalofrío al escuchar aquella sentencia. Habían pasado por un infierno para llegar hasta el punto en el que se encontraban, y no pensaba dejar escapar la única oportunidad que tendría de ayudar a su viejo amigo, si es que aún podía ayudarle. Así que se puso en pie, pero Corbal la

sujetó del hombro.

—No nos precipitemos. Tú quédate aquí. Yo voy a acercarme un poco más.

Ella asintió, en silencio. Su marido, agachado, la espalda contra la pared, separó el segundo contenedor y pasó tras él. Pronto tuvo la perspectiva completa del vehículo de la policía. No había ocupantes en su interior ni agentes cerca. Avanzó un poco más hasta que su vista alcanzó el otro coche, estacionado en línea. Por suerte,

todos los oficiales debían de encontrarse dentro del hostal.

Se hallaba ya a escasos metros de la calle cuando, súbitamente, una sirena en la calzada le sobresaltó, obligándole a lanzarse al suelo. Dos motos se detuvieron junto a los coches pero, por fortuna, los patrulleros no le descubrieron al bajarse de ellas.

Cuando se cercioró de que éstos también entraban en el hostal, se puso nuevamente en cuclillas, se volvió hacia Virginia y le hizo un

gesto levantando el dedo pulgar. Ella avanzó agachada lo más deprisa que pudo. Con una pizca de suerte, saldrían de aquella ratonera muy pronto.

Antes de poner un pie en la calle, se asomaron para asegurarse por última vez de que no hubiera ningún agente al acecho; y, a la de tres, se pusieron en pie, doblaron la esquina y caminaron disimuladamente en dirección contraria a la entrada del edificio.

Una camarera joven se acercó a la

mesa pegada a la ventana que ocupaba el matrimonio. Les sirvió dos tazas de café, dejando dos refrescos y dos platos combinados sobre ella antes de dirigirse, bandeja en mano, a la mesa contigua. Sin cruzar una palabra, ambos dieron cuenta de aquella cena como si llevasen varios días sin probar bocado. La cafetería estaba repleta de gente, que era lo que necesitaban para pasar desapercibidos.

—Parece que Garner ya contaba

con que esto no saliera bien — comentó Corbal al terminar, limpiándose con una servilleta, en referencia a su conversación telefónica.

—Es un consuelo...

—Así que, según sus palabras, pasamos al plan B.

—¿Y eso consiste en...?

—No vamos a tomar un vuelo comercial desde Nueva York. Nos espera un vuelo privado en el aeropuerto de Lehigh Valley dentro de cinco horas.

—¿Y dónde está Lehigh Valley?

—En Pensilvania. A unas dos horas de camino.

—Dos horas... —repitió, reflexiva—. ¿Y cómo se supone que vamos a llegar? ¿Haciendo autostop?

—Espero que no. Tengo que hacer una llamada —anunció él tras dar un sorbo a su café.

Virginia miró a través de la cristalera decorada con el nombre de la cafetería en letras adhesivas dispuestas en semicírculo. Entre el

maremagno de viandantes, pudo distinguir una cabina en la acera de enfrente, en cuyo interior una mujer obesa mantenía una conversación acalorada.

—¿A quién?

—Te lo cuento cuando vuelva —
respondió poniéndose en pie.

Ella suspiró.

—Ve con cuidado... Y no traigas a la poli esta vez.

—Jo, jo, jo.

Corbal se dirigió a la salida sorteando a la camarera, que

regresaba a la hilera de mesas con otra bandeja llena de pedidos. Virginia abrió la bolsa de lona que descansaba en la silla contigua y rescató el Libro de Qustul de su interior. Echó un último vistazo afuera, donde su marido atravesaba la corriente de transeúntes. Luego abrió el libro por la página en la que lo había interrumpido y se sumergió de nuevo en su historia.

Capítulo VI

La recepción de Gaumata

Los magos habían regresado a palacio y Gaumata los recibió con una ostentosa fiesta, conmemorando, además, que Mâlik partía hacia Kush al día siguiente. El alcohol corría en grandes jarras cuidadosamente pintadas y las copas se llenaban para todos los

presentes, donde abundaba además la comida, la mandrágora y las bellas mujeres. Los hombres de Mâlik, reacios al principio a emprender un nuevo viaje, habían montado en cólera; pero ahora disfrutaban de aquellos excesos embriagados no sólo por éstos sino también por la promesa de nadar en riqueza a su regreso.

Gaumata se había ausentado durante un tiempo a una sala contigua, acompañado por el resto de magos, y allí había sido puesto

sobre aviso del clamor de los ciudadanos del Imperio. Y, nuevamente, habían propuesto la necesidad de ultimar un plan que los coronase como gobernantes de Persia. Cambises guerreaba lejos por el día y se emborrachaba durante la noche y pronto, aseguraba el grupo, su debilidad lo aniquilaría. Pero en esta ocasión, Gaumata se mostraba más convencido y su optimismo cuajó entre los presentes. Sin necesidad de compartir con ellos la

información que tenía, ni tampoco sus recientes planes, los había calmado asegurando que la partida de sus soldados tenía como fin último derrocar al monarca.

Cuando los soldados se hubieron retirado, los magos regresaron a la fiesta. Y mientras disfrutaban de vino y de mujeres, Gaumata pidió que llevaran a Raal ante su presencia. Salieron ambos a una de las terrazas, elevados sobre los jardines, y la egipcia se deslumbró ante la hermosura de una luna llena

tan grande que parecía estar al alcance de su mano. El mago contempló el paisaje, henchido y optimista. Todo parecía cobrar sentido en su mente para coronarse futuro rey de Persia.

—Mi querida Raal —pronunció con media sonrisa en los labios—, pareces haber llegado para iluminarme como la luna lo hace ahora con esta hermosa ciudad. Mira allí, abajo —señaló con un gesto altivo de su cabeza—. Tantas veces he soñado con asomarme a

estas vistas siendo gobernante de los que ahora duermen a la sombra de este palacio... Y, sin embargo, siempre he sabido que sería yo el que, con suerte, quedaría a la sombra del verdadero rey.

Raal miraba hacia la lejanía, donde el cielo y sus estrellas se confundían con Babilonia.

—¡Tanto trabajo me ha costado llegar a donde estoy!... Ganar la confianza del rey para servirle. ¡Qué absurdo esfuerzo! Pero nuestro Dios quiere que ahora todo

se conjugue para que haya un cambio y el sirviente sea amo. Y, con su iluminación, lograré cumplir mi sueño y los que ahora me hayáis ayudado gozaréis de cuanto deseéis —prometió girando la cabeza hacia ella.

—¿Ayudarte? ¿A ocupar el trono? —quiso cerciorarse la joven—. Te recuerdo que soy tu prisionera. No voy a ayudarte a nada.

—No tendrías por qué serlo. Podrías convertirte en mi mano derecha. Sin duda, tu valía es

envidiable.

—¿Y para qué me necesitas? ¿No tienes suficientes guerreros?

—Pero sólo tú posees el conocimiento para utilizar el Medallón de orihalcon.

—¡Nunca! —se rebeló ella—. Antes prefiero morir.

Gaumata amplió su sonrisa:

—¡Oh, mi princesa! Podría esperar a que Mâlik trajera al sacerdote Snefer, pero el tiempo corre en mi contra. Para cuando eso ocurra, yo tendré que haber

derrocado al rey de Persia y haberme apropiado de su trono.

—El Medallón acabará contigo, Gaumata. Se alimentará con tu alma y atraparé para siempre tu energía. Será otro quien aproveche tu sacrificio...

—Eso no sucederá. Cuando el sacerdote se postre ante mí, lo hará con la Piedra de Ilbet, querida. Sin duda, tú sabes lo que eso significa.

Raal guardó silencio un instante bajo la mirada inquisitiva del mago.

—Te odio... —escupió en un

susurro.

Gaumata sonrió exhibiendo un brillo de codicia.

—Veo que lo sabes.

—¿Y si decido no acceder a tus deseos?

—Entonces serás responsable de la destrucción de tu pueblo. Y cuando consiga mi propósito, te haré testigo de mi venganza. Se acabaron los tiempos de prisioneros. Quien no esté a mi lado, estará con mis enemigos.

Capítulo VII

El viaje de Mâlik:

En la ciudad maldita

El ejército había abandonado Babilonia para internarse en el desierto de Arabia hacia el suroeste, en dirección al Mar Rojo. En principio todo había marchado según lo previsto: las tierras a cruzar pertenecían a los vasallos

del Imperio y, una vez atravesadas, les aguardaba la arena perpetua.

Tras varios días de periplo, los hombres comenzaron a acusar el cansancio. Por las noches acampaban bajo las estrellas, compartiendo alcohol del que se habían provisto en grandes cantidades y dándose al placer del opio o de la mandrágora, que el propio Gaumata había dispuesto para ellos.

Los verdaderos problemas llegaron poco después y se

extendieron entre el grupo como una enfermedad contagiosa. El primer brote se manifestó así: un soldado, a mediodía, bajo el sol infernal, había comenzado a gritar enloquecido, golpeándose en el cuerpo y la cabeza como si tratara de espantar a algún tipo de insecto invisible que estuviera atacándole. Había caído seguidamente del camello y, ya en la arena, había continuado pataleando y agitándose ante la atónita mirada del resto. Pasado el trance, el soldado había

explicado que había visto una nube de extraños seres voladores, parecidos a las moscas pero de un color plateado, lanzándose contra él.

Aquella misma noche, varios guerreros habían interrumpido su sueño y sacado sus espadas, convencidos de que alguien más rondaba por allí mientras el grupo dormía. A su alrededor sólo había desierto, y la claridad de la luna bastaba para que la vista alcanzase a gran distancia. Evidentemente,

nadie aparte de ellos merodeaba por aquel inhóspito lugar.

Bajo los rayos solares de la siguiente jornada, el ejército avanzó tardo sobre sus camellos cargados de víveres. Otros episodios se repetirían aquel día en gente que aún se había mantenido íntegra. Para entonces, muchos hablaban de antiguos compañeros muertos en la batalla que compartían el trayecto, cabalgando sobre curiosos dromedarios alados.

Mâlik, que en un principio se

había mantenido ajeno a los extraños sucesos y los había achacado a malas ingestiones, tuvo su primer encuentro con aquella enfermedad conjunta dos jornadas más tarde: Fumaba en pipa mientras avanzaban, él más adelantado y ligeramente separado de la tropa, cuando otro camello se había situado a su derecha. El general, creyendo que lo montaba alguno de sus hombres, había continuado sin reparar en la identidad de éste, y así prosiguió durante un largo

trecho, ascendiendo y descendiendo dunas. Después, una voz grave le había advertido:

—Ten cuidado, hijo.

El persa se había girado al escuchar aquello, sorprendido ante un aviso tan fraternal. Y, al hacerlo, había descubierto que nadie cabalgaba a su lado.

Al cabo de dos semanas, los hombres se sentían exhaustos. Las paradas cada vez se prolongaban más y les costaba mantenerse alerta. Profundas ojeras afloraban en sus

rostros y el sol había conseguido resecar sus pieles y labios. Necesitaban más que nunca salir del desierto; tener contacto con la civilización para no volverse locos. Y una noche, como si sus plegarias hubiesen sido atendidas, surgieron de la penumbra unas luces en la lejanía.

Uno de los soldados alzó la voz:
—¡Mirad allí! —advirtió, señalando con su dedo extendido.

Mâlik detuvo su camello. Multitud de antorchas se distribuían a

distintas alturas a lo largo de miles de metros cuadrados. Parecían alumbrar elevaciones de muros a algunos kilómetros de donde ellos se encontraban.

—¿Una ciudad en medio del desierto? —desconfió otro que cabalgaba cerca del jefe.

—Comprobémoslo —decidió el general, igualmente escéptico.

Los veintitrés soldados persas descendieron de sus monturas a la entrada de la misteriosa ciudad levantada en medio del desierto. No

tardaron en armarse, sobreponiéndose al agotamiento de tan largo viaje, antes de comprobar qué clase de lugar era aquel, si bien no se trataba de un espejismo. Edificios bajos se distribuían diseñando estrechas callejuelas interiores, alumbradas por antorchas, que en ocasiones se convertían en pasadizos abovedados, oscuros como la boca de un lobo. Mâlik capitaneó, como de costumbre, la expedición hacia el interior. Querían dormir, aunque

un baño y algo que llevarse a la boca previamente no les vendría mal.

Sus pisadas resonaban entre los muros, magnificadas por un inquietante silencio. Muchas puertas permanecían cerradas, pero otras permitían el paso a hogares o tabernas misteriosamente vacíos.

Uno de los hombres se dirigió a Mâlik:

—Esto no me gusta.

El general, observando a su alrededor mientras proseguían a

paso lento el recorrido, contestó:

—Buscaremos un lugar donde pasar la noche y partiremos al amanecer. Será mejor esto que la intemperie del desierto.

—Aquí no hay nadie —observó otro—. ¿Qué habrá ocurrido?

—Todo está como... —se alzó una tercera voz entre el grupo.

—Como si sus habitantes hubieran desaparecido de repente —concluyó otro guerrero.

Al final de uno de los pasadizos se toparon con una plaza cuadrada.

Mâlik se detuvo; y tras él, los otros. En medio de la plaza se alzaba un obelisco cercado por antorchas cuyo fuego ondeaba por la acción de una tenue corriente de aire. Flotaba un olor pútrido en el ambiente, estancado ante ellos. Los soldados se miraron entre sí, desconcertados, y Mâlik llamó la atención del grupo sobre una fina capa de niebla que se elevaba a escasos palmos del suelo, expandiéndose desde el monolito hacia las cuatro esquinas como si

estuviese viva.

—Deberíamos alejarnos de este lugar —recomendó una voz prudente.

—Hemos luchado durante años contra todo tipo de enemigos y aquí estamos. ¿Acaso te asusta un poco de niebla? —se mofó otra ruda voz.

Mâlik alzó la mano pidiendo silencio e inició el paso hacia el centro de la plaza. Sus hombres se dispersaron, dibujando una figura circular con el fin de cubrir todos los flancos y tener visibilidad de

cada ángulo. El olor fétido no provenía de la piedra, como pudo comprobar el general al aproximarse a ella, sino que se concentraba en aquel lugar de la ciudad como si desembocase desde cada una de las calles que confluían en él.

Un gato maulló desde un tejado, captando la atención del guerrero y de algunos de sus hombres. Había sido el primer sonido terrenal que habían escuchado desde que desmontaran. El felino, sentado

sobre un saliente con la luna por halo, los miraba con sus enormes ojos verdes cargados de curiosidad. Mantenía una pose expectante: la chepa bicolor, a manchas negras y marrones, encorvada; el rabo circundando sus posaderas; las patas delanteras firmemente apoyadas y el pecho, más claro que cualquiera de sus otras dos tonalidades, erguido bajo una blanca boca de interminables bigotes.

—Hasta el maldito gato es

extraño. ¿Os habéis fijado?

—Jamás había visto uno igual —
confesó el que estaba a su lado.

El gato volvió a maullar. Pero esta vez lo hizo con un tono más prolongado, mostrando sus finos colmillos al tiempo que apartaba la vista del grupo y la dirigía hacia el interior de una de las travesías. Entonces Mâlik se volvió hacia donde miraba el animal y, en la distancia, descubrió una figura que se aproximaba hacia ellos.

Parecía un hombre. Una persona

enorme y robusta que caminaba con cierta dificultad; contrahecha. Arrastraba uno de los pies, lo que infería una sensación de cojera, y sus brazos colgaban lánguidos por sus costados.

Mâlik llevó la mano a la empuñadura de su espada, sobre la cadera, y los músculos tatuados de su brazo se tensaron.

—¡Estad preparados! —previno al resto alzando la voz.

Pero otra surgió desde el lado opuesto de la plaza, casi al tiempo:

—¡Por aquí se acerca gente muy extraña, Mâlik!

Y una tercera voz se unió a la del anterior:

—¡Un grupo de seis o siete personas viene hacia nosotros! Parecen heridos.

—¡Sacad las armas! —ordenó Mâlik desenfundando la suya y haciéndose con una segunda que colgaba de su otra cadera.

El sonido de los aceros de los veintitrés silbó al unísono. Por cada callejuela, un grupo innumerable de

gente avanzaba hacia los persas, aparentemente desarmado, con paso tardo y exánime.

Fue en el momento de alcanzar la plaza cuando, a la luz del fuego, el ejército descubrió el horror: hombres y mujeres de distintas edades, andrajosos, los cercaban impidiendo su escapatoria. Sus cuerpos parecían endebles, famélicos en su mayoría, y sus ojos, albinos, contrastaban con los oscuros restos de sangre reseca distribuida por la piel. Los labios

agrietados también contenían restos de esa sangre, lo que atestiguaba que se habían alimentado de carne viva. Los soldados sujetaron con fuerza sus armas dispuestos a entrar en combate a la orden de su general. Pero Mâlik guardaba silencio. Aquellos extraños lugareños se habían detenido.

Ante éste, el hombre robusto permanecía inmóvil con la vista clavada en el suelo. Su larga cabellera, lacia y mugrienta, ocultaba parte de un rostro herido,

colmado de arañazos y cortes. Cuando levantó la cabeza, Mâlik observó que aquel era sin duda al que más ración le correspondía en los banquetes. Alrededor de su boca encostrada se agrietaba la piel bajo una barba despoblada y negruzca. Sus ojos de iris blanquecinos conservaban una diminuta pupila casi imperceptible y pequeñas venas ramificadas los enrojecían. Miraba fijamente al guerrero, desafiante. Indudablemente parecía más

poderoso que él, incluso sin portar ningún arma.

Tras unos instantes en que ambos se midieron en silencio, el hombre robusto alzó su dedo índice, señalándolo como si lo hubiese elegido de alimento, y separó sus labios. Bajo éstos, una ristra de afilados dientes resplandeció.

Mâlik, estremecido, alzó la voz:

—¡Preparaos!

El hombre robusto, en respuesta, profirió un grito desgarrador que produjo un terrorífico eco en la

plaza. La señal que desencadenaba la contienda:

Los soldados cargaron contra los lugareños al tiempo que éstos saltaban ágilmente sobre ellos haciendo alarde de movimientos sobrehumanos. Los persas, que peleaban con destreza, utilizaban hábilmente cuerpo y acero para desmembrar a sus enemigos, a los que se enfrentaban desordenadamente y en inferioridad numérica.

En cuanto a Mâlik, su cruento

enemigo lo aguardaba con expresión desencajada, mezcla de odio y voracidad. Mientras su ejército se dedicaba por completo al grueso de caníbales, él se disponía ante el líder de aquellos híbridos de hombre y cadáver. Y, armado de valor como en tantas otras ocasiones, corrió hacia aquel mastodonte con intención de derrocarlo cuanto antes.

De un salto lo alcanzó con las plantas de sus botas, golpeándolo a la altura del pecho, lo que hizo

retroceder unos pasos al enemigo y, a él, rebotar contra el suelo, rodando después.

El gato tricolor presenciaba la escena con curiosidad, desde las alturas. Abajo, entre la escaramuza, dos soldados se movían en círculo asestando golpes con sus descomunales hachas de guerra. Habían sido rodeados por un grupo numeroso y, aunque muchos yacían ya heridos en el suelo, seccionados por sus afiladas hojas de acero, aún subsistían unos cuantos. De manera

sorpresiva, una mujer semidesnuda y rabiosa, de pelo blanco hasta la cintura, saltó sobre uno de ellos encaramándose a su espalda y le hincó los dientes en el cuello. El mordisco provocó la salida masiva de sangre del fornido guerrero, bañándola el rostro y arrancándole a él un alarido de dolor. La mujer, con ambos brazos rodeando su contorno, separó su boca para tomar aire y, con semejante fiereza, volvió a hincarle los dientes. El soldado, incapaz de quitársela de

encima, se balanceaba hacia los lados pidiendo ayuda, pero su compañero se las veía y deseaba para zafarse de los que aún los acorralaban. Entonces un sonido silbante cruzó la plaza, pasando inadvertido por el barullo de voces y bramidos de la contienda, y terminó con un crujido seco del que sólo se percató el guerrero herido. Al momento, la mujer del pelo blanco separó los dientes de su carne y aquellos esqueléticos brazos dejaron de hacer presión,

con lo que el cuerpo se desplomó en el suelo. El soldado, de rodillas, se cubrió la herida taponándola con la mano mientras se giraba hacia su agresora, y descubrió agradecido que la flecha de un compañero había atravesado certeramente su cráneo por encima del entrecejo.

Mâlik rodó por el suelo con el tabique nasal fracturado tras recibir un revés en el rostro. La sangre brotaba sobre su bigote, deslizándose con rapidez por la barba. Medio aturdido, se esforzó

por ponerse en pie, aún conservando en la mano una de sus espadas. Sin embargo, el caníbal lo asió por la melena y lo elevó como si de un muñeco de trapo se tratase. El persa gritó de dolor, dejando caer el arma, y su enemigo lo lanzó nuevamente a varios metros. En esta ocasión fue la pared de una de las casas la que lo detuvo. Con la vista nublada, Mâlik creyó ver, mientras trataba de sobreponerse, a uno de sus soldados sobre el tejado disparando flechas, una tras otra,

hacia la escaramuza. Pero no tenía tiempo para cerciorarse, pues el enemigo se aproximaba nuevamente a gran velocidad. Sólo contó con una escasa tregua para hacerse con dos pequeños cuchillos lisos que portaba enfundados en su coraza de cuero, y cuando el energúmeno posó su gigantesca mano sobre su cabeza, se giró ávidamente y hundió ambos en la rodilla más cercana, girándolos después para quebrar el hueso. Su adversario rugió apartando la mano de su presa para

extraer los aceros clavados. El ensangrentado Mâlik se puso en pie mientras se hacía con un tercer cuchillo de su coraza y lo encaró nuevamente. Alrededor, los gritos de dolor se sucedían y ciertas voces de victoria comenzaban a sonar entre los persas.

El muerto viviente cojeó hacia Mâlik. Faltaba poco para que se le viniese encima cuando otro silbido, ahora más audible en la plaza, acaparó la atención de ambos. Una flecha certera atravesó secamente la

sien del gigante, en ángulo, y un líquido blanquecino y viscoso se deslizó por la punta sobresaliente de acero. Los ojos del caníbal se volvieron hacia el interior de sus párpados mientras clavaba sus rodillas en el suelo, antes de desplomarse. Y finalmente el general, con la vista absorta sobre su enemigo caído, pudo respirar aliviado.

Algunos cuerpos mutilados aún se retorcían en el suelo cuando todo hubo terminado. En el grupo de los

persas se contaron tres bajas, y nueve heridos por dentelladas que los compañeros se apresuraron a curar. El general ordenó prender fuego a los cuerpos antes de abandonar aquella ciudad que, sin duda, suponía la primera prueba en el camino hacia el templo.

4. El plan B

Cuando Corbal se sentó frente a ella, Virginia levantó la cabeza del libro, expectante. Su marido apuró el café, ya frío, alzó la mano y pidió otras dos tazas a la camarera.

—He llamado a un viejo conocido con el que trabajé la última vez que estuve aquí. Tiene una caravana. Pasará a recogernos en media hora.

Virginia sonrió, más relajada.

—Ya creía que no iba a salirnos bien nada.

—Es lo que tiene ser forajidos novatos... ¿Has descubierto algo?

—cambió de tercio señalando el libro con un movimiento de la cabeza.

Virginia lo cerró y lo devolvió a la bolsa.

—Nada diferente a lo que me contó Dante. Es un relato semejante a los de *Las mil y una noches*, aunque algo más crudo... Resalta el

aspecto más sórdido de las guerras y el más humano de los soldados que combatían por sus imperios, destacando su vacío interior, sus temores, sus sentimientos latentes bajo esas fachadas de fieros asesinos... No sé... resulta extraño leerlo después de todo lo que nos sucedió... —terminó reflexionando—. Pero aún no he encontrado ningún detalle que nos pueda dar alguna pista sobre...

En ese momento, un reflejo azul en la calle los alertó. La camarera

rellenó las dos tazas con café y miró hacia la calzada, donde una moto patrulla acababa de detenerse. La pareja contuvo el aliento, y giraron sus cabezas hacia la empleada regalándola una sonrisa forzada.

—Gracias —le dijo Virginia.

—No hay de qué. —Y se volvió camino de la barra.

De soslayo, Miguel comprobó que el agente desmontaba del vehículo.

—No pueden habernos localizado tan pronto... —susurró Virginia

echando la cremallera a la bolsa, lista para salir de allí a toda prisa.

—No nos han localizado — aseguró él—. Pero ese tipo viene hacia la cafetería.

—Esto es una pesadilla. ¿Qué hacemos?

—Quedarnos sentados tomando el café, como si nada.

El policía abrió la puerta y entró al local. Se había quitado el casco, que llevaba en la mano, revelándose como una agente de cabello rubio.

—¿Y si nos reconoce?

—Hay demasiados clientes. Tampoco somos unos asesinos. Sólo hemos robado una reproducción de un archivo de arqueología. Tranquilízate, ¿quieres?

Virginia tomó café, pero su mano temblaba. Frente a ella, Corbal miraba disimuladamente hacia el final de la barra, donde se había colocado la mujer de uniforme.

—¿Qué hace?

—Tomarse un café, nada más.

—Tengo que ir al servicio.

—Aguanta un poco —le recomendó él—. Se largará pronto.

—¿Estás seguro?

Corbal asintió. La agente había puesto el dinero sobre el mostrador y se había terminado la taza en dos tragos. Ahora intercambiaba algunas frases distendidas con la camarera, típico comportamiento de dos viejas conocidas. Desde allí, no podía escuchar la conversación, pero era irrelevante. Al cabo, la agente hizo un gesto de despedida

con la mano, se giró hacia la puerta y salió a la calle.

—¿Lo ves? —Corbal suspiraba aliviado.

Virginia miró por la cristalera. La mujer estaba de nuevo en su moto, colocándose el casco.

—Tenemos que salir de esta ciudad cuanto antes, o me dará un infarto.

—Para haber vivido tantas aventuras, no pareces muy acostumbrada a la acción... —comentó su marido con ironía.

—Una cosa es la aventura —
apuntó ella malhumorada, mientras
se ponía en pie—, y otra muy
distinta, ser perseguida por la
policía. —Y, guiñándole un ojo, se
encaminó hacia el servicio.

El amigo de Miguel Corbal era un
neoyorkino cuarentón, regordete, de
aspecto afable y risueño, llamado
Roy. Estrechó la mano de su viejo
colega con efusividad, y luego se
fundió con él en un abrazo, al pie de
la acera.

—¿En qué lío te has metido esta

vez, Miguelito?

—Te lo contaré de camino. Esta es mi mujer, Virginia.

Él la miró con agrado, la sonrisa impertérrita en la boca, y estrechó su mano con galantería.

—Un placer. Tu marido siempre ha sido especialista en meterse en follones.

—Lo sé. Pero esta vez tiene una disculpa.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Yo.

Roy intercambió una mirada con

Corbal, el ceño fruncido.

—No me mires así. Lleva razón.
Todo este tinglado es por ella.

—Entonces hacéis buena pareja.
¡Subid!

Corbal se sentó al lado de su amigo, en la cabina, mientras que Virginia decidió viajar en la caravana. Dos horas les permitiría a ellos recordar tiempos pasados y a ella, leer buena parte del libro.

Se acomodó en el sillón, junto a una ventana que mantenía corridas sus cortinas. Cuando el vehículo se

puso en movimiento, cogió de nuevo la preciada reproducción y buscó el siguiente capítulo.

Capítulo VIII

El poder del mago

La lúgubre sala oculta del palacio, propiedad exclusiva de Gaumata, gozaba de una iluminación anaranjada, casi rojiza, y de una temperatura cálida emitida por el mismo fuego que la alumbraba. El mago permanecía sentado en el centro de una piedra circular de tres

metros de diámetro, bien pulida, que dominaba la estancia a un metro sobre el suelo. A su alrededor estaban dispuestas las antorchas cuyo fuego causaba los efectos antes descritos y, sobre las paredes, iluminaban el recinto otras muchas.

Gaumata se hallaba desnudo, las piernas entrelazadas y las palmas de las manos apoyadas sobre sus rodillas. Conservaba la espalda perfectamente recta y la mirada fija al frente, sobre un alto pedestal de piedra, donde Raal preparaba

cierto mejunje mezclando el contenido de varias vasijas de barro. La egipcia vestía una túnica de seda transparente sobre su cuerpo desnudo, sin más adorno que el Medallón de orihalcon que pendía de su cuello. Tras largo rato hipnotizado en aquella piedra heptagonal de ámbar, mientras ella mezclaba brebajes, había creído vislumbrar algo insólito allí: la joya parecía palpar cual corazón humano. Aquello le devolvió a la memoria el último interrogatorio a

la joven, que había sido muy explícita al relatar sus propiedades para convertir a un hombre en un djinn [*Transcripción inglesa que se refiere al genio de la mitología semítica. N. del A*]; pero de igual forma le había alertado sobre el peligro que ello llevaba implícito: La poderosa energía consumiría su cuerpo hasta acabar con su vida. Después, se liberaría. Entonces podría pasar a otros cuerpos, que correrían la misma suerte que el suyo. Mas, de no ocupar ninguno, el

Medallón la atraparía dejándola presa en su interior.

Gaumata sabía, ciertamente, que ser un genio le otorgaría un poder inmenso, aunque tuviera que renunciar a su estado humano. Sólo tenía que apañárselas hasta que Mâlik le proporcionase la Piedra de Ilbet; entonces no necesitaría poseer otros cuerpos que minaran su poder y que se consumirían ávidamente ni sería atrapado por el ámbar. Pero, hasta ese momento, necesitaba encontrar la mejor

fórmula para sobrevivir. Quizá en estado físico —discurrió— correría menos riesgos. No obstante, el paso por el Medallón sería inevitable en algún momento. Y eso conllevaba un serio peligro: sólo el propietario del objeto podría liberarlo nuevamente. Hasta qué punto Gaumata podía fiarse de la egipcia, no lo tenía muy claro.

Cada pro y cada contra se había ido alternando durante días en la cabeza de Gaumata. Al mago, la idea de conseguir aquel estatus lo

seducía hasta la enfermedad, pero no a cualquier precio. Sin embargo, en un momento de lucidez, obtuvo la solución a su problema: obligaría a la egipcia a acatar su voluntad llevando encima un elemento mágico que la obligara a obedecer sus órdenes: un objeto creado por él mismo.

Aquel elemento lo confeccionó el hechicero en forma de anillo dorado, grabado en su interior con una fórmula, que colocó en el dedo índice de Raal y que quedó

acoplado a éste como si formara parte de su propia piel. De aquella manera, desde el medallón podría manipular su mente para ser liberado a su antojo.

Gaumata siguió absorto en el interior del ámbar hasta que un destello se escapó de la joya difuminándose en el ambiente.

—Ya está —informó en aquel momento Raal y levantó la cabeza hacia el mago.

Éste desvió la atención del colgante. Una ligera corriente

eléctrica parecía recorrerle por dentro.

—¿Estás preparado? —le preguntó aproximándose con una vasija sostenida en ambas manos.

—Creí estarlo.

—Gaumata, aún puedes desistir...

El mago la miró en silencio. Sus pupilas brillaban por el fuego y transmitían un temor mezclado con codicia.

—No —respondió finalmente—. Tengo la oportunidad de poner el mundo bajo mi mando. Eso es algo

que muchos otros anhelan y que jamás lograrán. Estoy listo — sentenció cerrando los ojos.

Raal cruzó la frontera de antorchas y ofreció la vasija al hechicero, que la recogió con ambas manos y la llevó hasta sus labios. La egipcia abandonó el círculo de piedra para regresar al pedestal; allí tomó el medallón y lo elevó ante su rostro, mirando a través de la piedra heptagonal a Gaumata mientras bebía éste el brebaje. Luego comenzó a susurrar

algo ininteligible, en un dialecto desconocido incluso para aquellos que hubieran logrado oírlo. El mago, que permanecía con los ojos cerrados, seguía bebiendo. Un extraño fenómeno se observó en aquel instante en el ámbar; unos finos hilos de electricidad surcaron su interior en forma de pequeñas descargas. Raal continuaba su oración, con la vista fija en unas ondas que reemplazaron a los hilos eléctricos, como si de agua se tratase, y que distorsionaron más la

imagen de Gaumata.

A éste se le cayó la vasija, ya vacía, haciéndose pedazos contra el suelo. Permaneció sentado, con los brazos colgando sin fuerza a los costados y la cabeza tendida hacia atrás, sobre la espalda. Pronto, un fuerte dolor lo dominó desde sus entrañas. Se retorció de pies a cabeza, sin control alguno de su propio ser. Finalmente, quedó tendido sobre la piedra pulida, en posición fetal, convulsionando.

El fuego de las antorchas se elevó

hasta un metro haciéndose vivaz. El rostro de Raal se iluminó aún más, enrojecido por la luz, y la egipcia soltó el colgante; pero contra cualquier previsión, éste se mantuvo flotando ante ella. Del interior de la piedra, convertida en líquido, se desprendió una esfera transparente del mismo diámetro que la circunferencia de orihalcon. La esfera flotó suspendida en el aire durante unos instantes, mientras Gaumata se descomponía por el tormento. Seguidamente, fluctuó

hacia el círculo central de piedra pulida, atravesando la muralla de fuego sin oposición alguna.

Mientras tanto, una fuerza invisible colocaba el cuerpo del mago en posición horizontal y lo suspendía en el aire unos centímetros. El susurro de Raal le resultó perfectamente audible a éste, pero era incapaz de abrir los párpados o de realizar cualquier movimiento físico; en realidad, era como si su cuerpo ya no le perteneciese y no obedeciese sus

órdenes.

Las llamas se avivaron cuando la esfera se aproximó al rostro del hechicero. Alcanzaron los dos metros de altura y un espeso humo negro ascendió hasta el techo abovedado. Aquella esfera transparente, que parecía formada por algún líquido translúcido, se posó suavemente sobre los labios resecos de Gaumata adoptando la forma y textura de éstos, fundiéndose con ellos al instante.

Una inhalación profunda

suministró oxígeno a sus pulmones; y despertó del letargo. El fuego descendió y con él, la luz y el calor.

Raal susurró las últimas palabras de su oración y el medallón volvió a ser presa de la gravedad, recuperando el ámbar su solidez y su geometría.

Gaumata miró hacia el techo, inmóvil aún; sólo respirando. La luz de las antorchas llegaba con dificultad ahí arriba. Sin embargo, recordaba aquel techo mucho más alto de lo que lo veía ahora. Una

sensación extraña lo dominaba. Le resultaba placentera; indefinible. Al cabo, decidió ponerse en pie y su cuerpo obedeció al deseo adquiriendo súbitamente la verticalidad.

Sólo entonces se dio cuenta de que se hallaba flotando a varios metros sobre el suelo.

Capítulo IX

El viaje de Mâlik:

Fantasmas del pasado

En su sueño, la noche imperaba, plácida y serena, sobre la ciudad de Ecbatana. La oscuridad de una habitación protegía a Mâlik, que dormía plácidamente junto a su hermano mayor. Contaba entonces ocho años y resultaba ser un

muchacho fuerte a quien Roque, su padre, pretendía educar fuera de la doctrina militar; algo que no había logrado con su primogénito. El rey Ciro lo alentaba a menudo para que recapacitase: <<Con un soldado como tú —decía— y una familia con recio pasado militar, errarías apartando al muchacho de nuestro ejército. Lo que el Imperio necesita es, precisamente, buenos guerreros. No sólo diestros en el uso de las armas, sino inteligentes estrategias capaces de dirigir batallones>>.

Pero Roque tenía distintos planes. Ya había arrastrado a uno de sus hijos con él y no deseaba lo mismo para el otro. Ciro, el Grande, anhelaba ampliar más el territorio y las guerras se vaticinaban interminables. Además, como asesor del regente, Roque conocía perfectamente el futuro del ejército. Hasta el momento todo había salido bien. Persia se expandía, a veces de manera más costosa y otras, sin demasiado esfuerzo; pero en algún momento Ciro alcanzaría el fin de

sus días. Y su hijo mayor — legítimo sucesor—, Cambises, que ya gobernaba Babilonia, poseía un carácter más temible que el de su padre.

En alguna ocasión Ciro y Roque habían tratado el peliagudo tema de Cambises. Al monarca le preocupaba su forma de entender el poder y temía que, faltando él, se convirtiera en un rey déspota; porque eso llevaría a la ruina al Imperio que tanto trabajo le estaba costando levantar. Roque se

inclinaba por Esmerdis, el hijo menor. Por ello había recomendado que partiera el poder; pero Ciro no parecía dispuesto a adoptar de momento semejante medida. En lo que sí le hizo caso fue en obligar a Cambises a abandonar el trono de Babilonia, pues comenzaba a causarle más problemas que beneficios.

En el sueño, el inquietante silencio en el interior de aquella habitación compartida vaticinaba algo escalofriante, pero fuera del

alcance de cualquier imaginación.

Cuando la desgracia se cernió sobre la familia de Mâlik, azotó de golpe; violenta y despiadadamente. La puerta cayó al suelo levantando una pequeña y blanquecina nube de polvo. El estruendo los despabiló a todos. La pálida claridad de la luna se filtró en el hogar, recortando las figuras de enormes guerreros cuyas sombras se alargaban grotescamente en el suelo.

Roque se puso en pie, desorientado, y buscó a tientas su

espada. Seis hombres armados con dagas y sables se encaminaban ya hacia él, con paso firme. Mâlik los entrevió, aún soñoliento, como si formaran parte de una de sus pesadillas. Pero no, aquello era real. Escuchó el grito despavorido de su madre y un escueto cruce de aceros que terminó en un quejido ahogado. El pequeño volvió la cabeza hacia su hermano, que aguardaba en pie en medio de la estancia, con la mirada hipnótica en el exterior. Allí, desde el umbral de

la puerta, una sombra espigada los contemplaba a ambos.

El siguiente sonido silenció los chillidos de su madre de manera abrupta. Pareció un golpe seco; y a éste le continuó el silbido sutil de una hoja cortando el aire y empotrándose en el suelo, amortiguando previamente aquel impacto algo indeterminado que hubiera opuesto escasa resistencia al acero concienzudamente afilado.

El pequeño permaneció inmóvil en su lecho; semisentado con los

ojos abiertos como platos. Tras la sombra que los vigilaba clareaba parte de la casa, más iluminada ahora por las antorchas que aquellos bárbaros portaban. Fue cuando vio pasar a uno de ellos en dirección a la calle. Guardaba su espada con una mano y, mientras atravesaba la estancia, el niño se fijó en que transportaba un extraño bulto en la otra.

Mâlik abrió los ojos y se incorporó desosegadamente; su pecho subía y bajaba a ritmo

vertiginoso y tardó un tiempo en aclimatarse. Lo justo como para comprender que no tenía ocho años y que no estaba sentado en su lecho, ante la sombra de un siniestro personaje que había entrado en su casa para matarlos a todos. En realidad, se hallaba en la cubierta de una gran embarcación, al amparo de las estrellas, cruzando un mar en calma. Los remos crujían al empujar el agua y los remeros se esforzaban en hacerlo deprisa.

El general secó el sudor de su

frente y se puso en pie. Hacía tantos años que no había vuelto a padecer aquella pesadilla... El suelo crepitó bajo sus pies mientras se encaminaba hacia la proa. En su mente aún podía ver plasmada la última imagen de su sueño: el robusto guerrero que se perdía tras el cuerpo de aquella figura espigada. Se alegró de no haber visto jamás los restos de su madre, que con obviada yacerían en el dormitorio; ni los de su hermano, al que dos soldados arrastraron lejos

de su vista antes de pasarlo bajo la espada. De lo contrario, el terrible sueño podría haber sido aún más tétrico.

Hizo una parada en su saca de provisiones y tomó un trago de vino. Algunos de sus hombres dormían repartidos por la cubierta; otros, bebían como él.

La forma en que había huido de aquella muerte segura jamás llegó a explicársela —recordó mientras se sentaba en la borda y sentía la brisa del mar acariciando su melena—.

Había salido corriendo, como un rayo, y quizá su escasa estatura y su complexión lo ayudaran de zafarse de cuantos trataron de echarle mano. Ni la sombra espigada de la puerta, primero, ni unos cuantos bárbaros después fueron capaces de darle caza. Había corrido y corrido hasta desfondarse; pero para entonces ya se encontraba lejos, muy lejos de su casa.

Echó nuevamente un trago y bajó la vista hacia la oscura mar, que parecía abrirse al paso de la

embarcación.

Jamás había regresado a Ecbatana. Después de unirse a un grupo de soldados persas que atravesaban su ciudad, deambuló con ellos hasta otra comarca. Subsistió durante dos años de aquello que robaba por las calles hasta que cierto día la casualidad llevó su ágil y entrenada mano a la saca de un hombre que paseaba por la plaza. Aquel anónimo, más hábil que él, capturó su endeble brazo en el momento en que se disponía a

salir corriendo con el botín. Pero no fue entregado a la guardia. Por contra, el extraño acabó adoptándole. Aquel hombre de la plaza se llamaba Gaumata, y decía ser un mago. Un proscrito que, como más tarde le confesó, había sido expulsado de Persia por el rey Ciro.

Nada sabía él en aquellos años de los asuntos de su padre, ni de enemigos o aliados. Bastante tenía con subsistir, huérfano. Pero aquel hechicero le prometió que, si

aceptaba crecer junto a él, un día lo ayudaría a llevar a cabo su venganza.

Los años pasaron y Gaumata se convirtió en mentor y padre adoptivo del muchacho. Lo formó en diversas artes, incluida la lucha, y lo adoctrinó sobre los posibles adversarios del Imperio. Cualquier región súbdita podía crear enemigos, como los griegos, los egipcios o los masagetas del Asia Central, que casualmente fueron quienes acabarían tiempo después

con la vida del rey. En cuanto a enemigos personales de éste, Gaumata jamás había mentado más que a unos pocos generales en discordancia, pues poco podía saber alguien que se había mantenido alejado de Persia. Por aquella razón, el joven Mâlik nunca supo con certeza los motivos reales que pudieron llevar a aquellos bárbaros a perpetrar tan atroz crimen.

Quejidos de sobreesfuerzo emanaban de boca de los remeros.

El general bebió, con la mirada perdida en el imaginario horizonte definido brevemente por unos cuantos puntos luminosos en el cielo. Su recuerdo aún naufragaba en los días de su pasado y sus ojos permanecían cegados por él. Lo suficientemente cegados como para no advertir que, muy cerca de la superficie, algo navegaba junto a la embarcación.

Años después entraría a formar parte del ejército, separándose de su mentor y dando el siguiente paso

para consumir su venganza — seguía rememorando Mâlik ajeno a lo que le rodeaba—. Su única obsesión era dar con el asesino de su familia, pero, entre tanto, acabaría con la vida de todos aquellos que se declarasen enemigos del Imperio; porque también habrían de ser considerados enemigos de su difunto padre. El primer hombre que murió bajo sus pies fue un tipo fornido, igual que el que recordaba saliendo de su casa con la espada

ensangrentada. Y en algún momento de la pelea fantaseó con la idea de que pudiera tratarse de él. A cuerpo descubierto, bajo un sol inclemente, golpeó una y cien veces con su espada a aquel malnacido. Casi todos los ataques fueron detenidos por el acero del robusto guerrero, a excepción del último; el que rajó su vientre. De rodillas ya, el contendiente suplicó clemencia, a lo que Mâlik respondió con otro golpe de espada, semicircular, que acabó con la vida del guerrero y

con cualquier atisbo de humanidad en su corazón. El joven soldado persa, salpicado con sangre de un extraño, permaneció observando el cuerpo inerte durante largo rato, como fuera de sí. Y se mantuvo absorto hasta que, por fin, un compañero tiró de su brazo devolviéndolo a la realidad. De todas las sensaciones que pudo haber experimentado sólo recordaba ahora una: indiferencia. Y aquello le hizo pasar de ser un buen soldado a convertirse en un

perfecto asesino.

Con el tiempo llegarían más batallas, y más víctimas. De distintas procedencias. Todo resultaba igual: carne y sangre en abundancia justificando las acciones de reyes que sólo anhelaban el poder, sin respeto alguno hacia la vida del hombre. Y en las contiendas estaba él; Mâlik, hijo de Roque, haciendo lo único que había aprendido a hacer. Había perdido ya la cuenta de las veces que había cercenado las cabezas de

los figurados asesinos de su familia cuando descubrió que lo único que aliviaba momentáneamente su dolor era el opio. Un extraño le había explicado una vez que la venganza no concede deseos. ¡Cuánta razón llevaba! Mandrágora y alcohol lo aliviaban de noche y, durante el día, su adrenalina se disparaba para actuar en favor de su Imperio, ahora en manos de Cambises, quitando la vida de sus semejantes. Las rameraas hacían mejor servicio al mundo — llegó a concluir—. Pero, en fin, ya

era tarde para dar la vuelta. Había descubierto el flaco favor que le había hecho su mentor, el mago, alimentando su sed de venganza. Y aún así, todo se lo debía a aquel hombre.

Desde entonces su vida no fue otra cosa que un camino interminable hacia el infierno, sin más destino que arder en él.

Se puso por fin en pie y apartó el cabello de su rostro con la mano; aquel gesto se llevó consigo la resaca de la pesadilla. La

embarcación continuaba cortando el mar, que se separaba hacia el exterior en ondas simétricas. Bajo ella, la negrura escondía secretos insondables. Pero pronto, Mâlik apreció algo más extraño que el movimiento natural del agua. Burbujas de gran tamaño emergían desde las profundidades desapareciendo al entrar en contacto con la superficie.

El general frunció el ceño y se inclinó sobre la borda. Más burbujas hacían su aparición en ese

momento. Tras él, una voz lo alertó:
—¿Qué demonios es eso?

Mâlik se volvió. El soldado atisbaba el horizonte, con los ojos exageradamente desorbitados. Otros hombres se arrimaron tras la alerta. Y, al echar un vistazo en la dirección que éste les indicaba con la mano extendida, todos quedaron paralizados.

Capítulo X

La visión de Cambises

Bebía junto a sus generales, en compañía de hermosas egipcias que los embelesaban y daban placer, y hablaba de futuras conquistas en Kush, ahora que se hallaban cerca de expandirse al sur del Nilo. Cambises disfrutaba del merecido descanso tras una agotadora

jornada. Afuera, el viento soplaba surcando con furia las calles de Tebas.

El monarca, al igual que el resto, estaba ebrio. Sin embargo, la presencia que apareció ante él resultó tan real que ni el alcohol logró empañar su imagen. El silencio reinó en aquel mismo instante y las esclavas detuvieron sus artes, ciertamente acongojadas.

Gaumata, apoyado en su bastón de mando, avanzaba por la estancia en dirección al rey. Dos de sus

generales, Mazares y Harpago, derramaron el vino de la jarra al contemplar al mago, que había hecho su aparición surgiendo repentinamente de la nada. Demasiado lejos tenían sus armas como para poder acceder a ellas, pero el primero, decidido, se interpuso en su camino.

—¿Cómo osas presentarte ante tu rey de esta forma, hechicero? —le reprendió apoyando la palma de su mano en el pecho del intruso.

Éste lo miró fijamente, sin

pronunciar palabra. Cambises sonreía detrás, recostado sin inmutarse. Inmediatamente, Mazares comenzó a experimentar un creciente agarrotamiento en los dedos que se fue extendiendo a lo largo de su brazo. Al llegar al cuello, su cabeza se torció hacia atrás y el general profirió un grito de dolor cayendo de rodillas ante Gaumata, con el brazo aún extendido hacia él.

—Está bien. Es suficiente —
amonestó Cambises.

Mazares se desplomó exhalando un soplo de alivio y el resto de los presentes rió.

—¡Acércate! Y los demás —se dirigió al grupo—, seguid disfrutando.

El mago se aproximó lentamente y se detuvo ante el rey exagerando una reverencia.

—No es procedente aparecer por sorpresa ante mí —comentó bebiendo de la jarra que descansaba a su lado—. Ni que humilles a mis generales en

público. Pero sé que te debo el estar hoy donde estoy, y por eso perdonaré tu insolencia. Y ahora dime, ¿qué te trae hasta aquí?

—Mi deseo es hablarte de un asunto que nos trae de cabeza, señor. Un asunto del que debieras ocuparte personalmente antes de continuar tu expansión hacia Kush.

Cambises observó al mago. Desde su partida, aquel hombre parecía haberse consumido: su rostro se antojaba demacrado y su piel había palidecido

considerablemente. Bajo sus ojos, oscuros y penetrantes como siempre, asomaban unas bolsas ligeramente violáceas y el vello se había tornado más plumizo que antaño. No se trataba sólo de aquellos rasgos generales, sino que un cambio aún más significativo yacía en otros despreciables detalles. Por ejemplo, su faz se perfilaba más angulosa; los globos oculares sobresalían de sus cuencas leve pero notablemente, remarcados por unas cejas finas y

exageradamente arqueadas, y un brillo peculiar en sus pupilas parecía contener un fuerte poder de encantamiento. Además su voz, aunque grave como el rey la recordaba, entonaba con embrujado tinte melódico.

Cambises sirvió vino y se lo ofreció a Gaumata. El mago tomó la copa, llevándola después hasta sus labios.

—Habla, pues —concedió el rey.

Gaumata amplió su agradecimiento con una sonrisa,

mostrando unos dientes largos y amarillentos en torno a los cuales sus estrechas encías comenzaban a pudrirse.

—En el oasis de Siwa reside el oráculo de Amón, mi rey. Hemos sido condescendientes con este pueblo, pero su dios faltó a tu respeto y al de nuestro Imperio vaticinando tu derrota en la campaña de Egipto. Hemos de demostrar que nuestro poder es superior. Y hemos de hacerlo antes de continuar hacia el sur. Sólo así

los pueblos rebeldes abrirán sus puertas y se postrarán ante ti. De lo contrario, puede que piensen que eres un rey indulgente y te planten cara...

—¿El oráculo de Amón? — Cambises rió—. Kush caerá como sus vecinos egipcios. Con Amón o sin él.

El mago hizo girar su bastón entre los dedos, apoyado con firmeza en el suelo. Entonces, el diamante piramidal que lo coronaba brilló.

—Algo me hace presagiar que no

será tan sencillo como lo ves. Créeme cuando te digo que debes destruir ese oráculo. —Sus ojos se posaron fríamente en las embriagadas pupilas de Cambises y éste padeció un ligero mareo.

El rey se incorporó con pesadez. Todo le daba vueltas emborronándose a golpe de vista. La figura de Gaumata era la única que prevalecía nítida ante un entorno difuso en el que las voces de sus hombres se tornaban ininteligibles. Ante aquellos

sonidos distorsionados, el timbre de Gaumata acaparó la atención de su señor:

—Destruye el oráculo o él te destruirá a ti...

Y tras aquella sentencia, Cambises sufrió un vahído y su cuerpo se desplomó.

Al despertar, el sol despuntaba sobre Tebas. Yacía en un lecho junto a dos egipcias desnudas y Mazares aguardaba en la puerta.

Vestidos de campaña, ambos se dirigieron a reunirse con el resto de

generales. Por el camino, Cambises comentó a su acompañante lo sucedido la noche anterior. Pero, para su sorpresa, Mazares afirmó que el mago Gaumata no se había presentado ante ellos y que él había perdido el conocimiento por efecto de la bebida.

Capítulo XI

El viaje de Mâlik: A través del Mar Rojo

Ante los ojos de los asombrados ocupantes de la embarcación, la luna iluminaba una cortina anaranjada que se elevaba desde el mar hasta el cielo, a pocas millas de distancia.

Los remeros se detuvieron

inmediatamente, girándose para contemplar aquel fenómeno. Pero el barco seguía en movimiento, con rumbo fijo; continuaba avanzando hacia ella a gran velocidad, como impulsado por una fuerza invisible.

—¡Girad la nave! —ordenó una voz desde popa.

—¿Puede saberse qué es eso? —preguntó uno de los soldados atendiendo a las burbujas que los rodeaban.

Su tono sobresaltó a los demás.

Las burbujas emergían con más

fuerza y en mayor número. El general llamó la atención de todos sobre ellas y, por la borda contraria, otro hombre constató que algo extraño los rodeaba desde las profundidades.

Al mismo tiempo, los remeros luchaban por virar, pero parecía insuficiente el esfuerzo para lograrlo. Un vocífero angustioso emanaba de aquella parte del barco, rompiendo la aparente calma que hasta el momento los había acompañado.

Las burbujas explotaban en torno a ellos, produciendo un blop- blop amplificado y continuo; cada vez más intenso. Los soldados corrían de un lado a otro, certificando que por todo el perímetro se repetía aquel fenómeno.

Y así fue hasta que, finalmente, la catástrofe se desató con toda su furia:

Una columna de agua ascendió propulsada desde el fondo del mar, por estribor, y se alzó diez o quince metros antes de derramarse sobre la

tripulación. La embarcación se zarandeó y la cubierta quedó inundada. Uno de los soldados perdió el equilibrio y rodó por el suelo, mientras que varios remeros cayeron al agua, siendo engullidos posteriormente por las burbujas.

A aquella columna la acompañaron tres o cuatro más, cada una proveniente de un lugar distinto, con semejantes consecuencias que la primera. El barco sufrió las peores secuelas, anegándose hasta quedar al límite

del hundimiento. Los viajeros no se bastaban para achicar con la premura necesaria y cada propulsión de chorro daba con unos cuantos por la borda. Sin embargo, la misma fuerza invisible que los arrastraba hacia la cortina de luz naranja parecía sostenerlos sobre la superficie.

Mâlik y sus hombres (menos de diez quedaban en aquel momento desde la partida) se vieron impotentes para enfrentarse al antojo de la Naturaleza, o de la

magia, o de lo que fuera que estuviera provocando semejante catástrofe. Y entonces, ante sus incrédulos ojos, sucedió lo más increíble y devastador que jamás hubieran visto: próximo a aquel fenómeno de luz, el mar se elevó como si de una enorme montaña se tratase, alcanzando los treinta metros y ocultando con la espesura de sus aguas el astro lunar. La embarcación ascendió por su falda en un principio, mientras ésta se mantuvo navegable, pero pronto

llegó a adquirir tal verticalidad que la nave no pudo remontarla. Algunos soldados se precipitaron al vacío, perdiendo la vida por los golpes sufridos antes de llegar al agua. Ningún remero sobrevivió a tal posición.

El barco se detuvo, inclinado y vertical sobre la pronunciada pendiente marina, manteniendo un equilibrio endeble que súbitamente perdería. Mâlik aguantaba amarrado a un cabo que lo balanceaba hacia los lados como un

péndulo. El agua lo azotaba desde todas direcciones, con tal brusquedad que a veces sentía ahogarse. En la agonía, pudo presentir cómo sus últimos compañeros perecían faltos de fuerza y se dejaban llevar cayendo insondablemente a un abismo oscuro en cuyo fondo se hallaban las aguas turbulentas.

La nao resbaló por la falda, al tiempo que la cresta formaba una nube de espuma y comenzaba a retorcerse para iniciar su descenso.

Por fortuna, la cuerda balanceó a Mâlik con un movimiento ampliamente circular, cruzando de babor a estribor y, una vez fuera de la borda, le lanzó contra la ola.

La montaña se enrollaba con furia sobre sí misma, engullendo de paso la embarcación que, comparadas ambas dimensiones, parecía un insignificante objeto. Sin embargo, Mâlik no pudo contemplar nada de eso. La fuerza con la que había sido propulsado lo hizo entrar como una flecha en la pared de agua y

atravesarla, saliendo instantes después por la cara cóncava de la misma, donde el mar se movía en calma. Sólo tuvo la sensación de descender velozmente, como si la superficie cayese uniformemente varios metros, y escuchó el gigantesco estruendo que produjo la montaña al romper algunas millas más allá, a sus espaldas.

El general tosió, vaciando de sus pulmones el agua ingerida. Le faltaba el aire y todo su ser se resentía por los golpes y la tensión

acumulados. Ante él, la luna dejaba a la vista nuevamente una balsa plácida arropada por estrellas.

Del resto del naufragio no halló nada; al menos, de haber supervivientes tendrían que encontrarse muy lejos. Se mantuvo flotando un rato, girando a veces sobre sí mismo en busca de algún resto del barco donde poder agarrarse. Aún le sobraba adrenalina, pero después llegaría el agotamiento; y ese sería su fin.

Al cabo, decidió bracear hacia la

cortina de luz lentamente, con movimientos amplios; la cabeza alzada sobre la superficie como un periscopio.

Un tiempo después, al cabo de aquel extraño fenómeno que se elevaba inmenso ante él, algo bajo el agua le hizo detenerse de nuevo.

Blop —escuchó a sus espaldas.

Se giró apresuradamente. Una burbuja había emergido. A continuación, dos más a su lado: Blop, blop.

—¡Noooooooooooo!

Y su grito ensartó el silencio.

Capítulo XII

El ejército perdido

Cincuenta mil hombres partieron hacia el desierto de Libia, donde se extendía el oasis de Siwa. Un poderoso ejército en busca de un objetivo asequible: destruir el oráculo de Amón, según los nuevos designios del rey Cambises.

Gaumata se hallaba en el palacio,

en su sala oculta, levitando sobre la misma piedra donde había muerto como mago para renacer como djinn. Desde allí era testigo del periplo; una visión que mantenía encerrada en un triángulo formado por la unión de sus huesudas manos ante su rostro.

Los soldados, montados sobre sus camellos, soportaban el calor aún lejos de su destino. Y cabalgaban ajenos al peligro cuando un extraño murmullo, distante, alertó sus sentidos. Uno de los generales al

mando levantó el brazo deteniendo la expedición. A veces soplaban rachas de viento, pero no era aquel el sonido que habían creído percibir. Era éste más pesado y contundente, no tan liviano como un silbido.

Gaumata murmuraba ante su triángulo, conjurando. Una larga melena, lacia y poco poblada, recogida en una trenza, se deslizaba sobre la espalda desnuda; gris como la ceniza. Su cuerpo se iba consumiendo por días para liberar a

su renovado y poderoso espíritu. Súbitamente, abrió los ojos descubriendo dos iris rojos como el fuego rodeando a sus pupilas, ahora verticales y alargadas; sus labios se separaron para pronunciar en voz alta las últimas palabras de su maleficio, citadas en un lenguaje tan antiguo como secreto, y mostró aquellos dientes ya carentes de encías, putrefactazos en su interminable longitud, bufando como un felino.

En el desierto, los soldados

miraban en todas direcciones. El murmullo se acrecentaba, como si algo inmenso se aproximase hacia ellos raudo como una flecha. Entonces una voz alertó desde la lejanía, allá donde las últimas filas cerraban la expedición.

—¡Una tormenta de arena!

—¡Tormenta de arena! —gritó otro más adelantado y su voz corrió de unos a otros hasta alcanzar a los que encabezaban la marcha.

A partir de aquel instante todo sucedió a ritmo vertiginoso. Los

camellos se alborotaron a las órdenes agitadas de sus jinetes; el tumulto creció, así como la histeria colectiva. Algunos permanecieron petrificados ante la angustiosa escena de una sábana de más de veinte metros de altura cerniéndose sobre el grupo; otros corrieron lo más rápido que sus jorobados transportes les permitieron. Unos acabaron en el suelo, pisoteados por sus compañeros; los más afortunados prolongaron un rato aún la agonía, sintiendo cómo el viento

huracanado les azotaba ya el rostro con la arena cálida.

En un abrir y cerrar de ojos, el suelo pareció elevarse enterrando las patas de los animales y estancándolos para irlos engullendo lentamente después. Quienes conseguían escapar, se arrastraban aferrando sus manos a la arena en un intento inútil por huir. La gigantesca ola rojiza los alcanzó sin remisión, pasándolos por encima para borrar sus huellas como si jamás hubieran existido.

Cincuenta mil hombres
sucumbieron aquel día; y el viento
cesó después. Gaumata separó sus
manos y resonó en la sala una
carcajada de euforia. Luego
descendió sobre la piedra circular
mientras saboreaba el dulzor de la
victoria.

Capítulo XIII

La muerte de Gaumata

Tras aquel acto en el desierto, Gaumata se retiró de la vida pública encerrándose en palacio; y, más concretamente, en su sala secreta. No permitía que nadie lo molestase, sin excepciones. Aquellos fueron días intensos. Mientras su hermano se preguntaba

qué sería lo que lo mantenía enclaustrado, sin comer ni beber, alejado de todos y de todo, el resto de magos le insistía en la necesidad de llevar a cabo un plan rápido contra el rey, ante la sospecha de que algo anduviese mal en la salud de Gaumata.

Raal, por el contrario, exhibía una fría calma. Y aquello fue lo que desencadenó la ira de Patizithes, que terminó por temer que la que se había convertido en la mano derecha de su hermano lo hubiera

envenenado. De ahí su aspecto y su cambio de carácter en las últimas jornadas. Gaumata había ido degenerando poco a poco y él terminó por atar cabos reconociendo en Raal a la culpable de dicho deterioro.

El asunto anduvo a las puertas de terminar mal saldado. Pero una noche, tras un sueño inquietante, una voz guió a Raal hasta la sala secreta. Al llegar, el acceso se abrió permitiendo su paso. Y allí, rodeado de antorchas sobre la gran

piedra circular, descubrió el cuerpo consumido de Gaumata.

Entonces, la voz del hechicero volvió a susurrar en el interior de su cabeza:

—Libérame...

El Medallón de orihalcon permanecía sobre el altar desde donde la egipcia había consumado la transformación del mago. Se acercó hasta él y lo tomó en sus manos.

—Hazlo —le alentó aquella conciencia ajena.

Raal posó su mano sobre la piedra de ámbar y ésta se licuó despidiendo un potente fulgor. Tras éste surgió un resplandor anaranjado tan potente que la joven hubo de apartar la vista para no cegarse. Fue breve; lo que un latido. Después, todo volvió a la normalidad.

La egipcia colgó el medallón de su cuello y escudriñó alrededor.

—¿Gaumata? —preguntó con cierta inquietud.

—Veo que afuera los ánimos

están exaltados... —sonó su voz desde todos los rincones.

El fuego de las antorchas se avivó de pronto, sobresaltando a Raal.

—Nada que no tenga arreglo cuando reaparezcas públicamente.

Una suerte de aire hizo tremolar unas cuantas llamas.

—Pues tendremos que ponernos manos a la obra. El golpe contra el rey no surtió el efecto que yo deseaba. Él no estaba entre los miembros de la expedición. Sin embargo... —hizo una pausa y el

sonido se materializó tras el cabello de la chica—. Fue un duro golpe para su ejército. Perdió gente vital.

Ella se volvió y descubrió la figura de Gaumata a su lado. En realidad, se trataba de una representación, pues flotaba en la estancia como una neblina a la que le faltaban los pies; sin consistencia.

—¿Te he dicho en alguna ocasión que odio estos trucos? —manifestó la joven con cierto enojo.

—Vaya. Te pido disculpas, mi princesa.

—Así que el ejército está mermado... —Eché a andar bordeando las antorchas, para lo que hubo de cruzar previamente a través del espectro, que se desmaterializó y se recompuso como si nada

—Así es.

—Entonces va siendo el momento de dar el golpe definitivo, ¿no crees?

—Desde luego. Pero, primero, he

de resolver un asunto con mis colegas. No quiero que piensen que han de buscar un sustituto para su plan...

—Los reuniré al amanecer en esta sala —anunció ella—. El resto corre de tu parte.

Así fue. Al amanecer, la junta de magos se reunió en el lugar habitual. Pero, en esta ocasión, el cuerpo de Gaumata no presidía la mesa, sino que ocupaba el círculo central; sin vida. Todos se dispusieron en torno a él,

consternados, murmurando sobre el mal estado que presentaba el cadáver. Patizithes, dividido entre el dolor y la rabia, habló al difunto:

—Te prometo, hermano, que acabaré personalmente con la vida de esa ramera.

Terminadas sus palabras, y ante el asombro de los presentes, el cuerpo convulsionó como víctima de una fuerte descarga. Los hechiceros retrocedieron sobresaltados, lanzando exclamaciones de asombro. El difunto se fue elevando

ante ellos adquiriendo pronto la posición vertical y, seguidamente, descendió hasta posar sus pies sobre la piedra. Fue en aquel momento cuando abrió los ojos mostrando sus iris color rubí en torno a dos pupilas felinas y recorrió con su mirada, por turnos, a cada uno de ellos.

—¡Gaumata vive! —exclamó uno.

—Vivo, aunque de una manera distinta a la que podáis imaginar —respondió éste avanzando hacia el borde para dejarse posar

suavemente sobre el suelo—. En cuanto a ti, Patizithes, deja a la egipcia en paz. Gracias a ella soy ahora más poderoso de lo que jamás hubiera llegado a ser, y será mi mano derecha hasta que este Imperio me pertenezca.

Su hermano agachó la cabeza, sumiso, mientras Gaumata caminaba lentamente alrededor del grupo.

—En cuanto a vosotros, os he reunido para anunciaros que vamos a tomar posesión del trono. Ahora puedo albergar en el cuerpo de

quien se me antoje y obrar las acciones que desee. En mi gobierno ocuparéis un puesto importante, pero os aviso que quien pretenda usurpar mi lugar será destruido con la peor de las torturas imaginables. Sed, pues, bien recibidos en mi nuevo reino.

—¿Y cuál es tu plan? —preguntó su hermano alzando la mirada hacia el cadavérico rostro del djinn, que le provocaba escalofríos.

—Suplantaré al hermano del rey. El pueblo me aceptará sin

oposición. A fin de cuentas, se trata de un heredero legítimo.

—¿Y qué haremos con Cambises?
—planteó otro.

—Cambises ya no goza de mi protección. Tarde o temprano morirá. No debemos preocuparnos por él. —Guardó silencio, sin dejar de caminar en torno a ellos—. Comenzaremos por aplicar medidas en contra de levass e impuestos, y haremos resurgir a la aristocracia. Pronto, este será el Imperio que todos deseamos.

Los asistentes guardaron silencio. El plan no tenía pega alguna; era mejor aún que lo que ellos habían planteado en un principio. Suplantar la persona de Esmerdis, al que el propio Cambises había ordenado asesinar en secreto antes de emprender su partida hacia Egipto, era una manera de justificar ante el pueblo el derecho hereditario del trono. Nadie lo consideraría un usurpador y, en breve, sin la protección mágica de Gaumata, el rey hallaría la muerte segura.

Capítulo XIV

El viaje de Mâlik: Redención

Cuando abrió los ojos, hallábase tendido a orillas de un mar calmado cuyo color azul contrastaba con el rojizo matiz del paisaje desértico que lo rodeaba. Mâlik no recordaba más que aquellas burbujas ascendiendo a su alrededor;

después, había perdido el conocimiento. Seguramente, la protección de Gaumata le habría salvado de lo que fuera que se hallase bajo el mar, conduciéndolo hasta tierra firme —había especulado.

Por la posición del sol, aún no era mediodía. Caminó a pie, internándose en el árido desierto, en busca de un lugar donde cobijarse y comer. Pero ante su vista sólo se extendía la árida estepa, sin concederle pistas de a

qué altura se hallaba ni en qué orilla.

Caminó y caminó. Sus ropas se secaron rápido y el sol se pegó a su piel sin concesiones. A veces los pies le arrastraban de agotamiento, mas no quería detenerse; no podía. Su vista, a intervalos, se nublaba a causa del hambre y la deshidratación acuciante y, en aquellos momentos, el persa intuía la muerte.

Tras una cruel jornada, el sol se retiró dando licencia a la noche.

Mâlik descansó a la intemperie. Nada ni nadie había aparecido en su camino, a excepción de un pequeño oasis donde se había surtido de agua.

La jornada siguiente no fue mejor. Hacía tiempo que había dejado de sentir la piel reseca y los labios cortados. No porque no los tuviera, sino porque otras sensaciones aún más desagradables superaban a aquellas. El calor comenzaba a fundir su energía y la frontera entre la cordura y la demencia parecía

rondarle. La desesperación y la incertidumbre de encontrar su salvación lo minaban y, cuando no eran aquellos recursos, aparecían las memorias de los muertos. Quizá se estuviese encaminando hacia ellos —llegó a pensar—. Quizá aquel fuera el paso previo: un largo camino cuyos tormentos se regían por los actos llevados a cabo en vida. En su recuerdo se alternaban los compañeros que cayeron del barco con tantos otros que perecieron en combates previos;

bárbaros decapitados por su espada y prisioneros torturados con sus propias manos. Madres llorando la muerte de sus hijos e hijos sollozando por la falta de sus padres. Pueblos y más pueblos; unos saqueados, otros pasto de las llamas y el resto conquistados tras derramar litros de sangre sobre su suelo. Injusticia y barbarie a partes proporcionales, eso era todo lo que había regido sus actos.

Finalmente, a las puertas del nuevo ocaso, apareció ante él un

soldado griego portando la cabeza decapitada de su padre. Había cobrado presencia desde su mente y se había materializado sobre la arena de aquel inhóspito desierto rojo. En pie frente a Mâlik, con un casco protegiendo su cabeza voluminosa, sonreía bajo una poblada barba azabache. En una mano, la cabeza de Roque; en la otra, la enorme espada afilada y chorreante de sangre.

Mâlik se detuvo, derrotado. Miró al griego a los ojos, pero no sentía

ya en su espíritu odio ni sed de venganza. En realidad, no sentía nada. Se arrodilló clavando las rodillas en la arena, entregado, decidiendo que era un lugar como cualquier otro para morir. Entonces contempló las piernas musculosas del bárbaro avanzando hacia él y la sangre escurriendo sobre la tierra desde la espada. Aturdido, sin fuerza ni valor, el joven general agachó la cabeza aceptando el veredicto, pero un vahído se apoderó bruscamente de su

consciencia antes de recibir el golpe de gracia.

Al día siguiente, el calor y la luz lo despabilaron. Un suave viento azotaba su rostro, levantando tierra a intervalos. Contaba ya con que le asediaran nuevas visiones, aunque deseaba que la muerte lo alcanzara finalmente en aquella jornada. Quizá, de haber conservado algún arma, la hubiese utilizado para aliviar definitivamente su tormento. Pero ninguno de sus deseos se vería cumplido: Pasado el mediodía, un

extraño ruido le obligó a detenerse. En la distancia, por el oeste, se aproximaban tres jinetes a caballo. Cabalgaban rápido, a pesar de las dunas y de la dificultad de aquel terreno para dichos animales. Pero ellos se acercaban como si aquello no supusiera impedimento. Los corceles eran negros, y las vestiduras de sus jinetes contrastaban por su blancura irradiante bajo el sol. Cubrían sus identidades gruesas telas y turbantes y los tres parecían

encaminarse directamente hacia él. Fueran quienes fuesen, nada podría ya perjudicarlo.

Al cabo, los jinetes alcanzaron a Mâlik, rodeándolo. Uno parecía más robusto que los otros y ejercía de cabecilla. Incluso bajo la banda que cubría los rostros de los dos acompañantes, pudo adivinar que unos rasgos más delicados que los de un hombre adulto los caracterizaban. No supo definir Mâlik si se trataba de dos mujeres que escoltaban al primer jinete o de

dos jóvenes, pero pronto saldría de dudas.

En medio del círculo formado por los extraños, que comenzaron a trotar a su alrededor, el persa daba vueltas tratando de sostener la mirada de alguno.

Al fin se detuvieron. La potente luz del astro rey cegaba parcialmente su visión y las caras se ensombrecían ante él. El cabecilla apartó su tela de la boca y le habló:

—Ten cuidado, hijo.

Mâlik sintió cómo su corazón daba un vuelco. En aquella voz había vuelto a reconocer a su padre. Cayó pues en la cuenta de que sus acompañantes no podían ser otros que su madre y su hermano, y una fuerte emoción lo embargó.

Los tres caballos se agitaron y el de Roque relinchó.

—Padre —pronunció Mâlik tratando de contener las lágrimas.

—Sigue el camino, Mâlik. Pronto hallarás tu destino —vaticinó su padre.

—No agonices ni te rindas. Hijo mío, algo maravilloso te espera — aseguró la dulce voz de su madre mientras su animal se preparaba para partir.

—Suerte, hermano, y no olvides permanecer siempre alerta. Sólo así vengarás nuestra muerte.

Mâlik extendió el brazo hacia ellos, pero los corceles avanzaron y no los pudo alcanzar. Posteriormente, mientras partían, su padre volvió a advertirle:

—¡Lucha, hijo! El fin está cerca.

Y galoparon hacia lo alto de una duna mientras el viento borraba de inmediato sus huellas.

Mâlik quedó perplejo, con lágrimas en los ojos, y las figuras se esfumaron en el aire antes de alcanzar la cumbre.

Cuando se recuperó de aquella visión, echó a andar siguiendo el rumbo por donde se habían perdido sus difuntos. Remontó la duna y, al alcanzar la parte más alta de ésta, contempló aquello que le acababa de ser anunciado.

5. El vuelo

Roy no se había dado demasiada prisa en recorrer las noventa millas de distancia que, aproximadamente, los separaban del aeropuerto de Lehigh Valley. Había tomado la interestatal setenta y ocho hasta entrar en el Estado de Pensilvania y luego se había desviado por la veintidós pasando por la localidad de Brodhead. En total, dos horas de

trayecto. Para entonces, un empleado de la Corporación Nethuns los estaba esperando en el aparcamiento, lugar que habían acordado por teléfono.

Corbal se despidió de su amigo con la misma efusividad con la que se habían reencontrado, y le prometió que volverían a verse pronto. Luego acompañaron al empleado hasta una cafetería del aeropuerto y allí les hizo entrega de documentación falsificada donde pasaban a llamarse Scott Adams y

Anna Cartier. El hombre de la Corporación —que se había presentado como Jack Campbell—, un tipo fornido de pelo blanco ataviado con traje oscuro, les indicó que tendrían que pasar el control rutinario antes de embarcar. Era la razón por la que les había facilitado aquellos documentos. Después subirían al jet privado y pondrían rumbo a Miami, donde el señor Al Garner los estaba esperando. Pero antes, tendrían que hacer tiempo en la terminal hasta

que les dieran permiso para despegar.

—El señor Garner está satisfecho con el trabajo que han hecho —les confesó—. No tienen de qué preocuparse.

—¿La policía de Nueva York va tras nuestra pista y no tenemos de qué preocuparnos? —apuntó, con tono irónico, Corbal.

—Tenemos buenos contactos. Cuando llegue el momento, ustedes pasarán al olvido con respecto a este... suceso.

—Y si tienen tan buenos contactos, ¿por qué nos han encargado a nosotros el trabajo? Seguramente puedan contratar a gente más especializada.

Jack Campbell se acarició el mentón antes de responder:

—Como comprenderán, que la reproducción del libro caiga en manos inapropiadas puede volver a destapar la caja de los truenos. Y eso es algo que nadie desea. Ustedes, que lo vivieron en primera persona, conocen mejor que nadie

las dimensiones del asunto y la importancia que tiene sacar ese objeto de la circulación pública.

—Pero no somos unos ladrones...

—No dramatice, Corbal. El señor Garner necesitaba a alguien de total confianza para este trabajo. No podía encargárselo a cualquiera, porque evidentemente corríamos el peligro de que esa persona leyera el contenido del libro, como suponemos que estarán haciendo ustedes...

La pareja intercambió una mirada

cómplice.

—Al Garner contaba con ello. No nos importa que ustedes lo hagan, pues estuvieron involucrados en aquel fatídico episodio del desierto de Nubia. Y, de hecho, siguen involucrados en él. Pero imagínense lo que ocurriría si fueran otros en vez de ustedes los que lo tuvieran ahora en su poder...

—Está bien, pues aquí tienen el libro. —Virginia dio un golpe sobre la bolsa—. Ahora me gustaría que nos diera más detalles sobre el trato

que nos ofrecieron.

Campbell tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—No tiene nada que temer, señora Solves. El señor Garner es un hombre de palabra. Su marido lo conoce.

—Sí. Pero él mismo dijo hace seis años que sería imposible volver a desenterrar el templo — aseveró Miguel Corbal poniendo en duda la credibilidad de su contratista.

—¿Y quién ha dicho que se vaya

a desenterrar ese templo?

Virginia frunció el ceño.

—Nos prometieron información sobre el paradero del profesor Dante Bellver y ayuda para ir en su busca. Si no lo desentierran, ¿a qué tipo de ayuda se estaban refiriendo?

El empleado sonrió. Luego consultó la hora en su reloj de muñeca y se puso en pie.

—El señor Garner se lo explicará a su debido tiempo. Ahora he de ir a ultimar unos asuntos sobre el vuelo. Tómense algo mientras tanto.

A las tres de la madrugada, Corbal y su mujer se sentaron en el avión. Jack Campbell se instaló en la cabina, acompañando al piloto. Y, un cuarto de hora después, el aparato salió a pista y comenzó a rodar.

Virginia tomó de nuevo el libro. Se sentía agotada, pero necesitaba terminar de leer la historia antes de que su nuevo propietario se lo quitara para siempre de las manos.

Capítulo XV

El regreso del rey Cambises

Llevaba largo tiempo reunido Cambises con un mensajero que decía venir de Babilonia. Afuera aguardaban algunos miembros de su guardia, inquietos ante la incertidumbre de qué sería lo que aquel súbdito había ido a

comunicar al rey. Pero, fuera lo que fuese, no parecía tratarse de nada bueno.

Cuando al fin el mensajero abandonó la sala, Darío entró a hablar con Cambises. Era éste un soldado alto y apuesto, de poblada barba; valeroso descendiente de nobles aqueménidas, lo que lo emparentaba con su rey. Y halló al monarca sentado en su trono, meditabundo, con la barbilla apoyada en un puño e inclinado sobre un lateral.

—¿Malas noticias, mi rey?

Cambises alzó la vista hacia Darío. En su mirada se vislumbraba la tragedia.

—¿Qué traía ese mensajero? — insistió el soldado aproximándose hacia él.

—Se ha producido un levantamiento.

—¿En qué ciudad egipcia? — preguntó sorprendido.

El rey negó lacónicamente con la cabeza.

—No ha sido en Egipto. Ha sido

en nuestra patria.

—¡Por Ahura Mazda! ¿Quién lo ha provocado?

Cambises se puso en pie. Parecía abatido, pero por algo diferente a la repercusión de aquella noticia. Y, tras un silencio, confesó:

—Aseguran que se trata de mi hermano.

—¿Esmerdis? ¿Y qué le ha movido a hacer algo semejante?

—Llevamos demasiado tiempo en estas tierras, lejos de Persia. Parece que el pueblo está harto, y

son muchos los que anhelan el trono.

—Pero, ¿Esmerdis? Jamás lo hubiese imaginado —confesó Darío.

Cambises le miró de reojo.

—Créeme, yo tampoco...

—¿Y qué haremos ahora? La mitad septentrional de Kush está bajo nuestro control, pero si nos detenemos...

—No me interesa Kush en estos momentos, Darío —atajó levantando su mano mientras

caminaba, cabizbajo—. Hemos de regresar para reinstaurar el orden...

Darío asintió con un gesto seco.

—Forma un ejército. Me acompañaréis a sofocar la insurrección.

—Lo que desees, mi rey.

El soldado acató la decisión y dio la vuelta, abandonando posteriormente la sala.

Afuera, nadie creyó lo que éste les contaba. En plena conquista de Kush, cuando se disponían a dar el golpe definitivo, el hermano menor

del rey había usurpado el trono del Imperio. Aquello supondría un fuerte varapalo para todos.

Al día siguiente, con un ejército formado por Darío y encabezando la expedición, Cambises puso rumbo a su patria. En sus entrañas, la rabia hacía hervir su sangre, pero aún más inquietante resultaba el desconcierto que rugía en su cabeza.

El regreso resultaría tortuoso. Pronto comenzó a beber, víctima de una angustia creciente que lo iba

devorando desde el interior de su ser. A la vista de sus hombres, Cambises fue perdiendo la lucidez al día de partir. Durante la segunda jornada, su embriaguez no le permitía pensar con claridad. Sufría pesadillas y le costaba mantenerse sereno. A los cuatro días, Darío le relevaba en sus funciones, mientras el rey parecía viajar en un mundo propio, aparte, en el que a veces conversaba solo o con fantasmas.

Su declive fue en aumento, avivado por ciertas drogas. Se

enfurecía, divagaba, perdía el conocimiento... Ninguno de sus acompañantes lo había visto jamás en tan lamentable estado, ni tan siquiera en sus fiestas privadas.

Aquello se prolongó hasta que llegaron a las proximidades de Damasco. Con frecuencia, el rey lloraba sobre su montura, ajeno a cuantos le rodeaban, y parecía hablar con un personaje invisible al que confesaba, entre la ira y la impotencia, que no lograría vencer a los sublevados. Nadie trataba de

devolverle la coherencia, ni tan siquiera Darío o cualquiera de los generales que cabalgaban al frente, custodiándole. Aquella batalla parecía perdida. La mirada extraviada del monarca no veía más allá de sus propios espectros.

Y precisamente ellos fueron los que, durante la noche, mientras el ejército descansaba a las puertas de la ciudad, se cobraron su venganza...

Capítulo XVI

El sacerdote Snefer

Desde la cumbre de la duna, Mâlik había divisado por fin algo a lo que sus ojos no dieron crédito. Podía estar ya muerto, o a las puertas, y aquello justificaría semejante visión junto con la de su familia. Pero lo que se extendía delante más bien podía ser un paraíso, y no el

tormentoso lugar reservado para los innobles como él.

Una zona selvática, de interminables dimensiones, se prolongaba hasta donde su vista alcanzaba. Fresca, cubierta por árboles gigantes de gruesos troncos y enredaderas colgando de sus contundentes ramas; surcada por un río que en ocasiones desaparecía bajo el espeso verdor del follaje, alimentado por una cascada cuya vertiente más alta se distinguía muy a lo lejos. Las hiedras se elevaban

hasta medio metro del suelo y exóticas plantas coloreaban aquel singular paisaje exento del calvario por el que se había visto rodeado en las últimas jornadas.

Cuando el general pisó la hierba, una sensación de divinidad lo inundó. Corrió hasta la ladera del río, en esa parte manso y de escasa profundidad, y se lanzó a sus frescas aguas bajo la protección de aquellas elevadísimas y frondosas copas verdes que servían de escudo contra los rayos del sol.

Como un niño, rió y chapoteó hasta que su piel se abasteció de todo el líquido perdido, y después de saciarse, se tumbó y dejó que la corriente, en apariencia débil, lo arrastrara. No sabía dónde se encontraba, pero en aquel momento aquella cuestión carecía de importancia; deseaba resarcirse, descansar y, por qué no, quedarse allí para siempre.

La corriente lo fue llevando con el curso, lentamente, meciéndolo en su reconfortante seno. El canto de

algunos pájaros ocultos lo acompañaba y, en ocasiones, conseguía ver al trasluz, entre las ramas y las hojas de algunos árboles, varias de estas aves multicolores revoloteando.

Para tratarse de un espejismo, todo resultaba demasiado real. De no ser por las sensaciones que experimentaba, hubiera creído en la quimera de aquel entorno; sin embargo, estaba allí. Por muy extraño que un lugar como aquel pudiera parecer, él se hallaba

inmerso en su naturaleza.

El río lo condujo, suave, hasta una suerte de ensanche donde el agua adquiriría mayor profundidad y parecía —sólo lo parecía— estancarse. Dicho ensanche se hallaba al descubierto bajo el cielo y la potente luz amarillenta del sol cegó momentáneamente a Mâlik. Al ponerse en pie constató que se hallaba cubierto hasta la cintura, cerca de una orilla de arena beige. Hacia ella se dirigió, ya recuperado. Al alcanzar tierra firme

descubrió que unos metros más allá volvía a extenderse una ladera de hierba que se prolongaba hasta el infinito; y, en medio de ésta, se levantaba majestuoso un imponente templo.

El guerrero persa miró a su alrededor; todos los sonidos se habían extinguido para entonces. Incluso debía de encontrarse bastante lejos de aquella cascada que había avistado, pues ya ni siquiera alcanzaba a oír el agua precipitándose. Ni aves, ni viento

meciendo las hojas o la hierba... nada. Pero al volver a mirar hacia el templo, una voz interior pronunció su nombre. Parecía la propia voz de su conciencia; aquella que le ayudaba a reflexionar y, a veces, lo martirizaba. Sin embargo, aunque el tono pudiera ser el mismo, ahora se dirigía a él como si cada palabra la pronunciase un extraño. Mas, fuera de quien fuese, estaba invitándole a entrar en aquella magnífica construcción.

Aquella extraña voz lo fue guiando hacia el interior, permitiéndole cruzar el patio y alcanzar la sala hipóstila. Allí, la luz era mucho más tenue, pero las indicaciones le alentaban a continuar, cruzar todas aquellas columnas e internarse en la siguiente sala.

Al pasar bajo el umbral de la segunda capilla, todo se volvió desconcertante. Para empezar, la oscuridad lo envolvía. Un foco central, proveniente de la parte

superior, derramaba una luz amarillenta contra el suelo, pero parecía contenerse ahí, sin desparramarse en derredor, manteniendo la penumbra en todo aquello que no estuviese circunscrito en ella. Mâlik caminó con precaución hasta el haz y se dejó iluminar. Seguidamente miró hacia arriba, donde se originaba éste, y descubrió atemorizado que no existía techo alguno en aquella cámara. Las columnas se extendían hacia un firmamento salpicado de

estrellas y constelaciones que brillaban en torno a una circunferencia cuya luz — proyectada a su vez hasta el centro de la cámara— no dañaba la vista, a diferencia de la emanada por el astro rey.

Así permaneció boquiabierto el persa, hipnotizado por estrellas fugaces que cruzaban sobre él y otros puntos luminosos cuyos nombres le eran desconocidos. Jamás había presenciado nada tan hermoso, de manera que olvidó

dónde se hallaba o qué peligros pudieran acecharle en aquella penumbra. Al contrario, bajo aquel haz luminoso, se sentía curiosamente protegido.

Sólo volvió en sí tras escuchar un potente ruido proveniente del fondo de la cámara. Al volverse hacia él, descubrió que otro foco emergía cruzando horizontalmente la sala. Por allí, el firmamento continuaba, dándole la sensación de encontrarse en el epicentro de un universo compuesto por dos soles; abrigado

por él. Mâlik giró en redondo para constatar que, efectivamente, más allá de las columnas sólo existía el cosmos y que aquella cámara a la que había accedido no tenía paredes ni puertas, ni techo ni suelo.

—Bienvenido, Mâlik —resonó una voz profunda—. Hacía tiempo que te esperaba.

El general se agitó bajo la luz, desconcertado.

—No temas —prosiguió aquella voz—. Aquí estás a salvo. Te

encuentras en el templo del sacerdote Snefer...

El persa cayó en la cuenta. Había alcanzado su objetivo, aunque en condiciones nada favorables. Sin ejército, sin armas y con la moral derrumbada, su permanencia allí tenía semejantes consecuencias que haberse entregado al enemigo por error y sin presentar batalla.

—...Mi templo —concluyó la voz sonando ahora mucho más cercana.

Entonces Mâlik apreció una figura en la penumbra que acechaba el

halo en el que él se hallaba. Era la presencia de un hombre alto, grueso, al que le cubría una túnica blanca desde el cuello hasta los pies. Caminaba rodeando el haz, pausado, con las manos cruzadas a la espalda y la vista clavada en el suelo.

—No temas, general. Sé cuál fue el motivo de tu partida hacia aquí y también sé cómo te sientes ahora, indefenso ante tu enemigo.

Mâlik lo observaba mientras él continuaba orbitando a su

alrededor; luego lo perdía, cuando Snefer pasaba por detrás suyo, hasta que volvía a aparecer por el lado contrario. En algún momento tuvo el persa la sensación de que aquel haz suponía una frontera entre ambos que ninguno podría cruzar; por eso, poco a poco, comenzó a sentirse preso bajo la luz.

—Pero en realidad, enemigo es un término relativo. Tan relativo como todo lo que nos rodea —el sacerdote parecía reflexionar en presencia del joven. Se detuvo.

Alzó la vista y sus ojos verdes escrutaron los de Mâlik—. Enemigo es aquel que se opone a tus intereses y trata de perjudicarte para que no logres tu propósito. Aquel que estaría dispuesto a acabar con tu vida para que no alcanzases tu meta o no le arrebatases la suya. Es quien se halla frente a ti, y no a tu lado. Sin embargo, quiero demostrarte que un enemigo y un aliado sólo se diferencian por sutiles detalles. Y que son esos mismos detalles de los

que depende realmente cada determinación en el mundo. Lo que quiero enseñarte, antes de que cumplas con el cometido que te ha traído hasta aquí, es lo que debes llevarte de regreso para entregar a tu mentor.

Mâlik frunció el ceño. La mirada del sacerdote irradiaba paz y, aunque él sentía que se hallaba en inferioridad de condiciones ante Snefer, incluso a merced suya, aquellas palabras le desconcertaban. No encontraba el

sentido de nada. Todo era contradictorio. Él ya no podía cumplir la misión que le había encomendado Gaumata. ¿Qué sentido tenía entonces aquella última frase?

El sacerdote volvió a agachar la cabeza para proseguir su camino y su soliloquio:

—Eres un guerrero valiente; te has enfrentado a muchos peligros en tu vida, solventándolos sin temor. Has luchado por tu rey, el mismo que no lucha por su pueblo sino por

él mismo. Le has regalado tu vida, tu juventud, tu valía y tu futuro. ¿Y qué has recibido a cambio? ¿Qué recibe un soldado a cambio de la probabilidad de morir en campaña, Mâlik? —Se detuvo tras él y lo escrutó—. Nunca te habías parado a pensarlo, ¿verdad? Bien, pues yo te regalaré tiempo, soldado. Todo el que necesites para reflexionar. Sin armas, sin batallas, sin sangre que derramar... sólo tú; con tu pasado, tu presente y tu futuro en torno a ti. Tú y tu propia conciencia.

Mâlik se giró hacia él.

—¿Soy tu prisionero? —preguntó, temblorosa la voz.

—No. Dispón del templo a tu antojo, cuanto desees. Cuando haya llegado tu momento, ambos lo sabremos. Siéntete libre por una vez en tu vida, general.

Y dando un paso hacia atrás, la penumbra lo engulló.

Capítulo XVII

Caída y muerte del monarca

La noche sirvió de puerta de entrada a todos los fantasmas del rey. Como testigo de una serie de visiones, algo muy distinto a un sueño o una pesadilla, Cambises había presenciado el dolor de su pueblo. Desde sus más recónditos

recuerdos habían aflorado sus víctimas, que no eran pocas. Sin embargo, no lo hicieron con rostros de soldados desconocidos caídos bajo la espada en plena fase de conquista. No. Sus víctimas eran otras, y aquella noche estaban allí para acompañarlo en su último viaje.

El primero en aparecer fue el rey Ciro, su padre. Llegó al campamento montado en su caballo, armado como solía, y desmontó ante él mientras el resto del ejército

dormía ajeno a lo que estaba aconteciendo. Cambises se puso en pie, ante la poderosa presencia del conquistador, y una risa enajenada brotó por sus labios. *No es posible* —se dijo en su insensatez—. *Mi padre murió hace años*. Pero Ciro se aproximó a él, rodeándolo en silencio. Luego posó su mano en el hombro de su hijo, y éste se trasladó al día de la muerte de su antecesor: Durante aquel día, Ciro había dirigido a su ejército más allá del río Araxes, con el fin de invadir

el país que se extendía en aquella región, al norte de sus fronteras. La lucha había resultado cruenta, mas esta vez también lo había sido para su propia suerte. En plena batalla, Ciro había caído herido por un corte de espada en un costado. Sus soldados lo retiraron, alejándolo del peligro y con la intención de recuperarlo pronto. Sin embargo, aquella misma noche, mientras descansaba al amparo de las medicinas, la sombra de un traidor se deslizó entre la guardia sin ser

advertida; a sangre fría, hundió una larga daga en el vientre de Ciro, lo que le provocó una dolorosa y agónica muerte.

Al día siguiente, todos concluyeron que las propias heridas del enemigo habían dado fin con su vida, sin embargo sólo dos personas fueron conocedoras de la verdad.

Cambises regresó de aquel viaje psíquico que el espectro de su padre le había evocado, y contempló en la distancia la llegada

de un segundo caballo. Al desmontar su jinete, reconoció en él a Esmerdis, su hermano; joven y apuesto. Parecía tan vivo que Cambises dudó que alguna vez hubiera muerto. Pero no se encontraba ahora en disposición de juzgar su cordura, y lo recibió con tal miedo que recordó perfectamente cuál había sido la desgracia de aquel: Todo se había urdido una noche, antes de su partida hacia Egipto, en la sala secreta del palacio de Babilonia.

Cambises había hablado con su mano derecha, su protector y asesor el mago Gaumata. Ambos, a espaldas del resto, determinaron la muerte de Esmerdis para evitar que éste, en su ausencia, pretendiese una sublevación. Y, de la misma manera que el perverso mago llevara a cabo el asesinato de Ciro, dos noches después de aquella reunión se había colado en las estancias del príncipe Esmerdis al que, mientras dormía, seccionó el cuello de oreja a oreja. El rey se

hallaba ya lejos de Persia cuando fue informado de que su hermano ya no supondría un peligro para el trono.

Ahora sus dos víctimas se hallaban a su vera, sedientas de venganza. Y Cambises se preguntó si aquel hechicero habría sido fiel a su palabra y habría acabado en su momento con la vida de ambos. Porque para ello, en su día, le había permitido regresar a Persia desde el exilio al que Ciro lo condenara en tiempos.

Por supuesto —se dijo riendo nuevamente—. Gaumata era un hombre sin emociones, tan ansioso de poder como él mismo. Despiadado, sin corazón; el único capaz de continuar a su lado observando la barbarie que él creaba cada día, dentro y fuera de su Imperio. El mago era quien había hecho posible su ascenso al trono y el que le había librado de todos sus enemigos más cercanos, aquellos que pretendían que jamás gobernara. Y lo había llevado a

cabo en silencio, desde la distancia, pero con sus propias manos. ¡Oh, sí! Gaumata. El siniestro Gaumata. Sin embargo tan temeroso del poder real que sería incapaz de actuar contra su rey.

Escrutó en los ojos de ambos fantasmas, con semblante despreocupado, y soltó otra sonora carcajada.

Fuera de su particular mundo, Darío y otros se desvelaron ante aquella risotada para descubrir a Cambises en pie, divertido, girando

sobre sí mismo como si lo
estuvieran rodeando varios
hombres. Y le escucharon espetar:

—Estáis muertos. Sí, yo mismo
ordené vuestra muerte.

Los soldados se pusieron en pie
con cautela. El rey parecía estar
viviendo una pesadilla, sus ojos
abiertos aunque incapaces de ver la
realidad.

No. Los ojos de Cambises veían
solamente a Ciro y Esmerdis dando
vueltas alrededor suyo,
amenazantes; dispuestos a darle

muerte ajusticiando así su traición. Pero el rey reía, borracho de soberbia y, aunque desarmado, conocedor de un secreto que lo hacía invencible: la protección mágica de Gaumata.

—¿Mi señor? —habló Darío al monarca tratando de despertarlo—. ¿Te encuentras bien?

Pero éste no le contestó. Se volvió hacia el lado contrario y, encarando al espectro, gritó:

—¿Qué pretendes, padre, con esa espada? ¿Acaso no sabes que soy

más poderoso de lo que tú fuiste?

Esmerdis se detuvo. Y, frente a él, Ciro el Grande, acero en mano. Sus miradas carecían de clemencia. Cambises rió de nuevo desmedidamente, torciendo la cabeza hacia atrás en un gesto forzado, propio de un loco. Entonces Ciro extendió su brazo inclemente, clavando la espada en el costado de su primogénito, y éste cesó bruscamente de reír.

La sorpresa amortiguó el dolor en un principio. Bajó sus ojos hacia la

herida, de donde brotaba la sangre en abundancia sobre la hoja de acero aún ensartada, conteniendo la respiración. Cuando Ciro la separó de su carne, Cambises emitió un quejido de dolor, echándose mano al corte.

Darío y el resto del ejército asistieron a aquellos momentos finales sumidos en la perplejidad. Lo que ellos vieron fue al rey tambalearse presionando una herida que no le había causado nadie y se lanzaron en su auxilio a toda prisa.

Mientras unos buscaban en la distancia, temerosos de que algún enemigo oculto hubiera disparado una flecha contra Cambises, otros lo tendían en el suelo y trataban de contener la hemorragia. El rey mantenía la mirada fija en el vacío más incierto, respirando agitada y entrecortadamente. Darío presionó sobre el tajo, con descrédito, vigilando en todas direcciones con la seguridad de que alguien al que no habían alcanzado a ver acababa de herir al rey. Pero de todos los

que allí estaban, incluso de los que se incorporaron tras armarse aquel vocífero de alarma, nadie descubrió ninguna presencia enemiga. Al cabo, el moribundo fijó la vista en un punto concreto, aquejado por unos repentinos escalofríos, y susurró con debilidad:

—Padre... —Su fuerza cesaba a medida que luchaba por vocalizar —. Lo... siento...

Su cabeza se ladeó y un hilo de sangre brotó por la comisura de sus labios. El fin había llegado.

Capítulo XVIII

El secreto del templo de Kush

El tiempo había pasado. Pero, ¿cuánto? Esa era una pregunta de difícil respuesta. Todo alrededor de aquel templo resultaba, como le había dicho en su primer encuentro el sacerdote, relativo. Para Mâlik habían sido unos días, pues había

contemplado al sol nacer y ponerse no más de ocho o diez veces. Sin embargo, sus vivencias en aquel tiempo habían resultado mucho más extensas y se antojaba increíble admitir que se hubieran producido en un lapso tan breve.

El persa había tenido el tiempo suficiente para recobrar su energía, curar sus heridas y, por supuesto, para reflexionar. Su único objetivo había consistido en plantearse si la vida merecía la pena ser vivida o, por el contrario, no era más que un

calvario que le había sido impuesto para padecer. Aunque no le fue del todo fácil llegar a una conclusión.

En aquellos días, o meses o años o lo que fuera que hubiera permanecido allí, había conocido a los habitantes que convivían con el sacerdote Snefer. En torno al templo se disponía una gran aldea: familias enteras dedicadas a labrar, cultivar, criar ganado, fabricar alimentos propios, herramientas dispares —algunas desconocidas para Mâlik—; a excepción de un

ejército, Snefer poseía su propio reino. El soldado había convivido con nosotros, compartiendo nuestros quehaceres y discutiendo sobre temas que nunca se había planteado.

Gracias a las diversas opiniones, logró entender algunas facetas de los hombres que tan alejados nos hallábamos de aquella barbarie a la que él denominaba, tristemente, *hogar*. Gente preocupada por otros asuntos, que discutía sobre crecidas del río y fenómenos naturales; o

sobre disposiciones planetarias y asuntos del cosmos.

La paz y la reflexión se fueron haciendo hueco en el espíritu de Mâlik, apartando poco a poco a la violencia que corría por sus venas desde niño.

Efectivamente, muchas cosas habían cambiado para él. Tantas que le costaba recordar cuál había sido el motivo que le había conducido hasta aquel lugar tan magnífico y singular.

Al fin, en la novena salida de sol,

Mâlik fue llamado por el sacerdote a la cámara en la que lo había conocido cuando llegó. Se colocó nuevamente bajo el haz como hiciera entonces, en medio de aquel cosmos cargado de belleza, y escuchó su persuasiva voz:

—Ha llegado el momento, general.

Algo se movió en el interior del persa al ser nombrado con aquel cargo. General. Lo había llegado a borrar de su memoria hasta ese mismo instante y, ahora... en

realidad ahora ya no se sentía soldado.

—Has de cumplir tu misión — continuó el sacerdote—. Pero antes quiero mostrarte algo...

Mâlik buscó entre la penumbra la figura de Snefer, mas no la halló. Sin embargo, a su alrededor el Universo de estrellas y planetas se desvaneció dando lugar a una gigantesca imagen. En ella reconoció el hogar donde vivió siendo niño. Las mismas estancias en la oscuridad de la noche. Pero

no de una noche cualquiera. La puerta de entrada se abrió de golpe y por ella cruzaron los bárbaros que habían quitado la vida a su familia. Escuchó los mismos gritos que su memoria recordaba y presencié el cruel momento en el que el recio guerrero abandonaba la casa.

Mâlik frunció el ceño.

El bárbaro salía hacia la calle guardando su espada cuando descubrió la sombría figura que permanecía en el umbral de la estancia donde ambos hermanos se

hallaban. La silueta de aquel extraño personaje, aún entre penumbras, volvió la cabeza hacia él.

A Mâlik le sacudió un escalofrío.

La identidad de aquel hombre misterioso del que había conseguido huir gracias a su pequeño tamaño y su agilidad quedó desvelada a la luz de la calle. ¡Se trataba de Gaumata! Su mentor. Su protector. El mago al que el azar lo había unido años después...

El asesino de su familia.

—No —susurró el persa—. No puede ser...

Snefer apareció tras él, acariciado por la luz.

—Tu rey, Cambises, pretendía el trono. Y tu padre, que asesoraba a Ciro, no veía con buenos ojos que éste heredara el poder. Entre tu padre y Cambises nunca hubo buena relación.

Mâlik sintió una nebulosa en sus ojos y las imágenes se distorsionaron. Unas lágrimas

perezosas se precipitaron por sus mejillas.

—Gracias a tu padre —continuó el sacerdote—, el rey Ciro obligó a su hijo a rechazar el trono de Babilonia un año después de ascender a él. Y, aunque lo hubo de acatar, jamás se lo perdonaría a ninguno de los dos. Desde entonces Cambises supo que si Roque seguía al lado de su padre, él jamás ostentaría el trono del Imperio. De ahí que se aliara con Gaumata y, prometiéndole su vuelta a Persia y

otros grandes beneficios, le ordenara la primera de las matanzas: la de tu familia.

El persa enjugó las lágrimas, sintiendo tras un primer impacto de desconcierto un soplo de ira sobre su corazón.

—Pero los planes de Cambises no acabarían ahí. Años después le encargó la muerte de su propio padre y, una vez en el trono, la de su hermano.

—No puede ser... —volvió a susurrar Mâlik.

—Si la crueldad de tu rey puede parecerte excesiva, es incomparable con la de tu mentor. Gaumata es la maldad en estado puro. Sólo su físico ha sido hasta ahora capaz de contenerlo y ponerle límites. Su esencia es el mal.

La voz del sacerdote resonaba en cada esquina, aunque el Universo había vuelto a rodearlos.

—Perfidia, crueldad, amoralidad, envidia, ansia de poder; todo eso es lo que compone la sangre que fluye por sus venas. Te mataría a ti de

proponerse lograr algo a cambio. Los motivos por los que Ciro lo expulsó de Persia fueron sus cruentas acciones contra hombres, mujeres y niños. E, incluso hallándose lejos, continuó provocando dolor y muerte allá por donde pasaba. Para tu rey era el aliado ideal; a su sombra, desde la discreción y el secretismo. Alguien macabro, sin principios ni valores que contaminaran su falta de conciencia.

Mâlik se giró hacia Snefer, que lo

miraba furtivamente.

—¿Sabía quién era yo? —le preguntó, consternado.

El sacerdote asintió lentamente con la cabeza.

—¡Maldito sea! —profirió como una condena.

—Lamento haber tenido que ser yo quien destapara tu dolor, ahora que permanecía en lo más profundo de ti.

—Durante toda mi vida he buscado a ese asesino. Fui soldado por vengar a mi familia y aplacar

mi pesar, y todo lo que hallé en respuesta fue más dolor. Me he condenado a mí mismo por una causa injusta e inútil y he servido durante estos años a mis verdaderos enemigos.

Snefer avanzó hacia la luz, en silencio.

—Aceptamos viajar hasta aquí para entregarte a él, sacerdote Snefer, junto con la Piedra de Ilbet, cegados por sus promesas. ¿Por qué, entonces, no he muerto al igual que mis hombres? —se lamentó

agachando la cabeza, abatido.

Snefer se detuvo, las manos cruzadas a la espalda y el rictus serio.

—Eres un hombre de buen corazón. Por eso has conseguido alcanzar con vida este lugar; también por eso tus hombres la han perdido en el intento. Y ahora es el momento de que sepas que todo el que llega hasta este templo lo hace por una causa: porque ha sido elegido.

El persa alzó lentamente la cabeza

al escuchar sus palabras,
desconcertado.

—¿Elegido? ¿Elegido para qué?
¿Por quién?

—Hace miles de años —explicó
el sacerdote—, una antigua
civilización pobló estas tierras.
Provenían de un lugar muy lejano,
buscando la perpetuación de su
raza. Su conocimiento era
infinitamente superior al nuestro, y
también sus avances tecnológicos.
Durante un tiempo convivieron con
nuestros antepasados hasta que,

finalmente, decidieron que había llegado el momento de marcharse. Sus enseñanzas para entender y sobrevivir en este maravilloso y enigmático planeta se han ido perdiendo con el tiempo; olvidadas por el paso de generaciones. Pero sus obras aún se mantienen. — Comenzó a pasear en torno a Mâlik, recordando—. Yo era un soldado joven cuando, de regreso a Egipto tras una misión, en medio de la noche, fui testigo de algo extraordinario. Una gran luz

proveniente del cielo se interpuso en el camino cortándonos el paso. Acompañado por algunos de mis hombres, decidí cruzarla. Al otro lado hallé desierto igualmente, pero cuando quisimos volver, la luz se había extinguido al igual que el resto de nuestros compañeros. De manera que seguimos avanzando por aquella arena, sin saber a dónde nos dirigíamos.

>>El periplo estuvo repleto de experiencias increíbles, pero costó la vida a cuantos venían conmigo.

Un día, descorazonado ante la imposibilidad de encontrar el camino de regreso a mi hogar, alcancé una cascada en una zona selvática. Detrás de ella, algo brillante llamó mi atención. Me lancé al agua y la atravesé. Lo que había visto no debió de ser más que un efecto de la luz, pero me topé con una gruta que se internaba en la montaña y luego, descendía...

El relato seducía al persa como las historias que su madre le narraba de niño, sumergiéndolo en

ella.

—...Donde me condujo aquel camino es un secreto que jamás podré contar. Mis vivencias y cuanto aprendí permanecieron conmigo el día que fui enviado de regreso. Sin embargo, no salí por la misma cascada. Aparecí aquí.

—¿En el templo?

—Sólo que entonces el templo no existía. Como te he dicho, únicamente el que posee un corazón noble puede ser elegido. Elegido para acceder al conocimiento de

aquella estirpe, pues el futuro del Universo depende de las obras de quienes lo formamos, y, después, para cumplir con un destino que nos es marcado. Y yo lo fui para construir este edificio.

—¿Y por qué te encomendaron levantar un templo aquí?

—Porque el templo constituye la base de una pirámide.

Echó un vistazo a su alrededor.

—Si es así, ¿dónde está el resto de la pirámide?

—En el interior de la tierra —

respondió con paciencia—. Invertida. No es la única. Como ella, hay otras repartidas por el planeta. Mi misión es protegerla desde entonces, y mantenerla activa, pues su utilidad es de vital importancia.

Mâlik recordó todas las experiencias fantásticas que había vivido de camino al templo, y reparó en lo mágico de aquel lugar. Por increíble que pudiera resultarle, no podía tratarse de una farsa del sacerdote —se convenció.

—En cuanto a ti, también has sido elegido, y accederás a los conocimientos que a mí me fueron enseñados. Pero antes de poder internarte en la pirámide, joven persa, has de cumplir tu misión.

El general regresó a la realidad, recordando con amargura el motivo por el que estaba allí.

—Pero... yo no deseo entregarte.

—Me refiero a tu *verdadera* misión.

Se mostró dubitativo. Mas pronto entendió el significado de aquellas

palabras.

—¿Qué misión tengo asignada, sacerdote? —preguntó, solícito.

—Gaumata posee el Medallón de orihalcon y el control sobre su protectora, la guerrera Raal. Gracias a ello se ha convertido en un ser poderoso capaz de cambiar el sino de nuestro Mundo. Y precisamente tú eres el designado para derrocarlo.

—Su muerte es el motivo por el que he vivido hasta ahora —un matiz de ira se desbordó en su voz,

inclinando la cabeza ante Snefer.

—Pero ten presente que no será tarea fácil. Sólo su espíritu prevalece, pudiendo cambiar de cuerpo a su antojo. Su poder se ha multiplicado, así como su maldad, al no haber límite que lo contenga. Por eso, mi joven guerrero, para acabar con él tendrás que atrapar su esencia en el Medallón. —Reinició su paso circundando a Mâlik, pausadamente, con la vista clavada al suelo—. Así satisfacerás tu venganza y te liberarás de tus

cargas; y enterraremos la joya en la
pirámide, reinstaurando su
equilibrio...

6. Miami

Virginia se despertó cuando la voz de Jack Campbell anunció por los altavoces que se disponían a aterrizar. La luz del sol entraba por las ventanillas del avión causando una más que considerable molestia en los ojos recién abiertos de la mujer. A su lado, Miguel se desperezó y se inclinó hacia la ventanilla para contemplar la

ciudad.

—No recuerdo cuándo me he quedado dormida —comentó, levantando el libro que había dejado abierto sobre su regazo.

Corbal se volvió hacia ella.

—¿Has terminado de leerlo?

—Aún no. Me quedan un par de capítulos.

Él asintió, en silencio.

—Saber que no es una leyenda —continuó ella—, que es real, que *fue* real, es angustioso. Ahora sé que Bellver llevaba razón. Lo tomé por

un viejo senil, pero estaba más cuerdo que nunca...

Miguel la tomó de la mano en una actitud consoladora.

—No te preocupes... Verás como todo sale bien.

—Quizá ya sea demasiado tarde, ¿no crees? Han pasado... seis años.

—Su tono se desplomaba.

—Quizá no para él.

A la salida del aeropuerto, un coche los esperaba para conducirlos hasta el edificio de la Corporación. Virginia aún contaba

con algo de tiempo para concluir su lectura...

Capítulo XIX

La fortaleza

Gaumata sabía cuál sería su destino en caso de ser apresado, razón por la cual había huido hasta una fortaleza levantada en Media, junto con su guardia y algunos magos del Consejo. El genio, en el interior de un cuerpo parecido al de Esmerdis, había logrado durante un

tiempo engañar al pueblo y conseguir su apoyo para subir al trono. Mas, poco a poco, se había visto obligado a ir asesinando a todos aquellos que habían conocido en vida al verdadero hermano de Cambises y que empezaban a sospechar que aquel que se había rebelado en su nombre no era más que un impostor. A pesar de ello, no había logrado evitar que la noticia trascendiera hasta el rey; y aunque Gaumata había retirado su protección y éste había fallecido,

sus hombres no habían cejado en el empeño de dar caza al usurpador y restablecer el orden.

Aquella noche la tensión flotaba en el ambiente con el peso de una losa. El djinn se hallaba en una gran sala situada en una de las torres, el rostro rojizo por la luz de las antorchas y su sombra deslizándose al compás de sus pasos mientras se desplazaba de un lado a otro de la estancia. Sin embargo, aquella sombra no parecía corresponder a su cuerpo. Era ésta mucho más

grotesca, de perfiles aterradores, como la de un monstruo encorvado y siniestro. En cuanto al físico del falso Esmerdis, era joven y atlético como lo fuera en el momento de su muerte el del hermano de Cambises. Bajo la barba, recortada a semejanza de la de aquel, se ocultaba un rostro distinto, mas no resultaba fácil distinguirlo a menos que el observador en cuestión hubiese tratado personalmente con el ya difunto. Y, como ya he señalado anteriormente, los que lo

descubrieron andaban ahora de camino a la vida eterna.

Pues bien, andaba el genio cabizbajo y ofuscado, sabedor de que el ejército del monarca estaba al llegar. En un rincón de la sala permanecía Raal, entre la luz y la sombra, notablemente nerviosa. A lo lejos, el trote de numerosos caballos anunciaba la inminente carga. Un soldado abrió de golpe la puerta y se cuadró ante el falso rey, inquieto.

—¡Señor, se acercan! —informó

éste.

Gaumata alzó la vista hacia él, iracundo, y gritó:

—¡Pues morid en combate, necios! O me encargaré personalmente de vosotros cuando esto termine.

El guardia se retiró, raudo. El djinn giró la cabeza hacia Raal y la sorprendió sosteniendo el Medallón en una mano, medio oculto, mientras murmuraba algo.

—¿Qué estás haciendo, mujer? —inquirió, los ojos inyectados en

sangre. La vitalidad de su Esencia consumía por momentos su cuerpo y pronto éste quedaría inservible.

Raal cesó en sus oraciones, y respondió:

—Nada. El miedo me obliga a rezar...

Gaumata se detuvo en una mudez incómoda, fría. Sostuvo su aterradora mirada sobre la egipcia y, finalmente, sonrió exhibiendo sus dientes torcidos en estado de putrefacción.

—¿Crees que soy estúpido? —Se

encaminó lentamente hacia ella—. ¿Acaso piensas que desconozco tus planes, maldita embustera?

Raal se aferró firmemente al colgante. Tenía miedo; quizá demasiado, pues conocía muy bien el poder de aquel al que había creado.

—¿Acaso pretendes traicionarme?

Continuó avanzando, amenazante. En su rostro se intuía un gesto macabro y diabólico. Sus cejas arqueadas y elevadas acentuaban el

carácter enloquecido de aquellos ojos saltones, de pupilas verticales, cuyos iris eran rojos como el resplandor de un rubí.

—Quizá crees que puedes vencerme...

Raal se deslizaba con la espalda pegada a la pared, asiendo con ambas manos el colgante ante su vientre mientras volvía a susurrar algo ininteligible para el genio, que se acercaba más pretendiendo acorralarla.

Mientras tanto, los soldados del

fallecido monarca, ahora dirigidos por Darío, llegaban a las proximidades de la fortaleza. La guardia de Gaumata los esperaba con los arcos listos, las puntas de flecha incendiadas y cierto pavor contenido por el gran número de enemigos que se avecinaba.

La contienda comenzó con una lluvia de trazos anaranjados y humeantes que sobrevoló hacia el ejército mientras éstos se protegían con sus escudos. Las flechas se clavaban, instantes después, en sus

defensas o en el suelo, y alguna que otra corría mayor suerte yendo a topar con el cuerpo de algún guerrero.

Darío se precipitó hacia la entrada, conocedor de la ventaja numérica de la que disponía, y mientras la defensa del rey impostor se distraía tratando de evitar que el ejército alcanzara las murallas por otros flancos, él y varios hombres más desmontaron próximos a uno de los accesos del fuerte.

—No sabes lo que dices, Gaumata —se defendió Raal tratando de escabullirse de él—. Estás cegado...

El djinn realizó un movimiento rápido atajando la escapatoria de la egipcia, y se situó junto a ella.

—¿Cegado? —Pinzó su mentón con una mano—. ¿Acaso no es ese el mismo medallón que me convirtió en lo que soy?

Raal se estremecía bajo aquella presencia diabólica.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Sabes que no puedo hacer nada contra ti...

—No, princesa. No puedes ser mi dueña, pero contra mí puedes hacer mucho. Y no ignoro que ese colgante tiene un gran poder.

Los dedos de Gaumata presionaron aún más su barbilla, y emitió un breve quejido.

—Te he estado vigilando desde que abandonamos Babilonia. Hay quien piensa que fuiste tú quien envió a aquel mensajero a Cambises para informarle de la

rebelión. Tu actitud es muy sospechosa. Así que confiesa, ¿qué tramas?

—Nada —susurró Raal.

Gaumata la miró con desprecio. Finalmente, la soltó.

—¿Nada? —repitió con tono ausente.

Raal negó con la cabeza. El genio hizo ademán de apartarse, mas en el último instante, se giró de nuevo y golpeó el rostro de la egipcia con el reverso de la mano.

—¡Maldita mentirosa!

Darío consiguió acceder con un grupo de quince hombres al interior de la fortaleza. Los guardias dieron la voz de alarma contra los intrusos y trataron de detener su avance desde las galerías interiores. El sonido de los aceros batiéndose se extendía al otro lado de los muros, donde el resto de soldados aún luchaba por penetrar.

Aquel acto acabó convertido en un asedio sangriento. Los guardias del usurpador morían a pies del ejército del difunto rey aunque

muchos de estos perecían también, ensangrentados bajo las espadas de sus enemigos. Las llamas de las antorchas que iluminaban el interior del Fuerte conferían brillo y rojez a la encarnizada lucha, que durante largo tiempo se ralentizó en el patio, bajo el cielo estrellado.

Algunos hombres se precipitaban al vacío desde el adarve y los torreones, alcanzados por las flechas de los soldados de Darío. El número de bajas en la guardia privada de Gaumata se fue haciendo

cada vez mayor, de manera que pronto otro grupo de guerreros del rey consiguió acceder a la fortaleza desde un lateral. La defensa hubo de dividirse para contener el nuevo agujero abierto y, en aquel momento, Darío y diez de sus hombres lograron avanzar adentrándose aún más hacia el interior, en busca del mago.

—Será mejor que acabe contigo antes de tener que preocuparme por otro enemigo —aseveró Gaumata retorciendo su mano en el vacío con

además mágico.

Raal se echó las manos al cuello. Una fuerza invisible la estrangulaba. El rostro de la princesa se congestionó, y sus ojos se desorbitaron ante la falta de oxígeno. Estuvo a punto de morir. Pero en aquel instante, un guardia atravesó el umbral, despavorido:

—¡Señor, están aquí! ¡Debe huir!

Gaumata levantó la cabeza. El guardia se giró al escuchar los pasos de los soldados de Darío. Era tarde. Una flecha certera

atravesó su cabeza y el cuerpo se desplomó en la entrada.

—¡Maldición! —gruñó el genio.

Dos soldados accedieron a la sala, espadas en mano, descubriendo la presencia del rey impostor. Raal, en pie, volvió a tomar el medallón entre sus manos y continuó con sus oraciones. La piedra de ámbar perdió su solidez transformándose en una especie de materia acuosa, y el aro exterior giró lentamente.

Gaumata realizó un gesto mágico

con su mano, cerrando las puertas de la sala e impidiendo con ello la entrada a Darío y compañía. Los dos guerreros se aproximaron al falso rey, precavidos tras presenciar el aparente poder del que hacía uso, con los aceros prestos.

—¡Ríndete! —le ordenó uno.

—¿Qué me rinda? Soy Esmerdis, hijo de Ciro, el Grande, y legítimo heredero del trono. Mi hermano está muerto y es a mí a quien corresponde este derecho —mintió

el genio utilizando buenos modales.

—Tú no eres su hermano. Ríndete ante Darío y él será clemente contigo...

—Vaya, vaya. Así que el bueno de Cambises os acabó confesando sus pecadillos, ¿eh? —Gaumata rió exageradamente—. Está bien. Entonces no opondré resistencia... —concluyó alzando las manos con las palmas hacia el techo.

Los soldados se detuvieron, recelosos. En un lateral se escuchaba el murmullo de Raal.

Abajo, los gritos del ejército batiéndose aún con los últimos reductos de la guardia privada.

Al otro lado de la puerta, en el corredor, Darío y sus acompañantes golpeaban ésta tratando de echarla abajo. Súbitamente, Gaumata cerró los puños y los dos militares sintieron que sus estómagos se encogían. Una fuerza terrible los asió del centro exacto de sus cuerpos y los suspendió en el aire hasta colocarlos con la cabeza junto al techo. Las manos de ambos

perdieron fuerza, dejando caer las armas aquejados por un dolor intenso, y sus gritos silenciaron cualquier otro sonido.

—Si no queréis vivir bajo mi mando —pronunció manteniéndolos en vilo—, no viviréis.

Y dicho esto, lanzó al primero contra la pared del fondo con tal fuerza que su cabeza se quebró por dentro. El soldado convulsionó en el suelo, manando sangre por los oídos hasta que, al cabo, perdió la vida.

El aro de orihalcon giraba ahora a mayor velocidad; la joya refulgía con un brillo cegador y la materia acuosa parecía fluctuar en el espacio hueco del metal. Gaumata continuaba pendiente del segundo soldado, al que pensaba condenar a un final idéntico al de su compañero. Por eso no se percató de lo que sucedía entre las manos de la egipcia.

Pronto, muy pronto, iba a recibir una desagradable sorpresa.

Afuera, los arqueros llovían

desde las alturas y, a pie de campo, las afiladas hojas de las espadas seccionaban cabezas y miembros sin compasión. Había demasiado tumulto como para que alguien se diese cuenta de que en un saliente de la torre, cerca de la ventana de la sala donde se hallaba refugiado el genio, una forma acuosa y azulada se materializaba de la nada. Sus ondas descendían, sinuosas y veloces, perfilando a su paso una figura en su interior. El color azul relampagueaba a intervalos, y tras

cada destello podía apreciarse con mayor nitidez la silueta que contenía aquella suerte de nebulosa líquida: la silueta de un hombre.

Un hombre joven, ataviado con el traje de guerrero y armado con espadas y puñales. Un hombre de melena oscura y perilla recortada cuyo rostro era bien conocido por su enemigo: Mâlik, el persa.

Cuando la mágica vaina azul desapareció, el general quedó sostenido con los pies sobre el saliente y los brazos en cruz,

adheridos a la pared, mirando hacia el vacío que se proyectaba bajo su cuerpo, donde los últimos guardias reales se batían a muerte antes de la victoria definitiva.

El djinn agarrotó los dedos sobre el vacío y el soldado se echó las manos al cuello. Continuaba con la cabeza pegada al techo cuando, ya con la vista nublada por la falta de oxígeno, creyó distinguir un haz de luz ambarino proyectándose desde el pecho de la chica contra el cuerpo del genio. Un instante

después, la presa sobre el cuello del guerrero se aflojó lentamente al tiempo que su cuerpo fue descendiendo con suavidad, ante la atónita mirada de su captor.

El djinn quedó perplejo. Su poder se había extinguido. El soldado tocó el suelo y quedó tendido, tosiendo, tratando de recuperar la respiración. Gaumata se volvió hacia Raal, henchido de furia, y gruñó.

—¡Acabaré contigo enseguida!

Sin perder tiempo, se hizo con una

de las espadas que habían quedado en el suelo y se encaminó hacia el soldado. El haz se apagó, regresando al medallón, en el momento en el que Gaumata alzaba el acero sobre su cabeza. El guerrero cerró los ojos, esperando el silbido de la hoja.

Mas éste no se produjo.

En su lugar, una voz grave emergió a espaldas del hechicero, sobresaltándolo:

—¡Detente, Gaumata!

Éste se volvió hacia la ventana.

Allí, en pie y armado con dos espadas, aguardaba la inconfundible figura de Mâlik. Gaumata bajó el arma, perplejo, y sonrió.

—¡Mâlik! ¡Mi hijo! Por fin has llegado. He preparado para ti un digno futuro, pero antes hemos de eliminar a estos que desean destronarnos.

—No, Gaumata —respondió el persa avanzando hacia su mentor—. Este no es tu trono.

—¡Vamos, Mâlik! Entrégame la

Piedra de Ilbet y gobernaremos sin más intromisiones; tú y yo.

Pero el general volvió a negar con la cabeza.

—Desde niño he anhelado vengar la muerte de mis padres y por eso he buscado sin descanso a mi enemigo. Y jamás me di cuenta de que aquel se hallaba a mi lado, protegiéndome.

Gaumata escuchó sus palabras con amarga sorpresa. En aquel momento se dio cuenta de que su ahijado conocía la verdad y de que

aquello los enfrentaba ahora.

—No sé de qué me hablas, hijo
—trató de engañarlo nuevamente.

—¡Oh! Sí que lo sabes —
respondió él mientras lo cercaba,
con las armas a punto—. Mataste a
mis padres y a mi hermano por
orden de Cambises, y hubieras
hecho lo mismo conmigo de no
haber logrado escapar de ti. Y
luego, con el tiempo, cuando
descubriste quién era yo, me
utilizaste en lugar de darme muerte,
pues decidiste que te sería de

mayor provecho luchando a tu servicio. Condenaste mi futuro y mi vida, y ahora vengo a devolverte el favor...

El genio esbozó una sonrisa. Se habían acabado las argucias.

—Morirás, Mâlik, si decides enfrentarte a mí. Morirás como lo hizo tu familia, pues aunque la egipcia me haya arrebatado el poder —levantó la espada hacia el persa—, aún conservo la destreza en este cuerpo.

—Entonces acataré mi destino.

Gaumata se abalanzó hacia Mâlik lanzando su primer golpe, y éste lo detuvo cruzando ambas espadas ante su rostro. El cuerpo joven y preparado que había poseído el mago, aunque estuviese consumiéndose por la terrible fuerza del espíritu que lo gobernaba, aún mantenía la consistencia necesaria para hacer frente al guerrero persa. Por ello, sus movimientos fueron ágiles y sus golpes se tornaron bruscos y contundentes. Batiéndose en

círculo, los adversarios intercambiaron sablazos, despreocupados en aquellos momentos por los empujones que Darío y sus hombres arreaban a la puerta desde el corredor.

Mientras tanto, Raal permanecía junto a la pared, atenta al combate, sosteniendo fijamente aquel medallón mágico a la altura de su pecho al tiempo que conjuraba, ya en un tono perfectamente audible. La piedra heptagonal que flotaba en el interior vacuo del aro, en

constante rotación, mostraba ahora un color rojizo mientras que una especie de humo blanquecino se precipitaba desde su interior hacia el techo, livianamente.

El lance se mantuvo en tablas un tiempo. Ataques y defensas se sucedían. Hasta el momento, ninguno había sufrido lesiones; pero aquella suerte iba a cambiar.

El primero en alcanzar su objetivo fue el joven persa: con un movimiento raudo saltó sobre su enemigo asestándole un golpe con

el filo de la hoja en el costado. Gaumata se quejó, pero el odio y la rabia mitigaron el dolor, por lo que se recompuso con facilidad reaccionando con otro empuellón contundente que produjo un buen corte en el brazo del guerrero. La sangre salpicó varios metros, mas como que en el caso del genio, Mâlik pareció no sentir nada. Enseguida regresó a la carga con varios movimientos encadenados que fueron detenidos sagazmente; hasta que el último, acompañado

por una carga de cuerpo entero, terminó seccionando parte del vientre del enemigo.

Éste se echó mano a la herida. Al mirarla, asombrado, descubrió que la sangre manaba en gran cantidad por ella.

—¡Despídete de este mundo! —gritó con ira el djinn.

Y se abalanzó sobre su protegido ondeando la espada con tal presteza que a Mâlik le fue imposible detener tal acometida. La hoja le produjo diversos tajos, algunos de

mayor profundidad, en brazos, pecho, piernas y costados. Sólo logró zafarse momentáneamente de Gaumata con una patada en su estómago que lo lanzó contra el suelo reavivando el dolor de su primer corte. El cuerpo poseído por el genio se puso en pie antes de que Mâlik lo alcanzara de nuevo y detuvo la última arremetida, contraatacando con una incisión certera en el gemelo del general persa que dio con sus rodillas en el suelo.

Mâlik sangraba en abundancia, y también su mentor. Mas ahora el primero se hallaba clavado en el suelo, esclavo de un dolor intenso que lo mantenía inmóvil, y el segundo, mano en vientre, empuñaba con fuerza su espada erguido ante él.

Mucho sabían los soldados sobre el factor sorpresa a la hora de ganar una batalla. Y estando a merced del enemigo, lo único que podía inclinar la balanza a favor de Mâlik era precisamente eso. Sin embargo

el dolor le resultaba insoportable, una de sus armas yacía en el suelo a cierta distancia y la otra se mantenía a duras penas entre sus flácidos dedos; y Gaumata parecía dispuesto a no prolongar su agonía, ahora que los golpes en la puerta anunciaban que ésta estaba a punto de ceder.

El guerrero elevó la vista hacia el rostro de su verdugo, cubierto casi en su totalidad por una capa de sangre, pero no para implorar clemencia. No la necesitaba.

Moriría con honor, porque al menos para eso era soldado. Gaumata, debilitado físicamente por la gran pérdida de sangre, sacó fuerzas para rematar la contienda y elevó el brazo armado aquejado de dolor. El fin había llegado.

Abajo, los supervivientes se rendían ante el ejército de Darío. En el corredor, un grupo numeroso de hombres dirigido por éste acometía contra la puerta ayudado por una viga de madera. Y en el interior de la sala, a espaldas del

usurpador, Raal se erigía como factor sorpresa para inclinar la balanza del lado del joven persa.

—¡Gaumata! —gritó la egipcia y el genio giró la cabeza súbitamente hacia ella—. ¡Ha llegado tu hora!

El djinn la miró, asombrado. Aquel medallón expelía un extraño humo ante el rostro de Raal y parecía que su encarnado interior absorbiera cada átomo de luz que cruzaba por sus proximidades, de tal manera que la estancia se iba quedando en penumbra alrededor

de ella dando la sensación de que la oscuridad fuese avanzando como una plaga tenebrosa. Gaumata bajó su arma, hipnotizado ante tal fenómeno y presa de una aberración de sentimientos que no lo dejaron pensar con frialdad.

Mâlik había dirigido un ejército y sabía bien cuándo había que aprovechar una oportunidad vital. Apretó entonces los dientes y aferró la empuñadura de la espada, tensando cada músculo de su brazo. Y, exhalando un grito de rabia, se

alzó sobre sus piernas y asestó el último golpe contra su adversario.

El acero silbó describiendo un semicírculo que fue cercenando a su paso la piel, arterias, venas, músculos y hueso del cuello del genio. La cabeza de este se separó del resto de su cuerpo y cayó al suelo para, después, rodar por inercia hasta la pared más próxima. Mâlik volvió a desplomarse sobre sus rodillas, exhausto, mientras contemplaba el fin de su eterno y terrible enemigo.

Raal levantó en aquel momento el colgante por encima de su cabeza y gritó:

—En el nombre de Snefer yo te ordeno: ¡Ven a mí!

Del interior del cuerpo decapitado, una suerte de espectro con la silueta figurada del mago Gaumata emergió, quedando suspendido en medio de la estancia. Permaneció así un instante, breve, hasta que la figura comenzó a descomponerse en partículas diminutas a medida que iba siendo

absorbida por una fuerza sobrenatural proveniente del epicentro del medallón. El rostro del djinn, así como su cuerpo translúcido, se desfiguraron y evaporaron en cuestión de segundos. Y, cuando por fin cada molécula del genio hubo quedado encerrada en aquel medallón, su luz roja se desvaneció, el humo se disipó y la estancia volvió a adquirir la luminosidad de la que había gozado en un principio.

Raal dejó caer el colgante sobre

su pecho y el aro detuvo su constante giro.

Mâlik, desde el suelo, cruzó su mirada con la de la egipcia. Y antes de desvanecerse, ambos se regalaron una sonrisa.

Cuando la puerta cedió, la princesa protegía el cuerpo de Mâlik tendido sobre su regazo, taponando sus cortes abiertos. Los soldados tomaron la estancia y corrieron a auxiliarlos. Desde el umbral, Darío contempló el cuerpo inerte del enemigo. Y fue

consciente de que el futuro de Persia dependía ya de él.

Pero esa es otra historia... y no es a mí a quien corresponde contarla.

7. La Corporación Nethuns

El vehículo pasó por la cabina de control y se dirigió hasta la entrada principal del edificio Neptuno. Campbell sacó dos tarjetas de visita del bolsillo interior de su chaqueta, se volvió hacia los asientos traseros y entregó una a cada uno.

—Póngansela en un lugar visible
—aconsejó. Después, abrió la
puerta y se apeó.

Una sensación extraña embargó a Miguel Corbal al toparse de nuevo con aquel bloque de cinco alturas de cristal oscuro. Un recuerdo intenso del pasado que jamás había logrado olvidar y que encogió sus entrañas.

Respiró hondo.

Virginia buscó su mirada cómplice antes de seguir al empleado de Garner al interior.

Notaba el peso del libro en su bolsa como un pecado a punto de ser expiado.

Miguel la tomó de la mano.

—Acompañenme.

Campbell avanzó hasta el umbral, y las puertas automáticas se deslizaron invitándolos a entrar.

2ª Parte

La pirámide invertida

SEGUNDA PARTE

LA PIRAMIDE
VERTIDA

Año 1974 d.c. En algún lugar del desierto de Nubia

El techo del corredor resultaba tan bajo que un hombre no cabía erguido por él. Unas horas antes, el equipo de arqueólogos había accedido a las cámaras interiores por aquel mismo conducto, pasando por turnos de rodillas. Pero

entonces nadie tenía prisa y todo resultaba mucho menos claustrofóbico. La diferencia con el momento actual radicaba principalmente en que el camino era de regreso, que todo el equipo había muerto en el interior de aquel lugar y que un ruido escalofriante avanzaba vertiginosamente tras el único superviviente de aquella catástrofe, quien ahora se deslizaba clavando las rodillas por el suelo del exiguo pasillo, jadeando como un perro.

Arrastraba en su mano una potente linterna de luz ambarina que iluminaba los metros que le precedían. Nathan Fitch calculó entonces que unos diez más allá llegaría hasta el codo que conectaba con el último tramo, desde el cual restaban otros veinte metros hasta la desembocadura. Obviaba el dolor que sentía en sus brazos mientras éstos se golpeaban contra el suelo para hacer tracción, despreciando igualmente aquel que le producían sus rodillas

desolladas; lo único que ocupaba su cabeza en aquel instante era el interrogante de si llegaría a la entrada antes de que aquello que fuera lo que le perseguía le diera caza.

En realidad, Fitch no era un hombre de campo. Tenía cuarenta años y, aunque su estado de forma era envidiable gracias al ejercicio físico que practicaba cada día, jamás había salido de expedición. Su vida se limitaba a los despachos de la gran ciudad de Nueva York,

donde cubría su necesidad de emociones fuertes. Tras la muerte de su padre, Melvin Fitch, se había convertido en un soltero de oro, con acciones en varias empresas y tal fortuna que era incapaz de administrarla por sí solo. Lo que lo había llevado tan lejos de su adorada ciudad suponía un nuevo reto a su ambición: ampliar la visión de sus negocios. Para él, su padre había arriesgado poco. La arqueología abría innumerables puertas y, sobre todo, la caza de

tesoros perdidos podía suponer un relanzamiento a su apellido, más ahora que se oían voces entre los asesores del difunto Melvin que no auguraban nada bueno teniendo a su hijo al frente de los negocios.

Tras varios años de investigación a cargo de un grupo de eminentes profesionales dispuestos a fundir la financiación de aquel multimillonario pirado, un profesor de arqueología se había presentado en su despacho con algo interesante. No se trataba más que de una

ficción relatada en un enigmático libro, reforzada débilmente por ciertos papiros milenarios y medio desintegrados. Nathan Fitch confió en la teoría de aquel profesor que aseguraba que en determinada zona del desierto de Nubia había existido un templo envuelto por una leyenda. Un templo que no había figurado hasta el momento en ningún documento histórico, pero que podría permanecer sepultado bajo la arena, esperándolos.

Por supuesto, el rico inversor no

podía permitir dejar en manos de unos excéntricos personajes como aquellos algo de semejante envergadura. Así que se había empeñado en acompañar al equipo. Cinco hombres y tres mujeres tras una quimera. Una leyenda que, definitivamente, había resultado ser cierta; tan cierta como que todos estaban muertos.

El aire entraba con suma dificultad en sus pulmones, pero al llegar al codo del pasillo sintió una corriente que le produjo gran

alivió. El sudor resbalaba por su sien y todo su cabello se adhería al cráneo, empapado. Había perdido el sombrero de explorador al principio del corredor y su traje de campaña marrón mostraba ya algunos enganchones fortuitos. Además, restos de polvo cubrían su rostro de espesa barba y los ojos le escocían a causa de las partículas que se habían colado en ellos. En cuanto a su perseguidor, sospechaba que ahora estaría accediendo al pasillo y se preguntó

cuánta maña tendría para avanzar por tan infranqueable lugar.

Evidentemente, no se trataba de un hombre, pues había visto los cadáveres de sus propios compañeros levantarse como resortes activados por una potente corriente de energía y caer desplomados a continuación. El último de ellos, una de las mujeres, incluso había echado a correr tras él, con cuencas vacías por ojos — habían estallado cuando el desastre se hallaba en los primeros

compases, ante la atónita mirada del resto— y con el rostro hinchado como una cara pintada sobre un globo aerostático; pero poco después se había desmoronado como un juguete roto y, una vez en el suelo, había salido disparada contra una de las paredes de la estancia como lanzada por una fuerza sobrehumana. Entonces Fitch había continuado su huida sin volver la cabeza, y no podía saber en ese momento bajo qué forma lo asediaba su cazador.

Sus antebrazos sangraban levemente, aunque con el exceso de adrenalina disparado por sus venas bien podría perder una pierna sin darse cuenta. Bastante tenía ya con lo que le hostigaba, por no añadir al colmo de la situación que aún conocía otra razón más para salir cuanto antes de allí.

Súbitamente, un relámpago imaginario estalló en su cabeza privándolo por unos instantes de cualquier sentido, incluida la vista. Tras aquel repentino fogonazo, una

mezcla de olores y visiones alteraron la realidad, sumergiéndolo en una especie de recuerdo tangible durante unos segundos; un tiempo breve en el que se sucedieron imágenes inconexas de manera consecutiva: un pueblo devastado por las aguas desbordadas de su río; una pequeña ciudad azotada por un cruel tifón que arrancaba tejados y árboles de raíz y empujaba los vehículos calle abajo; un incendio en un edificio de los barrios bajos de una gran

ciudad, donde la gente gritaba despavorida pidiendo auxilio a los bomberos recién llegados; un desfile militar del ejército nazi ante una grada presidida por Adolf Hitler; un volcán en erupción, escupiendo magma al aire mientras un río de lava resbalaba por su ladera sin ningún impedimento en el rumbo hacia la aldea situada en la vega; un fusilamiento de civiles arrodillados, hombres, mujeres y niños con los ojos vendados, acribillados por cuatro soldados en

un poblado cualquiera; Juan Pablo II en un ataúd y el cardenal Ratzinger saludando desde el balcón a los fieles congregados en la plaza de San Pedro; una pieza circular dorada con una piedra contenida en medio, de color ámbar; un tanque bombardeando un edificio en medio de una ciudad desolada; inmensas montañas de hielo desprendiéndose sobre el océano; un puente agitado por un seísmo, con vehículos precipitándose por las

descomunales y mortíferas grietas del asfalto; el cosmos, infinito, salpicado de estrellas y planetas en continuo movimiento, con sus nebulosas y agujeros negros, y algunas secciones desprovistas de cualquier creación, sencillamente tenebrosas, interminables; y, nuevamente, aquella joya heptagonal, que parecía flotar en medio de un aro de metal, emitiendo un brillo cálido y palpitante. Una piedra cuya fuerza interior parecía pervivir contenida.

Cuando sus sentidos resurgieron, el haz de la linterna alcanzaba la desembocadura y la luz del sol penetraba con cierta facilidad hasta ella. Al descubrirlo, la soltó a un lado con el fin de agilizar sus movimientos. La razón que se añadía a su necesidad presurosa de llegar a la salida se había manifestado tan sólo unos minutos antes de la muerte del último arqueólogo: Imprudentemente, éste había accionado un mecanismo en una extraordinaria sala interior.

Algo que había producido un sonido escalofriante, como la compuerta de un submarino abriéndose a varias millas de profundidad. Fitch confió en aquel momento en la inocuidad del acto; pero pronto había caído en la cuenta: si no se apresuraba, acabaría atrapado para siempre.

Sus gemidos retumbaban a lo largo del pasillo, hasta que finalmente logró alcanzar la oscuridad. El siguiente acceso era un rectángulo vertical de mayor

anchura que el corredor del que provenía, donde aguardaba la escalera de sogas que habían descolgado para el descenso. Sin pensárselo, apoyó una de sus botas en el primer peldaño y comenzó a subir.

Llevaban demasiado tiempo en aquel lugar. Habían contado con la ayuda de mano de obra egipcia para las excavaciones, incluso del gobierno. A Fitch no le importaba lo más mínimo donar unas cuantas piezas a cambio de una buena

publicidad y, por supuesto, de trabajadores. En realidad, aquel curioso libro del que jamás se separaba el profesor relataba una fantasía; y el hecho de que no hubiera querido revelar a nadie su procedencia le confería aún mayor incredulidad. El potentado financiero se había esforzado en innumerables ocasiones por sacar algo de información al respecto tanteando cuidadosamente al arqueólogo, pero éste se había cerrado en banda una vez tras otra.

Se limitaba a repetir que aquel texto encuadernado en piel y atado con un fino cordel de cuero contenía una historia real, ambientada en lugares reales y que prefería vender su proyecto a otro patrocinador antes de desvelar su proveniencia o cualquier dato que se reflejase en sus párrafos. Ni siquiera había consentido que nadie más del equipo leyese su contenido. Lo guardaba como el mejor de los tesoros y siempre lo llevaba donde él fuera. Por esas razones, Fitch

había decidido guardar la ropa escatimando esfuerzos y dinero a la hora de realizar las excavaciones y había solicitado el amparo del gobierno egipcio, que aseguraba desconocer por completo la existencia de un templo bajo aquella zona del desierto nubio.

Aún sin pruebas materiales que aportar, las excavaciones habían recibido luz verde y, meses más tarde, Fitch tuvo que dar mayor credibilidad a la teoría del profesor. Efectivamente, hallaron

un templo bajo la arena.

El profesor había muerto en el interior de su quimera. Una fuerza invisible le había exprimido el cerebro y, tras convulsionar con sus ojos en blanco, la sangre resbalando por la nariz, se había desplomado sobre el suelo de una de las cámaras secretas. Cuando esto sucedió, sólo Fitch y una arqueóloga permanecían aún con vida. El resto del equipo yacía a lo largo del recorrido. La joven gritaba aterrada, suplicando salir

cuanto antes de allí; sin embargo, el tiempo no actuaría como un fiel compañero para ella. El mismo destino que a los demás la alcanzó finalmente, y Nathan Fitch tuvo que apañárselas solo.

Cuando se encaramó al final de la escalera, una amplia cámara apareció ante sus ojos. La luz del sol penetraba por el techo, no demasiado elevado, desde el hueco por el que se descolgaba una larga cuerda salteada de nudos marineros. Aquella había servido

de entrada al interior, y ahora la arena caía por la oquedad como una pequeña cascada. Fitch se aferró a la cuerda y, a pulso, comenzó el ascenso. Intuía que pronto toda la arena cubriría la estancia y acabaría por taponar su única vía de escape, sepultando a quien permaneciera dentro.

Alternando las manos, las piernas en ele y los pies cruzados alrededor de la gruesa soga, alcanzó pronto la cima y su cabeza recibió de nuevo el impacto de la libertad. El sol

abrasaba y el viento, árido, soplaba sin clemencia levantando la arena. Fitch tuvo que cerrar los ojos para que ni la luz ni las partículas que se proyectaban como balas lo cegaran. En un último esfuerzo, se impulsó con ambos brazos en el suelo desértico y logró encaramar el resto de su fibroso cuerpo.

El aire se endiabló como si aquel acto supusiese una afrenta contra la Naturaleza y el magnate se vio obligado a gatear luchando contra Su furia, que parecía pretender

empujarlo nuevamente hacia el interior.

El desierto se cernió sobre la abertura en cuestión de segundos, cubriéndola por completo hasta crear un montante sobre ella. Fitch, finalmente, no pudo sostenerse y se abandonó a merced del viento, pero éste no tuvo por donde devolverlo a las entrañas del templo.

Cuando el aire amainó, Nathan Fitch se hallaba bajo una capa de arena en medio de una explanada rojiza. No quedaba ninguna prueba

de que alguna vez alguien hubiera realizado allí unas excavaciones; ni máquinas, ni cintas delimitadoras, ni utensilios de ningún tipo. Ni tan siquiera quedaban las tiendas de campaña que el equipo utilizara como base de operaciones. Todo había quedado sepultado.

El hombre apartó la tierra que lo enterraba, tosiendo, y, tras ponerse en pie, acabó por sacudirse la ropa y el cabello. Sus ojos resaltaban bajo la fina capa canela que lo recubría como a una de aquellas

piezas centenarias que los arqueólogos rescataban de las cárcavas. Se miró el pecho, sobre el que colgaba el medallón robado hacía escasamente unos minutos y que había desencadenado aquel desastre: una alhaja de metal circular con extraños grabados que circundaba una piedra de ámbar. Después tocó el bulto que sobresalía por su espalda, bajo el cinturón, en una comprobación rutinaria de que todo lo que le importaba continuase a buen

recaudo. Levantó su camisa y extrajo el libro del profesor, atado con aquella peculiar cinta de cuero. Lo observó durante un rato, acariciando la piel de la encuadernación con una sonrisa esbozada bajo la barba arenosa y, finalmente, alzó la vista y contempló el paisaje.

Lo había conseguido.

1

Desierto de Nubia. 30 años después.

Junio de 2004.

Cuando el sonido de las hélices ensordeció las voces de los egipcios, muchos se detuvieron y

alzaron la vista hacia el cielo
haciéndose sombra con sus manos.

En el interior de la cabina del helicóptero, Virginia Solves miraba a través de su ventanilla de copiloto hacia la vasta superficie de desierto que se extendía bajo ella. Hileras de hombres transportaban canastos de arena sobre sus hombros y, tras vaciarlos, regresaban hasta el epicentro de la excavación principal, donde otro centenar de personas cavaban casi sin descanso. El piloto hizo una señal a

su pasajera y ésta desvió la vista a través del cristal delantero. Desde ahí se divisaba una formación de casetas prefabricadas, unidas entre sí dibujando un rectángulo con un patio central en medio.

—Allí está —anunció el piloto a través del micrófono unido a sus auriculares.

Se trataba de un hombre joven, de nacionalidad egipcia, cuyo inglés sólo conservaba un tímido acento árabe. Había recogido a Virginia en el aeropuerto de Abu Simbel para

transportarla hasta la excavación y, desde entonces, en rara ocasión se había mantenido en silencio. Virginia lo escuchaba por sus cascos, casi siempre muy interesada en los detalles sobre el trabajo que estaban realizando en la zona. El piloto no sólo estaba al tanto de cada percance, sino que parecía enterado de los aspectos más insólitos del proyecto.

—¿Ese es el campamento base?
—preguntó ella mirándole a través de sus oscuras gafas de sol.

—Ese es, señora. Pero la zona de aterrizaje está cerca de la excavación principal.

—¿Cuántas excavaciones hay?

—En este momento, tres. Han cerrado dos en la última semana.

Virginia volvió a mirar por su ventanilla y descubrió que, a varios kilómetros hacia el oeste del campamento, otro grupo de hombres trabajaba en el interior de una explanada circular delimitada por cintas de plástico amarillas. El entorno se veía circunscrito entre

formaciones rocosas, las más alejadas en forma de altas montañas, perfiladas por el desértico viento.

—¿Y han encontrado algo?

El piloto la miró de reojo.

—No lo sé. Pero el profesor tiene bastante claro que ahí abajo hay un templo. Y, además, la superstición de los nubios afianza su creencia.

—¿Superstición?

—¿No conoce la historia, señora?

—A la pregunta le acompañaba una mueca divertida; la que esboza

alguien que cree saber más que su interlocutor.

—Me temo que sé bastante poco de este lugar...

—La gente de por aquí cree que hace unos dos mil quinientos años se levantaba en este terreno un templo regido por un sacerdote cruel que mantenía sometido a su pueblo. Una especie de diablo que comía carne humana y cuyo poder superaba al de cualquier faraón... —se apresuró a narrar sin apartar la vista del lugar de aterrizaje—.

La gente de aquí sabe que ahí debajo permanece ese templo, aunque jamás lo hayan visto ni se hayan atrevido a acercarse por los alrededores. Eso es lo que dicen. El templo está enterrado por una maldición: la maldición de aquel sacerdote caníbal. Cuando su amigo el profesor Bellver solicitó la ayuda de los nubios para las excavaciones, éstos se negaron. Por eso tuvo que acudir a los egipcios...

—¿Y qué templo en Egipto no

cuenta con una leyenda sobre maldiciones? —Virginia sonrió tras el comentario. Todo aquello siempre le había parecido ridículo.

El piloto se encogió de hombros y soltó una parrafada en árabe que ella no logró entender; aunque tampoco se molestó en pedirle que la tradujera.

El helicóptero descendió con suavidad aproximándose a otro cráter de unos cien metros de diámetro, delimitado por cuerdas atadas a postes de medio metro de

altura. Parecían haber logrado una gran profundidad en aquella excavación; como si un meteorito hubiese impactado sobre el terreno. Las hélices levantaron la arena alrededor y, finalmente, el aparato se posó en firme.

—Tenga cuidado al salir, señora. Acuérdesse de agachar la cabeza.

—Gracias —respondió Virginia colocándose un sombrero de ala ancha sobre su lisa melena oscura—. Por cierto, ¿dónde encontraré al profesor?

El piloto miró por la ventanilla delantera.

—Él la encontrará a usted.

Virginia observó que alguien se acercaba ya hacia ellos. Abrió la puerta, se sujetó el sombrero con una mano y lanzó su bolsa al exterior.

—Hasta pronto —se despidió del piloto.

—Feliz estancia —bromeó éste echándola un último y lascivo vistazo.

Virginia saltó a la arena y sus

botas se hundieron levemente en ella. El egipcio le había proporcionado un traje color caqui, con pantalón desmontable, y aquel sombrero que la protegería de las peores horas de sol. Se había sentido ciertamente desubicada tras cambiarse en el aeropuerto, entre gente de apariencia normal; pero ahora que había descendido a los infiernos, encontró por fin el sentido a aquel uniforme.

El bochorno la asfixió momentáneamente y unas gotas de

sudor resbalaron de inmediato por su cuero cabelludo. Agachó la cabeza como le había recomendado el piloto, recogió su bolsa de viaje y escapó de la acción de aquellas enormes hélices encaminándose hacia el hombre que venía a su encuentro.

Se llamaba Ricardo Elorza, tenía más o menos la edad de Virginia y su vestimenta vociferaba que no realizaba funciones de arqueología. Estrechó con firmeza la mano de la recién llegada y sonrió con la

falsedad de un desconocido ante una visita obligada.

—La estábamos esperando. ¿Ha tenido un buen vuelo? —preguntó tras las oportunas presentaciones.

—Los he tenido mejores —se sinceró ella.

—Vaya, lo siento.

—No se preocupe. Si hubiera sido usted quien pilotaba ese avión, aún tendría sentido... Dígame, ¿cuál es exactamente su función en este lugar? —se interesó mientras caminaban directos hacia un cuatro

por cuatro.

—Apoyo psicológico.

Virginia le miró con gesto desconcertado, ocultos sus ojos por los cristales tintados.

—¿Psicólogo? No sabía que fueran necesarios en este tipo de trabajos.

—Ya. Bueno... en realidad aún no conoce cuál es exactamente este tipo de trabajo, señora Solves.

—¿Podríamos tutearnos? Sospecho que vamos a pasar mucho tiempo juntos.

Elorza sonrió con mayor franqueza esta vez.

—Me parece una buena idea. Te lo explicaremos todo con más detalle. Pero ahora el profesor quiere verte.

—Pues no le hagamos esperar...

El golpeteo de unos nudillos tocando en la puerta de la caseta desveló al profesor, que se hallaba sobre su colchón tendido con los ojos cerrados. Se incorporó pesadamente, aún bajo el reflujo de su último mal sueño, y carraspeó antes de contestar:

—¡Adelante!

La puerta se abrió descubriendo a

dos figuras recortadas por el intenso sol, como una aparición divina que obligó a Bellver a entornar los párpados, cegado por la luminosidad que había violado bruscamente la penumbra de la estancia. Sin embargo, enseguida reconoció la voz de Ricardo Elorza en una de las siluetas:

—Dante, ha llegado nuestra nueva compañera.

Hizo un esfuerzo por reconocer a su amiga y, pronto, su visión se fue aclarando.

—¡Pasad! Sólo estaba descansando un rato...

Virginia entró sonriendo; dejó su bolsa en el suelo y se acercó a abrazar al profesor. Al separarse, ella observó que a pesar del tiempo transcurrido desde la última vez que se encontraron, Bellver no había envejecido demasiado. Seguía teniendo prácticamente la misma apariencia que hacía diez años, quizá con alguna arruga más, pero de las ocasionadas por el sol. El profesor era un hombre fibroso,

en buen estado de forma. Y nada había cambiado en su aspecto a pesar de que ahora contara con más de sesenta años.

—Te noto más guapa que nunca...
—observó él recorriendo su esbelto cuerpo con la mirada.

—Eso es que me has echado de menos... —bromeó y ambos rieron ante la sonrisa estúpida del psicólogo.

—Me hubiera gustado estar a pie de la excavación para recibirte, pero mis noches son cada vez más

soporíferas. Por las mañanas me encuentro fatigado y tengo que descansar un rato antes de continuar...

—Dante se levanta antes que nadie —intervino Elorza con las manos hundidas en los bolsillos de sus amplios pantalones de explorador que limitaban con sus rodillas. Bajo estos se encaramaban unos gruesos calcetines de color claro y unas enormes botas que le conferían un aspecto un tanto cómico. En realidad, no porque lo

fuera (Elorza podía considerarse un tipo atractivo), sino porque era raro que a alguien le sentara bien aquella guisa—. Incluso antes que el sol...

—Cuando sale el sol, Ricardo, hace demasiado calor para un viejo como yo. Te lo he dicho muchas veces. —Se volvió hacia Virginia—. ¿No has visto aún tu suite?

Elorza y ella cruzaron una mirada fugaz, y él respondió:

—Hemos pensado que sería mejor que os vieseis antes.

—Bien, pues yo seré tu anfitrión ahora. —Se inclinó sobre la mesilla junto a su cama y recogió su reloj y sus gafas de sol.

—Así que nuestro amigo el piloto ya te ha puesto al corriente de algunos detalles...

—Más o menos. Aunque donde se ha explayado un poco más ha sido en lo de la maldición —confesó Virginia dejando la bolsa sobre la que iba a ser su cama.

Se trataba de una caseta pequeña con dos camas enfrentadas, las

cuales disponían de una mesilla con un cajón cada una y una lamparita encima. Al fondo de la estancia se abría una puerta que daba a un aseo con ducha y, junto a ella, dos taquillas de las cuales una permanecía abierta y, a la vista, vacía. Sobre la mesilla de la cama de enfrente había, además, un libro de procesamiento de datos que informaba de que alguien ocupaba ya aquel colchón.

—La maldición... —Bellver sonrió ampliamente, se rascó la

cabeza bajo su cabello largo, ondulado y ceniza en un ademán despreocupado y volvió a sumergir la mano en el bolsillo de su pantalón caqui—. La gente de por aquí, si es que eres capaz de creer que en un lugar como este pueda haber gente, está chiflada. Dicen que el templo lo construyó un sacerdote déspota e inmortal; una especie de divinidad cargada de odio y recelo hacia los hombres que los utilizaba como esclavos no sólo en esta vida, sino en el más allá.

Dicen que comía su carne después de acabar con sus vidas y que así poseía sus almas para la eternidad. Pero, claro, como podrá suponer una persona culta como tú, esas majaderías sólo pueden albergar una cosa: la superstición.

—Y por eso has tenido que contratar egipcios en vez de nubios...

—Te hubiesen gustado más los nubios, desde luego. Son morenos de ojos azules. Pero sí, por eso he tenido que contratar mano de obra

egipcia. Aunque todo esto tiene su parte positiva, no vayas a creerte...

—¿Y es?

—Que nadie de por aquí ha querido desenterrar jamás el templo.

Virginia asintió en silencio; se quitó el sombrero y lo soltó junto a la bolsa para recogerse su melena azabache en una coleta.

—¿Y qué pretendes encontrar en este lugar, Dante?

—¿Qué se supone que puedes hallar en un templo milenario oculto

bajo las arenas de un desierto, querida? Aparte, claro está, de la maldición de un sacerdote pirado.

—Mmmm... ¿Tesoros?

Bellver soltó una carcajada.

—Será mejor que deje que te instales cómodamente. Hablaremos después, durante la cena —la emplazó girando sobre sus talones hacia la puerta—. Puedes darte una ducha si te apetece. Tenemos agua caliente...

3

Bellver había trabajado como catedrático en una universidad de Madrid antes de liarse la manta a la cabeza y convertirse en un expedicionario. Durante muchos años, sus teorías acerca de las antiguas civilizaciones habían despertado inquietudes entre los numerosos alumnos que pasaban por sus clases, incluso entre muchos

otros estudiosos del arte antiguo y del ser humano. En el caso particular de Virginia Solves, el profesor había sido algo más en su vida que un erudito en ciertas materias de Historia: Antiguo compañero del colegio de su difunto padre y amigo íntimo desde la niñez de su tío Nicolás, aquel hombre había formado parte de su círculo familiar desde que ella naciera. Con el tiempo, se terminaría por convertir en el aliento de su vocación: la pasión

por descubrir las huellas de su propia especie. Dante Bellver le había contagiado un espíritu descubridor colmado de misterios sin resolver repartidos por excavaciones, grutas submarinas o yacimientos aún por encontrar; y quizá gracias a aquel hombre ella fuera ahora una gran escritora de no ficción reconocida internacionalmente.

Bellver siempre había ejercido de protector para todos sus discípulos. Aunque pocos le hubieran sido

fieles de por vida y se hubieran emancipado con éxitos relativamente atribuibles al mentor, Virginia fue de las pocas que habían sabido agradecerle su confianza y sus conocimientos. Por eso, diez años atrás, había acudido a la llamada de su viejo amigo para documentar una serie de inmersiones en las costas de Cádiz. El profesor buscaba restos de la civilización perdida de la Atlántida, un sueño reiterativo en su periplo por este mundo, al que se

había aferrado a la hora de abandonar la docencia como una locura de senectud. A su ahijada de oficio también le llamaba la atención aquella odisea, y aunque se hallaba ocupada en trabajos periodísticos por aquel entonces, había dedicado treinta días al apoyo incondicional de las teorías de Bellver. Pero definitivamente, bajo las aguas españolas no descansaba ningún resto del Continente de Platón. Así que el profesor y los miembros de su

equipo recogieron bártulos y continuaron su camino, lamentando el tiempo que habían hecho perder a Virginia y prometiéndola una gran recompensa.

En estos diez años, no se habían vuelto a ver. Tan solo habían mantenido contacto telefónico y de manera esporádica; pero ella intuía ahora que aquella recompensa estaba justamente ahí, bajo aquel desierto, y que por eso su amigo había recurrido a ella.

—Comprobamos uno por uno los

lugares que citaban las diversas teorías —comentaba Bellver sentado a la mesa entre bocado de ternera y sorbo de vino, refiriéndose al lapso transcurrido entre el último encuentro y ahora—. Estuvimos en Túnez haciendo caso de Robert Graves, en las islas de Gran Bretaña, en las Bermudas e incluso llegamos a comprobar ciertos lugares en el Pacífico...

Virginia cenaba encantada con el relato, mientras el resto del grupo —el ya conocido psicólogo

Ricardo Elorza, otro arqueólogo llamado Tony Delpy y Norah Beck, una experta en informática—, asistía con sonrisas y eventuales comentarios a las palabras del profesor.

—¿Y cuál fue el resultado? —se interesó ella tras tomar un trago de vino.

—Ninguno —respondió con cierta fatalidad Bellver—. No hallamos nada. Así que el dinero se acabó y la gente se marchó... A excepción de Norah y Tony, que se

unieron a mí un tiempo después y que conservaban intacta la fe...

Éstos esbozaron una sonrisa carente de sentimiento.

—¿Y fue esa fe la que os proporcionó a otro patrocinador?

—Puede ser... Un día se presentó una mujer americana. Era la presidenta de una Corporación afincada en Miami, llamada Nethuns. Se dedican a investigaciones cosmológicas, mecánica cuántica... cosas así.

—La misma que has pedido a

Miguel que investigue...

Asintió con un gesto lento de cabeza.

—La misma. —Se introdujo un trozo de carne en la boca, masticó, tomó un trago de vino y después continuó—. Nuestro proyecto había caído en sus manos y pretendía contratarnos para formar un departamento de arqueología con el fin de hallar restos de continentes perdidos en cualquier lugar del mundo. Nos pareció una buena idea, afín a la nuestra y con buen

respaldo económico. Así que firmamos los contratos y nos largamos a la Antártida.

—¿La Antártida?

Delpy se giró hacia Virginia.

—La propuesta fue nuestra. En realidad, era uno de los pocos lugares que nos quedaba por explorar.

—La Corporación nos había obligado a volver a las islas Bermudas para hacer una nueva inmersión —continuó el profesor soltando el tenedor sobre el plato

—. Habíamos estado allí dos años antes, pero se empeñaron en que repitiéramos la operación. Así que, cuando regresamos de vacío, aceptaron nuestra propuesta.

—¿Y qué paso? —el interés de Virginia iba en aumento.

—La Antártida es un lugar frío, pero aparte de eso... —bromeó Norah.

—Tampoco encontrasteis nada...

—Tampoco.

—Y habéis decidido buscar las civilizaciones perdidas en el

desierto...

Las miradas de todos se cruzaron entre sí, en un incómodo silencio que Virginia supo apreciar.

—¿Qué ocurre? ¿Voy muy desencaminada?

Bellver carraspeó, la vista clavada en su copa de vino.

—Me temo que sí, querida. —
Alzó sus ojos hacia ella, el gesto circunspecto—. No estamos aquí para encontrar pruebas de ninguna civilización.

—¿Entonces? —Su sonrisa

incrédula se topó con la seriedad del resto.

—Trataré de resumirte estos dos años en una historia medianamente coherente: Mientras investigábamos en la Antártida, dos miembros de nuestro equipo fueron enviados a una zona del océano Pacífico que los científicos de la Corporación denominaban "Zona Cero". Sabemos que se encontraba sobre el paralelo 32, pero no sabemos nada más sobre ella ni sobre el proyecto. El equipo estaba integrado, además,

por un cosmólogo, una psicóloga y la presidenta fundadora de la Corporación. Dicen que algo salió mal. Que el avión en el que regresaban se estrelló. Pero lo cierto es que no hallaron restos del siniestro.

Su amiga elevó una ceja mostrando su desconcierto, pero no le interrumpió.

—Varios meses después, algo igualmente extraño se desencadenó en la Junta de accionistas. Algunos miembros fallecieron en extraños

accidentes, pero no llegó a filtrarse demasiada información fiable. Finalmente, uno de ellos adquirió la mayoría de acciones y tomó el control: Nathan Fitch. El hombre que nos ha enviado aquí...

—Y del que no te fías... —aventuró Virginia por la investigación que Bellver había encargado a su marido.

—La política de Fitch ha dejado a un lado los proyectos de la anterior presidenta. Su interés por lo que se esconde bajo estas arenas es

enfermizo.

—¿Y sabes a qué se debe?

—Si os parece —dijo haciendo partícipe al resto del grupo—, pongamos a la señora Solves al corriente de este *misterioso* asunto que nos ha traído hasta las arenas de Nubia...

—Todo empezó con un libro. Una narración que hablaba de la conquista de Egipto por los persas, quinientos años antes de nuestra era. Aunque ahora lo que menos interesa es el contenido de ese libro, así que iré al grano. —Bebió un trago y encendió un cigarrillo—. El libro en sí fue hallado por un arqueólogo francés llamado

Baptiste Venard. Cuando mañana Tony te enseñe el terreno, verás unas montañas altas hacia el noroeste. Son inconfundibles porque son las más elevadas que pueden verse por aquí. Tras ellas se extiende una llanura que en su día fue una pradera y sobre la que hubo una aldea, muy cerca de la zona de Qustul. Y allí fue donde el equipo del arqueólogo descubrió unas tumbas. En el interior de una de ellas, que fue datada en unos cuatrocientos años antes de Cristo,

hallaron restos humanos, como cabría esperar, pero también hallaron bien protegido este libro del que te hablo. Estaba bajo los huesos de un hombre, posible sacerdote nubio, a los que las pruebas científicas oportunas concedieron la misma edad que la tumba que lo albergaba. Sin embargo, el asunto del libro trajo más polémica de la debida. Primero, por el hecho de que hace dos mil cuatrocientos años los libros encuadernados, tal y como

hoy los conocemos, no existían. Segundo porque la tinta utilizada sí pertenecía a la época del cadáver y de la tumba. Venard debió de pensar que aquel hallazgo sería tomado por la comunidad científica como una broma pesada, y descartó la validez del dichoso libro tras catalogarlo con escepticismo como un objeto anacrónico, al que darían la misma validez que se da a todos esos cacharros. Después, el hallazgo corrió de mano en mano hasta que, en la década de los

sesenta, volvió a ser objeto de diversos análisis más exhaustivos que los primeros. —Hizo una pausa para dar una calada al cigarrillo y dejó escapar el humo sobre su bigote, sin prisa—. Ahora llega la gran cuestión, querida: Si la tinta era original y el tiempo que había pasado sobre aquel libro resultaba próximo a los dos mil cuatrocientos años, entonces, ¿cómo podía ser que su autor lo hubiera escrito en inglés cuatrocientos años antes de Cristo?

Virginia asistió con desconcierto a aquella exposición.

—¿En inglés?

Bellver lo confirmó con un gesto rotundo y continuó:

—La encuadernación, lógicamente, también despertaba la curiosidad de los investigadores: era de piel marrón. Tenía dos curiosas cintas de cuero cosidas a las tapas para anudar el libro y, en la cubierta posterior, cerca de la ranura, llevaba grabado un nombre: notiGam, con g mayúscula.

Delpy carraspeó y, seguidamente, explicó:

—Cuando investigaron sobre ese grabado, en los años sesenta, no hallaron nada de interés. NotiGam no parecía tener relación ni con Nubia, ni con la fabricación de las pastas del libro, ni con el contenido del mismo. Pero nosotros hemos hecho nuestras propias averiguaciones, ¿verdad, Norah?

Virginia alzó las cejas en señal de interés, volviéndose hacia la chica.

—A principios de los ochenta, un

tipo llamado Tillet Notigam creó una empresa de material de oficina en Miami. Parece ser que surtía principalmente a escuelas y universidades, pero cerró en el ochenta y cinco —explicó ella.

—¿Y ese tipo fabricaba libros similares al de Qustul? —puso en entredicho la investigadora.

—Parece ser que sí, aunque te resulte chocante. Hubo gente que nos mostró alguno, incluso...

—¿Me estáis diciendo que, de alguna manera, ese tal Tillet

Notigam conocía la existencia del *Libro de Qustul* y se basó en él para crear su propia línea?

Norah cruzó una mirada con Delpy.

—En realidad, Virginia —tomó la palabra éste—, la difusión de la noticia sobre el Libro de Qustul fue nula. Incluso hoy día, si tratas de encontrar alguna referencia sobre él, tienes que ahondar en ficheros que no están al alcance de todo el mundo.

—Si buscas objetos anacrónicos

—intercedió la chica— te toparás con el Vaso de Dorchester, las piedras de Ica, el artefacto de Coso o la archiconocida Batería de Bagdad, entre otros tantos. Pero difícilmente encontrarás en esa misma lista el Libro de Qustul. Así que nos resulta increíble que ese tío supiese de su existencia.

—Pero supongamos que hubiese sido un apasionado del tema y que hubiese investigado —propuso el arqueólogo—. ¿Qué posibilidades habría de que lo hubiese tenido

entre sus manos para reproducirlo con tal exactitud? Porque si hay algo seguro es que no existe una sola imagen sobre esa encuadernación en ningún sitio.

—¿Y no se os ha ocurrido contactar con él?

—Evidentemente ese era nuestro propósito, pero nos fue imposible localizarlo. El dueño del local que lo ocupa ahora nos dijo que Tillet Notigam había cerrado tras la trágica muerte de su hijo, y que poco después se había mudado de

ciudad.

—Un duro golpe... —añadió Norah.

—¿Qué le ocurrió? —Virginia se debatía entre ambos, por tiempos, como si se encontrase en medio de las mismísimas urracas parlanchinas.

La chica respondió:

—El muchacho se graduó en la Universidad de Florida, y esa misma noche, celebrándolo con los amigos, sufrió un accidente mortal de coche. Al parecer, de los cuatro

que lo acompañaban sólo se salvó el conductor.

—Al padre le debió de afectar de tal manera que decidió largarse de la ciudad... —concluyó Delpy.

—Así que no hemos podido desvelar el misterio del enigmático libro —retomó el protagonismo Bellver aplastando el cigarrillo en un cenicero—. Pero quizá ahora eso sea lo de menos. Fitch financió una expedición a este desierto en los setenta, y al parecer desenterraron el templo. Accedieron a su interior

y encontraron una pieza que, según Fitch, se describe en el libro: el Medallón de oricalco. Pero al tratar de llevársela, sucedió algo que acabó con la vida de todo el equipo, a excepción de la del magnate.

—¡Venga ya, Dante! —protestó Virginia—. Ya soy mayorcita para que me cuentes cuentos antes de dormir.

—Piensa lo que te apetezca. Tienes información suficiente por ahora como para sacar tus propias

conclusiones. —El viejo se puso en pie con cierta dificultad. Su sonrisa se había esfumado y Virginia lo miraba con perplejidad—. Pero por hoy ya está bien. Mañana nos espera una dura jornada y debemos irnos a dormir...

—Espera. Aguarda un momento. ¿Tú te lo has tragado? ¡Vamos, Dante! Eres un tío racional... —Miró al resto del grupo, que escuchaba en silencio—. ¿Vosotros también creéis esa milonga?

Bellver caminó hacia la salida.

—Hasta mañana, niños y niñas —
Y desapareció por la puerta
dejando que ésta se cerrara
lentamente tras él.

Atascadero, California.

En los días soleados, el Hospital Estatal emitía una apacible sensación de calma. Era un edificio de poca altura, construido en el interior de un perímetro de seguridad y rodeado por extensas

zonas verdes. A la entrada, un enorme bloque de piedra blanca, rectangular, iluminado por dos focos desde un suelo de césped, anunciaba: *Atascadero State Hospital*. Pero, a pesar de la sensación que pudiera producir, se trataba de un edificio de máxima seguridad.

Miguel Corbal vio pasar el bloque de piedra desde el asiento del copiloto del BMW que lo conducía al interior del perímetro. Jamás había entrado a un centro

psiquiátrico. Al volante iba un tipo llamado Ralph Madsen; abogado. Era un caballero entrado en años, de baja estatura y cabello rubio, peinado a raya y aplastado sobre su cabeza. Miraba a la carretera a través de unas gafas redondas de pasta que empequeñecían sus ojos, como si los cristales no tuvieran la suficiente graduación. Aunque, para alivio de Corbal, el gesto se debía al reflejo del sol sobre la luna delantera.

Madsen redujo la velocidad y se

detuvo frente al puesto de vigilancia, donde un guardia se aproximó a su ventanilla. Tras mostrarle una identificación, el agente se asomó, echó un ligero vistazo al interior del vehículo y les autorizó a continuar. El abogado trabajaba para un empresario llamado Al Garner; magnate reconocido en el sector de la informática. Ahora, Garner estaba recluido en aquel Centro por motivos desconocidos y Corbal había solicitado una entrevista con

él tras el resultado de sus investigaciones sobre los accionistas de la Corporación Nethuns.

Unas semanas antes, el periodista ultimaba una serie de reportajes sobre artistas españoles en Norteamérica. Actores que aún no habían despuntado, pintores con talleres en el centro de Manhattan, músicos en busca de mercado... La parte trasera del éxito, por llamarlo de alguna manera; o la antesala, también era un término válido. El

diario español para el que trabajaba como freelance había invertido una buena cantidad de dinero en aquel reportaje, y Corbal sabía manejarse al otro lado del Atlántico. Sin embargo, a pocos días de finalizar el proyecto —diez artistas, diez seguimientos, diez crónicas escritas y un documental en video para algún canal interesado—, su viejo amigo Dante Bellver le había telefoneado desde algún lugar perdido de Nubia pidiéndole un favor personal: meter

las narices en la empresa que financiaba la operación en aquel desierto.

Madsen aparcó ante las columnas del porche, y ambos bajaron del vehículo. Corbal había optado aquella mañana por vestir con traje y corbata, algo inusual en él. Posiblemente había decidido que presentarse ante un hombre importante, aunque estuviera recluido en un psiquiátrico, merecía cierta formalidad. Pero, además, quería causarle una buena

impresión con vistas a lograr sus propósitos. Al cerrar su puerta, se abrochó la chaqueta beige y la alisó. El abogado abrió el maletero y sacó de él un maletín negro que se pasó de mano antes de cerrar. Ante ellos, en una isleta de césped en medio del asfalto, la bandera americana ondeaba sobre un mástil. El periodista reparó en ella mientras esperaba a su acompañante; después, bajó la vista y sonrió a éste cuando por fin rodeó el coche para enfilar hacia la puerta

del hospital.

Al Garner aguardaba en una sala limpia y vacía, muy parecida a las salas de interrogatorio que se ven en las películas, pero con un ventanal con vistas a una pradera por el que entraba una luz cálida. De camino hacia allí, mientras se adentraban acompañados por un enfermero de color de aproximadamente ciento veinte kilos de peso y más de dos metros de altura, amable pero nunca sonriente, Corbal repasó

mentalmente la información que había obtenido por cuenta propia. Sabía que la empresa Nethuns había sido fundada a finales de los ochenta por una tal Alice Carter, multimillonaria de la que no había obtenido biografía alguna por ningún sitio. Meses después, el cuarenta y nueve por ciento de las acciones habían sido vendidas a una serie de ricos inversores de distintas nacionalidades, atraídos quizá por el campo de estudio de la empresa: la mecánica cuántica y su

aplicación a nivel macroscópico: la búsqueda de la Teoría de Gravitación Cuántica. Aunque todo el mundo sabía, incluso los más profanos en la materia, que la evolución científica había desencadenado la aparición de la cuántica para explicar ciertos fenómenos, también eran conscientes de que sólo era aplicable a niveles subatómicos. Sin embargo, la señorita Carter proponía un negocio de investigación y desarrollo para dar

practicidad a una serie de descubrimientos. Cuáles eran éstos, suponía un misterio que nadie conocía. Durante diez años, Nethuns no había realizado un solo comunicado sobre sus avances. Algunos socios habían vendido sus acciones, pero siempre de manera directa a otros inversores nuevos, sin publicidad. Unos entraban y otros salían. Carter controlaba la Corporación con el cincuenta y uno por ciento y, penetrando un poco en las maniobras de venta de acciones,

o traspasos, se podía deducir que también controlaba dichas operaciones.

Algunos periodistas habían publicado noticias esporádicas sobre la empresa; habían visitado las instalaciones e incluso habían entrevistado a Alice Carter. Dichos reportajes habían visto la luz en determinadas revistas especializadas de corte científico, donde sólo se editaba la foto de la presidenta y fundadora, pero ninguna otra del interior del

edificio o del personal que allí hubiera. No había más imágenes. Corbal había leído algunos de esos artículos y no había entendido nada. La mecánica cuántica era soporífera. Hablaban de velocidad de la luz, de materia, de energía, de ondas... Información insustancial para sus propósitos.

Pero al investigar en la junta de accionistas, el panorama había cambiado. Porque ahí, precisamente, se cocía el misterio sobre aquella Corporación. Y tal

misterio partía del hecho de que en los dos últimos años un accionista había acabado interno en un centro psiquiátrico y tres más habían muerto en extrañas circunstancias, entre los que se encontraba la propia fundadora de Nethuns.

El enfermero abrió la puerta de la sala y Madsen entró precediendo al periodista. Ésta se hallaba dominada por una mesa blanca con dos sillas a cada lado, en una de las cuales aguardaba sentado Al Garner: sexagenario, aparentemente

inofensivo, de cabello escaso por los laterales y calva reluciente en medio. Mantenía la pose con los dedos entrelazados sobre la mesa, posición que sólo alteró al levantarse para estrechar la mano de los visitantes y que, acto seguido, retomó. Daba la impresión de ser una persona tranquila y cabal, aunque el lugar en el que permanecía recluido indicase justo lo contrario.

El abogado apoyó el maletín sobre la mesa y se sentó junto a su

cliente —como hacen los representantes en un interrogatorio — y Corbal se acomodó frente a ellos desabrochándose el botón de la chaqueta.

—En primer lugar, le quiero dar las gracias por haberme recibido — dijo escondiendo la mano en el interior de la chaqueta para después sacarla sosteniendo en ella una grabadora casi plana.

Garner realizó un movimiento pausado con la cabeza, acompañado de un breve parpadeo,

reconociendo su gratitud. En ese momento, Madsen abrió el maletín y extraía de él una carpeta que pasó a su cliente.

—No pensará grabar esta conversación, ¿verdad, señor Corbal? —le amonestó Garner centrándose en abrir la carpeta para leer en silencio los papeles que contenía.

—Creí entender que me había concedido una entrevista...

—Le he concedido un encuentro —respondió alzando la vista hacia

él. Después, cerró la carpeta y la deslizó hacia el lado de Madsen—. Tras investigarle, entendí que no le interesaba obtener datos sobre Nethuns para publicarlos en ningún medio. Ni siquiera ha solicitado una visita a la Corporación. A eso hay que añadirle que a nadie le ha importado en este tiempo cuál es mi paradero; ni si estoy vivo o muerto. Así que, teniendo en cuenta que es usted un periodista alejado de su país cuyo currículum no encaja con el mundo científico, sospeché que

estaría trabajando para alguien que pertenece o ha pertenecido a la Corporación. Y no tardé en relacionarle con el profesor Dante Bellver.

Madsen guardó la carpeta y cerró el maletín antes de dirigir una mirada anodina al periodista. Éste se recostó en el respaldo de su incómodo asiento y cruzó una pierna sobre la otra, apoyando las manos en su regazo.

—Para estar usted interno en un Centro de máxima seguridad, tiene

buenos recursos...

—Velo por mi seguridad...
Dígame, ¿qué es lo que busca realmente el profesor?

—Toda la información que oculta Nethuns sobre sus proyectos —se sinceró Corbal—, principalmente el que hace un par de años terminó con la vida de dos personas de su grupo. Y también información acerca del actual presidente, Nathan Fitch.

Garner valoró en silencio las palabras francas del periodista.

Luego, comentó:

—Desde el incidente, el profesor ha buscado respuestas que parece que nadie le ha querido dar. Pero, ¿por qué le interesa Fitch?

—Porque no se fía de él. Al parecer, ha habido demasiadas muertes desde que se hizo con acciones de la Corporación. Y Bellver no está dispuesto a arriesgar su vida ni la de su equipo.

—Así que Fitch ha iniciado ya su proyecto... Y el profesor está en Nubia.

—Así es.

—¿Qué pretende conseguir en ese desierto? —interrogó Garner.

—No lo sé. El profesor no me lo ha dicho. Creí que usted lo sabría...

El multimillonario rió con desgana.

—No. Nadie lo sabe, de hecho. Cuando Fitch entró en la junta ya traía ese proyecto debajo del brazo. En realidad, mientras el equipo de arqueología de Nethuns, dirigido por su amigo, se dedicaba a buscar restos de civilizaciones perdidas

por el Mundo, él se empeñó en detenerlo todo para volcarse en aquel lugar. Pero Alice Carter se negó una y otra vez. No le parecía interesante su propuesta, ni lo que pudiera encontrar allí debajo.

—¿Qué interés tenía Nethuns en hallar restos de civilizaciones perdidas? —interrumpió Corbal interesado en aquel detalle.

—Si le soy sincero, no lo sé. Verá, mi campo es la informática. Acepté invertir en la Corporación por las posibilidades que me

ofrecían para poner en marcha un departamento de investigación y desarrollo cuántico de mi sector, lo que nos colocaría a la cabeza de otras grandes empresas. Pero nunca estuve al corriente de proyectos en los que nosotros no participáramos directamente.

—¿Y no le resulta extraño que una compañía eminentemente científica invierta en un departamento arqueológico?

—En realidad, señor Corbal, Nethuns nunca ha declarado

concisamente qué estudia. La información que ha proporcionado a los Medios desde su creación siempre ha sido vaga. Cosmología, Teoría del todo... conceptos sobre los que otras muchas empresas trabajan. Sin embargo, la realidad es diferente. —Cruzó una mirada de complicidad con su abogado y continuó—: Estoy dispuesto a contarle todo lo que sé acerca de Nethuns, pero con una condición.

El periodista hizo un gesto de aprobación, intrigado, animándole a

continuar.

—Le he hecho venir porque he pensado que si el profesor Bellver confía en usted, puede serme útil a mí también.

—¿Y qué es lo que necesita de alguien como yo?

—En el fondo, lo que ya está haciendo: conseguir información sobre Nathan Fitch.

—Creía que era usted un hombre con recursos...

—Y lo soy. Pero no puedo utilizarlos en esta ocasión. Cuando

Alice Carter desapareció, Fitch trató de convencer al resto de accionistas para poner en marcha su proyecto en Nubia. Pero la negativa fue mayoritaria. Casualmente, los dos accionistas que poseían más acciones murieron de forma extrañamente fortuita meses después. Uno, mientras buceaba. El otro, de un ataque al corazón. Yo era el siguiente en la lista, y como podrá figurarse no tenía ganas de perder la vida. Así que preparé este retiro. De ahí que Fitch haya podido

tomar el control. Por el momento, está tranquilo. Tiene lo que quería. Pero si ve que empiezo a suponerle un quebradero de cabeza, probablemente intente quitarme de la circulación como a los otros. Si es usted listo, conseguirá la información que necesito de ese hombre para desenmascararlo sin que él sepa quién está detrás. Yo le hago un favor, y usted me hace otro.

Corbal valoró la propuesta en silencio. Al fin y al cabo, entendió, no le supondría un trabajo extra

sobre el que ya tenía.

—Estoy conforme.

Garner se inclinó sobre la mesa con el brazo extendido y ambos estrecharon sus manos sellando el acuerdo.

—¿Le suena el nombre de Abraham Carter, señor Corbal?

—No —respondió él tras consultar en su base de datos de una memoria llena de acontecimientos y personajes.

—¡Oh! Olvidaba que es usted español. Se trataba de un filántropo

multimillonario que aquí, en Estados Unidos, fue muy conocido en los años setenta. A principios de los ochenta él y su hija, Alice, se subieron a su avión privado junto con unos amigos y pusieron rumbo a las islas Bermudas. Y, en mitad del vuelo, desaparecieron. —Lo contó como quien cuenta algo común. Después, alzó una ceja en señal de incompreensión—. Sencillamente desaparecieron. Y no se volvió a saber más de ellos —explicó recostándose nuevamente en su

asiento—. Durante casi una década se les dio por muertos; sin embargo, Alice reapareció. Lo hizo discretamente, sin que la prensa se enterase, y así no hubo de dar explicaciones. A finales de los ochenta fundó la Corporación Nethuns con la herencia de su padre, y su primer fichaje fue un cosmólogo de la N.A.S.A que había escrito un libro sobre la posibilidad de que nuestro planeta estuviese formado en parte por materia oscura: Andrew Ebner.

El periodista sacó una libreta y tomó algunas notas. Mientras, Garner continuaba hablando como un maestro en una clase de Historia:

—Alice le dio el control de la Corporación y Ebner puso en marcha un proyecto llamado "Paralelo treinta y dos", cuyo fin era descubrir la existencia de esa materia en determinadas zonas del globo terrestre. Aparentemente, el resto de departamentos trabajaba de manera independiente. Pero sospecho que todos ellos tenían una

aplicación práctica en el estudio del cosmólogo. —Hizo una breve pausa de reflexión antes de continuar—: En 2002, la teoría de Ebner era tan estable que el proyecto pasó a su segunda fase. Habían localizado ciertas zonas que presentaban características especiales, e iban a realizar trabajos de campo en una de ellas. La denominaron "Zona cero del Pacífico".

—Donde desaparecieron los amigos del profesor...

—Junto a Alice Carter —matizó el magnate—. Tenemos sospechas de que Nathan Fitch boicoteó aquel viaje con el fin de quitarse de en medio a Alice. Pero no tenemos pruebas. Y esa es la parte que le corresponde averiguar a usted...

Desierto de Nubia.

Al amanecer, Norah Beck despertó a Virginia, que dormía profundamente sobre su colchón. Un dolor de cabeza continuo, como un martilleo leve pero constante, permanecía desde la noche anterior

en su sien y ninguna de las pastillas que se había tomado parecía haberle hecho efecto.

Tras el desayuno, se dirigieron a una de las casetas y Virginia descubrió en su interior un lugar equipado tecnológicamente con los más sofisticados aparatos.

—Aquí analizamos toda la información que traen de las excavaciones y aportamos los datos para que ellos sepan por donde excavar —le informó la técnico. Era una mujer delgada pero fibrosa,

de unos veintitantos años, con pecas repartidas por el rostro. Su gesto era amable, aunque su tono resultase frío—. Manejamos datos de satélite y coordinamos las acciones de los diferentes grupos desde aquí.

Mientras hablaba manipulaba el teclado de una de las múltiples consolas dispuestas por el compartimento. La pantalla, de fondo oscuro, alternaba continuamente comandos en verde que ascendían hasta desaparecer

por la parte superior. Pero por mucho que la chica quisiera hacerse entender, Virginia conocía sus limitaciones: jamás comprendería nada en absoluto del trabajo de Norah.

—Te enseñaré algo. Acércate.

Virginia se aproximó a la pantalla mientras Norah continuaba introduciendo comandos. De repente, la interfaz cambió. En el centro apareció una vista en tres dimensiones de un templo diseñado en un entorno desértico. La cámara

virtual comenzó un recorrido dirigido por Norah y se fue aproximando a la fachada principal, constituida por una entrada central custodiada por cuatro medias columnas, dos a cada lado.

—Este es nuestro templo. Lo que se supone que hay bajo esta arena. Es una reproducción bastante exacta diseñada a partir de los textos hallados. Mira, esta es la entrada. Según dicen Tony y Dante, tiene una arquitectura muy parecida a un templo que hay en tu país...

Virginia se fijó detenidamente. A excepción de los pilonos que precedían a la fachada, era cierto que tenía una constitución similar al templo de Debod.

—Es verdad... —reconoció, inclinada sobre la mesa.

—Ahora verás cómo la distribución interior es también bastante parecida. En realidad, el de Madrid es de procedencia Nubia... Parece ser que cuando quisieron construir la presa de Asuán se encontraron con el

problema de salvar una serie de templos que perecerían bajo las aguas. La UNESCO lideró un proyecto vital en el que participaron ciertos países a los que luego fueron donados esos templos, entre ellos España. Fíjate.

La cámara descendió y penetró por la puerta de entrada al pronaos. Se trataba de una gran sala con columnas, poco definidas en cuanto a detalles de grabados, pero que mostraban una visión bastante exacta en cuanto a su disposición y

conexión con otras salas. Así, atravesando el vestíbulo, la cámara se desvió hacia la derecha descubriendo una puerta de acceso a una estancia mucho más pequeña. Norah comentó:

—Esta es una de las salas. No sabemos su utilidad, pero lo que sí sabemos es que no tiene conexión con ningún otro lugar del templo.

Introdujo otro comando con el teclado. La cámara giró ciento ochenta grados mostrando parte del recinto y se enfrentó a la salida

para regresar nuevamente al vestíbulo.

—Ahora entraremos por la capilla central —anunció Norah—. Desde ahí nos adentraremos en el templo para que veas lo que realmente nos interesa...

La cámara avanzó por la sala central donde, sin demasiado detalle, las paredes norte y sur parecían grabadas con imágenes de faraones y dioses ocupados en diversas acciones. De ahí, pasaron a otra bastante más pequeña que la

anterior.

—Estamos en la llamada “antesala del naos²” —explicó Norah pulsando una tecla que dejó congelada la imagen—. Detrás de esta puerta —su dedo señaló una que se situaba justo enfrente— se halla la sala más importante del templo. El santuario principal donde sólo podía acceder el sacerdote. Y aquí, en los laterales, hay otras dos capillas. Pero no vamos a verlas, porque lo que a nosotros nos interesa es algo más

atípico. Atiende.

Volvió a tocar la tecla y la imagen reinició el recorrido. Atravesó un pequeño vestíbulo, lo abandonó por una puerta lateral y accedió directamente a una capilla. Sin detenerse, continuó hasta la pared siguiendo una línea recta y, finalmente, desvió su camino por una nueva puerta que se abría a su izquierda.

—Este es un pasillo que debería conducirnos directamente de regreso al pronaos por el lateral

izquierdo del templo. Sin embargo, ahora verás.

Virginia atendía con curiosidad. El pasillo era relativamente corto y pronto apareció aquello que Norah estaba deseando mostrar a su colega: unas escaleras estrechas abrían un hueco en el suelo, en medio del corredor.

—¿Hay otra planta debajo del templo? —inquirió sorprendida Virginia mientras la imagen se detenía ante la boca de éstas.

Norah sonrió, divertida.

—En realidad, ahí es donde se encuentra nuestro objetivo.

—¿Qué objetivo? —se interesó, curiosa.

—La piedra de Ilbet.

Miami, Florida.

Durante el vuelo, Miguel Corbal consultó algunas páginas de Internet en su portátil. Por supuesto, la primera búsqueda fue la de Abraham Carter. Sin embargo, no halló nada referente al filántropo ni

a su hija; ni siquiera alguna breve mención a su peculiar desaparición. Recordó lo que había contado el viejo Garner sobre el avión privado y el trayecto recorrido. Habían volado en dirección a las islas Bermudas. Y, para el periodista, lo único que podía relacionar con el nombre *Bermudas* era playa, sol, vacaciones y, cómo no, triángulo.

Quizá por aquella razón la siguiente consulta fue obligada. Páginas dedicadas al triángulo maldito superaban las doscientas

mil. La principal documentación que aportaban, aparte de las típicas historias de desapariciones más o menos populares, era que comprendía un área de aproximadamente un millón de kilómetros cuadrados y que se vertían opiniones de todo tipo sobre los supuestos acontecimientos. Podría haber estado leyendo años sobre aquel tema, pero no quiso desviarse de su investigación. Así que el siguiente paso fue situar aquella área sobre un mapa del

mundo. Fue entonces cuando la suerte se sentó a su lado. Abrió una vista espacial del globo terráqueo que apareció bajo un enrejado de paralelos y meridianos. Casualmente, al trazar Corbal las líneas del triángulo, descubrió que el paralelo 32 pasaba por aquella inmensa zona. Las palabras de Garner se repitieron en su mente: *Andrew Ebner puso en marcha un proyecto llamado "Paralelo 32"*.

Levantó la vista de la pantalla y miró a través de la ventanilla.

Grandes cúmulos de nubes descansaban como montañas de algodón bajo el avión. El sol proyectaba sus rayos implacables sobre el fuselaje, y la visión de aquel paisaje le resultó celestial. Al terminar el encuentro en el hospital, el señor Madsen había realizado una llamada para ponerle en contacto con una persona que trabajaba en Nethuns; alguien que podría ampliar su información y conseguirle acceso a las instalaciones de Miami. Y,

finalmente, le había extendido un
suculento cheque antes de darle las
gracias y desearle suerte.

En cuanto a Nathan Fitch, lo que
pudo averiguar antes de aterrizar en
el Aeropuerto Internacional es que
se trataba de un septuagenario
neoyorquino con afición por la
arqueología que había heredado, a
los treinta y tantos, innumerables
beneficios y empresas de su padre.
No era muy diferente del propio
Garner, mirado desde los ojos de
un hombre corriente. Halló unas

cuantas fotografías de Fitch en Internet. Casi todas pertenecían a su juventud: un muchacho delgado, atractivo, de cabello oscuro y ojos vivos. A excepción de una imagen típica de graduación, en el resto vestía con ropa clásica de arqueólogo, con sombrero incluido. Todas ellas eran en blanco y negro. La más moderna la habían tomado delante de unas excavaciones, y un texto adjunto a columna recuadrada parecía explicar lo que la fotografía ilustraba. Pero Corbal no se

molestó en leerlo. Guardó la página en su carpeta de Favoritos y cerró la tapa del portátil al tiempo que una azafata se aproximaba para servirle la copa que había pedido.

Desierto de Nubia.

El día resultó agotador. Virginia había permanecido al lado de Tony Delpy desde la mañana, e incluso habían almorzado juntos. El arqueólogo era un tipo serio, minucioso en su trabajo, pero había

sido extraordinariamente amable con ella. Hasta se había soltado hablando de su vida privada en el comedor, lo que les había servido para lograr un mayor nivel de complicidad. De esta manera, Virginia había descubierto a un hombre solitario, amante de su trabajo y sólo de él, que cuando no se encontraba ante unas ruinas le embargaba una tremenda sensación de soledad. Pero hacía muchos años que eso no sucedía, pues desde que había entrado a formar parte del

grupo de Bellver no había descansado ni quince días seguidos. Para él, su familia era aquel grupo, al que se sentía profundamente unido.

Aparte de lo aprendido sobre el arqueólogo, a nivel profesional éste le dio una gran información acerca de aquel lugar en el que estaban. Virginia tomó buena nota de todo, claramente perpleja ante los detalles que Delpy apuntaba al tiempo que dirigía la excavación.

—Aunque te parezca increíble,

todo esto que ahora pisamos —dijo dibujando con el dedo un círculo alrededor en la distancia— era, quinientos años antes de nuestra era, una vasta extensión de selva.

Virginia lo miró asombrada.

—¿Selva? ¿Este desierto?

—Tenemos constancia de que un río descendía desde varias millas hacia el nordeste y pasaba precisamente por ahí —señaló unos cincuenta metros por delante de la excavación—. Y desde aquí hasta la excavación que dirige el profesor

—apuntó atravesando con la mirada los quinientos metros de llanura que separaban a los egipcios del siguiente área de trabajo—, había campo cultivable. Un verde valle.

—¡Increíble!

—Sí. Increíble.

—¿Me estás diciendo en serio que había una zona selvática en medio del desierto?

—Suelo bromear con otras cosas, Virginia, no con esto. Te lo aseguro.

—Pero parece imposible —se

resistió a creerlo ella.

—Hace dos mil quinientos años todo era bien distinto. No se sabe por qué, pero hay documentación que certifica el cambio abrupto que sufría el terreno. Y de la misma manera inexplicable, el propio desierto lo engulló varios siglos después.

—¿Un cambio climático?

—Eso mismo. Aterrador, ¿no te parece? Estamos hablando de hace más de dos mil años. Entonces no había fábricas que exhalaran gases,

ni combustibles que acabasen con el pulmón del planeta, como ahora. Y, sin embargo, se produjo. El cambio climático devastador. A veces el ser humano se olvida de dónde vive. A veces, el hombre obvia que sus días sobre este planeta transcurren en una era interglaciar; y que la siguiente era glacial llegará hagamos lo que hagamos, inexorablemente.

Virginia asintió convencida de sus palabras. Luego, retomó el asunto que tanto la había sorprendido:

—¿Y de dónde provenía aquel río? ¿Del mismo Nilo?

Delpy negó rotundamente con la cabeza.

—No se sabe con certeza... Los estudios que se han realizado sólo se basan en aquello que se ha podido recuperar: arte, reliquias y templos a los que el hombre ha podido acceder. Como te ha dicho esta mañana Norah, con la construcción de la gran presa de Asuán hubo un movimiento internacional para salvar cuanto se

pudiera del arte egipcio. Sin embargo, aún quedaron templos hundidos bajo las aguas del Nilo y otros, como éste, enterrados bajo la arena. Y jamás se ha podido acceder a ellos. Así que la información no está completa, lamentablemente. Mi teoría es que allí se encuentra toda la documentación que nos falta para hacernos una idea real del pasado de Nubia.

—Pero lo que es innegable es que aquí vivía gente...

—Exacto. En torno al templo.

—¿Nubios? —preguntó Virginia tomando notas en un cuaderno.

—No sólo nubios. Se dice que podían ser incluso una civilización independiente, al servicio del gran sacerdote que dirigía el templo.

—¿Y por encima del sacerdote no había un faraón?

—Desde luego. Pero si hacemos caso de la leyenda, los faraones tenían una relación un tanto especial con ese sacerdote...

—Espera, espera —le

interrumpió levantando la cabeza y mirándole por encima de sus gafas de sol—. Has dicho faraones... ¿En plural?

—Eso es. Conocidos hubo tres faraones que coincidieron con el mismo sacerdote.

—Pero se trata de una leyenda...

—Es parte de una leyenda, sí. Pero... —respondió dejando la frase colgada con un matiz dubitativo.

—Pero tú, al igual que el resto, crees que detrás de la leyenda se

esconde una historia real...

—Escucha. Los egipcios fueron una civilización cargada de misterios. Como siempre cuenta Dante, se cree que conocían mucho más que nosotros sobre el Universo. No sabemos por qué, pero a medida que hemos ido avanzando, paradójicamente, hemos ido olvidando ese conocimiento. Quizá para justificar su pérdida, hemos ido atribuyendo el término de leyenda a todo aquello que nos resulta lejano e incomprensible.

Porque nos parece inexplicable e imposible. Pero yo creo que detrás de esas leyendas se esconden realidades. Igual no tal y como las entendemos, pero realidades al fin y al cabo. —Hizo una breve pausa y escrutó el gesto reflexivo de Virginia—. De todas maneras, si cuando terminemos esto escribes un libro, por favor, omite esta parte...

Miami, Florida.

Miami se levantó soleada aquella mañana. Tras aterrizar, Corbal se alojó en un hotel de Collins Avenue, con habitación reservada para tres días máximo. Tomó un desayuno en el restaurante del hotel

y partió hacia el Centro Comercial Bal Harbour, donde tenía una cita con el contacto de Garner a mediodía.

En el interior del Centro, un hermoso jardín con fuentes confería un toque exótico al conjunto de tiendas de grandes diseñadores distribuidas por los pasillos. Junto a una de las fuentes, cuyo agua manaba en forma de delgados chorros hacia el centro, un hombre ataviado con un traje de lino claro, arrugado, parecía estar esperando a

alguien. Corbal lo reconoció enseguida; se aproximaba bastante a la idea que se había hecho de él cuando fue descrito por Madsen. Se daba un aire a Don Johnson en aquella serie de *Corrupción en Miami*. Sus gafas de sol de cristal marrón colgaban del bolsillo exterior de su chaqueta y miraba aquí y allá con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón con porte de duro de película. Cuando el periodista se acercó a él, el tipo alzó una ceja yladeó ligeramente la

cabeza diseccionándolo de arriba abajo. Corbal llevaba unos tejanos y una camisa de algodón blanca suelta, remangada; y tuvo la sensación de que el desconocido estuviera valorando su vestimenta mientras se aproximaba, lo que le incomodó ligeramente.

—¿Miguel Karral? —preguntó sin sacar las manos de su pantalón.

—Corbal —corrigió él extendiendo su mano.

El tipo sonrió. La sonrisa de alguien satisfecho por una artimaña

que le ha salido bien. Estrechó su mano y comenzaron a caminar por el jardín.

—Así que Garner por fin se ha decidido a tomar cartas en el asunto...

—¿Lo conoce bien?

—Es un buen tipo. Sin duda, el mejor para encarrilar Nethuns. Y haría por él lo que hiciera falta, asumiendo los riesgos...

Aquel comentario sonó extraño a oídos de Corbal. Todo apuntaba a que se estaba metiendo en algo

realmente peligroso.

—Me dijo que usted podría darme más información de la que él supo darme —afirmó el periodista al tipo que decía llamarse Sonny.

—Seguramente. Los accionistas no tienen idea de nada. Ellos ponen la pasta y el trabajo lo hacemos los peones.

—¿Qué trabajo desempeña en la Corporación, Sonny?

—Pertenezco al departamento de Cosmología, amigo —sentenció cambiando la mirada hacia uno de

los pasillos laterales—. Fui la mano derecha de Andrew Ebner — giró la cabeza y le atravesó con sus ojos claros—, hasta que desapareció.

—Es curioso: tengo entendido que el avión se estrelló en el Pacífico. Sin embargo, tanto Garner como usted hablan de desapariciones...

Sonny bajó la cabeza con un sonido gutural de asentimiento.

—La versión oficial es esa. No se hallaron restos de ningún tipo — completó el doble de Don Johnson

—. Así que puede que estén muertos... o puede que no.

—¿A qué se refiere?

—¿No se lo explicó Garner?

—¿El qué?

—De qué iba el proyecto "Paralelo treinta y dos".

—Por encima. Me habló de materia oscura, pero ni siquiera él parecía entenderlo.

—Y usted es otro profano, ¿no es así?

—Sí. ¿Hay algún problema?

La respuesta le provocó una risita

y se detuvo junto a un peculiar estanque. Hacía un frescor agradable allí y olía a vegetación.

—Supongo que ha de ser un tipo de confianza para que alguien como Al Garner le encomiende esta investigación...

—Él no me la ha encomendado. Sólo aprovecha la oportunidad de que meta las narices en Nethuns para sacar información sobre Fitch.

Sonny lo miró fijamente.

—Entonces, ¿para quién trabaja?

—Para Dante Bellver.

—¿El profesor? Esto se pone interesante...

—Me alegro por usted. Y ahora, ¿va a explicarme el asunto de las desapariciones?

—¿Sabe lo que es la materia oscura?

—No tengo ni idea.

Sonny esbozó una sonrisa.

—Está bien. Se trata de materia que no refleja la suficiente radiación electromagnética para poder ser visible. Por lo demás, se sabe bastante poco de ella. Cosas

como de qué está compuesta o cuáles son sus características se nos escapan al conocimiento. Está demostrado que un alto porcentaje del Universo está compuesto por esta materia, porque incide en la que es visible e interactúa con ella. Pero Ebner mantenía la teoría de que también forma parte de nuestro planeta. Que interactúa con la parte visible y, más aún, que en ella se encontrarían las respuestas que la ciencia lleva buscando durante décadas para conciliar la

relatividad general con la mecánica cuántica.

El americano miró alrededor, como un confidente que siente que puedan estar espiándolo, e hizo un gesto con la cabeza al periodista para que siguiera andando.

—Como ya sabrá, Andrew se licenció en la Universidad de Florida con unas notas extraordinarias y fue reclutado por la N.A.S.A. —continuó—. Allí hizo sus mejores investigaciones sobre este campo, pero un buen día

recibió una suculenta oferta de...

—Alice Carter —interrumpió Corbal tratando de ir al grano—. Me sé la historia: Alice desapareció con su padre en un viaje a las Bermudas y reapareció unos años después. Fundó Nethuns y contrató a Ebner. La única cuestión que me intriga de esta parte es: ¿alguien sabe dónde estuvo todo ese tiempo?

—La experiencia de la señorita Carter fue, precisamente, lo que dio fuerza a la teoría de Andrew.

Parece ser que se topó de lleno con materia oscura...

El periodista se detuvo, perplejo.

—¿Es eso cierto? Me refiero a sí... bueno, si lo comprobaron de alguna manera.

—La aventura de Alice Carter, no. Evidentemente, sólo contábamos con su palabra. Pero su predisposición a invertir cuanto fuese necesario para encontrar una vía de regreso al lugar donde decía haber estado era razón suficiente para convencernos. En cuanto a la

existencia de materia oscura en las coordenadas donde aseguraba haber atravesado una pantalla naranja que se elevaba desde el océano hasta el cielo, tampoco encontramos pruebas.

—De modo que Carter fundó la Corporación para poder regresar al lugar en el que desapareció años atrás —resumió Miguel Corbal—. ¿Por qué?

—Supongo que porque su padre no pudo acompañarla en el viaje de vuelta. Pero es sólo una

especulación y tampoco creo que sea vital para su investigación. Así que, vayamos a lo que le puede interesar más. Basándose en la experiencia de la señorita Carter, Ebner dedujo que la materia no era estable. O, si lo era, podía desestabilizarse o desplazarse. Encontrar restos de la misma no parecía una tarea fácil, pero mi jefe dio con la solución. ¿Le apetece tomar algo?

Se sentaron en la barra de una cafetería del Centro Comercial y

pidieron un par de refrescos. Aparte de los camareros, había poca gente más en el local.

—Alice Carter aseguró que su avión había sido atraído por aquella pantalla naranja y que, al cruzarla, habían logrado aterrizar en tierra firme —continuó retomando el hilo de la conversación—. Sin embargo, no se trataba de las Bermudas, pues al sobrevolar la zona se habían dado cuenta de que era más grande que una isla. Durante los años que

permaneció allí buscando la forma de regresar, no hallaron vida; pero sí restos arqueológicos. Restos de civilizaciones muy antiguas. — Sonny introdujo una pajita en su refresco y succionó—. Y Andrew pensó que la clave estaba en hallar las huellas de los Continentes perdidos que hubiesen quedado en la zona visible de nuestro planeta.

—Esto es una locura...

—No. No lo es.

—¿Por eso crearon un departamento de arqueología?

—El profesor Bellver tenía buenas teorías acerca de la Atlántida, pero no había encontrado ni una pista fehaciente sobre ella. Con un equipo de profesionales y dinero, las ideas de Bellver podían dar sus frutos, o eso es lo que creyeron Carter y Andrew. Y acertaron.

—¿Bellver encontró restos de la Atlántida? —preguntó, escéptico, Corbal.

—En realidad, no. Encontró restos de civilizaciones perdidas

que fueron situando puntos sobre el mapa del Mundo. Zonas cero, como nosotros las llamamos. Áreas que coincidían, más o menos, con otras teorías de investigadores en las que nos apoyaríamos para seguir ampliando las búsquedas. Y así, finalmente, encontramos lo que llevábamos más de una década buscando: un punto estable de materia oscura en el Pacífico.

Miguel Corbal trató de ordenar toda la información recabada hasta el momento para sacar una

conclusión:

—Por eso sospecha que la gente que iba en aquel avión puede estar viva, al igual que le sucedió a Alice Carter en los ochenta...

—En efecto.

—¿Y por qué se lo han ocultado al profesor?

—Porque la información no debe salir de Nethuns. Es secreta. Aunque estuviesen vivos, las posibilidades de regreso son escasas. Y si el profesor tuviese la mínima sospecha, haría lo que fuese

necesario por forzar un rescate. Incluso pedir ayuda externa. Y eso podría provocar el caos en la Corporación. —Volvió a beber—. Aparte de nuestro departamento de cosmología, ningún otro conoce los detalles del proyecto "Paralelo treinta y dos". Ni siquiera los accionistas; a excepción de Nathan Fitch, que colaboró con Ebner personalmente aportando información propia. El resto sólo tiene ideas generales. De ahí que ni siquiera Garner haya podido darle

más explicaciones.

—Y, si tan secreto es, ¿por qué me las está dando usted a mí?

Sonny no respondió. Se limitó a mirarle con cara de a ver quien se chupa el dedo y dejó el vaso sobre la barra.

—¿Me está haciendo creer que Nathan Fitch no le ha contado nada de esto a Dante Bellver? —Rió—. ¡Vamos, hombre! ¿Por qué estaría usted aquí, de no ser así? Nadie trabaja en ese proyecto de Nubia, amigo. Nadie. Todos los

departamentos seguimos volcados en nuestras investigaciones. Aquello es como si no estuviera ocurriendo. Nos hemos limitado a montar un campamento base y a instalar un inmenso generador de energía para los aparatos eléctricos antes de que el grupo de arqueología llegara. Nada más. Se trata de un asunto privado de Fitch. Desde que compró acciones de la Corporación, a finales de los noventa, sólo pretendía usarla para fines propios. Por eso se encargó

del departamento de Bellver. Busca algo allí. Y estoy seguro de que le ha contado a su amigo la verdad del cuento sobre el incidente para que éste acceda a sus propósitos. Quizá hasta le haya prometido ayuda para rescatarlos. Quién sabe.

—Pero... me lo hubiera dicho...
—confesó Corbal, reflexivo.

—Si no lo ha hecho es porque no se fía de ese tipejo. Igual que todos. A fin de cuentas, se rumorea que fue el propio Fitch quien boicoteó el viaje para que no regresaran. De

ahí que le haya mandado a usted a investigarlo.

Tomó otro sorbo e introdujo su mano en un bolsillo de su chaqueta de lino. De allí sacó una hoja doblada en cuatro que le pasó disimuladamente a Corbal.

—En el archivo de la Central guardan un maravilloso dvd llamado *Proyecto Paralelo Treinta y dos*. Igual le apetece pasarse y llevarle una copia a su amigo. En cuanto a la información que busca Al Garner sobre Nathan Fitch, quizá

pueda encontrarla siguiendo estas indicaciones.

Desierto de Nubia.

Después de una semana allí, Virginia había participado en el primer gran descubrimiento. Como cabía esperar, la excavación mayor, la dirigida por el profesor, había alcanzado suelo firme. Norah Beck

había posicionado aquella localización sobre el vestíbulo, posiblemente demasiado cerca del patio. Pero al menos era algo. A partir de ese momento podían trasladar el área, o ampliarla según necesidad. La idea de Bellver era pasar parte de dos equipos a una nueva excavación donde, según los planos, debía de hallarse una de las capillas laterales.

Así que, tras la cena, los cinco miembros del equipo prolongaron la sobremesa brindando con alcohol

por el hallazgo. Dante Bellver se encontraba cómodo, cada vez más, y el optimismo rezumaba por cada poro de su piel.

Más tarde, cuando todos se hubieron retirado a sus dormitorios, Virginia y él encontraron un rato de intimidad. Salieron a pasear por el patio interior que formaban las casetas del campamento, bajo la noche estrellada del desierto, y siguieron compartiendo una botella de whisky.

—¿Qué es la Piedra de Ilbet? —

preguntó ella.

—Supuestamente, un resto de meteorito que impactó en la tierra hace millones de años. Se llaman "betilos"; una derivación del hebreo Beth-el, que significa algo así como "la casa de Dios".

—¿Y Fitch ha organizado todo esto por un trozo de meteorito?

Él la miró, y sonrió.

—Es algo más que un simple resto del espacio. Los betilos son considerados piedras sagradas en muchas culturas.

—Y en este templo había una. Perfecto. Pero, ¿qué tiene de valioso?

—Éste, en concreto, parece que poseía ciertos... poderes —comentó el profesor con la mirada perdida.

Virginia suspiró notablemente, y luego añadió:

—Dante, me preocupas seriamente. Siempre has sido un hombre de ciencia. Un empirista. Y ahora te crees a pies juntillas los cuentos de un tipo del que ni siquiera te fías... ¿Acaso has visto

ese... Libro de Qustul?

—No.

—¿Y el medallón que robó del templo?

Bellver negó con la cabeza y dio un trago de la botella.

—Entonces... ¿por qué crees que esa historia es real? ¿Sólo porque ha invertido una pasta en estas excavaciones?

—No. Le creo porque en estos años me he dado cuenta de una gran verdad que siempre había pasado por alto. Y esa verdad es que sólo

vemos lo que conocemos. Creemos en la Historia porque es cabal, coherente con nuestra forma de entender el mundo en el que vivimos. Sin embargo, rechazamos la Leyenda porque incluye factores que la ciencia no aprueba. Sólo aceptamos lo que es demostrable, nada más. Pero estamos equivocados, Virginia. Yo he visto cosas que se escapan a la razón... —Se detuvo en medio del patio y tomó aire antes de concluir—: Por eso te he llamado.

Ella se quedó callada, observando a su viejo amigo defenderse de sus presuntas senilidades. Luego él la encaró, mirándola fijamente a los ojos como cuando era cría y pretendía captar toda su atención, y concluyó:

—Puede que lo que haya bajo este desierto cambie nuestra manera de ver el Mundo. Y mi mayor deseo es compartirlo contigo.

Llevó su mano a la mejilla de su ahijada y le regaló una caricia. Gesto que ella le devolvió con un

contundente abrazo.

—Está bien —aceptó Virginia susurrándolo en su oído—. Me has convencido a medias. Confiaré en ti como lo he hecho siempre, y si cuando bajemos no hay nada de lo que crees que vas a encontrar, te meteré una buena patada en ese trasero arrugado y caerás de cabeza en un geriátrico.

Ambos rompieron a reír en el silencio de la noche para terminar sellando su confianza con un trago compartido.

—Quizá sea el momento de que me cuentes de dónde surge la leyenda, ¿no crees? —propuso ella echando a andar nuevamente.

—¿Te interesan las leyendas? Creí que lo tuyo era el empirismo.

—Vamos, viejo carcamal. No te hagas de rogar.

—Está bien, está bien. Cualquier cosa antes de que sigas pensando que estoy perdiendo la cabeza... Todo gira en torno a dos personajes cuya relevancia histórica quedó escondida en papiros perdidos,

quemados o, simplemente, olvidados. Uno de ellos es el supuesto creador del templo: el sacerdote Snefer. Durante más de dos siglos, una decena de investigadores se han interesado por esta figura. Fue descubierto por primera vez a principios del diecinueve, en unos papiros rescatados en las excavaciones de la ciudad de Menfis. Hablaban de un valle próximo a Qustul donde en tiempos se ubicó una aldea liderada por un persa, de nombre Mâlik, que

había sido decisiva para frenar la expansión del rey Cambises por Nubia y, tiempo después, para preservar la paz en Egipto. En aquellos papiros figuraba el nombre de Snefer y su templo, construido sobre esas tierras. No suponían más que un pequeño fragmento de algo mucho mayor, pero despertó la curiosidad del arqueólogo del que ya te hablé, Baptiste Venard, a finales del mismo siglo. Aquel descubrimiento lo llevó a desenterrar unas tumbas en esa zona

de Qustul, donde hallaría el misterioso libro. —Se encaminó hacia la salida del campamento, bebiendo de cuando en cuando de la botella que sujetaba por el cuello —. Sin embargo, la versión de ese libro contrasta con la creencia popular. Posiblemente hubiera mucho más de inventiva y ficción en sus páginas que de realidad, pero tuvo algún seguidor que llegó a contemplarlo como un botín de gran valía. En fin, no quiero aburrirte.

Salieron del campamento y las

oscuras dunas se extendieron ante ellos bajo la luz blanquecina. En la distancia, los perfiles abruptos de las excavaciones se recortaban por encima del ondulado terreno.

—El caso es que, según los papiros, el sacerdote Snefer fue un soldado egipcio, valeroso, que siendo joven había tomado el mando de un ejército al servicio del faraón Apries. Y se cuenta que tras una misión en Nubia, de regreso a Menfis, parte de su grupo desapareció, incluyéndolo a él. Se

esfumaron como tragados por la tierra, una noche, mientras el resto dormía. Lo curioso es que el personaje reapareció un año después en el palacio de Apries, y dicen que abandonó el ejército y que se retiró aquí, precisamente, donde levantó el templo y acogió a aquellos que le ayudaron a construirlo, creando así una aldea en torno al edificio.

—¿Y dónde estuvo durante aquel año?

—Te recuerdo que los papiros

estaban incompletos, querida. El caso es que el tiempo pasó, a Apries le sucedió el faraón Amasis, que también había pertenecido al ejército y al que le unía una estrecha amistad con Snefer, y decidió tenerlo por consejero. Curiosamente, a medida que el mundo evolucionaba, y el faraón y descendientes con él, Snefer lo hacía de modo más lento. Tal fue el caso que a la muerte de Amasis, su hijo Psamético heredó el trono y la leyenda narra que vino al templo a

pedir ayuda al sacerdote ante la inminente invasión de los persas, y que éste aún no era anciano.

—Pero eso ya forma parte de la leyenda... —opinó Virginia.

Bellver sonrió de nuevo. A veces se tambaleaba ligeramente a causa de los efectos que el alcohol causaba en él, pero nada que fuera exagerado, a excepción de su excesiva verborrea.

—Se dice que Snefer poseía grandes poderes, y que sus enemigos lo temían. En cuanto a su

adversario, cualquier libro de historia te hablará de él, aunque quizá no desde la misma perspectiva del Libro de Qustul. El mago Gaumata. Era la mano derecha del rey de Persia. ¿Sabes algo de Cambises?

Virginia negó con la cabeza.

—Era un rey tirano, que se ganó a pulso el odio de sus súbditos y el de los egipcios tras ser conquistados. Cuentan historias brutales y despiadadas sobre aquel rey, como que mandó matar en

secreto a su hermano antes de partir hacia Egipto para que éste no le arrebatara el trono en su ausencia. También dicen que una vez, a su regreso de una campaña nada exitosa, hirió al toro Apis al que adoraban los egipcios como un dios, mofándose así de él y faltando al respeto a todos sus fieles.

—¿Es importante la historia de ese rey? —trató de centrar en el hilo de la conversación al profesor.

—¡Oh! En parte sí. La Historia cuenta que Cambises murió de

regreso a Persia, donde un usurpador le había arrebatado el trono fingiendo ser su difunto hermano. Esta versión se ajusta a la que cuenta la leyenda, sólo que en ésta se especifica la identidad de tal usurpador. ¿Adivinas de quién se trataba?

—Del mago —adivinó, más lúcida, Virginia.

Bellver levantó la botella y dio otro trago.

—El mago. Premio para la señorita. Pues bien, la versión

oficial cuenta que el rey Cambises enloqueció y que los dioses lo castigaron por haber herido al toro Apis, causándose a sí mismo una herida mortal semejante a la que él propinara al toro. Pero según el Libro de Qustul, lo que ocurrió fue que Gaumata retiró la protección que mantenía sobre su rey para que éste muriera antes de llegar a Persia.

—Tiene sentido... —opinó con retintín.

El profesor la miró y se detuvo.

—Has dicho que confiarías en mí hasta descubrir lo que hay en ese templo... —la amonestó.

—Y lo hago. Simplemente digo que tiene sentido según la versión del libro. Si el mago le había usurpado el trono, es lógico que pretendiera su muerte.

El profesor exhaló un "¡Ay, Dios mío, dame paciencia!", abriendo los brazos hacia el desierto antes de seguir hablando.

—Déjame continuar, ¿quieres? Usurparle el trono al rey del

Imperio persa no era un acto benévolo para librar al pueblo de su tiranía. Gaumata era un ser despreciable, incluso peor que Cambises, cuyo fin último era poner todo el mundo bajo sus pies. Y para ello ideó dejar de ser un simple mortal y convertirse en un ser omnipotente. En un genio.

Virginia resopló. Aunque se esforzaba, nada de aquello cabía en su limitada fantasía.

—He leído Aladino —comentó con sarcasmo.

—Siempre has sido mi alumna más aventajada. Te adoro.

Bellver la miró en silencio, con los ojos desorbitados. En realidad, la imagen de Virginia se movía más de lo necesario, y también lo que la rodeaba. Pero el profesor hizo un esfuerzo por centrarla en su ángulo de visión y una fugaz idea le recomendó que dejara de beber.

Virginia se acercó a él y lo sujetó del brazo.

—Será mejor que vayamos a dormir.

—Gracias, querida —susurró él y lanzó un largo suspiro—... Gracias por haber estado siempre a mi lado.

Ella le miró, le arrebató la botella y dio un trago antes de emprender el regreso a las tiendas. Y fue en ese momento de intimidad compartida en el que Virginia Solves cayó en la cuenta de algo que había estado rondando inconscientemente por su cabeza desde el primer día en que se había reencontrado con su viejo amigo: Treinta años atrás, la esposa del profesor había fallecido tras

una complicada enfermedad. Todos habían hecho lo posible por salvarla, pero su destino parecía estar escrito. Sin embargo, Bellver asumió un sentimiento de culpa sobre aquella muerte del que no fue fácil liberarlo. Durante el tiempo en que se estuvo martirizando, su actitud fue semejante a la que ahora mostraba; se amparaba en la bebida y siempre parecía tener alzada una muralla entre sus sentimientos y el mundo exterior. Unos años después, superada la crisis —aunque no

vencida—, confesó que si bien había sido consciente de no ser todopoderoso para haber salvado a su mujer, sí pudo haberla ayudado más de lo que lo hizo en lugar de volcarse como solía en su trabajo. Se sentía un egoísta irresponsable, y por ello se había condenado.

El profesor no se había vuelto a casar; ni había dejado entrar a ninguna otra mujer en su vida. Y parecía haberse recuperado definitivamente tras abandonar la docencia y embarcarse en su

aventura privada. Incluso había dejado el alcohol tras pedir voluntariamente ayuda profesional. Pero ahora, sin duda, volvía a mostrar aquella actitud. La misma, exactamente, que delataba su curioso sentimiento de responsabilidad sobre otras personas.

Y la pregunta que se hizo ella fue: ¿sobre quién?

Pero, en el fondo, aquello no era más que una intuición femenina. Y sabía que el profesor lo negaría si

fuese interrogado, amparándose en el exceso de trabajo o en cualquier otra excusa. Así que no merecía la pena intentarlo.

—No tienes que darme las gracias. —Lanzó la botella lo más lejos que pudo y comenzaron a caminar—. Dime una cosa...

—¿El qué?

—¿Cómo acaba el cuento?

—El mago se transformó en Genio. Pero gracias al sacerdote Snefer, a un soldado persa llamado Mâlik y a una guerrera de nombre

Raal, lograron vencerlo y reinstaurar el orden en el Imperio —concluyó con tono victorioso.

—¿Vencerlo? ¿Cómo? ¿Con una lámpara maravillosa?

Bellver miró hacia el cielo estrellado, sin detenerse, y eructó.

—Encerrándolo en el Medallón de oricalco...

Miami, Florida.

El edificio Neptuno se elevaba en un enorme bloque de cinco alturas y cristal oscuro, de geometría triangular, con jardines y estanques en su interior sobrevolados por puentes cilíndricos que conectaban

los tres lados del polígono. Corbal había recibido un dossier a la entrada que portaba en una mano, con información general de la Corporación. En él no figuraba nada de interés para sus propósitos, aparte de una introducción más detallada a la mecánica cuántica, unos datos sobre fenómenos cosmológicos y unos breves apuntes sobre varios proyectos de estudio que, en teoría, se estaban realizando actualmente.

Lo había recibido una atractiva

joven llamada Emma Earbolt, vestida con traje de chaqueta beige, cuya tarjeta de identificación prendida de la solapa hacía constar que desempeñaba el cargo de Directora de Comunicación. La chica tenía entre sus funciones la de recibir a los periodistas y mostrarles una parte ínfima de aquel impresionante complejo, mientras les soltaba una charla sobre los diversos campos de estudio de la Corporación.

Para alguien interesado en

escribir un reportaje en una revista divulgativa —esa había sido la invención de Miguel Corbal para conseguir una tarjeta de visitante—, el recorrido terminaba en una sala con un proyector donde se hacía un pase de una película documental de media hora en el que se alternaban aspectos teóricos con pruebas prácticas grabadas en las instalaciones de Nethuns. La filmación comenzaba con un recorrido por el presunto inicio del Universo hace catorce mil millones

de años, el Big bang; el nacimiento de la Tierra hace cuatro mil quinientos millones de años y del hombre creado de materia inerte. Y así recorría la Historia hasta desembocar en lo que le había explicado la amable directora de Comunicación: la materia oscura, la energía oscura y los agujeros negros, la teoría de supercuerdas y otras ventanas a un nuevo Universo más propio de la literatura de ciencia ficción que de la realidad en la que se hallaba.

Al llegar a la recepción de la llamada Área Uno, Emma Earbolt estrechó la mano del visitante con una sonrisa amplia y le agradeció su visita. Corbal salió con el dossier, caminó por uno de los puentes acristalados sobre los jardines que le conducirían al aparcamiento y tiró la carpeta en una papelera. Del bolsillo de su elegante chaqueta sacó otra acreditación que prendió en el bolsillo exterior de la misma, a la altura de su pecho, y dio la vuelta

nuevamente hacia la recepción. Ahora iba a buscar información de verdad y no aquella patraña de proyectos absurdos que funcionaban como cortinas de humo para los visitantes. Extrajo el papel doblado que le había entregado Sonny y le echó un vistazo. Contenía un plano detallado de los sitios a donde tenía que dirigirse. El primero de ellos: el archivo digital situado en la planta primera del Área Uno.

Pasó por la misma entrada donde le había despedido la señorita

Earbolt. Aconsejado por el tipo que se creía Don Johnson, se había vestido de Armani para no levantar sospechas entre la gente de la Corporación cuando comprobaran su acreditación. Cruzó el lujoso hall circular, entró en uno de los ascensores panorámicos y pulsó el uno. Seguidamente, las puertas se cerraron y subió al primer piso.

El archivo tenía sus puertas cerradas y se hallaba custodiado por un vigilante sentado tras una consola en la puerta. El periodista

se aproximó al poste de lectura de tarjetas, el cual emitió un disimulado pitido al grabar la banda, información que pasó inmediatamente a la pantalla del vigilante. Éste levantó la cabeza hacia él y le dio los buenos días. La puerta se abrió automáticamente.

Allí encontraría un dvd que contenía lo necesario como para comprender el verdadero sentido de Nethuns, sus proyectos y sus objetivos. Tras un mostrador atestado de pantallas planas y

teclados bajo cada una de ellas, una mujer entrada en años se ofreció a ayudar a Corbal. Éste le pidió lo que andaba buscando: Grabación de la Junta de mayo de 2002. La mujer le preguntó si quería visionarla allí mismo o si deseaba una copia, a lo que él respondió que prefería llevársela. Cuando la mujer terminó de grabar el dvd, se lo entregó en una caja de plástico y, sonriente, le despidió diciendo:

—Aquí tiene, señor Garner. Que tenga un buen día.

Sonny le había proporcionado la misma tarjeta de Al Garner. Desde luego, era un pase que le abriría todas las puertas, sin excepción. Pero también suponía un alto riesgo en caso de que alguien conociera personalmente al accionista.

Corbal guardó el disco en su chaqueta y salió en dirección al siguiente objetivo: el despacho de Alice Carter.

Desierto de Nubia.

—Después del oro, el oricalco era el metal máspreciado por los atlantes. —A Bellver le costaba articular las palabras, pero aún conseguía hacerse entender—. Se dice que se extraía de las montañas,

de ahí el nombre orichalcum, que significa "cobre de montaña". Otro nombre que se le da es el de orihalcon, por el que se conocía al Medallón.

—Que acabó robando Nathan Fitch... —recordó Virginia.

Bellver asintió con un gruñido.

—De modo que, si todo esto resultase no ser una gran patraña, Fitch tendría al Genio...El profesor soltó una risita. Su ahijada, por primera vez, notó un escalofrío que recorrió su espalda como una

corriente eléctrica.

—Si conocieras a Fitch —
balbuceó—, pensarías que *él* es el
maldito Genio...

Aquellas fueron las últimas
palabras del profesor antes de que
comenzara a tararear una canción
imposible, desentonada y,
probablemente, falseada por la
embriaguez.

Durante la jornada siguiente,
Virginia Solves había reflexionado
sobre la conversación mantenida
aquella noche. En lo que a la parte

profesional se refería, el currículum de la escritora era tan vasto que le confería una buena dosis de experiencia para afrontar un asunto en el que la línea que separaba realidad y mitología no estaba bien definida. Hacía siete años que había dejado a un lado el mundo del periodismo para dar rienda a su verdadera pasión: la investigación de la Historia. Desde entonces, había publicado tres obras cuya mención la catalogaba como una de las mejores escritoras de no-ficción

del mundo. Aquellos trabajos la habían conducido por medio planeta recopilando datos y consultando fuentes; le encantaba trabajar y aprender a pie de campo. Por ello, Virginia era consciente de que en la fase documental el autor debe inclinarse ferozmente hacia la objetividad, sin dejarse tentar por opiniones de unos u otros no fundamentadas. Lo que cuenta para un trabajo estricto es lo computable: lo real. La Historia contra la leyenda; la realidad frente

a la inventiva. Y, hasta el momento, ella no había tenido en sus manos pruebas factibles que corroboraran lo que su amigo y el resto del equipo consideraban una verdad irrefutable. Sin embargo, su fe en Bellver la inclinaba a creer que algo de cierto podía haber en todo aquello. Y cuando lo consideraba, sentía un hálito de miedo soplando en su nuca.

Por otro lado, en lo referente a la parte personal, la actitud del profesor la preocupaba más que el

hecho de que estuviera dando crédito a una leyenda. Tenía la intuición de que en su fuero interno albergaba un sentimiento de culpa por algo, y aunque creía saber por qué, necesitaba que alguien se lo corroborase. Y la persona elegida fue Norah:

—La última vez que lo vi así fue hace muchos años, cuando murió su mujer —le comentó a la experta en informática mientras ésta se quitaba el cansancio acumulado durante el día bajo el agua de la ducha—. Él

no me lo va a confesar, pero sé que lo está pasando mal.

—Han sido dos años muy duros para todos —confesó la chica—. En la Corporación todo ha sido silencio y mentiras sobre lo que le ocurrió al equipo del proyecto "Paralelo treinta y dos". Dante ha tratado de averiguarlo de muchas maneras, pero no ha conseguido nada. Excepto ahora, que Nathan Fitch le ha prometido mostrarle la verdad.

—¿Fitch le ha prometido

respuestas?

—Sí.

—¿A cambio de qué? ¿De desenterrar el templo? —Virginia se encogió de hombros—. Creí que era vuestro trabajo...

—A cambio de que le entreguemos la Piedra de Ilbet sin que nadie lo sepa.

—¿Por qué?

—Posiblemente porque quiera sacar un beneficio particular aprovechando los recursos de la Corporación. ¡A saber el valor que

puede alcanzar ese objeto!

—Y Dante ha aceptado guardar silencio para averiguar lo ocurrido.

—Todos queremos averiguar lo ocurrido. No es sólo él quien ha perdido a una persona importante en ese incidente...

Virginia escuchó el agua caer durante unos instantes, tras el silencio doloroso de Norah.

—¿A quién ha perdido Dante? — se atrevió a preguntar.

—Se llamaba Sarah. Sarah Rahal. La conocimos en Isla Dunk, en

Australia. Tenía una tienda de alquiler de equipos de buceo y organizaba inmersiones. Era una chica especial. Al profesor le encandiló su destreza e inteligencia. Tenía buenas aptitudes: luchadora, autosuficiente y no parecía muy feliz de estar donde estaba. Así que le propuso que se viniera con nosotros. Pero Sarah rehusó. No quería volver al mundo ni estrechar lazos con nadie durante más tiempo del que duraba una de sus excursiones. Aún así, ya conoces a

Dante... Insistió e insistió hasta convencerla. Quizá no le quitara de la cabeza sus motivos por los que se había ido de Estados Unidos a aquella isla apartada de la mano de Dios, pero le prometió que velaría siempre por ella. Y Sarah aceptó iniciar una nueva andadura bajo su manto protector. —Hizo una breve pausa y apostilló—: Bueno, así es como él lo ve. En realidad, cada uno somos responsables de lo que hacemos y de las decisiones que tomamos. Y ella no aceptó su

propuesta por la protección que le ofrecía, sino por salir del agujero en el que se había enterrado en vida.

Norah salió de la ducha y se envolvió en una toalla mientras Virginia tomaba el relevo:

—¿De qué había huido? —se interesó mientras el agua tibia empapaba su melena.

—De un pasado en el Cuerpo de policía de Los Ángeles saldado con la muerte de su novio, de la que parecía hacerse responsable. Pero

qué más da. Cada uno tiene sus motivos para huir del pasado, ¿no crees?

—Puede ser. Así que depósito su confianza en Dante, o eso es lo que él siente, y ha acabado como ha acabado...

—Dante no tuvo ninguna culpa. Estábamos en la Antártida cuando decidieron llevarse a Sarah a aquel viaje en calidad de experta buceadora —sentenció zanjando el asunto.

—¿Y tú, a quién perdiste?

Norah cruzó su mirada con sus propios ojos reflejados en el espejo. La indiscreción de la pregunta la situó directamente en primera línea de batalla contra su memoria. Pero, aún así, su alma quiso expresarse:

—Mi novio... Allen.

Virginia se quedó inmóvil bajo la ducha. De espaldas a ella, Norah se secaba el cabello castaño con la toalla imprimiendo cierta rabia al movimiento.

—Lo siento.

—No te preocupes —respondió la chica volviéndose hacia su compañera—. Más lo siento yo. Supongo que el tiempo te enseña a sobrellevarlo. Pero Dante sigue empeñado en culparse. En saldar extrañas deudas morales consigo mismo. Y para soportarlo, se ahoga en alcohol.

En los días sucesivos, las excavaciones evolucionaron a gran ritmo. Por un lado, el equipo delimitó una nueva zona en la que creían casi con toda seguridad que

podrían hallar una de las cámaras laterales del templo. Por otro lado, casi cincuenta personas tuvieron que ser evacuadas aquejadas de cefaleas crónicas; curiosamente, aquellas que habían llegado a mayor profundidad.

Tony Delpy había bajado después con un aparato de radio, tras detener su excavación sobre la posición de la capilla. Al subir, había comprobado que a tan sólo un metro de la superficie era imposible comunicarse con el

exterior y que su reloj dejaba de funcionar correctamente, consecuencias que atribuyó a un fenómeno electromagnético.

Las siguientes jornadas se presentarían enormemente duras. Bellver tuvo la necesidad de replantear la operación, dado que ningún excavador podía mantenerse en activo a esa profundidad durante más de veinte minutos o media hora, a lo sumo. Y, añadido al problema, Elorza le comunicó que la gente estaba nerviosa. Quizá no

entendieran demasiado bien el tema del electromagnetismo, o quizá achacaran las bajas de sus compañeros a algo que nada tenía que ver con lo que ellos consideraban “normal”. Lo cierto era que los más supersticiosos hablaban de energías muy diferentes a las que el equipo justificaba. Y, de cundir el pánico, pronto la operación se iría al garete.

Miami, Florida.

El despacho que en tiempos utilizó Alice Carter se encontraba al final de un pasillo enmoquetado de paredes forradas con madera, techo bajo y luces halógenas. Cuando Corbal llegó a la entrada se limitó a

pasar su tarjeta por el lector digital y la puerta emitió un breve chasquido dejando la vía libre. Al parecer, los accionistas tenían acceso incluso al despacho de la presidenta.

Al abrir descubrió una amplia sala de dos alturas comunicadas con cuatro escalones, paredes de madera, halógenos incrustados en techo y paredes, circulares y disimulados emitiendo constantemente una cálida luz amarillenta. Había cuadros

expuestos tras el escritorio situado junto a un gran ventanal por el que se veía gran parte de Miami, con el mar al fondo, y archivadores integrados en los propios paneles de madera oscura. En el piso superior destacaba una pantalla plana con varios sillones de cuero claros dispuestos delante de un buen número de plantas vistosas. Corbal silbó, impresionado, y cerró tras de sí la puerta.

En el Área Dos, Nathan Fitch revisaba unos informes en su mesa,

en un despacho semejante al de Alice Carter. Fitch era un tipo de cabello ralo, nevoso, peinado sin raya hacia atrás de forma que sus pronunciadas entradas resultaban aún más notorias. Aún contando setenta y tantos años, su rostro aparentaba una vejez centenaria: Lucía una perilla de tonos ceniza, recortada en punta bajo un fino mostacho que cubría con acierto sus labios resecaos y, con más aún, aquellos dientes alargados y amarillentos que asomaban cada

vez que sonreía con malévola intención; unos ojos rasgados, diminutos, protegían sus iris oscuros y extrañamente brillantes, de mirada siempre penetrante e intimidatoria. Nadie conseguía sostenerla cuando trataban con él; siempre la desviaban, como si presintieran que al soportarla durante algunos segundos fueran a convertirse en estatuas de sal. Su cuerpo había sido grueso durante años, pero en los últimos tiempos había perdido demasiado peso, de

manera que su piel caía flácida y sus arrugas se pronunciaban aún más. Añadido a aquel aspecto enfermizo, se apreciaban bolsas amoratadas bajo sus ojos en consonancia con una palidez general que llamaría a la alarma a cualquiera que la sufriese. En cambio, su energía era incombustible; parecía arder por dentro.

Mientras repasaba sus notas, alguien entró en el despacho reclamando su atención. Un hombre

ataviado con un impecable traje oscuro, cabeza afeitada y color de piel tostado por el sol, se encaminó hacia la mesa con paso decidido. El tipo no medía menos de dos metros y su corpulencia resultaba exagerada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fitch con tono pausado acentuando el arco incisivo de una de sus cejas.

—Hay un problema, señor —habló el grandullón con la gravedad de un rugido animal.

—¿De qué se trata?

—Parece ser que el señor Garner está en el edificio...

Fitch se recostó en el respaldo de su asiento y apoyó las manos en los reposabrazos.

—¿Al Garner en el edificio? —
Sus labios se apretaron entre sí dibujando una estrecha línea.

—Sí, señor.

—Eso es imposible. El viejo está en un Centro de máxima seguridad para enfermos mentales. Dudo que le dejen salir en muchos años...

—Pues alguien está utilizando su

pase, señor. Y ha accedido al despacho de Alice Carter.

Fitch enarcó ambas cejas como si el asiento estuviera electrificado. Humedeció sus labios con la punta de su lengua y, seguidamente, carraspeó. El gorila mantenía la vista ligeramente inclinada hacia la mesa.

—Ve inmediatamente a ver qué ocurre. Y llévate a alguien. Quiero que me traigas aquí a ese Al Garner... o quienquiera que sea.

Miguel Corbal abrió uno de los

archivadores repletos de carpetas y buscó ágilmente entre los encabezamientos ordenados alfabéticamente. El Proyecto Paralelo 32 contaba con una de las carpetas más gruesas del cajón, cerrada por una goma elástica. La colocó debajo de su brazo y abrió otro cajón: Miembros de la Junta de Accionistas. Nathan Fitch debía estar por allí. Pasó con sus dedos diferentes carpetas y, finalmente, dio con la que buscaba. Al tirar de ella comprobó que era más fina que

la anterior, la puso igualmente bajo su brazo y cerró. Rápidamente, se encaminó hacia el escritorio, sobre el que se hallaba una pantalla de plasma, un teclado y un ratón, un cenicero en un extremo, junto al teléfono, y un par de marcos con fotografías de Alice Carter acompañada en una de ellas por un hombre de cincuenta y tantos años, apuesto, cuya característica principal era un fino bigote al estilo de aquellos clásicos galanes del cine, y, en la otra, por una mujer

elegante de edad pareja a la del hombre. Ambas imágenes parecían antiguas. Corbal supuso que se trataría de sus padres, lo obvió y pasó directamente a fisgar en los cajones inferiores.

El gorila de cabeza reluciente, acompañado por otro más bajito pero de gran corpulencia, con melena rizada y cicatriz sobre el párpado izquierdo, caminaban a paso ligero por uno de los corredores que comunicaban las Áreas sobre los jardines interiores.

Quienes se cruzaban en su camino sabían de su pertenencia al grupo de seguridad privada de Nathan Fitch. No cabía duda. Era el único accionista que disponía de matones de aquel calibre; un equipo que superaba la veintena, seguramente, pues cada vez le acompañaba gente distinta y, dependiendo de los días, en mayor o menor número. Y también se sabía entre el personal de la Corporación que aquel grupo de seguridad no estaba formado por gente decente. Se rumoreaba que

Fitch contrataba matones, auténticos asesinos dispuestos a dar su vida por el succulento sueldo que cobraban al servicio de aquel vejestorio demente.

Muchos se preguntaron, volviendo la cabeza en su dirección, adónde se encaminarían aquellos tipos con tal urgencia que hacían temblar el suelo a su paso. Cuando alcanzaron la entrada del Área Tres, otro testigo adivinó sin esfuerzo la respuesta. Se trataba de Sonny, que tomaba un café en la máquina junto

a dos científicos mientras mantenían una charla intrascendente: habían descubierto al periodista.

—Si me disculpáis un momento...
—dijo sin apartar la vista de los matones que se alejaban hacia el ascensor y se retiró sacando el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón.

Tenía que avisar a Corbal rápidamente. Si los hombres de Fitch estaban en aquella zona, era porque el periodista se encontraba en el despacho de Alice Carter. Y

debía salir de allí de inmediato. Marcó una extensión ante la mirada de sus colegas y les dedicó una sonrisa al tiempo que llevaba el auricular a su oreja. Estos sonrieron y continuaron hablando.

Mientras tanto, en el despacho, Corbal removía los papeles de los cajones del escritorio. Allí no parecía haber nada de interés. Repentinamente, el teléfono sobre la mesa sonó y el periodista dio un brinco. Sus manos se empaparon al instante mientras un sudor frío

recorría su espalda. Corbal se irguió y miró en derredor buscando cámaras que pudieran estarle grabando, pero no halló ninguna.

El timbre volvió a sonar.

Sonny escuchó el segundo tono en su móvil al tiempo que las puertas del ascensor se abrían dejando paso a los dos guardaespaldas.

—Vamos, Corbal. Coge el maldito teléfono —susurró inquieto y desvió nuevamente la mirada hacia sus dos compañeros, que seguían enfrascados en la

conversación.

El ascensor cerró sus puertas y se elevó camino de la tercera planta. Desde el hall, Sonny siguió con la mirada a los gorilas, que a su vez oteaban a través del panel transparente de la cabina.

Tercera llamada.

Corbal se agachó, cerró el cajón y abrió el último. Entre unos papeles con dibujos a mano alzada de algo que bien podía ser un artefacto y sus diferentes piezas acotadas con medidas, el periodista halló una

agenda de cuero negra. Mientras la sacaba de su escondite, el timbre sonaba por cuarta vez. Miguel Corbal cerró el cajón con la pierna y abrió la agenda: por encima, entre la premura por miedo a ser sorprendido y la intriga, descubrió que contenía una lista de direcciones y teléfonos. Volvió a cerrarla, la agrupó con las otras dos carpetas y se dispuso a salir. El teléfono avisó una quinta vez mientras rodeaba la mesa y no pudo por menos que asomarse a la

pantalla de éste, donde figuraba el número desde el que estaban llamando. Si Alice Carter había muerto hacía más o menos dos años y nadie entraba en su despacho desde entonces, alguien sabía que ahora él estaba allí. Y, efectivamente, el número que aparecía le resultó conocido.

El ascensor se detuvo, por fin, en el último piso, tras hacer una parada previa en el segundo para recoger a un grupo de hombres y mujeres que querían bajar al hall.

Después, había reiniciado el ascenso. La puerta se abrió y ambos tipos salieron al corredor exterior, tomando la dirección de los despachos. Por encima de las plantas que colgaban por el exterior del muro, Sonny los vio adentrándose y, al quinto pitido de su llamada, sus cabezas desaparecieron.

Iba a sonar el sexto aviso cuando alguien descolgó al otro lado. Sonny se volvió para que sus compañeros no pudieran oírle

hablar, pero primero dejó que contestaran. Una voz tímida respondió:

—<<¿Sí?>>

—Soy Sonny.

Corbal, con el auricular pegado a la oreja, sintió un soplo de alivio que se esfumaría en breve.

—¿Sonny? ¿Cómo sabía que estaba...?

Pero su interlocutor no le dejó terminar.

—<<Salga de ahí inmediatamente. Los hombres de Fitch están al

llegar. Y no utilice la puerta por la que ha entrado. Salga por la de detrás.>>

—Pero...

—<<¡Rápido! Consulte el plano que le di y abandone cuanto antes el edificio.>>

Y se cortó.

El periodista colgó el teléfono y se dirigió hacia los escalones. En un lateral de la parte elevada del despacho, descubrió la puerta señalada por Sonny. Subió corriendo y se abalanzó sobre ella.

Su corazón galopaba más que bombear. Giró el pomo, pero la puerta no se abrió.

Los gorilas enfilaron por el último tramo de pasillo. Estaban a veinte metros de la puerta del despacho de Carter, que se veía al fondo bajo la amarillenta luz de los halógenos. En un movimiento aparentemente orquestado, ambos llevaron su mano al botón de la chaqueta y lo desabrocharon. Éstas se abrieron dejando a la vista unas immaculadas camisas blancas y

corbatas oscuras sobre ellas. Además, con el movimiento de sus pasos, podían apreciarse las culatas de sus pistolas en las cartucheras que colgaban sobre sus costados.

Corbal forzó una y otra vez, ansioso, el pomo. Éste giraba, pero la puerta no cedía. Trató de pensar rápido, desestimando la idea de salir por donde había entrado tras el aviso de Sonny. Se volvió, estudió todas las esquinas de la sala, quizá con la intención de hallar algo contundente para

derribar aquella maldita puerta y, finalmente, se detuvo. Un ruido al otro lado del despacho le hizo saber que aquellos tipos habían llegado.

Los hombres de Fitch llegaron hasta la puerta del despacho de Alice Carter. La empujaron, pero evidentemente estaba cerrada. El calvo sacó una tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta y la pasó por delante del lector. Un pitido confirmó que el paso estaba abierto. El de la melena empujó la puerta con el pie mientras

desenfundaba su pistola.

Ambos hicieron acto de presencia en el despacho con sus armas dispuestas; pero allí no había nadie. Tras un reconocimiento visual, confirmaron que el intruso no se hallaba escondido en el servicio del despacho. Después, el de la melena subió los cuatro escalones y comprobó la puerta trasera.

El pomo giró, pero ésta no cedió.

—¿Estás seguro de que estaba aquí? —preguntó a su compañero bajando los escalones.

—¿Crees que soy estúpido? —
respondió éste de mal humor
acercándose al escritorio.

—Pues aquí no parece que haya
entrado nadie...

—Y una mierda. —Descolgó el
auricular del teléfono y marcó una
tecla para comprobar las llamadas
entrantes—. Alguien le ha tenido
que avisar...

Y llevaba razón. La última
llamada recibida había sido
realizada hacía escasamente dos
minutos. El calvo cogió una hoja y

apuntó el número. Después, colgó el auricular y levantó la cabeza hacia la parte superior de la sala.

—¡Vamos! Ha tenido que salir por ahí.

Corbal caminaba por estrechas galerías solitarias sin puertas a otros despachos. Ni siquiera había ascensores. En el último instante, la tarjeta de acceso de Al Garner le había servido de salvoconducto. Se detuvo para consultar el plano y verificó que, dos recodos más adelante, hallaría una puerta

cortafuegos que conducía directamente a las escaleras de emergencia. Y, de ahí, al aparcamiento sin detenerse.

Aceleró; salvó el primer codo internándose en un pasillo de no más de diez metros y, después, giró por el siguiente. Ante él, a escasos cinco metros, apareció la ansiada salida. Bajo su brazo portaba las dos carpetas y la agenda de Alice Carter; y, en el bolsillo interno de su chaqueta, el dvd con la reunión de la Junta Directiva de 2002.

—¡Tenemos un intruso con el pase de Al Garner! —gritó a través de un walkie el gorila de la cabeza reluciente—. Que nadie salga del Centro sin confirmar su identidad.

Corrían por los estrechos pasillos por donde apenas unos minutos antes había pasado Corbal. Más bien, trotaban. Al llegar a la puerta cortafuegos, el de la melena se apoyó en la barra horizontal y la empujó. Al otro lado, las escaleras frías y silenciosas guardaban su secreto al periodista. Ambos se

lanzaron contra la barandilla y se asomaron por el angosto hueco. No parecía que nadie deambulase por allí, ni bajando ni subiendo. Se consultaron con la mirada y comenzaron a bajar a toda prisa.

Corbal se sentó en su coche y cerró la puerta. Levantó el asiento trasero e introdujo las carpetas y la agenda bajo éste. Después, arrancó. El parking subterráneo parecía tener más vida que las escaleras de emergencia por donde había accedido a él. Bastantes personas

llegaban en aquel momento o se acomodaban en el coche para salir del Centro. El ruido de los motores y de los neumáticos chirriando sobre el suelo asfaltado le produjo un estúpido alivio. Cedió el paso a dos vehículos que se encaminaban hacia la salida y se pegó al último. Con un poco de suerte, estaría fuera de peligro en breve.

Tras subir la rampa, llegó al parking exterior. Delante suya se había formado una pequeña caravana que llegaba hasta la

barrera de seguridad por la que había entrado a las instalaciones y, tras él, la fila iba aumentando su longitud. Pronto se dio cuenta de que aquello no debía ser usual. Y eso le ocasionó nuevas palpitaciones. La circulación se interrumpía; algunos conductores asomaban sus cabezas por las ventanillas para ver qué pasaba allí delante, en la cabina de los guardias. Por fin, logró descubrirlo: un agente de uniforme a un lado y un tipo trajeado enfrente detenían cada

coche en una especie de control nada rutinario. Por el momento, no parecían estar entreteniéndose demasiado en cada vehículo, pero los conductores comenzaban a crispase.

La garita de seguridad se aproximaba a ritmo entrecortado. Cada vez más cerca; cada vez más al límite de la desesperación. Así se sentía Corbal mientras una ansiedad incontrolable le oprimía por momentos el pecho. Tenía que comportarse con normalidad. Tenía

que controlarse para no levantar sospechas. El coche que le precedía llegó al control y se detuvo. Ambos empleados se asomaron por cada ventanilla. El vigilante uniformado habló con el conductor y éste le entregó una tarjeta. Mientras el hombre del traje oscuro contemplaba el interior del vehículo haciéndose sombra con sus manos ante el cristal, el otro pasaba la tarjeta por un lector manual y verificaba la identidad en la pantalla.

Corbal bajó la vista y descubrió que seguía llevando la cédula de Garner prendida en el bolsillo exterior. Tiró de ella y alzó la vista. El coche arrancó pasando la valla y el vigilante le hizo un gesto a él con la mano para que se situara frente a la garita. Había llegado el momento. El periodista dejó caer la identificación al suelo y se posicionó donde le había sido señalado.

—Buenos días —saludó con porte casi militar el vigilante—. ¿Me

permite su identificación, por favor?

El mismo ritual se cumplió con él. En la ventanilla de al lado, el tipo del traje se había inclinado para mirar en el interior haciéndose sombra con una mano a la altura de su rostro.

—Desde luego —respondió Corbal introduciendo su mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Entonces, sus dedos se toparon con la caja que contenía el dvd y todo su cuerpo se estremeció.

—¿Le importaría bajar la ventanilla contraria para que mi compañero eche un vistazo? — solicitó el guardia.

El periodista sacó la tarjeta y, antes de entregársela, pulsó el botón hasta que la ventanilla del copiloto descendió por completo. El vigilante tomó la tarjeta y el hombre del traje introdujo la cabeza por el hueco, como un chucho olisqueando droga escondida. El vigilante pasó por el lector la identificación y se la devolvió

mientras esperaba a que apareciera en pantalla la información. No fueron más que algunos segundos, pero a Corbal le resultaron interminables. El tipo trajeado sacó la cabeza y se irguió consultando en silencio al vigilante, que forzó un gesto extraño y, sin apartar el lector de delante de su rostro, interrogó al periodista:

—¿Es usted Miguel Corbal?

Éste asintió con la cabeza. Su boca se había secado súbitamente y su lengua parecía de estropajo.

Posiblemente, aunque lo hubiese intentado, su voz no hubiese logrado pronunciar más que un graznido.

—Está bien, puede continuar. Que tenga un buen día —le despidió el vigilante.

Corbal estuvo a punto de perder el conocimiento, pero se sobrepuso. Metió primera y arrancó sin brusquedad dejando atrás el infierno.

Sin embargo, hubo alguien para quien el tormento estaba a punto de

comenzar. El hombre cuyo parecido con Don Johnson superaba el término de “razonable” fue interceptado una hora más tarde en una sala de la primera planta del Área Dos. De allí, fue trasladado por dos gorilas hasta el despacho de Nathan Fitch, que aguardaba pacientemente tras su escritorio revisando una serie de documentos. Sonny fue sentado a la fuerza ante él y, por vez primera, el empleado descubrió que eran ciertas las habladurías: nadie lograba soportar

la intensa mirada de aquel viejo diablo. Allí, visto de cerca, aterraba. Su cabello pulcramente peinado y aquel traje immaculado le conferían una elegancia que contrastaba con su aspecto enfermizo. Parecía un hombre paciente, exhibiendo una postura relajada donde sus brazos se apoyaban sobre el escritorio con las manos entrelazadas. Y sí, sonreía. Sonreía como jamás Sonny había visto sonreír a nadie. Lo hacía igual que lo haría el diablo

ante una pobre alma saldada con una firma de sangre.

—¿Qué es eso que dicen mis hombres, amigo?

Sonny bajó la vista hacia sus propias manos que temblaban juntas sobre su regazo.

—¿A quién has ayudado a entrar en la Corporación? O, mejor debería decir, ¿a quién has ayudado a salir de ella?

Desierto de Nubia.

La superficie de arena excavada contaba con seis metros de profundidad y habían necesitado tres días para llegar a suelo firme. En aquel fatídico tiempo, dos hombres habían perdido la vida. La

versión oficial aseguraba que una sobreexposición a una fuerza indeterminada de gran potencia había machacado literalmente sus cráneos. Aquello podía considerarse un accidente, y aunque la policía tomaría cartas en el asunto, por el momento consideraban peligroso acceder al lugar. Norah había enviado un estudio medioambiental de la zona a las fuerzas de seguridad donde explicaba pormenorizadamente el asunto del electromagnetismo.

Papeles y más papeles que venían a corroborar un hecho que poca solución tenía ya. La responsabilidad sobre aquellas muertes caería finalmente sobre la Corporación Nethuns, que pagaría sin rechistar y lo reduciría todo a una cantidad económica. Punto. El gobierno del país tomó la decisión de declarar aquel área zona peligrosa, pero su determinación llegó con varios días de retraso. Para entonces, los propios trabajadores habían abandonado

con premura y miedo el desierto. En cuanto al equipo del profesor, nadie quiso meter mano en sus decisiones. Si querían arriesgar su vida, lo considerarían un suicidio consentido; sin embargo dejaron bien claro que el Gobierno se lavaba las manos en lo referente a tal operación, manteniendo, eso sí, el contrato en lo concerniente a la adquisición de restos emblemáticos.

La abertura sobre el techo del corredor dejaba la anchura

suficiente como para que dos personas se descolgaran al tiempo. Alrededor del hueco, Dante Bellver, Norah Beck, Ricardo Elorza y Tony Delpy se asomaban hacia el interior. La distancia hasta el suelo del pasillo podía ser de unos tres metros y la salvarían descendiendo por dos cuerdas ancladas cuyo sobrante se montaba sobre sí mismo abajo, en un suelo firme. La técnico y el arqueólogo fueron los primeros en bajar; con las linternas sujetas a los cintos y

provistos de cascos para evitar sorpresas en el interior, se fueron deslizando como soldados profesionales en un entrenamiento de campo. Al llegar abajo, la luz acumulada en sus retinas les impidió discernir nada entre la penumbra durante los primeros segundos. Arriba, el psicólogo consultó con su mirada al profesor, que hizo un gesto de resignación y se agachó para sujetarse a la cuerda.

Norah y Delpy alumbraban el

corredor con sus linternas de luz azul cuando los pies de Bellver y de Elorza tocaron suelo. El lugar no parecía demasiado espacioso: un estrecho rectángulo delimitado con muros en ambos extremos, en apariencia sin ningún acceso a otras cámaras. Presentaba relieves en las paredes en aparente buen estado de conservación. El techo era plano y, supuestamente, la luz que penetraba ahora por él lo hacía por vez primera desde hacía milenios. Olía a cerrado, como no podía ser de

otra forma, y el suelo crepitaba bajo los pies de los visitantes por la suciedad y la arena caída.

—¿No notáis algo? —preguntó el profesor con los párpados apretados y su voz resonó en el silencio hueco de la estancia.

—¿A qué te refieres? —se interesó Delpy.

Bellver abrió los ojos y examinó en derredor.

—¿Seguís sintiendo dolor de cabeza?

Los demás se miraron entre sí.

Ciertamente, aquella molestia había desaparecido por completo.

—Nos hemos equivocado de lateral —comentó sin dejar que ninguno respondiera.

—Eso parece —constató Delpy echando un vistazo hacia ambos extremos.

—Si el plano es correcto —intervino Norah extrayendo una hoja doblada de uno de los múltiples bolsillos de su pantalón —, el lugar que buscamos está al fondo de este pasillo.

—Pues esperemos que lo sea...
—deseó Bellver encaminándose hacia allí con su linterna en alto.

Efectivamente, llegados a la pared señalada, el corredor doblaba hacia la izquierda prolongándose otros tantos metros, hasta toparse con un muro a cuyos lados parecían abrirse dos nuevos accesos. De uno de ellos partían unos escalones en empinado descenso que se interrumpían a medio camino por culpa de unos enormes bloques de piedra

desmoronados. Por el otro acceso, el corredor atravesaba una oquedad en un muro por el que Norah se decantó. Tras aquel se hallaba una estancia de dimensiones reducidas: Grabados en las paredes, techo bajo... La técnico lo denominó *la cripta*. Y, al fondo, una puerta se abría ante ellos descubriendo una sala contigua de mayores proporciones: La capilla.

Poseía ésta el techo más elevado y una figura en uno de sus extremos. Se trataba de una reproducción de

cuerpo entero de un hombre sin pelo, orondo, sentado en un majestuoso trono con rectitud y mirada fija al frente. La imagen podía medir tres metros de altura, pues casi alcanzaba el techo, y los cuatro se sintieron intimidados bajo su soberanía.

—¿Realmente puedes creer que esto exista? —preguntó asombrado Delpy al profesor, que estudiaba la figura bajo cierto embobamiento.

Y, tras un silencio, éste respondió:

—A estas alturas de nuestra vida, ya podemos creer cualquier cosa... Pero me preocupa mucho más pensar que, realmente, alguien bajara aquí antes que nosotros...

Entonces todos los focos iluminaron un punto concreto en el suelo, cerca de la imagen, descubriendo un hueco de bordes irregulares que abría el camino hacia una planta inferior...

16

Los focos azulados de las linternas de los cuatro exploradores alumbraron un hueco en el suelo, cerca de la imagen de tres metros, por el que se descolgaba una escalera de cuerda.

Ricardo Elorza era un hombre experimentado. A sus cuarenta años, sabía lo suficiente sobre la mente humana como para presagiar

que, en situaciones como aquella, la coherencia asumiría el control de sus compañeros. La fantasía de explorar un lugar oculto, peligros incluidos, llegaba a su fin cuando la persona en cuestión se hallaba cara a cara con el objetivo. Entonces la cosa cambiaba. Llegaba el momento de valorar los pros y contras de la situación y hacer balance antes de arriesgar la vida. Sabía fehacientemente que el profesor estaba dispuesto a bajar por aquella escalera; de hecho, aquel era el

motivo principal de toda aquella parafernalia. En cuanto a Delpy, lo consideraba un hombre valiente. A veces un tanto zoquete, pero nunca falto de osadía. Sin lugar a dudas seguiría al profesor; incluso se arriesgaba a apostar que podría llegar a encabezar la expedición, como ya lo había visto hacer en otras ocasiones. El caso de Norah Beck no resultaba diferente: parecía una mujer de talante erudito, con aquellas diminutas gafas tras las que ocultaba unos preciosos ojos.

Cuerpo en forma y mente ágil, casi siempre tras un portátil. Sin embargo, la técnico jamás se achantaba en ocasiones complicadas. Había confesado ser hija de militar y que su padre, desde niña, le había adoctrinado en el uso de armas de fuego. Podía defenderse sin necesidad de ayuda y, llegadas las circunstancias, sabía dejar a un lado sus gafas y su ordenador y adentrarse en el peligro.

Aquella era la experiencia que el

psicólogo tenía sobre el carácter de sus compañeros. Pero ahora había una diferencia. La misma que los mantenía detenidos ante la escalera, mirando hacia abajo: Se encontraban ante la entrada al submundo del templo; un lugar que sólo Nathan Fitch parecía conocer. Y eso les causaba desconfianza.

Los cuatro se miraron entre sí. Alguien debía de encabezar el descenso. Elorza carraspeó, incapaz de abrir la boca en una situación semejante. Sabía que

estaba allí por error. Se había empeñado en acompañar al profesor cuando éste comunicó a sus compañeros el objeto del proyecto; si allí había respuestas acerca de la expedición a la “Zona cero del Pacífico”, él quería estar presente. Bellver le había aceptado en el equipo, pero aparte de aportar sus conocimientos sobre la mente en caso de situación peliaguda, de poco más servía el argentino. Por eso descendería en penúltimo lugar.

Delpy se agachó y comprobó la

escalera. Después, alzó la vista hacia el profesor e hizo un gesto de consentimiento:

—Yo bajaré primero —anunció, y apoyó su bota en el primer eslabón de sogá.

Los otros tres aguardaron proyectando sus luces por el hueco. Se calculaban unos cuatro metros de recorrido, y parecía que a la escalera le faltara un tramo de un metro para tocar el suelo. Cuando, por fin, el arqueólogo llegó al último escalón, miró hacia abajo y

se soltó. El golpe de las suelas al tocar firme provocó un sonido seco y algo de polvo se elevó a su alrededor. Inmediatamente, sacó su linterna e hizo un recorrido visual: parecía que no hubiera mucho que ver por lo que tardó en alzar la cabeza y gritar:

—¡Podéis bajar!

La nueva sala medía unos diez metros cuadrados. Vacía. Ni dibujos, ni estatuas, ni grabados, ni columnas; nada. Tampoco había puertas. Olía a humedad,

proveniente de alguno de los cuatro corredores que se abrían a media altura en cada uno de los muros de piedra.

—¿Y ahora? —preguntó Bellver consultando a Norah.

Ésta giró sobre sus pies hasta completar una vuelta de trescientos sesenta grados, reparando en cada abertura. Tuvo que examinar nuevamente el plano para cerciorarse y, finalmente, señaló la de la pared ancha situada frente a ellos. Delpy volvió a erigirse líder

y se aproximó primero. En esta ocasión debería llevar la linterna en la mano o no vería hacia dónde se encaminaba.

El corredor era un conducto por el que había que deslizarse bien de rodillas, bien reptando con el pecho pegado al polvoriento suelo. Tras un pequeño esfuerzo para encaramarse al hueco, introdujo medio cuerpo en el interior y sujetó la linterna en su mano derecha antes de internarse completamente.

A él lo siguió el profesor, tras el

que gatearía Elorza y, cerrando el grupo, Norah. Cuando todos estuvieron dentro, el recorrido se impregnó de un tinte azulado y del sonido seseante de aquellos cuerpos reptando por él.

A diez metros del inicio, el camino formaba una ele desviándose hacia la derecha. En el nuevo tramo, una ligera pendiente los hacía descender quince metros. Y allí, de nuevo, otro recodo cambiaba la dirección. A intervalos, ligeras corrientes hacían

prever una salida en algún punto del recorrido. Sin embargo ésta parecía no llegar jamás. Lo angosto del camino multiplicaba la sensación de lentitud en el tiempo aunque, quizá, fuese más dolorosa la posición que tenían que adoptar para atravesarlo que el hecho de llevar ni se sabía cuánto ahí dentro.

Elorza, bien escoltado, comenzó a valorar en silencio la situación. Podía deberse a un cierto pavor que comenzara a latir en sus entrañas, pero lo cierto es que el psicólogo

se planteó qué ocurriría si, en aquel instante, tuvieran que regresar por donde habían venido en plan huída. Perseguidos. ¿Pero perseguidos por quién? —le preguntó esa voz incómoda y cruel de su mente—. No sé, por alguien... O por algo, ¿qué más da? Ni siquiera podríamos darnos la vuelta; no hay espacio...

Veía la suela de las botas del profesor ante él y sus posaderas justo más arriba, casi a la altura del techo, y aquel pensamiento le

provocó una curiosa claustrofobia. El hecho de pensar que no había espacio para dar la vuelta le estremeció.

¿Perseguidos por una momia? — volvió a interrogar la voz—. Vamos, déjalo Ricardo. Se acabó. La salida está cerca...

¡Sepultados! ¡Moriríamos sepultados! Como esa cantidad de mineros que...

¿Esto puede desprenderse sobre nosotros?!

Su agobio se incrementaba hasta

el punto de verse obligado a levantar la cabeza para comprobar algo tan estúpido como que no cayera arena desde el techo. Y, al hacerlo, se golpeó en la coronilla y el dolor recorrió su columna hasta la rabadilla.

—¡Arrggg!

—¿Te encuentras bien? —preguntó el profesor sin detenerse.

—Sí, sí —respondió Elorza—. Sólo ha sido un pequeño golpe.

—Ten cuidado y no levantes la cabeza —recomendó con cierto

tono divertido Norah desde atrás.

—Trataré de recordarlo...

Las voces de sus compañeros lo aliviaron momentáneamente, pero aún lo hizo más la de Delpy cuando la oyó exclamar:

—¡Hemos llegado!

La desembocadura del pasadizo era un hueco semejante al de acceso e igualmente se hallaba situado a media altura de una pared. Norah fue la última en saltar a la nueva sala, de dimensiones mayores que aquella de la que provenían, completamente sumida en la negrura.

—Tened mucho cuidado antes de

dar un paso —avisó Bellver enfocando su haz hacia el suelo.

El resto lo secundó. Se trataba de un suelo arenisco sobre el que se elevaban unas gruesas columnas que sostenían el techo a cinco o seis metros de altitud. En los extremos, cerraban la sala dos paredes con grabados aparentemente egipcios, representaciones de diversas escenas con hombres y mujeres de perfil, y, al fondo, se abría ante ellos una gran entrada de medio arco. Aquella estancia estaba

recogida en el plano que consultaba Norah, al igual que la que se encontraba al otro lado de aquel acceso.

La sala contigua superaba los cien metros cuadrados, con forma circular. Constaba de ocho pilares centrales entre los que se tejían inmensas telas de araña desde el techo hasta el suelo. Las paredes exhibían enormes antorchas apagadas que en su día tuvieron su utilidad.

—Entre esas columnas hay una

especie de tanque de agua o algo así —avisó Norah atrayendo la atención de todas las luces hacia el lugar.

Efectivamente, el suelo de piedra descendía varios metros entre los ocho pilares formando un rectángulo cubierto de agua, o de alguna suerte de líquido —pues las linternas no permitían definir el contenido—, y remataba ambos extremos del mismo un semicírculo desde el que descendían varios escalones.

—Una piscina... —comentó Elorza.

—Básicamente —le respondió Bellver avanzando hacia un extremo de la sala.

Mientras el resto se entretenía en contemplar aquello, el profesor se topaba con otra puerta de medio arco que conectaba aquella estancia con una de semejantes proporciones, pero con una desagradable sorpresa en su interior.

—¿Es éste el lugar señalado? —

la voz de Bellver resonó entre las paredes.

Las luces descubrieron otra sala enorme, en la que se respiraba un ambiente más cargado que en las dos anteriores.

Norah consultó nuevamente el plano.

—Eso parece.

Las tres paredes restantes volvían a presentar aberturas a media altura que permitían el acceso a otros pasadizos lúgubres y angustiosos. No había más salidas ni entradas

que aquellas, al menos a la vista. En el centro, rodeada por seis columnas dispuestas en círculo, se levantaba una especie de pilón de piedra que en algún tiempo pudo tener agua, pero que ahora se presentaba rigurosamente seco. Tenía la forma de un animal, algo semejante a un felino. De su boca pudo haber manado el agua, que a su vez caería al foso que lo rodeaba. Sobre la figura, Delpy descubrió algo que le llamó la atención. Parecían unas manchas,

pero tuvo que aproximarse para constatarlo.

Su voz alertó al resto:

—¡Venid aquí!

Los demás, que contemplaban exhaustos los pasadizos, se concentraron en torno a él. Delpy alumbraba con la linterna en alto una de las manchas, tan próximo que el color se distorsionaba. Sin embargo, todos pudieron apreciar su oscuridad.

—¿Es lo que creo que es? — preguntó Norah.

—Parece sangre, en efecto —
respondió Elorza.

El profesor se aproximó aún más y rodeó el pilón. Abruptamente, se trastabilló y tuvo que hacer un verdadero ademán de equilibrista para evitar darse de bruces contra el suelo.

—¿Estás bien? —se interesó Delpy por boca de todos.

Bellver se giró, alumbrando hacia el suelo.

—Sí... —respondió anonadado.

—¿Qué ocurre? —El psicólogo,

inquieto, se encaminó hacia la posición de Bellver.

—¡Dios! —susurró Delpy, que ya había alcanzado a descubrir lo que había hecho tropezar al profesor.

Cuando Norah y Elorza llegaron a ver con sus propios ojos lo que yacía en el suelo, se estremecieron. Los restos de un cuerpo, perfectamente conservados sin piel ni músculos, descansaban tendidos probablemente en la misma posición en la que había muerto el sujeto. Bellver y Delpy enfocaron

hacia otras direcciones, y sus haces descubrieron con espanto más restos mortales esparcidos por la sala. En definitiva, las estructuras óseas completas de cinco personas sobre las que aún permanecían sus vestimentas.

Vestimentas de exploradores...

El sol de media tarde descendía cuando, sentada frente a Bellver en el comedor, Virginia escuchó el relato de aquel descenso:

—Han de ser los restos de los arqueólogos que acompañaban a Fitch... —Sacó un cigarrillo de su pitillera plumada y lo encendió—. Parece que no lograron pasar de esas cámaras —comentó el

profesor exhalando el humo en una densa nube frente a su rostro.

Virginia movió la cabeza, interesada.

—¿Cómo murieron?

—Pues... —Alzó las palmas de las manos hacia el techo—. Lo único que sabemos es que la cavidad torácica se encuentra reventada en todos ellos. Como si...

—He visto Alien.

Bellver sonrió; y dio otra calada.

—No exactamente. Al menos, no

puede ser posible.

—Tiene que haber una explicación...

—Sin duda. Pero quizá ese tema sea el menos interesante de todo este asunto. Hemos aprovechado para hacer ciertas pruebas electromagnéticas y hemos constatado ciertos datos curiosos: el primero es que, evidentemente, allí abajo ningún aparato electrónico sirve de nada. Nada funciona. Sólo las pilas. Pero hay otro detalle. —Levantó un brazo

hacia Virginia y le mostró el reloj de su muñeca.

—Los relojes se paran —razonó ella con lógica.

—No. Más curioso aún. Avanzan o retroceden según la persona y el momento; y cuando sales nuevamente a la superficie, marcan horas distintas.

—¿Y eso se debe al electromagnetismo? —Virginia se mostró sorprendida; el ceño fruncido y los párpados entornados.

Bellver bebió un sorbo.

—Ni idea. —Forzó un silencio y, bruscamente, lanzó una reflexión directa a su interlocutora, como si hubiese aprovechado aquel para armarse de valor antes de tomar una decisión trascendental—. Me gustaría contarte algo, Virginia. Algo que ha asaltado a mi mente cuando hemos descendido... Algo sobre Agarttha...

—¿Agarttha?

—La teoría de la Tierra hueca.

—Dios, Dante... Sólo son unos pasadizos. Probablemente un

tramado de túneles y salas subterráneas que lleguen a... no sé. A alguna aldea que existiera en aquel momento a un par de kilómetros de aquí. O puede que ni eso.

—No, escúchame. —Alzó la mano pidiendo paciencia—. Quizá esto sea demasiado largo de explicar, pero tienes que ver lo que hay ahí abajo para entenderlo...

Virginia conocía la leyenda de Agartha, como otras muchas. La teoría hablaba de un mundo bajo la

Tierra que se extendía por casi todas las zonas del planeta. Un mundo habitado al que se podía acceder por lugares como la pirámide de Giza o el desierto de Gobi, entre otros. Allí vivirían, en teoría, las razas más evolucionadas y antiguas del mundo. Incluso, según algunos, los templarios. Pero aquello formaba parte del mito de algunas sociedades; algo demasiado arriesgado de afirmar tras haber encontrado únicamente unos subterráneos bajo un templo

enterrado de Nubia.

—La morada del Rey del Mundo, ¿no? —ironizó Virginia.

—Piensa lo que te apetezca...

—Prefiero ser coherente, Dante.

En aquel momento apareció por la puerta Elorza. Su gesto resultaba más rígido que de costumbre. Saludó a Virginia de manera amigable y se sentó a su lado. El profesor se inclinó sobre la mesa, le sirvió una copa y estiró el brazo para acercársela.

—¿Estás más tranquilo, Ricardo?

Éste bebió, como si fuera su único consuelo. Después, bajó la vista hacia el contenido de su vaso.

—Más o menos.

—¿Te ha ocurrido algo allí abajo? —se interesó Virginia.

El psicólogo alzó la cabeza hacia Bellver, que le regaló una sonrisa afable.

—Cuéntaselo, hombre —le recomendó—. Hablar es terapéutico... o eso es lo que decís los loqueros.

—La sala donde encontramos los

restos no tiene puertas, tan solo unos cobertizos que parten de las paredes —se animó Elorza—. Decidimos investigar qué había al otro lado y convinimos que uno lo atravesara atado a una cuerda. Si tenía salida, dos tirones y el resto del grupo entraba. Si no, tres tirones y regresaba a la sala. Quise servir de algo al grupo, así que me presenté voluntario para el segundo pasadizo. Son tan estrechos que dan claustrofobia. Así que iba avanzando de rodillas y debí de

apoyarme demasiado fuerte con la mano en la que sujetaba la linterna, con tan mala suerte que se me apagó. —Volvió a beber y aprovechó para tomar aire. Su corazón aún recordaba con terror aquel episodio—. Me detuve. Todo es oscuro e inquietante allí abajo. Creo que jamás en mi vida he pasado tanto miedo. Golpeé la linterna contra mi mano y recé por que no me la hubiera cargado. No sé. Mi cabeza me pedía a gritos que diera tres tirones de la cuerda y

regresara. Pero en ese momento, la luz se encendió. Por un instante respiré aliviado; pero cuando enfoqué el haz hacia delante...

Virginia, que le observaba sin apartar su mirada de él, se percató de que el vello de sus brazos se erizaba.

—...La calavera de un tío me miraba a menos de medio metro de mi cara. ¡Dios! Estaba ahí, de rodillas; gateando como yo pero en sentido opuesto. Quise gritar, pero no pude. —Volvió a beber y, tras

apurar el vaso como si le acabase de suceder, lo repuso de inmediato —. Ese maldito muerto, vestido de explorador...

Virginia tocó su hombro, en señal de consuelo.

—¿Cuántos hay en total? — preguntó.

—Con el amigo de Ricardo, siete —informó el profesor.

Ella asintió, meditabunda; uniendo aquella información a la que manejaba de otras fuentes. Su marido la había telefoneado para

contarle sus hallazgos, y estaba al corriente de que Nathan Fitch no era trigo limpio. Sin embargo, prefería no comentarle nada aún a Bellver, y menos delante de otros miembros del grupo. Todavía no sabía de quién podía fiarse y de quién no.

19

En la oscura sala en la que habían hallado los cadáveres no quedaba rastro de ellos. El equipo del profesor los había sacado a todos, al menos a los que habían encontrado, pues cabía la posibilidad de que hubiera más en algún otro lugar.

Nada más descender, Virginia Solves había podido comprobar

todo aquello que Bellver le había explicado sobre los sucesos extraños que se experimentaban allí. El dolor de cabeza desaparecía, las linternas funcionaban pero las agujas de su reloj analógico se movían en sentido contrario y a velocidad variable. De los seis pasadizos que se abrían en las tres paredes, todos excepto dos habían sido ya revisados. Y en todos ellos, incluido en el que el psicólogo se había topado con aquel cuerpo, el

acceso se hallaba cortado en algún punto antes de alcanzar la salida; interrumpido por una avalancha de tierra o un desplome de piedras, según el caso. De los dos restantes, uno tampoco disponía de salida. Lo acababan de saber gracias a los tres tirones de cuerda que Delpy sintió en sus rollizas manos y que comunicó de inmediato al resto. Norah acababa de iniciar el camino de regreso a la sala.

Mientras gateaba hacia atrás en dirección a la abertura del

pasadizo, Norah se lamentaba por no llevar un arma encima. Un simple revólver; algo con seis balas, no pedía más. Aquella era una situación de riesgo en la que había muerto gente anteriormente, y se sentiría más segura con un arma entre las manos.

Al llegar a la abertura, descendió y se sacudió el pantalón y la camiseta mientras los demás la alumbraban con sus focos.

—Bloqueado —confirmó con desaliento.

—Sólo queda un camino, entonces
—anunció Delpy.

Al margen de la idea de regresar por donde habían accedido, cosa que quedaba en la reserva de todos, la oquedad en la pared lateral izquierda aún faltaba por explorar. Como siempre, Delpy tomó la iniciativa y se aproximó hasta ella anudándose la cuerda a la cintura. No tardó en desaparecer por aquella boca lóbrega, dejando un leve rastro de luz azulada en la distancia.

La primera cámara a la que salieron tras cruzar el interminable corredor poseía una luz natural, del verdor de una gema. Parecía como si la propia estancia —un cuadrado de no más de cien metros— emitiera luz desde sus entrañas. Las paredes estaban compuestas de un material extraño. Bellver comprobó que, aunque pareciera roca, era mucho más esponjoso y totalmente liso. En ellas, una serie interminable de signos grabados, en relieve, las decoraban a lo largo y a

lo ancho. Una hilera de columnas recorría el centro de la sala, pero ninguna alcanzaba el techo. Algunas nacían en el suelo, se elevaban un metro y quedaban interrumpidas. El resto, partían del techo, descendían otro metro y ahí finalizaban. El suelo brillaba ligeramente con aquel verdor y no había telas de araña como en las salas anteriores.

A excepción de Delpy, que controlaba mejor sus sentimientos, los demás quedaron boquiabiertos al toparse con aquel exótico lugar.

—¿Son jeroglíficos? —preguntó Elorza acercándose a una de aquellas paredes.

—Exactamente —atestiguó Bellver inspeccionando en derredor.

—¿Y alguien aquí es capaz de descifrarlos?

El profesor había visto bastantes a lo largo de su carrera como catedrático de Historia de la Universidad. Demasiados. Y sabía lo suficiente sobre ellos como para explicar que los antiguos egipcios

los usaban utilizando símbolos de cosas que tenían en la naturaleza, a su alcance. Ese tipo de escritura era básica y cualquiera podía interpretarla, incluso sin tener demasiada idea del tema. Bellver conocía determinados signos como aves diversas, partes del cuerpo humano, instrumentos... y sus significados. Pero al acercarse a aquellos se dio cuenta de que jamás había visto nada parecido. Eran extraños. Quizá estuvieran mal representados o quizá... No. Eso

era imposible —certificó para sí observando el primero: describía un círculo y, seguido, algo parecido a... ¡un avión!

Bellver recorrió la pared, atentamente vigilado por los demás, deteniéndose en los que le resultaban más llamativos: Un pájaro que poseía las alas terminadas en pronunciado pico descendente; dos círculos concéntricos y una multitud de pequeñas circunferencias rodeando su perímetro; el símbolo

matemático de la suma... Se ayudó de la luz de su linterna para estudiar detenidamente el número pi, cerca de una esquina inferior. Incluso llegó a agacharse y a tocarlo con los dedos, como si no pudiera creerlo. Entre otros, hubiera jurado ver representadas varias armas tales como pistolas, granadas de mano o fusiles; cascos de soldados del siglo veinte o veintiuno, incluso algún tanque.

—Dios mío... —susurró.

—¿Eres capaz? —resonó la voz

del psicólogo.

Bellver se volvió, sorprendido por la pregunta, como si no le hubiese escuchado.

—¿Cómo?

—Que si eres capaz de descifrarlos.

El profesor volvió a mirar hacia la pared y, después, se alejó un par de pasos para obtener una visión más amplia del conjunto. Al cabo, habló aún hipnotizado:

—Estaba en lo cierto. Mi teoría era correcta. Al menos, en gran

parte...

—Así que sabes qué es todo este galimatías... —dedujo Norah.

Tony Delpy dejó de estudiar la pared de enfrente, en la que se había entretenido un momento atraído por algún extraño recuerdo, y atendió a Bellver.

—Lo que se cuenta en esta pared no es otra cosa que la historia cíclica de nuestro planeta.

—¿Cómo?—preguntó desconcertado Ricardo Elorza.

—En ese lado de la pared —

explicó mientras señalaba hacia la entrada de la sala—, está representado nuestro pasado prehistórico. Indica que hubo tierras donde vivieron seres superiores a los hombres. Sin embargo, si os fijáis, tienen la misma apariencia que nosotros. Después, llegó el desastre y sus tierras se sumergieron —siguió interpretando mientras su dedo los guiaba a través de los grabados a buena velocidad—, como contó Platón. Muchos murieron, pero

otros lograron emigrar afincándose a ambos lados del Atlántico...

—¿Cuentan la historia de los atlantes? —puso en entredicho Delpy.

—En efecto. Al menos, la historia que conocemos está reflejada ahí —confirmó el profesor. Luego desvió la mirada hacia el final de la pared, allá donde ésta se unía con el muro perpendicular—: Todo lo que sigue lo conocemos bastante bien. Digamos que es una representación muy fiable de los

acontecimientos memorables de nuestra vida. No sé, yo lo expondría como los puntos clave que definen nuestra Historia. *Toda* nuestra Historia. Y según nos vamos aproximando a aquella parte de la pared, descubrimos la época actual: las guerras mundiales, los grandes desastres, los nombramientos papales... Y las representaciones continúan y nos muestran nuestro futuro.

Se fueron acercando a aquel sector de la sala, mirando con

atención los grabados.

—Lo que dice ahí es que nos encaminamos nuevamente al conocimiento absoluto de la Realidad que nos rodea y de la que somos parte. Y eso nos conducirá a evolucionar hasta el punto de ser capaces de interaccionar con ella.

—Como los antiguos atlantes...
—habló Norah.

—En efecto. El cambio climático que ahora nos preocupa alcanzará niveles extremos, y con ello emergerán nuevas tierras que

cambiarán el mapa mundial.

Los grabados se sucedían ante los fascinados ojos de los exploradores, incapaces aún de creer lo que el profesor aseguraba que representaban.

—Y ahí reside la respuesta a la pregunta sobre quiénes fueron aquellos seres míticos...

—Nosotros mismos... —dedujo Virginia.

—Volverá a producirse una debacle y migraciones —continuó su viejo amigo, aprobando aquella

teoría—. Los que se salven reconstruirán las pirámides en Egipto y Sudamérica y todo se repetirá hasta que el sol se extinga.

—¿Por qué dan tanta importancia a las pirámides? —cuestionó Norah fijándose en la cantidad de grabados que las representaban—. ¿Acaso no eran tumbas?

—Al parecer, esa gente tenía un conocimiento absoluto sobre el Universo y poseían la tecnología necesaria para canalizar cualquier tipo de energía. ¿Os dais cuenta? —

Se giró entonces hacia ellos y se topó primero con la mirada desorbitada de Virginia Solves—. Ese era el dato que nos faltaba. Su secreto —desveló entusiasmado.

—Espera. Aguarda un momento —pidió Virginia—. ¿Qué ves de extraordinario en saber canalizar la energía?

Bellver negó con un gesto rotundo de su cabeza.

—No, no, no. No he dicho canalizar la energía. He dicho, *canalizar cualquier tipo de*

energía. Tú y yo somos energía, también; no sólo materia.

—Me pierdo —confesó Norah—. ¿Quieres decir que eran capaces de canalizar la energía humana? ¿Y qué conseguían con eso?

—No ser esclavos de este mundo en el interior de sus cuerpos físicos, pudiendo transportar su esencia entre Realidades cuando les conviniese. O entre mundos o entre Universos, como queráis llamarlo. En definitiva, estar interconectados con el Cosmos.

—Bien. Entonces, si podían sacar su energía de este mundo, ¿por qué no lo hicieron antes de que sus tierras se destruyeran? —razonó con lógica Elorza.

—Quizá porque no lo vieron venir —aportó Delpy.

—Pero hubo supervivientes. ¿Por qué no abandonaron ellos este mundo?

—Porque primero necesitaban reconstruir la tecnología que utilizaban para canalizar la energía.

—No puede ser cierto —

balbuceó Virginia.

—Sí. Lo es. Por eso las levantaron allá donde se establecieron tras su migración. E incluso se mezclaron con el resto de personas, gente que estaba muy alejada del nivel de desarrollo que habían alcanzado los atlantes y que veían a estos como dioses debido a su extraordinario conocimiento. Y les enseñaron muchos de sus secretos... Pero parece ser, según se explica en ese mismo panel, que a medida que se fueron sucediendo

las generaciones, todo el conocimiento puro de aquella raza se fue olvidando.

—¿Entonces el futuro está escrito? —preguntó con marcado desaliento Ricardo Elorza.

—En realidad, parece que el curso de la Historia, sí. Su recorrido. Pero quizá no el de cada individuo. Dudo, incluso, que los atlantes a los que nos encaminamos sean semejantes a los de nuestra prehistoria. Pero lo que es cierto es que sus actos provocarán los

mismos desenlaces —explicó
pacientemente el profesor—. Se
llama “evolución natural”. ¿Os
suena?

Miami, Florida.

En la habitación del hotel, a salvo por fin antes de emprender el viaje de vuelta a Nueva York al día siguiente, Corbal estudió las dos carpetas que había sacado del despacho de Alice Carter. Una

contenía información relativa al proyecto “Paralelo 32”. Dicho proyecto se había iniciado a mediados de los noventa con estudios de campo sobre la posible existencia de restos de civilizaciones perdidas. En las aportaciones previas, figuraba claramente que no se disponía de datos fiables sobre ningún hallazgo de los presuntos Continentes de Mu, Atlántida y Lemuria. Por tanto, una vez confirmada la ausencia de pruebas, se disponían a iniciar una

nueva fase del proyecto en el año 2002. Y las características técnicas y teóricas de dicha fase eran remitidas a un dvd que él guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta. Fin del informe.

La siguiente carpeta contenía algo igual de interesante. Otro informe y fotografías sobre el accionista Nathan Fitch. Y fue allí donde el corazón de Corbal sufriría un sobresalto.

La biografía del multimillonario no tenía nada de especial: heredero

de la fortuna de su progenitor, continuador de sus empresas y emprendedor en nuevas inversiones destinadas a la arqueología, pasión que profesaba desde niño... Nada nuevo. Pero en las fotografías sí encontraría algunas curiosidades:

La primera imagen, en blanco y negro, mostraba a un muchacho de unos diez años, espigado, con pantalón corto y hombros cargados hacia delante. Un niño corriente.

La segunda, mostraba a un adolescente algo más preocupado

por su imagen; bien peinado su cabello oscuro, mirada directa, gesto posado.

La tercera fotografía era en color. Un color quemado. Fitch tendría veinte años. Apuesto, lucía una melena corta y un fino mostacho bajo su nariz recta. Cejas perfiladas y color de ojos celeste. Sonreía con un cierto aire pícaro ante un deportivo verde, vestido con polo y pantalón claros.

La cuarta imagen estaba tomada ante un paisaje desértico,

predominantemente rojizo, con dunas a sus espaldas y un jeep polvoriento en un lateral para surcarlas. Fitch sonreía feliz, vestido de arqueólogo con un sombrero de ala ancha sobre su cabeza, ensombrecido su rostro de barba incipiente. El periodista estimó que tendría treinta y tantos años.

Corbal dejó la instantánea sobre el colchón en el que se hallaba sentado, encorvado sobre los papeles con la carpeta sostenida en

sus piernas. La siguiente imagen correspondía a un extraño. Ni por asomo alguien podría aceptar que aquel tipo setentón que protagonizaba la escena, saliendo del Waldorf Astoria de Nueva York mientras un hombre de traje impoluto abría la puerta trasera de su automóvil, fuera la versión avejentada del Nathan Fitch cuyas fotos acababa de pasar. El positivo era en color, tomado desde la ventana de algún edificio frente al hotel; posiblemente por un detective

privado contratado por Alice Carter en una investigación rutinaria previa a la venta de acciones de su Corporación. El tipo era ciertamente robusto, con exceso de kilos. Entradas pronunciadas en la cabeza, cabello fino, rostro arrugado. Las cejas perfiladas y lineales del joven Fitch no correspondían con las arqueadas de aquel; ni los labios, que en el joven eran más gruesos y en este demasiado finos. Incluso la nariz ahora parecía haber menguado y

haberse redondeado sobre un bigote que se unía por dos hileras verticales a una perilla, triangular, invadida de canas.

Corbal comparó las dos últimas instantáneas y constató que no, definitivamente no se trataba de la misma persona.

Tras ésta se hallaban más tomas de años posteriores. Fitch envejecía a ritmo más apresurado que los años que pasaban por él. Al tiempo, también parecía perder peso. Más que el paso de los años, daba la

sensación de estarse consumiendo. Entre la primera foto del Waldorf Astoria, del año 2000, y la última, datada por la máquina en 2002, parecía que hubieran transcurrido diez años por aquel hombre. Y entonces, el periodista cayó en la cuenta. Tantas instantáneas tenían que haber sido tomadas por alguna causa: Alice Carter debió de sospechar de él en algún punto de la relación. Posiblemente, en aquellos dos años se mostrase extraño en algo más que en su deterioro físico.

Y, por aquella razón, había buscado fotografías de Fitch de cuando éste era joven. Y Carter habría descubierto lo mismo que ahora asombraba a Corbal: que no se trataba del mismo hombre.

Pero su muerte la había imposibilitado terminar el trabajo. En estos momentos, ella no estaba en la empresa y él manejaba todo a su antojo.

Corbal extrajo de la carpeta el resto de hojas del informe y las leyó con detenimiento. Su

currículum era extenso, pero no merecía la pena detenerse en él. Necesitaba encontrar algo realmente significativo. Algo que saltase a la vista.

Y, finalmente, dio con ello.

Corbal dejó la carpeta y las fotografías sobre la cama y se levantó con un único folio entre sus manos. Sus piernas lo condujeron casi inconscientemente hasta la terraza, donde la última luz de la tarde refulgía con rojizo esplendor. El texto rezaba: Año 1974. Nathan

Fitch financia una expedición al desierto de Nubia movido por el contenido de un libro hallado en una tumba a varios kilómetros de donde se disponen a excavar. Fitch, junto con un equipo de arqueólogos, logra acceder a las profundidades del desierto, pero un accidente se cobra la vida de todos los miembros de su equipo, excepto la suya. A su regreso a Nueva York, comienza a invertir grandes sumas en investigaciones cada vez más inverosímiles. De ser un hombre

reservado, pasa a malgastar su fortuna en fiestas y a convertirse en un personaje notorio. En 1977 realiza un crucero privado y desaparece de la escena pública. No se escucha nada sobre él hasta la década de los ochenta, y no vuelve a aparecer en público ni se le realiza fotografía o grabación alguna. Hay ciertas noticias esporádicas en publicaciones especializadas sobre inversiones o financiaciones en las que figura su nombre o el de alguna de sus

empresas, pero nada más. En el año 2000, el magnate declara su interés por financiar una parte de los proyectos de investigación de la Corporación.

Corbal bajó los brazos sosteniendo la hoja en una de sus manos y quedó pensativo con la vista perdida en el paisaje de Miami. ¿Por qué desaparecería en el 77 tras un cambio tan drástico en su comportamiento? —se planteó—. ¿Quizá por algo que ocurrió en el desierto de Nubia? ¿Quizá

aquella catástrofe lo desestabilizó de alguna manera? Pero, lo más importante de todo, ¿quién era realmente Nathan Fitch?

Desierto de Nubia.

El pasaje por el que continuaban los jeroglíficos tenía suficiente anchura como para que dos personas caminaran en paralelo por él. La luz verdosa seguía siendo preeminente, y el material de las

paredes no cambiaba. En verdad, parecía como si la cámara que acababan de dejar atrás se hubiese transformado en una galería más estrecha. Aquel pasillo no medía más de veinte metros y producía la ligera sensación de inclinación, siempre en descenso. Nadie allí era capaz de calcular la profundidad a la que se encontraban ya, pero todos estimaban que entre el declive inicial y los corredores contiguos, que siempre caían con mayor o menor desnivel, podían

hallarse a unos cien metros bajo la arena del desierto. En cuanto a la temperatura, continuaba invariable. No hacía calor, pero tampoco frío. Virginia consultó su reloj una vez, antes de llegar a la siguiente estancia: marcaba las doce y tres minutos, aunque no pudo predecir si de la mañana o de la tarde. Lo que sí sabía a ciencia cierta era que habían bajado al templo a las ocho de la mañana, más o menos, y que no llevaban allí ni una hora.

El primero en pisar la siguiente

cámara fue el profesor y, junto a él, Norah. Tras ellos se agolparon los otros tres, sin poder salir de su asombro durante un rato. Sus suelas pisaban un suelo de cristal azulado. Las paredes y el techo, también de cristal —o de un material de similares características—, ambientaban con aquel color la estancia. Cautelosamente, caminaron hasta posicionarse en el centro de la sala y, dispuestos en círculo, examinaron atónitos el entorno. Tras el tono azul,

entremezcladas las opacidades, cada panel parecía exhibir una imagen: en el techo se distinguía una isla en medio del mar. En un lateral, un desierto con enormes dunas. Enfrente se apreciaba una ciudad vista desde el aire; parecía una escena nocturna, pues una multitud de puntos brillantes delataban las luces de edificios y grandes rascacielos. La pared interrumpida por el vano de la entrada mostraba un valle y, frente a ésta, otro panel contenía una suerte

de selva, con inmensos árboles de los que colgaban enredaderas y lianas. Para finalizar, bajo el mismo suelo podía contemplarse una sábana de estrellas, algunas de las cuales se movían y brillaban con más fuerza que sus compañeras.

—Que alguien me diga que esto no es un sueño... —pidió, embobado, Elorza.

Tras estudiar la sala, todos se consultaron en silencio.

Entonces Delpy carraspeó, llamando la atención del resto.

Acariciaba su cabeza afeitada con gesto circunspecto, la mirada clavada en aquel cosmos inferior.

—¿Y ahora, profesor? —consultó a Bellver, el único que podía tener la solución del siguiente enigma.

No había más puertas por donde continuar...

Miami, Florida.

Corbal abrió el portátil e introdujo el dvd en su interior. La luz se desvanecía en la terraza cuando el programa de reproducción saltó en la pantalla. Después, ésta quedó en negro y unas letras fueron cobrando

luminosidad en el centro: **Junta extraordinaria 2002.**

El periodista se recostó sobre la almohada, encima del colchón, con el portátil sobre sus piernas, prestando toda su atención. Mientras, afuera, en la piscina del hotel, una orquesta comenzaba a entonar una melodía cuyos compases alcanzaban con claridad la habitación.

En la pantalla, el cartel se fundió con la imagen de una sala de reuniones. El sol de la costa Este se

filtraba a través de las persianas dejando baldas de luz sobre la amplia mesa ovalada situada en uno de los laterales. Alrededor de ésta, se hallaban dispuestos seis responsables de las distintas áreas que formaban el proyecto. Entre ellos, Corbal pudo reconocer a Nathan Fitch, que observaba al resto de miembros en silencio, sin entablar conversación con nadie.

En pie junto a una mesa supletoria, Andrew Ebner tecleaba en un ordenador, ultimando los

preparativos para mostrar una presentación en la pantalla de plasma ubicada al fondo de la sala. Era un hombre de edad próxima a los cincuenta, vestido con un traje oscuro. De él, al periodista le llamó la atención la marcada cicatriz que cruzaba su rostro desde el párpado derecho. Tanto, que tuvo que congelar la imagen para estudiarla detenidamente. Parecía fruto de un terrible accidente, ya antiguo. Pero Corbal no se entretuvo demasiado y volvió a poner en marcha la

reproducción.

En ella, el cosmólogo encendió el televisor de plasma con el mando a distancia y la pantalla reflejó la interfaz del programa que estaba utilizando el portátil. Los miembros concluyeron abruptamente sus conversaciones y guardaron un respetuoso silencio. Ebner, en pie desde el extremo de la mesa, los encaró.

—Buenos días a todos. Como sabrán, el motivo de esta Junta extraordinaria se debe a que el

proyecto Paralelo 32 va a dar un salto cualitativo en el día de hoy.

La pantalla cambió y en lugar de la interfaz apareció una imagen del globo terráqueo tomada por satélite. El Mundo, en movimiento rotatorio constante, mostraba sus penínsulas y océanos bajo capas de finas nubes. Ebner accionó el botón de un mando situado al lado de su ordenador y un haz vertical, pálido, se proyectó desde el suelo, en el centro de la sala, materializando un duplicado en tres dimensiones de la

imagen emitida en la pantalla, a metro y medio de altura. Algunos miembros se giraron levemente para apreciar mejor la holografía.

—Como todos saben, en el último año hemos realizado entre cien y doscientas incursiones con material en tres puntos. —Presionó una tecla y la imagen cambió. El globo terráqueo se desenrolló hasta formar un plano rectangular en el que tres triángulos rojos se posicionarían instantes después sobre tres puntos concretos de la

Tierra: Uno sobre el Océano Atlántico, cerca de Miami; otro al sur de la isla de Norfolk, frente a la costa australiana y el tercero, igualmente sobre el Pacífico, al sur de Tokio—. Para serles sincero, no todas las incursiones realizadas en el Atlántico han resultado satisfactorias. De las intentadas en los otros dos puntos, hemos conseguido un éxito relativo en el Mar del Diablo. Por esta razón, hemos aprobado que el programa se centre ahí, donde hemos situado la

“Zona cero”.

En ese momento, uno de los responsables levantó la mano. Ebner le concedió la palabra.

—¿Puede ser más explícito a la hora de hablar de ese porcentaje de éxito, señor Ebner?

—Por supuesto. Digamos que durante este año hemos logrado transportar aviones y barcos en esos tres puntos. Además de otros tipos de materiales, alimentos, infraestructura de comunicación... Cuando me refiero a éxito hablo de

un transporte sin incidentes con llegada al lugar de destino en condiciones idóneas. Por desgracia, en el Atlántico aún no hemos logrado establecer una constante, como sí ocurre en el Pacífico.

—¿Y a qué se debe ese fracaso?
—interrogó el otro ajustándose las gafas de pasta oscura con el índice sobre el puente de su nariz.

Ebner carraspeó.

—En realidad, no lo tenemos claro.

—Pero los fracasos suponen

muchos millones de dólares tirados por la borda.

Alice Carter, la única mujer presente en la sala, salió en auxilio del cosmólogo.

—En ningún caso un fracaso se traduce en un gasto inútil de dinero, señor Benson. La información que recabamos gracias a esos transportes nos es de gran utilidad para establecer parámetros comparativos con el punto que tenemos más evolucionado. Es parte de la investigación.

Benson clavó sus diminutos ojos en la mujer.

—El proyecto es demasiado inestable, a mi juicio, como para extenderlo de la manera en que lo estamos haciendo. Tendríamos que habernos centrado en el paralelo treinta y dos sobre el Atlántico desde el principio. Lo que hemos conseguido por no hacerlo es dar palos de ciego basándonos en teorías estúpidas...

—Disculpe, señor —interrumpió Ebner ante la mirada atónita de los

presentes—. La zona del Atlántico sufrió irregularidades que nos impidieron seguir evolucionando al ritmo que necesitábamos. En parte, lleva razón cuando dice que el proyecto es inestable. Sin embargo, hemos demostrado algo muy importante. Y es que la teoría de Ivan Sanderson no va del todo desencaminada. El único problema es que no hemos encontrado aún la constante para hacer que todo funcione sin incidentes.

—Así que después de diez años y

de todo el capital invertido, que no es poco, me sale usted con estas. ¿Y qué supone que debemos hacer? ¿Seguimos gastando dinero en un proyecto que mañana puede irse al carajo?

—Vamos a tener pruebas concluyentes de algo trascendental para la humanidad, señor Benson —intervino Alice—. Pruebas que apoyarán las teorías que hasta el momento nuestro equipo ha elaborado. Pruebas que van a demostrar cómo es el entorno en el

que vivimos realmente. Aunque no logremos hallar esas constantes.

—Porque nada en la vida es constante —tomó de nuevo la palabra Ebner—. Es una lección que siempre pasamos por alto. Pero desde hace siglos, señores, quizá milenios, esos puntos de anomalías electromagnéticas definidos por Sanderson están ahí. No soy capaz de asegurar si se habrán movido en alguna dirección durante ese tiempo o si lo harán en un futuro. No sabemos la velocidad a la que se

extiende la materia oscura o si lo hace realmente. En realidad, es pronto para elucubrar sobre eso. Pero quizá no tenga importancia ahora.

—Y, según usted, ¿qué es lo que tiene importancia a día de hoy? —preguntó otro miembro y todas las miradas se desviaron hacia él.

—Hacernos con las pruebas materiales que hemos perseguido durante todos estos años.

—¿Y sacarlo a la luz pública? —terció Benson.

—Me temo que ese es otro asunto que trataremos a nuestro regreso —aclaró Alice.

—Bien, señores. —Ebner se acercó a la holografía y ésta aumentó la zona del Pacífico—. Al final del día de hoy, la señorita Carter y yo, junto con un equipo de profesionales, viajaremos nuevamente al paralelo treinta y dos. El equipo estará formado por miembros del departamento de arqueología, seguridad, telecomunicaciones y del Gabinete

psicológico. En total, digamos que habrá entre treinta y cincuenta profesionales. ¿Alguna pregunta?

Corbal presionó la tecla *Esc* y el programa de reproducción se cerró. Dejó el portátil sobre el colchón, abierto, se incorporó y caminó pensativo hacia la terraza. La banda tocaba una pieza de salsa. El periodista se apoyó en la barandilla y miró hacia abajo, donde las luces de la piscina se habían encendido y las mesas del restaurante, al aire libre, comenzaban a ocuparse para

la cena.

Incursiones —la palabra martilleó en su cabeza—. La Corporación había logrado encontrar una puerta para cruzar a otro plano de nuestro propio planeta. O quizá a otro mundo paralelo al nuestro. Y lo había hecho sobre el paralelo 32. Pero ahora sabía que había más puntos aparte de ese; los señalados con triángulos rojos sobre el mapa holográfico. Así que habían cruzado a una zona desconocida. Y la

pregunta que necesitaba responder ahora era: ¿qué habría al otro lado?

Mientras tanto, a sus espaldas, la puerta de su habitación emitió un disimulado chasquido, inapreciable incluso para alguien que se hallara dentro del dormitorio. Desde luego, bajo el cielo oscurecido de Miami, Corbal ni siquiera se percató de ello. La puerta se abrió con lentitud descubriendo el umbral en el que dos figuras enormes vestidas con trajes oscuros se disponían a entrar.

En la terraza, el periodista sacó

su móvil y consultó la hora. Después abrió la tapa y marcó un número. Confiaba en poder hablar con Virginia. Tenía que contarle lo que había descubierto, pero parecía ser que aquella noche no iba a tener suerte. La señal de llamada ni siquiera hizo acto de presencia. Separó el móvil de la oreja y consultó la pantalla. Las líneas de cobertura estaban al máximo.

La banda dio por terminada la primera pieza y el vocalista se acercó al micrófono para dar la

bienvenida a los asistentes y desearles una feliz velada. Y fue en aquel preciso instante cuando, desprevenido, Corbal sintió un fuerte golpe en la parte posterior de su cabeza.

Su cuerpo se abalanzó contra la barandilla y estuvo a punto de precipitarse por encima de ella, pero unas robustas manos lo aferraron por la camisa lanzándolo hacia la puerta de cristal, donde se dio de bruces contra el suelo. Había perdido el sentido de la orientación

y, desde luego, era incapaz de reaccionar ante la agresión. Su vista se nublaba y todo a su alrededor tomaba formas inverosímiles, acercándose y alejándose de manera desconcertante, casi cómica de no ser por el fuerte dolor que sentía en la zona occipital y el miedo que crecía desde sus entrañas. Alguien se colocó a horcajadas sobre su cintura e inmovilizó sus brazos, mientras una segunda mano, enorme como la de un jugador de baloncesto,

acaparaba la mitad de su rostro sujetándolo con firmeza contra el suelo.

Corbal no pudo gritar; todo sucedía con extraordinaria rapidez. Y entonces sintió una ligera punzada en el cuello seguida de una sensación de frialdad. A su alrededor, el mundo dio vueltas en una mareante e interminable rotación cuya luz se desvanecía gradualmente. Hasta que, por fin, quedó sumido en una rotunda negrura.

Desierto de Nubia.

Lo que rondaba en la cabeza de Virginia Solves desde hacía ya un tiempo era la conversación que había mantenido con el profesor sobre Agarttha. Había un hecho comprobable en toda aquella

experiencia: estaban descendiendo. No cabía la menor duda. Y ahora, a ni se sabe cuántos metros por debajo del desierto, hallaban aquel lugar increíble de procedencia desconocida. Alguien lo tendría que haber construido, desde luego. Sin embargo, a priori, resultaba imposible. Así que ya no era tan descabellada la idea, en principio, de la tierra hueca. Quizá la vida en nuestro planeta se hubiese originado realmente bajo la superficie. A decir verdad, hace

cuatro mil quinientos millones de años ésta soportaba unas temperaturas elevadísimas y recibía impactos de meteoritos con regular constancia. Así fue el nacimiento del planeta. Nada podría nacer en las capas más externas. Pero la vida surgió. Y la teoría decía que hubo de hacerlo en las capas internas. ¿Y si se hubiese desarrollado? ¿Y si realmente hubiese vida allí abajo? ¿Vida más evolucionada que la nuestra? El hombre no había sido aún capaz de perforar demasiada

superficie terrestre, ni siquiera de construir los medios necesarios como para sumergirse a determinadas profundidades en los océanos. Igual Verne sabía algo que los demás desconocían... Agarttha, ciudades extendidas bajo nuestros Continentes, los intraterrestres... ¿Y si el mundo fuera diferente a como lo conocemos? ¿Y si, en el fondo, el profesor sabía de lo que hablaba?

Mientras tanto, cada miembro del grupo observaba minuciosamente

los paneles, como monos encerrados en una jaula de cristal buscando una salida. A excepción de por donde habían entrado, el resto de paneles no dejaba a la vista acceso alguno. Pero Bellver, al igual que el resto, intuía que tendría que haber algún tipo de mecanismo oculto que les permitiera continuar. Estaba claro que allí no terminaba la construcción subterránea, puesto que Fitch le había hablado de aquella sala y le había aleccionado

sobre qué panel debían elegir: el que mostraba una selva. Pero no le había especificado cómo podían cruzarlo. Así que, entre el maremagno de posibles soluciones que se agolpaban en su cabeza, llegó incluso a pasársele la idea de que tuvieran que resolver alguno de los múltiples jeroglíficos hallados en la sala por donde habían pasado anteriormente. De ser así, aquello les iba a costar más de lo imaginado.

En esas estaban cuando Virginia

consultó su reloj. Fue un acto mecánico, sin recordar que allí la hora era ilusoria: las tres y veintitrés, marcaban ahora las manecillas. Y en ese preciso instante, un latigazo azotó su sien con tal potencia que su vista se nubló en una penumbra pasajera. En aquel lapso de ceguera, escuchó en la lejanía la voz de Bellver y la de Elorza preguntándole qué era lo que le pasaba. A aquellos tonos creyó que se unía el de Norah, mucho más cercano. Entonces, recuperó la

vista. Sin embargo, ante ella no se hallaban sus compañeros; ni tan siquiera la sala de los paneles de cristal. Se encontraba en una habitación. Algo parecido a la habitación de un hotel. A su izquierda podía ver una cama, aunque la luz fuera tenue pues afuera, a través de la puerta corredera de la terraza, se podía presentir el ocaso. Frente a la cama, el típico mueble de madera oscura con cajones y un televisor sobre él. Un par de sillas, dos mesillas de

noche con una lámpara cada una y un ordenador portátil abierto sobre el colchón; una puerta —la del baño— al fondo de la estancia y un hombre afuera, junto a la barandilla, de espaldas, mirando hacia la ciudad con un móvil pegado a la oreja.

No era capaz de oír su conversación, pues las únicas voces seguían viniendo de Delpy ahora, o de Norah acto seguido. Pero, incluso en medio de aquel desconcierto, Virginia reconoció a

la persona que se hallaba en aquella terraza: Miguel, su marido.

Como si fuera espectadora de una película, vio suceder todo con rapidez: Dos hombres vestidos con trajes oscuros pasaron junto a ella; llegó incluso a percibir el perfume de uno de ellos. Con andar firme, se aproximaron hasta Miguel, que ajeno al peligro se separaba el móvil de la oreja y consultaba la pantalla. El hombre de la derecha le propinó un contundente golpe en la zona occipital con la porra que

sujetaba en una de sus manos, y Miguel se precipitó sobre la barandilla y a punto estuvo de desequilibrarse y caer al vacío.

Virginia gritó. Gritó tanto como pudo y sintió desgarrarse la laringe. Entonces el dolor de su sien cesó paulatinamente; las voces de sus compañeros se aproximaron cobrando un tinte de realidad que antes parecía no poseer y la imagen de la habitación se fundió con la azulada luz de la cámara en la que se encontraba.

Bellver y Norah se hallaban acucillados sobre ella, tratando de reanimarla con pequeños empujones y meneos. Tenía los ojos abiertos de manera excesiva, como si estuviera presenciando la aparición de un fantasma, y las pupilas dilatadas como si la iluminación fuese insuficiente. Pero entonces Virginia gimió y sus pupilas se empequeñecieron al instante.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué te ocurre? —le atosigó el profesor.

Ella hizo un esfuerzo por ponerse en pie. Se dio cuenta de que se había desplomado sobre el panel del suelo, pero nada de eso le importaba. Su marido estaba en peligro.

—Tenemos que ayudarle —gritó incorporándose agitadamente.

—Tranquila, Virginia. Cálmate —le pidió Elorza ayudándola—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Es Miguel. Alguien le ha atacado... —Sus nervios estaban a flor de piel.

—No. Tranquila. Has perdido el conocimiento.

Pero aunque el psicólogo trataba de calmarla acercándola nuevamente a la realidad, la escena que había presenciado se le antojaba demasiado real.

—Dios mío. Tenemos que salir de aquí. Tenemos que volver —repetía—. Le han atacado...

—Calma, calma, Virginia —le pidió Bellver sujetándola del brazo—. Necesitamos que nos expliques qué te ha pasado.

Ella le miró, y encontró cierta serenidad en sus palabras. Ahora se sentía confusa. Todo aquello...

—He sentido un fuerte golpe en la sien y... —comenzó a relatar—. Estaba en una habitación y Miguel estaba allí, hablando por teléfono, cuando dos hombres le han golpeado en la cabeza...

Todos miraron a Elorza, que por fin justificaba su presencia allí.

—Está bien —resolvió desconcertado éste—. No es más que una visión fruto de un episodio

de pánico. Vamos a salir de aquí, ¿de acuerdo? No hay problema, Virginia. ¿Quieres que volvamos a las casetas?

La investigadora guardó silencio ante la expectativa del resto del grupo. En el fondo, sabía lo que suponía todo aquello para ella.

—No... creo que ya estoy mejor...

Pero en su interior, el instinto le decía que lo que había visto en aquella habitación había ocurrido en verdad. Su marido estaba en

peligro.

Bellver se giró a estudiar, a un palmo de distancia, uno de los paneles de cristal ayudándose de sus diminutas gafas de lectura. Sin embargo ya llevaban allí el suficiente tiempo como para acabar con la paciencia de cualquiera, y fue Delpy el que estiró el brazo y posó sus dedos con delicadeza sobre la exótica pared. En ese

momento, unas ondas —como si una piedra hubiese caído en el agua de un estanque— se expandieron por el panel surgiendo del epicentro creado por los dedos del arqueólogo.

El profesor giró la cabeza hacia él, y éste le devolvió una mirada burlona.

No era cristal, al menos cuando se tocaba con la piel desnuda. Y lo comprobaron cuando Bellver adelantó la pierna y lo tocó con la punta de la bota. Sólido.

—¿Hay que desnudarse? —
preguntó incómodo Elorza.

Pero Delpy ya había adelantado el pie derecho, sin apartar los dedos del panel, y éste desapareció entre nuevas ondas.

—Parece que no —respondió el arqueólogo.

—Espera un momento —le ordenó Bellver asaltado por la desconfianza hacia Nathan Fitch—. No sabemos qué hay al otro lado. Ni siquiera si ese es el camino...

—Es un camino.

—Ya. Pero, ¿y si accedemos a un lugar del que no podemos regresar?

Delpy se quedó paralizado como una estatua. Sus ojos verdes escrutaban los del profesor. Parecía que aquellas palabras le hubieran devuelto la sensatez; o eso creyeron los demás. Entonces arrugó la frente alzando las cejas y espetó:

—Pues empezaremos una nueva vida... —Y cruzó el panel como si no hubiese nada que se lo impidiera.

Cuando desapareció, un

escalofrío los recorrió a todos. Elorza hubiera dicho que era el miedo a lo desconocido, pero guardó silencio. Se limitó a mirar a sus compañeros consciente de que, más temprano que tarde, los demás seguirían a Tony Delpy.

Y así fue.

Si hubiesen tenido que describir la experiencia, hubieran dicho que el transcurso entre aquella sala y el otro lado se definió por la ausencia de sentido alguno. Describir la nada es demasiado complicado;

pertenece a uno de esos conceptos que el hombre ha nombrado por antagonismo de otro bien conocido. Porque, desde luego, el hombre conoce el TODO como un conjunto de elementos tangibles, pero jamás se ha enfrentado a la NADA. Pero ellos la habían experimentado en su propia piel, y ni siquiera hubieran sabido dar una reseña; algo con lo que cualquier espectador pudiera hacerse una idea.

Al otro lado hallaron a Delpy, con gesto rancio; desmoralizado, quizá.

Tanto esfuerzo para esto, podía estar pensando ante el panorama de otra sala limitada por paneles con una suerte de piscina abarcando prácticamente toda su superficie. Realmente no era una piscina, sino que el suelo de cristal se licuaba dejando un borde sólido de un metro de anchura aproximadamente alrededor del agua —o lo que quiera que fuese aquel elemento transparente—.

—Vamos mejorando... —comentó con sarcasmo Bellver.

—Yo opino que deberíamos regresar.

El tono de Elorza transmitía algo más que inseguridad. Sentía que había cruzado hacía demasiado tiempo una línea que hubiese sido mejor dejar lejos, y creía estar aún a tiempo de poder remediarlo. Pero nadie atendió a sus palabras. Al contrario, Norah se colocó junto al arqueólogo y le retó:

—¿Nos damos un baño?

En algún lugar de Louisiana.

Cuando Corbal abrió los ojos se hallaba en una sala en penumbras, atado de pies y manos a una incómoda silla de madera. Aunque nada cubría su boca, una aberrante

sequedad y la lengua ligeramente insensible le impidieron pedir auxilio. Tenía que pensar con claridad, poner en orden su dolorida y resacosa cabeza.

Su vista aún estaba afectada. Lo único que recordaba era la terraza de aquella habitación en el hotel de Miami y las rayas de cobertura de su móvil al máximo reflejadas en la pantalla. Apretó los párpados y volvió a abrir los ojos un momento después. Ahora la oscuridad parecía concederle una tregua. La

sala se encontraba vacía, a excepción de lo que parecía una lámpara de pie en un extremo de la misma.

Hacía calor; un calor húmedo.

Tuvo que hacer un esfuerzo extraordinario para rememorar qué sucedió después de observar aquellas franjas de cobertura, pero sólo le sirvió para recordar un contundente batacazo en la parte posterior de la cabeza y todo lo que le rodeaba dando vueltas tras una nebulosa.

—Dios. ¿Dónde estoy? —se preguntó en un susurrante balbuceo.

Giró la cabeza para ver qué tenía tras de sí y una suerte de latigazo interior sacudió su sien arrancándole un graznido de dolor.

Volvió a cerrar los párpados. Los mantuvo apretados durante unos segundos y, al abrirlos nuevamente, una visión espectral desbocó a su corazón: ante él se hallaba una presencia entre las sombras. Un ser de aspecto horrible, escuálido... o mejor dicho, consumido. Se hallaba

en pie, estático, observándole como quien vela a un familiar durante toda una noche. Corbal profirió un breve grito, pero el extraño no se inmutó.

Entonces, la lámpara de la esquina se encendió sorpresivamente, en un acto de independencia, y el periodista se vio obligado a cerrar los ojos, instantáneamente deslumbrado y reaccionando por reflejos ante el dolor.

—Por fin, señor Corbal —

escuchó la voz grave de aquel extraño—. Creí que nunca volvería a despertar...

La luz le dañaba. Tanto, que dedujo que había estado demasiado tiempo sumido en una fase de inconsciencia plena. Pero se esforzó por entreabrirlos para descubrir a su interlocutor: el señor Nathan Fitch, que a medida que se volvía más nítido iba cobrando una presencia más aterradora. Visto en persona, Corbal garantizó que una fuerza interior en aquel tipo lo

volvía sobrenatural. Aquella era, sencillamente, su definición.

—Por si se lo pregunta de ahora en adelante —continuó Fitch inmutable, con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón de traje color perla—, se encuentra en el sótano de una mansión construida en el interior de una zona natural de Louisiana. Y, aunque la adquirí hace tiempo, por los alrededores nunca pasa nadie. Puedo asegurárselo. Si pudiera usted salir, contemplaría un pantano a espaldas

del edificio y bosque inhabitable rodeándolo. Mucha gente de la zona conoce la existencia de este lugar, no vaya a creerse. Pero todos, por alguna razón, lo temen. —Arqueó sus cejas como si aquello no tuviera explicación racional para él—. Usted que es periodista podría escribir largo y tendido sobre esta peculiar vivienda. Sobre su historia. Le sorprendería el pasado de esta casa, se lo aseguro. Hay lugares, señor Corbal, que contienen vida propia. Lugares con

alma, diría yo. Y este es uno de ellos. ¿Había oído alguna vez hablar de él?

Corbal abrió totalmente los párpados y sus ojos se cruzaron con los de Nathan Fitch. Fue un instante; algo más veloz que lo que tarda un rayo en impactar contra un árbol y quebrarlo, pero el periodista recordaría por el resto de sus días aquellos ojos. Porque no eran unos ojos al uso. No. Eran los ojos que tendría la esencia del mal si se encarnara. Por eso el periodista

desvió su mirada sintiendo quizá más dolor que el que le había producido la luz de la lámpara al encenderse.

—Veo que no. Me encantaría contarle su historia. Sin embargo, debemos de tratar otro tema más importante. El porqué está usted atado a una silla en el sótano de esta mansión. ¿Le parece?

Dos guardaespaldas de Fitch entraron en la sala. Dos gorilas de dos metros de altura con puños de acero ensortijados sobre sus

nudillos. Y Corbal entendió en aquel momento las palabras del tipo que se hacía llamar Sonny en el centro comercial: iban a sacarle toda la información costase lo que costase.

El periodista trató de hacerse el fuerte, ante la divertida mirada del viejo, y recibió una contundente paliza. Cada golpe multiplicaba la sensación particular de tiempo transcurrido. Su rostro se desgarraba y escupía sangre; sus labios se partieron por diversos

sitios, algunos dientes se soltaron de sus encías. Encajó golpes en el cuerpo, en la cabeza, en el costado... Cayó varias veces al suelo con la silla a cuestas, y volvió a ser izado para que el ritual continuase.

Y habló. Vaya si habló.

Habló del tal Sonny, pero Fitch ya había tenido una reunión con aquel guaperas. Así que tuvo que declarar sobre Al Garner. Y sobre Dante Bellver. Y sobre el dvd que se había llevado de las instalaciones

de la Corporación y sobre las carpetas que contenían información del proyecto “Paralelo 32” e información acerca de la propia persona de Fitch. Y sólo entonces, éste mandó parar a sus hombres.

Se aproximó hasta Corbal, que parecía un guiñapo ensangrentado al que respirar le suponía un esfuerzo sobrehumano, y se dispuso a regalarle una ración gratis de información. Pero el periodista no estaba para escuchar; todas sus energías se concentraban en

sobrevivir.

—El hombre ansía el poder. Incluso más que el dinero. El poder enriquece el espíritu; es la droga más fuerte, capaz de cambiar al que la prueba. Todos los seres humanos sueñan con tener poder, puesto que eso es lo que los diferencia del resto; lo que los eleva sobre sus semejantes. Ostentar un cargo superior implica dominar al resto y dominar al resto implica ser su dueño; y eso es, sencillamente, un acto lascivo de posesión; uno de los

sentimientos más primitivos del hombre. Los poderosos quieren gobernar: ser senadores, presidentes de gobierno, líderes mundiales... No desean esos cargos por representar y defender los intereses de sus ciudadanos, sino para dominarlos y controlarlos a su antojo. Y, a través de la política, esa gran farsa, distraen a sus súbditos.

Respetó un instante de silencio y continuó:

—Nací hace mucho más tiempo

que Nathan Fitch, amigo mío. Y estuve encerrado en un lugar asqueroso hasta que aquel joven me rescató. El mismo lugar al que envié a Dante Bellver y en el que ahora estará tu mujercita. Cuando logré escapar de las profundidades del desierto, me dejé algo en su interior. Algo que me permitirá dirigir a mi antojo este trocito de Universo en el que habitas. Esta parcela minúscula que tantos beneficios proporciona a los que saben manejarse por ella. Como

ves, yo también ansío el poder. Pero es un poder por el que cualquier ser humano vendería su alma. Yo ansío el poder sobre todo este mundo que tú crees conocer, incluida la especie humana.

Corbal sangraba, sintiendo su rostro apelmazado, y sus ojos desvirtuaban la imagen de Fitch convirtiéndolo en un ser aún más monstruoso.

—Eso es lo que Alice Carter se quedó sin saber de mí, a pesar de su empeño porque aquel detective de

medio pelo averiguara mi pasado.

El periodista trató de mover sus labios, pero el dolor que recibió en respuesta le convenció para no hacerlo.

—No, Corbal. Yo no tuve nada que ver con que no regresara de su viajecito. Aunque sí me encargué de quitar de en medio a los otros dos accionistas que pondrían trabas a mi excursión al desierto. Y después, confié en el viejo Bellver para que recuperara la piedra de Ilbet y me la hiciera llegar. Porque

sólo con él haré realidad mi plan.

Entonces sonrió, pero no parecía hacerle gracia la idea.

—Por supuesto, el viejo profesor no me la entregará. Él tiene otros planes. Mi piedra no es su objetivo principal allí. Pero mandará al resto de su equipo con ella como pago por mi... favor. Porque sólo gracias a mí él logrará su propósito.

Corbal emitió un gemido. Era todo lo que le permitían articular sus doloridas mandíbulas.

—Así que tú de eso no sabes

nada, ¿eh? Bueno, tampoco tiene importancia. Debajo de aquel desierto se abre la puerta que Bellver necesita cruzar para recuperar lo que perdió hace un par de años. Por eso le propuse un pacto: él me haría llegar la piedra y, a cambio, podría tomar la decisión que quisiera... —Se inclinó sobre el periodista y éste percibió su pútrido aliento—. Pero tu presencia me ha creado dudas acerca de si en el último momento el viejo decidirá no cumplir su

parte del trato. Por eso, voy a utilizarte como garantía.

Volvió a erguirse, sin apartar su enigmática y todopoderosa mirada de él.

—Y si te portas bien, Corbal, te dejaré vivir para que difundas mi leyenda. Porque se acerca una nueva era para el hombre. Una era totalmente distinta a la que hasta ahora habéis conocido...

Desierto de Nubia.

La sensación fue similar a la que experimentaron al cruzar el panel de cristal de acceso a aquella sala. El líquido, que efectivamente no podía ser agua puesto que no mojaba, poseía una densidad mucho

mayor y los exploradores habían buceado por él con torpeza, como astronautas sin gravedad. A pesar de esto, no les resultó difícil surcarlo. En lo referente al oxígeno, curiosamente en el interior de aquella sustancia se podía respirar, como si una burbuja de aire rodease individualmente a cada uno. A varios metros de profundidad habían alcanzado otro panel, el cual habían logrado atravesar sin ningún impedimento. Y así se habían presentado en la siguiente estancia.

Aunque, en realidad, no se trataba precisamente de una estancia...

Ahora se hallaban en medio de una zona selvática, rodeados por árboles robustos, donde el verdor de exóticas plantas se diluía a veces entre una espesa neblina estancada a medio metro del suelo. La luz allí resultaba predominantemente plomiza; y todos hubieran jurado que tras la niebla, más allá del perímetro que sus vistas lograban alcanzar, se hallaban las paredes de una

montaña.

Ante ellos, una enorme rueda de granito de no menos de tres metros de diámetro sobre un pedestal de piedra rectangular de unos cincuenta centímetros de altura, presentaba una curiosa combinación de grabados: En la parte más cercana al borde, unos cuadrados simétricos se distribuían bordeando toda la circunferencia. Se podían contar veintidós y en el interior de cada uno podía apreciarse un símbolo, a excepción del que

presidía la rueda en la parte superior central, que estaba vacío. Hacia el interior se veía representado un triángulo invertido concéntrico a una circunferencia. Y, en el centro del triángulo, un jeroglífico de siete signos.

Delpy y el profesor cruzaron sus miradas y, después, se aproximaron al monumento. Bellver sacó sus gafas y se las colocó sobre la punta de la nariz, inclinando hacia atrás la cabeza para poder estudiar los grabados. A su lado, el arqueólogo

rozaba con suavidad las hendiduras hechas en el granito.

—¿Hemos llegado? —le preguntó al profesor sin apartar la vista del hallazgo.

—Eso parece...

—¿Alguien sabe qué es este artilugio? —la voz de Virginia sonó a sus espaldas, donde Elorza y Norah aguardaban expectantes.

Bellver retrocedió un paso para tener mejor perspectiva de aquella rueda.

—Estos son los veintidós arcanos

de Hermes.

—¿Los qué?

El profesor giró la cabeza hacia ella.

—¿Ves esos signos grabados en el triángulo? Se trata de un jeroglífico egipcio que representa el nombre de Dyeuthy, dios egipcio de la sabiduría al que los griegos llamarían Hermes. Por eso —alzó su mano y con un dedo señaló los bloques cuadrados del perímetro de la piedra—, lo que rodea el círculo son sus veintidós arcanos mayores.

Distinguidos con la numeración egipcia, naturalmente.

Virginia observó con atención, el ceño fruncido.

—No sé nada acerca de arcanos y el hermetismo me suena a magia o algo por el estilo... —confesó.

—Acertaste. Los arcanos forman las veintidós cartas del tarot. Y, si no me equivoco, están representados en cada uno de estos bloques de granito.

—¿Y por qué el bloque superior no está numerado?

—El arcano veintidós no tiene número. —Se encogió de hombros—. En tarot pertenece al loco y representa la dualidad espacio temporal; la cuántica.

Todos escuchaban atónitos ante aquella piedra las palabras del profesor cuando, súbitamente, algo los arrancó de su asombro:

Fue una fuerza común que no dejó a salvo a ninguno de ellos. Pero en el caso de Virginia, sus resultados fueron aterradores. De repente, se encontró en medio de una

habitación oscura, dominada por una silla. Una silla vulgar bajo un foco de luz tan potente como para ensombrecer sus alrededores. Y sobre ella, sentado y cubierto de sangre, con la ropa destrozada, su marido gemía de dolor. Era una situación que conocía perfectamente por las películas; pero en esta ocasión resultaba demasiado real: Miguel estaba siendo torturado.

Hubiera querido correr hasta él para ayudarlo, sin embargo constató que no podía moverse. La nariz de

Miguel escupía sangre a borbotones, deslizándose por mentón y cuello, mientras que unos rasguños en su rostro declaraban que había sido brutalmente golpeado. Todo era tan extraño, y a la vez tan cercano, que Virginia supo al instante que la escena estaba sucediendo realmente.

Y su mente regresó con semejante brusquedad a la zona selvática en la que se encontraban sus compañeros.

El resto del equipo había sufrido otras visiones en aquel mismo

lapso. Distintas, pero tan reales como las de Virginia.

—Explícame de una vez qué es esto, Dante. ¿Es el interior del Mundo? ¿Es Agarttha? ¿Dónde diablos estamos?

Él la miró. Luego, miró a su alrededor como si acabara de despertar en aquel exótico paraje.

—No lo sé.

Para Bellver, la información adicional recibida por Fitch antes de partir hacia Nubia había servido únicamente como preparación de lo

que podía llegar a contemplar una vez hubiera accedido a las profundidades de aquel desierto. Por lo demás, se sentía tan impresionado como el resto. No sabía exactamente el porqué de aquel lugar, ni quién lo había construido ni la razón por la cual podían encontrarse en medio de una zona natural entre montañas a tantos metros bajo tierra. Tampoco conocía la respuesta a qué habría más allá. No sabía nada, ciertamente. Pero todo aquello le

había servido, tras descubrir pruebas irrefutables a las que sus ojos no hubieran podido dar crédito de haberlas hallado en cualquier otro sitio, para terminar conjeturando que el mundo en el que vivía era muy distinto a lo que hasta ahora creía conocer. Demasiado. Y era consciente de que a partir de ese momento todos sus conceptos, su forma de vida e incluso su forma de entender el Mundo serían radicalmente distintos.

Virginia, confusa, empezó a sentirse embargada por la angustia.

—¿No lo sabes? Pues lo siento por ti, pero se acabó la excursión, Dante. Mi marido está en peligro.

—Fitch no le hará nada. Sólo quiere asegurarse de que le entregaremos su piedra. Llévadsela y le dejará libre.

—No —se negó Virginia—. Olvida esa maldita piedra. No voy a permitir que...

Pero Bellver la interrumpió levantando la mano.

—No seas terca. Si no se la entregáis, os matará. Todos acabamos de tener una visión. Así que ahora debéis regresar... —Se giró hacia la rueda—. Y yo he de continuar solo.

Virginia lo miró con descrédito.

—Estás loco... Continuar, ¿a dónde?

—No tienes que hacerlo, Dante.
—Delpy trató de persuadirlo—. ¿No crees que ya hemos perdido suficientes seres queridos?...

Éste los miró a todos con cierta

melancolía. Sus ojos brillaban ahora que le había sido revelado que sólo él podría adentrarse en aquella niebla.

—Es mi destino. Quizá el sentido de mi existencia se reduzca a este paso, quién sabe. Lo que sí puedo aseguráros es que, si no lo intentase, jamás me lo perdonaría. Yo metí en esto a Sarah. Era mi responsabilidad y no supe protegerla... En fin, ya conocéis el camino de vuelta. Coged la Piedra de Ilbet y largaos lo más rápido que

podáis. Entregádsela a ese viejo y recuperad a Miguel. Si lo hacéis así, ninguno correréis peligro. Y, después, os recomiendo que olvidéis todo esto.

Virginia hizo el intento de avanzar hacia él, pero Norah y Delpy la detuvieron sujetándola por los hombros. Tenían que dejarlo marchar. En efecto, cada uno de ellos había visto cuál era su futuro inmediato, y el profesor no estaba en él.

Y ante la impotencia de no poder

rebelarse contra el sino, todos contemplaron a Dante Bellver sorteando pausadamente la rueda de granito y adentrándose en la espesa niebla, por donde finalmente desapareció.

Delpy y Norah se consultaron en silencio, con cierta complicidad, antes de dar el paso definitivo. Nathan Fitch se lo había dejado claro al profesor antes de partir: en la rueda, el arcano número uno guardaba el objeto que él anhelaba. Sólo tenía que colocar dicho bloque en la posición superior central y presionar sobre su superficie. Así

que deberían girar la rueda en el sentido de las agujas del reloj hasta que el número uno —grabado con una corta incisión vertical— se situase en el lugar que ahora ocupaba el arcano veintidós.

La rueda giró sin oponer resistencia, a pesar de su tamaño, y ambos lo colocaron como les había sido indicado.

—Tendré que subirme a tus hombros para alcanzarlo... —le dijo Norah al arqueólogo que, conforme, clavó una rodilla en la

hierba.

La chica se encaramó apoyando las corvas sobre sus robustos hombros y él se puso en pie, encarado a la rueda. Todos albergaban cierto temor ante la idea de robar algo de aquel sitio, pero ya no les quedaba otra solución. A más de uno le asaltaba en esos momentos el recuerdo de la famosa jungla de Perú, en el año treinta y seis, con el intrépido Indiana frente al ídolo dorado, pesándolo mentalmente mientras sacaba arena

de su saco para intercambiar ambos evitando así hacer saltar las trampas.

Norah aproximó su mano hasta el cuadrado del primer arcano y, antes de presionarlo, giró su cabeza hacia Virginia y Elorza:

—¿Os acordáis de los cadáveres que encontramos?

El psicólogo desorbitó sus ojos. Una idea bastante clara se formó al momento en su cabeza. Parecía como si la joven estuviese leyendo sus recuerdos cinematográficos.

—Cuando recoja esta piedra, será mejor que salgamos de aquí pitando...

Fuera lo que fuese lo que hubo acabado con las vidas de aquellos exploradores, parecía lógico que se desencadenara nuevamente al tratar de sustraer algo de allí. Al menos, todos los presentes tenían claro, ahora más que nunca, que la ficción siempre se basa en una parte de realidad para fundamentar su mentira.

—¿Preparados? —avisó Norah.

—Adelante —aprobó Virginia y Elorza respiró hondo.

La chica encaró nuevamente el bloque cuadrado de granito y lo presionó. La piedra se hundió levemente y, al apartar ella su mano, fue emergiendo lentamente un compartimento del interior de la rueda. Se asemejaba a la caja de seguridad de un banco, sin otra contraseña que la de apretar sobre la superficie del panel. Norah miró en el interior, de donde salía una tenue luz rojiza acompañada por un

liviano humo, e introdujo su mano con decisión.

La Piedra de Ilbet tenía la forma de una pirámide de color negro, brillante y extraño. Sobresalía de la mano de la joven, aunque no fuera excesivamente grande. Delpy se agachó y ella puso los pies en el suelo sin apartar la vista de aquella joya. Mientras tanto, el compartimento del arcano número uno retrocedía introduciéndose nuevamente en la rueda.

El resto aguardó, expectante. No

había saltado ninguna alarma, como cabría esperar, ni un rugido había envuelto el ambiente como preámbulo a la caída de una enorme bola de piedra que los perseguiría hasta aplastar sus cuerpos. No. Nada se había inmutado ante aquel delito.

—¿Y ahora? —preguntó Elorza, visiblemente más aliviado.

—Nos largamos —ordenó Delpy avanzando hacia el panel incrustado en la montaña que se elevaba tras ellos y por el que habían accedido a

aquel lugar.

Fue ése el momento fatídico en el que escucharon la rueda de granito girar lentamente con su ronquido peculiar, esta vez por inercia propia, mientras los arcanos pasaban uno tras otro por la posición superior central, en sentido favorable a las agujas de un reloj, hasta detenerse en el bloque correspondiente al número trece. Temerosos, los cuatro se volvieron hacia la piedra. El bloque emergió despidiendo una luz ambarina, tan

potente que los iluminó como si de una luz celestial se tratase.

Elorza, espantado, se lanzó contra la pantalla de la montaña y su cuerpo fue engullido como lo hace el agua con quien se zambulle en una piscina.

—¡Corred! —gritó Norah abalanzándose tras el psicólogo.

Virginia reaccionó tras percibir de soslayo una esfera brillante saliendo del compartimento número trece de la rueda.

El que pudo contemplar todo con

mayor detenimiento fue Delpy, el último en iniciar la huida. Constató que tras la esfera habían saltado al exterior una multitud de diminutos puntos de luz brillante, que habían permanecido flotando en el aire como una nube de partículas. Rápidamente habían empezado a cobrar consistencia, emulando una suerte de figura humana. Y hasta ahí llegó a avistar el arqueólogo, pues se giró como alma que persigue el diablo y huyó siguiendo a sus compañeros.

Elorza se encaramó al bordillo de la sala de la piscina y se arrastró con premura por el borde sólido de un metro de anchura gateando como un crío. No podía pensar más que en salir lo antes posible de allí mientras en su cerebro se representaban los recuerdos de aquellos esqueletos vestidos con traje de arqueólogos con el tórax reventado. Tras él apareció Norah, Piedra en mano, irguiéndose antes de esprintar hacia el siguiente panel. El psicólogo pudo

presentírla, aunque no estuviera muy seguro de si era ella o aquello que había surgido de la rueda.

Cerrando el grupo tras Virginia, Delpy luchaba contra la resistencia que la sustancia carente de gravedad le oponía. Sabía cuál era el significado del arcano número trece, a pesar de que los egipcios jamás le hubieran otorgado nombre. Y, aunque aquel simbolizara la materia oscura y hubiese emergido desde la posición superior de la circunferencia de granito —donde

todo es positivo según la interpretación— el arqueólogo no pensaba correr riesgos. Por eso buceó como si lo hiciese por el fondo de un mar aplastante, siguiendo el rastro de su compañera, que lo precedía hasta la superficie. A fin de cuentas, el arcano trece representaba la muerte.

El escalofriante sonido que se arrastraba tras Delpy por el exiguo pasillo no auguraba nada tranquilizador. Habían atravesado la sala de paneles líquidos y la posterior, aquella cuyas paredes se hallaban repletas de grabados con jeroglíficos donde Bellver había interpretado el sentido cíclico de nuestra Historia. Hasta ahí, la

ventaja sobre el perseguidor había resultado suficiente; pero ahora se enfrentaban a lo peor: los malditos corredores por donde Elorza había sufrido un ataque claustrofóbico imaginando cómo sería huir por ellos. Y había llegado el fatídico momento de comprobarlo.

El psicólogo seguía encabezando el grupo, con Norah pisando sus talones —más bien, mordiendo, pues avanzaban a gatas tal y como habían entrado—, y en ningún momento había girado la cabeza

hacia atrás. Se había golpeado ésta más de una vez con el techo y sus manos y rodillas sufrían el roce de la gravilla desprendida sobre el suelo. La luz azulada de la linterna alumbraba su camino.

Norah aferraba aún en su mano el objeto piramidal —prefería no perder ni un segundo en aquella maniobra— y se valía de la luz de sus compañeros para llegar afuera. La piedra comenzaba a emitir una tonalidad purpúrea, con cierto efecto palpitante, y se calentaba

lentamente en contacto con su piel. La chica seguía de cerca a Elorza, con el pulso acelerado y la adrenalina disparada por sus venas, gimiendo a medida que coordinaba piernas y brazos en el avance. Poco le importaba en aquellos momentos los cambios que se produjeran en su tesoro; no podía pensar en nada más que en salvar su vida.

Ascendieron por aquellos pasadizos padeciendo la inclinación del camino, pues el avance resultaba agotador. Lo

vencía el miedo, sin duda, y el maldito sonido, ora rugido, ora siseo, que por tiempos se acercaba o alejaba. En ocasiones, los propios quejidos de esfuerzo y dolor emitidos por ellos mismos eclipsaban a aquel, aunque ni por un momento dejaron de creer que aquella cosa fuese a desistir en su empeño por darles caza.

Antes de lo previsto, el grupo saltó a la sala donde habían hallado los cadáveres: la estancia del pilón rodeado por seis columnas. Restaba

alcanzar la sala contigua a través de la entrada de medio arco y, desde allí, acceder por el último pasadizo en ele al pequeño habitáculo superior.

Corrieron tan rápido como sus piernas y sus facultades les permitieron y se encaramaron al último pasadizo con una agilidad impropia en ellos. En aquel momento, el rugido a sus espaldas se transformó en un zumbido, como si un enjambre de abejas abandonara su nido y volase en

grupo. El arqueólogo se arrastró tras Virginia, con el pecho pegado al suelo y las botas haciendo palanca en las paredes laterales.

—¡Vamos, vamos, vamos! Más deprisa o esa cosa nos alcanzará —gritó y la investigadora hizo un sobreesfuerzo por acelerar el ritmo.

El psicólogo saltaba al reducido habitáculo donde colgaba la escalera de cuerda mientras el zumbido del arcano se introducía por el pasadizo. Norah alcanzó la salida al instante y Elorza la cedió

el paso para que subiera. Al tiempo, Virginia se lanzó al suelo desde la abertura de la pared y la cabeza de Delpy se asomó tras ella, sudoroso y descompuesto el rostro. La técnico dejó que Virginia pasase primero, por si necesitaba ayuda, y ella ascendió detrás, apresurada por Elorza.

Pero en el instante en que Virginia se encaramaba al suelo de la planta superior, el sobrepeso hizo saltar uno de los anclajes de la escalera y ésta se descolgó de un lado,

quedando sostenida únicamente por el otro amarre. El grito del psicólogo fue unísono al de Norah, cuyo reflejo por aferrarse a la soga llevó a su mano a soltar la Piedra, que cayó como un plomo. Elorza la vio pasar por su lado, pero no pudo reaccionar; bastante tenía con imitar la acción de su compañera y sujetarse con ambas manos a la parte de la escalera que aún se sostenía fija, mientras se balanceaban hacia los lados como si estuviesen en una liana con

escalones. En cuanto a Delpy, escuchó la piedra caer contra el suelo, pero aquel zumbido amenazante avanzando endiabladamente por el corredor lo persuadió para continuar el ascenso y olvidarse del preciado objeto.

—¡La Piedra! —gritaba Virginia a Norah desde la sala de la estatua mientras el arqueólogo se ponía en pie—. ¡Tenemos que bajar a por ella!

—Ni lo sueñes. Hay que salir de aquí —ordenó Delpy avanzando

hacia la puerta de la sala y encabezando nuevamente el grupo.

—Si no le llevamos ese diamante a Fitch, mi marido morirá.

—Y si volvemos, moriremos nosotros —alzó la voz iniciando la carrera hacia la salida.

Elorza cogió del brazo a Virginia y tiró de ella. Norah corría ya tras el arqueólogo.

—Ya pensaremos cómo salvar a tu marido. Pero larguémonos de aquí. ¡Ya!

Y cuando ella se disponía a

zafarse de su brazo para regresar, un tremendo y escalofriante rugido emanó del interior del hueco perforado en el suelo.

El psicólogo fue el último en volver a ver la luz del sol de aquel maldito desierto nubio. Había salvado los tres metros que separaban suelo y techo del pasillo lateral del templo y, deslumbrado, pareció sentir el cuerpo ágil de Virginia ascendiendo por las escaleras pegadas a la pared de la excavación. Afuera se había

levantado un viento infernal que arrastraba la arena sin piedad, y una cascada de ésta manaba por el hueco. Pronto, los seis metros excavados volverían a estar cubiertos, escondiendo nuevamente aquel secreto bajo tierra. Elorza, con los párpados entornados y dolorido, se abalanzó sobre la escalerilla de la pared y, a tientas, ascendió lo más rápido que pudo.

Sobre la superficie, el temporal resultaba devastador. La arena llevaba tal fuerza que dañaba al

golpear sus rostros. Delpy y Norah habían optado por quedarse tumbados en el suelo, boca abajo, protegiendo con sus brazos la cabeza y aguantando la respiración. La fuerza del viento convenció de inmediato a Virginia para hacer lo propio y así los halló Elorza al asomarse desde el cráter.

Quizá no pasasen más de un minuto en aquella posición, aunque a ellos les resultara eterno. Cuando el viento amainó y todo volvió a la normalidad, sus cuerpos yacían a

escasos centímetros bajo tierra y el cráter había quedado completamente cubierto.

Vuelo 201.

Virginia llevaba la cabeza apoyada contra la ventanilla y la mirada perdida en el cielo celeste. A treinta y tres mil pies bajo ella se divisaba con claridad una tierra de contornos perfectamente

delineados, como si la imagen procediera de uno de esos mapas que tantas veces había visto en sus años de estudiante. Sin embargo, ni siquiera mantenía la atención sobre aquellas vistas; su mente volaba a muchos kilómetros de distancia, sobre un lugar donde su marido se hallaba, inequívocamente, en peligro de muerte.

Lo había visto. Y no sólo bajo el desierto sino después, ya fuera, e incluso hacía escasamente media hora mientras sobrevolaban el

Atlántico. En la última ocasión había asistido a una brutal paliza propinada por un hombre fornido, descomunal para ella, que había descargado su ira sobre el rostro de Miguel hasta hacerle perder la consciencia. Y después había aparecido aquel otro tipo tan siniestro; cabello escaso y pegado a la cabeza, no demasiada estatura, perilla y bigote canos y unos ojos de mirada profunda, aterradora. Sonreía maliciosamente ante la escena de Miguel desvanecido

sobre la silla de torturas; allí, en pie con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón de su immaculado traje claro de Armani. Parecía un muñeco al lado del gigantón, pero éste lo miraba con respeto. Incluso con temor.

Ahora aquellas imágenes torturaban su pensamiento y revolvían su estómago en una sensación vertiginosa. Hubiera deseado poder acelerar el tiempo y recortar el espacio que la separaba de su marido, pero aquello era

imposible.

Virginia estaba confusa y aterrada; rabiosa y exhausta. Experimentaba sensaciones tan contradictorias que su único deseo era desvanecerse como Miguel y despertar descubriendo que todo había sido una pesadilla. ¡Qué bella fantasía!

Norah Beck tecleaba en su portátil junto a ella. Lo hacía con somera destreza. Su alucinación había sido igual de aterradora: se hallaba junto a Delpy en una suerte

de recibidor circular del que partían dos amplias escaleras voladas hasta una planta superior. Varios cuerpos de hombres trajeados yacían sin vida en el suelo y tanto Delpy como ella se mantenían acucillados, armados con pistolas y precavidos. La escena era extraña, aunque cargada de realismo. Al menos, a Norah le había producido desasosiego. El arqueólogo estaba herido y sangraba. Ella se ponía en pie y Delpy, aún agachado, le ordenaba

que aguardara. Pero no le obedecía; el tiempo apremiaba por algún motivo. Entonces, como a cámara lenta, Norah descubría la figura de uno de aquellos hombres armado con una ametralladora surgiendo de la planta alta del edificio, asomándose a una barandilla astillada por impactos de bala. Escuchaba la voz de Delpy, que también había reparado en la presencia del enemigo, avisándola para que se echara al suelo. Sin embargo, algo se lo impedía.

Probablemente la sorpresa de encontrarse ante una muerte inminente. El tipo del piso superior disparaba su arma y Norah veía con claridad —su punto de vista situado junto al dedo de aquel asesino— cómo apretaba el gatillo y lo soltaba cuatro veces. Las balas salían de la ametralladora perforando el aire con pasmosa lentitud, formándose ondas simétricas en torno a ellas y una estela cilíndrica y transparente a lo largo de su recorrido, como si

atravesaran un líquido, hasta llegar a su objetivo. Las cuatro balas, una tras otra y sin lapso entre ellas, impactaban sucesivamente en el pecho, clavícula, esternón y hombro izquierdo de Norah, que caía al suelo, ensangrentada, cerca del doble portón de entrada al vestíbulo.

Ahí había terminado su delirio. Evidentemente, al igual que el resto de sus compañeros, la chica se había sentido extraña al despertar. Pero prefería mantener la

serenidad. Ahora conocía su destino.

Tony Delpy viajaba sentado delante. Él no había soñado con nada traumático. En verdad, lo único que había visto la primera vez que se habían presentado aquellas extrañas imágenes había sido el interior de una furgoneta. En ella viajaban Elorza, Virginia, Norah, el conductor —un hombre al que no conocía de pelo blanco como la nieve y cortado a cepillo— y él mismo. Circulaban por una

carretera estrecha a cuyos lados se extendían bosques tupidos y ciénagas. Le había parecido una visión insólita y sin sentido. Pero en la segunda ocasión, ya fuera del templo y de camino al aeropuerto de Abu Simbel, había presenciado el mapa de una ciudad. Sobre él pudo leer claramente “Nueva Orleáns”, y después vio un río y árboles que se extendían a lo largo de su curso y, nuevamente, aquella furgoneta.

La última visión, dentro del

avión, le había mostrado la fachada de una enorme mansión en el medio de un bosque, aislada de la civilización y ubicada perfectamente en medio de un plano que parecía dibujado en exclusiva para él. Había escuchado el sonido de algunos pájaros, el silencio que emana la ausencia humana y había visto la doble puerta de aquel edificio abierta, invitándole a entrar. Y, justo antes de despertar, había escuchado el sonido de un disparo.

Ricardo Elorza dormía a su lado. Su cuerpo convulsionaba a intervalos y Delpy supo que estaba asistiendo a una de aquellas experiencias. Les había contado que en el interior de la pirámide se le había mostrado un libro encuadernado con pastas de piel y cordeles de cuero desanudados. El libro se hallaba abierto en el interior de una vitrina de cristal, bien iluminada, sobre un pedestal de madera oscura. Antecedía éste a una inmensa librería fijada a una

pared y repleta de volúmenes. Evidentemente, sabía que se trataba del original *Libro de Qustul*.

En la segunda alucinación, había examinado el resto de la sala donde se ubicaba la vitrina; un lugar amplio de paredes forradas con madera hasta el techo, levemente iluminado con focos halógenos. Había otra vitrina frente a ésta, en cuyo interior pudo descubrir un curioso medallón. Seguidamente, había salido de la sala y recorrido un pasillo que le había conducido

exactamente a las escaleras que descendían hasta la entrada de un edificio: una entrada con doble puerta en cuyo exterior se extendía una zona boscosa.

En aquel momento, con los ojos cerrados e inmerso en un nuevo sueño, se encontraba junto a Virginia en el interior de aquella biblioteca, frente a otra puerta. Estaban dispuestos a abrirla cuando, repentinamente, un resplandor de luz verdosa se filtraba por la holgura.

Delpy se sobresaltó ante la violenta convulsión del cuerpo de Elorza, y éste abrió los ojos. Su pecho subía y bajaba a ritmo vertiginoso.

Nueva Orleáns, Louisiana.

Hasta el momento, algunas de las visiones de Delpy cobraban un espeluznante sentido. Tras bajar del avión, una furgoneta los había recogido en el aeropuerto. Sin duda, aquella era la furgoneta que

él había visto; además, el conductor no podía ser otro: un hombre mayor de pelo cortado a cepillo, con aspecto de militar retirado. Alto, fuerte y de gesto recio. Parecía un tipo duro, de esos salidos de una película de marines. Aunque hizo el esfuerzo de caer simpático, todos tuvieron la misma impresión sobre él. Norah, sin embargo, les había hablado maravillas sobre aquel personaje; no era de extrañar teniendo en cuenta que se trataba de su propio padre.

La chica había compartido con los demás parte de sus visiones, y en ellas había fuego real. Por eso desde el avión había solicitado ayuda a su padre. El señor Beck le había propuesto utilizar sus contactos militares para agilizar la intervención de la policía, pero su hija se había negado. El asunto no podía caer en manos de la ley; ni podían permitir que trascendiera. Lo que necesitaba de él era su vasta formación militar y unas cuantas armas.

Delpy sabía manejarlas. Jamás llevaba una encima, pero mientras había residido en Boston, en su juventud, había aprendido a disparar e incluso había llegado a comprar una automática. Los que preocupaban a Norah eran Virginia y Elorza. En cuanto a la primera, le tranquilizó saber que, al menos, conocía el funcionamiento de las pistolas. Por circunstancias de la vida, durante sus estancias en Nueva York su marido se había empeñado en que ambos acudieran

a clases de tiro. No habían sido demasiadas, e incluso ella no se sentía cómoda; pero Miguel era un poco paranoico y la ciudad no le otorgaba demasiada confianza. El psicólogo, por el contrario, jamás había tenido una entre sus manos. De joven había empuñado algún que otro bate de béisbol con intenciones distintas a las de golpear una pelota. Los partidos de River no eran, lo que podía decirse, demasiado pacíficos. Pero aquella época había pasado hacía mucho.

En ella se habían quedado algunas brechas propias y ajenas, sangre derramada e incluso alguna herida de arma blanca en cuyo costado ahora guardaba el recuerdo en forma de cicatriz. Sin embargo, el fuego jamás había formado parte de aquella violencia. Así que Norah aprovechó la primera parte del trayecto para sentarse junto a él y darle unas nociones básicas.

El señor Beck, que en sus tiempos fue coronel del ejército, recibía las indicaciones de Delpy acerca de la

ruta que debían recorrer hasta llegar al lugar de destino: una mansión de dos plantas, con muros blancos y columnas en la fachada. Se ubicaba en medio de un bosque de enormes árboles, cerca de un lago de superficie verdosa plagado de algas y plantas. El arqueólogo no sabía el nombre de aquella zona, pero conocía el camino como si lo hubiese recorrido un centenar de veces.

Virginia, sentada junto a Elorza y Norah, sostenía en su mano una

.357 de *Smith & Wesson*. Tampoco entendía demasiado de pistolas, así que se había dejado asesorar por la joven. Pendía de su mano flácida como si no estuviese allí, mientras su cabeza repetía incesantemente que Miguel podía estar a esas alturas muerto.

A dónde se dirigían era, incluso para ellos que habían visto su propio futuro, un enigma. Lo único que les quedaba claro era que el peligro los acechaba y que, quizá, no saliesen vivos de aquella

mansión.

El vehículo salió de la ciudad y, al cabo, se internó por un camino que se fue alejando de la civilización hacia el interior de una zona boscosa. Los árboles se elevaban fantasmagóricos a su paso y la carretera pronto dejó de ser una vía asfaltada para convertirse en un sendero de tierra.

Faltaba poco.

Decidieron bajarse de la furgoneta antes siquiera de alcanzar a ver la fachada de la mansión. No fue Delpy quien lo propuso, sino Elorza, que aseguraba haber tenido otra visión durante el vuelo donde aquellos tipos armados cubrían rondas de vigilancia por las inmediaciones.

Beck y su hija se armaron como si

pensasen entrar en combate contra una guerrilla. Y no en vano, pues los sueños premonitorios de la chica auguraban algo parecido. Todo aquello resultaba tan irreal que Virginia sólo lo aceptó desde la inconsciencia, apremiada por la angustia de salvar a su marido.

El avance a través del bosque fue rápido. Pronto divisaron la edificación: una residencia de estilo clásico de Louisiana con columnas en el porche y en la terraza de la planta superior.

Parecía increíble que alguien hubiera levantado aquello en el medio de una zona semejante; porque si ahora, que el sol se filtraba entre las copas de los árboles, producía una sensación fantasmal, nadie querría imaginar lo que sería aquel paraje en plena oscuridad.

Unos metros más adelante consiguieron divisar a los guardias sobre los que había alertado el psicólogo. Hombres robustos, trajeados, custodiando los

alrededores de la mansión. Algunos hacían rondas dando vueltas al edificio; otros permanecían en la terraza del piso superior, entre las columnas, para obtener una visión más extensa del bosque.

El señor Beck se protegió tras el tronco de un árbol centenario, ordenando al resto que se detuviera con un gesto de su mano; ademán muy militar. Desde su posición, acucillado, dirigió el avance de cada uno hasta diversos escondites. Luego gesticuló nuevamente para

que aguardaran y prestaran atención a la planta alta de la residencia. Dos vigías portaban metralletas, mientras que un tercero oteaba a través de unos prismáticos. En otras ocasiones, en la armada, una operación como aquella se hubiese llevado de otra manera. Para empezar, con trajes de camuflaje y silenciadores que derribaran al enemigo sin disparar la alarma del resto. Pero ya no pertenecía al ejército y sus nuevos compañeros no eran ni mucho menos

profesionales. Así que todo iba a resultar más complicado.

Virginia, agazapada tras otro árbol, actuaba como si durante años la acción hubiese formado parte de su vida cotidiana. El nivel de adrenalina en su sangre era tan elevado que aunque le hubiese caído una piedra de cien kilos sobre su pie no la hubiese sentido.

Norah miró hacia su izquierda y vio a su padre apostado con una rodilla en el suelo, fijando el primer blanco de la planta superior

con el rifle firmemente sostenido y un ojo cerrado. Ella, armada con una pistola en cada mano, era consciente de que desde aquella posición no podría salvar tanta distancia. Sin embargo, podía abatir perfectamente a cualquiera que estuviese a nivel del suelo, como los dos que ahora protegían la doble puerta de entrada. Giró la cabeza hacia la derecha y llamó la atención de Delpy. Por señas, le puso al corriente del plan. Luego señaló con el puntero láser de una

de sus armas a los gorilas de la entrada, y el arqueólogo asintió a la espera de que le diera la orden de asalto.

Elorza sí estaba nervioso. Su mano temblaba, agarrotada en torno a la culata del revólver, y sujetaba su muñeca con la otra mano para tratar de controlarla. Mucho más retrasado que el resto, seguía preguntándose qué demonios hacía él allí. Se había ido dejando llevar por toda la situación, en lugar de abandonar y montar un consultorio

en cualquier país del mundo. Al menos, no estaría ahora en peligro de muerte. Pero ya era demasiado tarde para arrepentimientos. El dedo del señor Beck acariciaba el gatillo con escalofriante serenidad.

La primera bala salió produciendo un estruendo que se magnificó a consecuencia del eco y, en los alrededores de la zona, bandadas de pájaros levantaron el vuelo, espantados. A partir de ese momento, ni siquiera Elorza pudo dar tregua a su pánico. El vigilante

de los prismáticos se precipitó al vacío cayendo como un saco de plomo delante de los gorilas de la puerta. Un segundo disparo, claro y preciso, derribó a uno de los dos hombres armados que permanecían en la terraza. Y, sin demora, un tercer estallido acabó con la vida del que restaba.

Los dos tipos de la entrada desenfundaron sus armas, pero sin tiempo de hacer nada más. Un punto rojo se posó en el entrecejo de uno de ellos un instante antes de que una

bala le atravesase la cabeza salpicando de sangre el porche. Su compañero no supo averiguar a tiempo de dónde había provenido el disparo, ni fue lo suficientemente lúcido como para salir corriendo. Dos balas perforaron su cuello desplomándolo junto a los dos cuerpos inertes que yacían en el suelo.

Alertados por las detonaciones, el resto de hombres acudió a la parte frontal del edificio. Delpy salió de su escondite mientras Norah se

ponía en pie y ambos comenzaron a disparar a discreción. Las balas cruzaban el aire y, dada la distancia y la falta de práctica del arqueólogo, la mayoría impactaban contra el muro levantando pequeñas nubes de polvo blanco. Después constató que alguna había alcanzado su objetivo, si no con la certeza de haberlo eliminado, sí con la de haberlo herido. Afortunadamente, tras él, Norah apoyaba con más tino su avance.

Por el otro lateral, los vigilantes

de traje oscuro iban cayendo gracias a la intervención de Virginia, que también avanzaba hacia el edificio protegida por el fusil del señor Beck. De vez en cuando, éste cambiaba de dirección y enviaba balas a los ventanales de la planta superior, por donde aparecía algún que otro tirador espontáneo.

En cuestión de minutos, la entrada quedó despejada. Doce o trece hombres yacían muertos sobre la tierra húmeda, mientras que el

grupo sorteaba sus cadáveres y
subía las escaleras del porche.

En el interior de la mansión, los rayos del sol, cada vez más debilitados, se filtraban a través de los ventanales tiñendo con tonos castaños el interior del amplio recibidor circular. Varios matones aguardaban con sus armas dispuestas, parapetados tras el acceso principal. Cuando la doble puerta se abrió de golpe, aquellos

mercenarios apretaron los gatillos sin contemplaciones y una incesante lluvia de balas cruzó la vasta sala en dirección al bosque. Algunas, las más avanzadas, llegaban a hacer saltar la tierra e incluso penetraban en los cuerpos sin vida amontonados en el porche.

Cuando los disparos cesaron, cinco armas, entre ellas un fusil, se asomaron por las jambas del portón y escupieron su fuego. Un centenar de impactos destrozaron paredes, suelo, escaleras, barandillas y

figuras decorativas expuestas en aquel vestíbulo. Algunos proyectiles, con suerte, alcanzaron a varios miembros de seguridad, a los que se les escuchó gritar de dolor.

* * * *

Nathan Fitch se hallaba sentado tras el escritorio macizo que dominaba su despacho; un lugar

amplio y en penumbra con una gran cristalera a sus espaldas por la que se accedía a la terraza de la sección posterior, desde la que se avistaba parte de un magnífico pantano. Allí le habían sorprendido los primeros disparos. Sabía que los hombres de Dante Bellver habían llegado, cosa que esperaba desde hacía tiempo. Pero no venían a entregarle la Piedra de Ilbet, sino a arrebatárselo el trono, como una reiteración absurda de la historia; con armas más potentes y con mucho menos

personal. La estupidez del ser humano lo conducía irrevocablemente a la muerte, y nada de eso era de su incumbencia, excepto el hecho de que su anhelo no se vería satisfecho. La Piedra continuaba bajo el desierto nubio. Lo que vendría después sería tedioso, como había ocurrido en los últimos treinta años. De nuevo necesitaría tiempo, hacerse con otros cuerpos pues aquel que lo albergaba se consumía ya, encontrar otros estúpidos e intrépidos

buscadores de tesoros y embaucarlos. Sin aquel objeto, jamás lograría el poder necesario para dominar este sector del Universo. No sería más que un prisionero en un mundo que aborrecía.

Sus ojos brillaban de manera demoníaca, con cierto esplendor rojizo, como si su espíritu se estuviese avivando en el interior de aquel cuerpo mortal. El eco de las balas le hacía llegar el claro mensaje de que sus guardaespaldas,

aquella guardia a través de la cual había logrado eliminar cada problema que se le había ido interponiendo en el camino, estaban cayendo. Pero en esta ocasión no pensaba perder la batalla.

Se puso en pie lentamente y cruzó las manos a la espalda, tras la chaqueta de su traje claro. Bruscamente, la mesa de madera maciza se desplazó hacia un lateral como si tuviese el peso de una pluma, estrellándose contra la pared. La silla en la que había

estado sentado siguió su mismo recorrido, y al impactar quedó destrozada en un sinfín de trozos astillados. Fitch cerró los párpados. A sus espaldas, las puertas de cristal se abrieron impetuosamente haciéndose mil añicos.

* * * *

El señor Beck tiró el fusil al suelo y empuñó la pistola que hasta ahora

había permanecido en la funda, sobre su costado. El grupo se hallaba a cubierto, repartido tras unas columnas levantadas en el sector izquierdo del vestíbulo y bajo el tramo curvo de las escaleras que ascendían al piso superior. Desde allí habían abatido a seis o siete hombres, cuyos cuerpos yacían en el suelo y sobre los escalones. Elorza les había asegurado que bajo el edificio había otra planta, y que en ella se encontraba el marido de Virginia.

La mala noticia era que el acceso a dicha planta se hallaba por la fachada opuesta, y llegar hasta allí significaba tener que cruzar un amplio pasillo que se proyectaba hacia el interior de la mansión, donde sospechaban que se encontrarían más sorpresas.

Norah miró a su padre, y éste tomó una decisión: ella y Delpy se quedarían allí, cubriendo al resto mientras cruzaban aquel corredor. Después, ambos regresarían a por la furgoneta y la acercarían hasta la

puerta para recogerlos.

* * * *

En la planta subterránea también se habían escuchado los disparos. Miguel Corbal entreabrió los ojos, aunque la oscuridad fuera absoluta. Sentía los párpados hinchados por los golpes y todo el rostro le punzaba. Era como experimentar descargas eléctricas constantemente

cada vez que movía un músculo. Notaba sus labios magullados y encostrados, y la nariz, rota. Respiraba con dificultad debido a la opresión que acusaba en su pecho, lo que le hacía presentir que varias costillas estaban fracturadas.

Continuaba sentado en aquella silla de tortura, con las manos anudadas al respaldo y los pies a las patas delanteras, y los calambres de sus glúteos ascendían hacia la zona lumbar recorriendo sus piernas permanentemente. Los

pies, descalzos, podían ser un reguero de hormigas, pues ni siquiera recordaba cuándo había dejado de sentirlos. Lo que no entendía era por qué seguía vivo.

Pero aquellas detonaciones, si no habían sido parte de un delirio provocado por el dolor y el agotamiento, lo habían colmado de esperanza. En medio de la penumbra de la sala vacía y húmeda, el periodista permaneció atento.

* * * *

El señor Beck avanzó por el pasillo con el arma dispuesta, seguido por Virginia y Elorza. Desde el vestíbulo, Delpy los cubría mientras Norah vigilaba la parte superior de las escaleras. A ambos lados del pasillo se alternaban las puertas abiertas de diversas estancias, todas ellas de gran tamaño y, en apariencia,

vacías. Pero un reflejo al final del corredor delató la presencia de un guardaespaldas. Beck fue más rápido y apretó el gatillo antes de que éste pudiera encañonarle. Sin embargo, en aquel mismo instante, otro se abalanzó por sorpresa desde el interior de una de aquellas salas como un jugador de fútbol americano haciendo un placaje y dio con el cuerpo del ex-militar en el suelo. A horcajadas, el matón golpeó en el rostro a Beck, que trataba de zafarse de él ahora que

había perdido su pistola. Tanto Virginia como Elorza contemplaron la idea de pegarle un tiro, pero la falta de confianza en su puntería y el hecho de saberse ante un acto a sangre fría los paralizó. Sin embargo, Virginia no se lo pensó dos veces cuando vieron asomar nuevamente la gran cabeza afeitada del gorila del fondo: apuntó y disparó hasta vaciar su cargador, rompiendo las cristaleras de la puerta de acceso al porche posterior.

Elorza, temblando en medio de aquella violenta situación, agarró a su compañera y la atrajo junto a él para refugiarse en el umbral de una sala. Ambos tenían un aspecto deplorable, sudorosos y aún vestidos como si fueran a entrar en una excavación. Varios mechones se desperdigaban sobre el rostro de Virginia; en cuanto al psicólogo, aquel atractivo de persona calmada, segura de sí misma, con cierto toque de distinción, se había desvanecido ante la peligrosidad de

la acción. Ahora ambos se miraban fijamente a escasos centímetros el uno del otro, jadeantes, buscando una solución a todo aquello.

El primer contratiempo quedó resuelto cuando escucharon un tiro limpio proveniente del vestíbulo. El gigantón dejó de lanzar golpes directos al rostro de Beck, y, aliviados, contemplaron cómo el cuerpo de aquel tipo se desplomaba hacia un lado. Entonces ni Virginia ni Elorza concedieron un segundo a la reflexión: ambos se asomaron

por la jamba, él en pie y ella acucillada, con las armas apuntando hacia el fondo del pasillo. Y cuando el otro guardaespaldas volvió a hacer acto de presencia encañonando a Beck, no tuvo tiempo de apretar el gatillo. Al unísono, las armas del psicólogo y de la investigadora bramaron. La mayor parte de las balas se perdieron en la pared, suelo o incluso techo; sin embargo, tres o cuatro atravesaron el cuerpo de aquel individuo, arrebatándole la

vida.

* * * *

En el vestíbulo, lo peor estaba por llegar. Delpy aún se vanagloriaba de su certera puntería sobre el agresor del señor Beck cuando escuchó a Norah susurrar para sí:

—¡Oh, Dios! Pero qué es eso...

El arqueólogo se giró hacia el

portón de entrada, dirección hacia la que también miraba la chica con expresión de pánico. Uno de los guardaespaldas abatido en el porche entraba armado con su pistola como si nada hubiese sucedido. La sangre manaba por un agujero en su entrecejo y pudieron observar que la parte posterior de su cabeza estaba destrozada. Pero, aún así y en contra de las leyes de la naturaleza, el fornido matón caminaba seguro hacia su objetivo: ellos.

* * * *

Nathan Fitch, en el centro de su despacho, inclinaba la cabeza hacia atrás, inmerso en un estado de trance. Sus ojos, aún con los párpados cerrados, podían ver claramente aquello que las pupilas del guardaespaldas resucitado captaban: dos miembros del equipo de Bellver agazapados tras las

columnas. Entonces esbozó una maléfica sonrisa. Aquellos pobres desgraciados tenían los rostros desencajados por el terror.

* * * *

Beck se puso en pie con la ayuda de Ricardo Elorza. Sangraba por su labio partido y había perdido algunos dientes postizos. Ahora sí parecía realmente una persona

acorde a su edad. Virginia se agachó, recogió la pistola que había perdido en el placaje y se la entregó. Acto seguido, los tres avanzaron hacia la cristalera destrozada del final del pasillo, por donde podrían acceder al sótano.

* * * *

Delpy y Norah vaciaron sus cargadores sobre el cuerpo de

aquel zombi. Ella, con un arma empuñada en cada mano, parecía una auténtica pistolera. El cuerpo del muerto viviente quedó cubierto de agujeros, sentado como un crío que aún no es capaz de mantenerse en pie, con las piernas estiradas y las manos lánguidas entre ellas, la cabeza gacha, sangrando por cada uno de aquellos boquetes. El arqueólogo dejó caer su cargador y lo sustituyó con destreza. La chica hizo lo mismo con los de sus pistolas, preparada para volver a

apretar el gatillo. Pero el cadáver se desplomó y dejó de representar un peligro.

Ambos se miraron aliviados, sin mediar palabra. Sin embargo, la pesadilla no había hecho más que comenzar: el resto de cadáveres empezaron a convulsionar como azotados por una potente corriente eléctrica hasta que, revividos, se pusieron en pie torpemente y fueron avanzando hacia ellos como un desfile macabro.

* * * *

Una trampilla bloqueada con un candado se interponía entre las estancias subterráneas y ellos. Virginia lo solucionó con un balazo que reventó el candado. Elorza tiró de las asas y la luz que se agotaba lentamente en el cielo alumbró unos estrechos escalones. El señor Beck se adelantó y, agachando la cabeza, salvó el techo del primer tramo

para continuar descendiendo.

Virginia siguió sus pasos. Elorza vigiló sus espaldas, donde se extendía el bosque y parecía apreciarse un pantano hacia el interior. El silencio lo tranquilizó bastante.

* * * *

Los disparos se sucedían, pero esta vez los muertos vivientes

también apretaban sus gatillos. Tenían los ojos vacíos de vida, la sangre resbalando por sus rostros; algunos incluso carecían de buena parte de cabeza o de cara, arrancada de cuajo por una o varias balas, pero ahí estaban, plantando cara a Delpy y a Norah. Las columnas detenían disparos por doquier y, en ocasiones, la chica y su compañero tenían que ocultarse tras ellas para evitar la lluvia de pólvora. Pero, a medida que a sus enemigos se les terminaba la

munición, ellos aprovechaban para dispararles y aquellos cuerpos caían para no volver a levantarse.

Una bala perdida llegó a alcanzar en el hombro a Delpy, aunque salió por el lado contrario y el arqueólogo estimó que no había tocado el hueso. Venciendo el dolor, que lo dejó momentáneamente tendido con la espalda apoyada en la pared bajo la escalera, volvió a ponerse en pie para seguir abatiendo a aquellos monstruos.

* * * *

Nathan Fitch abrió sus ojos. Por primera vez había dejado de sonreír y se mostraba enfurecido. Las lentillas de color que utilizaba se derretieron fulminadas por un calor abrasador, dejando a la vista unos iris tan rojos que parecían fuego.

En su rostro se marcaba una notable demacración, avejentado

como si hubiesen pasado diez años por él en apenas unos minutos. Su piel, arrugada de forma excesiva, había perdido color y su perilla, más que canosa, había cobrado un tinte amarillento.

—¡Malditos bastardos! —gruñó—. Habéis agotado mi paciencia...

* * * *

Corbal escuchó unos pasos y la

voz de un hombre que nunca había oído anteriormente:

—<<Es ahí.>>

Después, alguien había comprobado el pomo, pero los secuestradores cerraban siempre con llave.

Escuchó otro disparo, este tan próximo que pensó que la bala iba dirigida hacia él mismo.

La puerta se abrió con un ligero chirrido y una luz tenue penetró en la estancia. Hubo de cerrar los ojos para evitar que aquella nimia

claridad le produjese más dolor aún, pero en la oscuridad de su vista, consiguió reconocer la voz de su esposa:

—¡Miguel!

Era ésta una voz de alivio; de mezcla de emociones, todas ellas positivas. Luego sintió que varias personas se disponían junto a él, liberándolo de las sogas que lo mantenían atado a aquella maldita silla mientras que Virginia lloraba y le besaba sin cesar.

Por fin había llegado la

caballería, pensó sonriendo para sí. Aunque ya no le quedaran fuerzas ni para llorar.

* * * *

La calma había vuelto a hacerse en el vestíbulo. Norah comprobó la herida de bala del arqueólogo: sangraba, pero ciertamente no parecía contener peligro alguno.

—¿Te encuentras bien? —le

preguntó.

—De maravilla —respondió Delpy con gesto de dolor.

—¿Qué está pasando aquí?

—No tengo la menor idea. Pero deberíamos irnos cuanto antes. Louisiana es la tierra de la brujería. Y ahora sí me lo creo... —Se llevó la otra mano al hombro.

Norah se puso en pie.

—Voy a coger la camisa de uno de esos tipos para taponarte la herida.

—No. Espera —le pidió él.

Ella le miró extrañada.

—¿Y si vuelven a levantarse?

—Tony, tenemos que taponar esa herida y largarnos...

—Ayúdame a quitarme la camiseta. Lo haremos con la mía. Pero no te muevas de aquí hasta que lleguen los demás...

Norah se giró hacia los cadáveres, en los que no se apreciaba el menor movimiento. Luego se acucilló junto a Delpy.

—Tenemos que ir a por la furgoneta y traerla hasta aquí. Si es

verdad lo que vio Virginia, su marido no podrá recorrer la distancia que nos separa de la furgoneta y nos pondrá a todos en peligro. Así que hay que venir a recogerlos...

Le sacó la camiseta y presionó sobre el hombro.

—Aguántatelo ahí. Te diré lo que vamos a hacer. Voy a asomarme a la puerta para comprobar que el camino esté libre. Cuando lo haga, te hago una seña y me sigues, ¿estamos?

Delpy negó con la cabeza.

—No me parece buena idea.

—Tony, tenemos que hacerlo...

* * * *

El señor Beck levantó a Corbal en un esfuerzo del que éste se resintió. Llevaba demasiado tiempo en aquella posición recibiendo palizas. Después, el coronel se las apañó para sujetarlo firmemente y

poder salir de allí con él andando, como si fuera un compañero caído en medio del campo de batalla.

—¡Larguémonos de aquí! — propuso Virginia, agotada.

—Espera un momento. —La voz de Elorza sonó tajante tras ella.

Virginia se giró hacia el psicólogo.

—¿Qué ocurre?

—Aún nos queda algo por hacer.

Las visiones. Las malditas alucinaciones. Elorza había tenido alguna más que el resto, y parecía

interpretar bastante bien todo aquello. Pero Virginia se negaba a hacer cualquier otra cosa que no fuese salir de allí y regresar a casa.

—No, Ricardo. Olvídalo.

El psicólogo negó con la cabeza, pesaroso. Sabía que tenían una obligación. Como había dicho el profesor, era su destino y debían cumplirlo. Quizá para eso habían nacido. Quizá ese acto justificara toda su vida.

Virginia se pasó el reverso del antebrazo por su frente colmada de

perlas de sudor, la pistola aún empuñada en aquella misma mano. Elorza hizo un gesto con su cabeza y ella miró hacia donde éste le indicaba. Al fondo de la estancia se vislumbraba una puerta de madera. Allí aguardaba su destino.

* * * *

Delpy y Norah cruzaron una mirada silenciosa; eterna. La chica

tenía razón: debían ir a por la furgoneta.

Ella se puso en pie y comprobó que nada se movía antes de abandonar su refugio bajo las escaleras. Con sus armas listas, avanzó lentamente por el vestíbulo hasta llegar al cuerpo inerte del primer zombi. Su aspecto era deplorable, comprobó deteniéndose sobre él mientras lo encañonaba. Su rostro estaba destrozado por los tiros recibidos, como un amasijo de piel y carne sanguinolento. Pero no

representaba ya peligro alguno.

Lo esquivó pasando por encima, sin pisarlo, y continuó hacia la doble puerta repitiendo la maniobra con todos y cada uno de los cuerpos que regaban el suelo de sangre y vísceras.

Sin embargo, el peligro no acechaba allí abajo. Surgió de una de las dos estancias centrales de la planta superior, cuya puerta se abrió lentamente emitiendo un chirrido casi inapreciable. En el umbral, otro matón de ojos velados

y rostro salpicado en sangre, armado con una ametralladora, se disponía a cumplir el deseo de Fitch.

Delpy lo descubrió demasiado tarde, pues su atención estaba centrada en su compañera. Presintió el movimiento del zombi cuando éste alcanzó la barandilla del corredor. El arqueólogo sólo pudo dejar salir una voz de aviso, casi un graznido, que alarmó a Norah y la obligó a girarse hacia él. En un esplendor mental, supo que sus

visiones, de las que en algún momento había dudado, eran ciertas.

A la chica le dio tiempo a alzar la cabeza para descubrir a su asesino, encañonándola con una ametralladora, un segundo antes de que éste apretara el gatillo.

Y el eco de cuatro disparos se dispersó por el bosque...

Tras aquella puerta de bisagras chirriantes se alzaban unas escaleras de madera, angostas, crepitantes, que conducían en dos tramos de considerable pendiente hasta otra puerta, ésta más cuidada. El psicólogo, con su pistola empuñada con firmeza, giró el reluciente pomo y la empujó suavemente. La luz débil del ocaso

se filtró por aquel escueto descansillo y el hueco dejó a la vista un corredor transversal limitado por una barandilla de madera. Virginia, temerosa y exhausta a esas alturas de la misión, consultó a su compañero en un cruce de miradas antes de avanzar, pero fue entonces cuando una ráfaga de cuatro disparos estalló afuera obligándolos a ambos a lanzarse al suelo.

Los tiros no iban dirigidos contra ellos: aquello lo constataron pocos

segundos más tarde, ya que las balas ni siquiera impactaron cerca. Además, un grito de dolor aulló a media distancia. Virginia supo entonces, con certeza, que se hallaban en la planta alta de la mansión y que, abajo, en el vestíbulo, las balas habían alcanzado a otro de sus compañeros: Norah Beck. Elorza se puso en cuclillas y asomó la cabeza por la jamba. Otro grito, éste cargado de rabia, ensordeció el ambiente. Se trataba de Tony

Delpy, que había contemplado impotente cómo disparaban a la chica.

Virginia descubrió, hacia la mitad del pasillo, a un guardaespaldas armado con una ametralladora, el cuerpo erguido pero carente de vida, en las proximidades de la barandilla encañonando aún a su víctima. Podían haberlo tiroteado desde aquella posición, sin embargo tanto Elorza como ella eran conscientes de que si fallaban se pondrían en evidencia ante el

peligro. Parecían transmitírselo el uno al otro con una mirada dubitativa cuando otra ráfaga, esta vez de disparos más espaciados, detonó. Ante el asombro de ambos, el cuerpo del muerto viviente se agitó compulsivamente recibiendo un balazo tras otro hasta que, por fin, cayó desplomado.

En el vestíbulo, el arma humeante de Delpy caía al suelo cuando Virginia y el psicólogo sacaron sus cabezas por entre los barrotes. Después, el arqueólogo reptó,

dolorido, junto al cuerpo inerte de Norah.

Ricardo Elorza tiró del brazo de su compañera y ella reaccionó, luchando al principio por averiguar algo sobre el estado de la joven Norah Beck. Pero ya nada se podía hacer. Tony Delpy, con lágrimas en los ojos y encaramado a su cintura desgarraba con fuerza su camiseta, rajándola entre sus robustas manos ensangrentadas, cuando Virginia hubo de apartar la mirada para centrarse en su propio cometido. El

psicólogo tiraba de ella conduciéndola hasta una puerta situada justamente ante el cadáver del guardaespaldas. Sabía perfectamente hacia dónde tenían que dirigirse. Una vez allí, echó mano al picaporte y lo bajó, dejando libre la entrada a otra sala.

Estaba acondicionada ésta a modo de biblioteca, con paredes de madera que exhibían cuadros variopintos y librerías elevadas hasta el techo, repletas de volúmenes. El suelo, enmoquetado,

confería aún más calidez a la estancia y, en un lateral, un pedestal con una vitrina destacaba sobre el conjunto gracias a su potente iluminación. Virginia se sintió atraída por éste distrayéndose del objetivo de su compañero, el cual se dirigía con cierta premura hacia otro menos iluminado, situado justo enfrente. En el interior del primer expositor encontró un libro abierto al azar. Pero no era un libro cualquiera. Le bastó con verlo para saber que se trataba precisamente

del *Libro de Qustul*; aquel texto que había conducido al profesor Dante Bellver y a su equipo hasta el desierto de Nubia, arrastrándola a ella y, en consecuencia, a su marido, hasta el epicentro de esta indeseable pesadilla.

La voz del psicólogo pronunciando su nombre la sobresaltó, despertándola de un soporífero letargo en el que había caído de forma inconsciente. Lo vio junto a una puerta doble que rompía la continuidad de una de las

paredes, sosteniendo una especie de colgante en una de sus manos. Virginia avanzó hasta donde éste se hallaba, curiosa por saber qué era aquel objeto. Entonces, un fogonazo de luz verdosa se filtró por la holgura creada entre la madera y el suelo, iluminando por un breve instante la biblioteca con su potente fulgor.

Elorza tembló de miedo, preparándose para algo que sólo él parecía conocer. Y, tras verlo atenazar con fuerza la culata de su

pistola y tomar aire para embriagarse de valor, lo escuchó proferir un “¡ahora!” al que siguió con una contundente patada sobre la puerta, cediendo ésta ante ellos y permitiéndoles el paso a la genuina sala del infierno...

* * * *

Cuando accedieron a ella, el terror que rugía en sus entrañas les

bloqueó la consciencia. Empuñaban sus pistolas a sabiendas de que dispararían contra cualquier cosa que se moviese, pues sabían a ciencia cierta que era su vida la que corría peligro. Quizá el psicólogo hubiera visto en sus alucinaciones qué era lo que se ocultaba en aquel lugar; sin embargo, Virginia no tenía la menor idea.

Aquello de lo que serían juez y parte se desarrolló en un suspiro. En medio de la sala —un despacho espacioso y devastado— Nathan

Fitch, demacrado, derramaba ira por cada poro de su piel. A su alrededor reinaba el caos: una enorme mesa yacía destrozada contra la pared, junto con todas las estanterías de un soberbio mueble que, desintegradas en el suelo, cubrían éste en un sinfín de astillas y pedazos de madera. Mientras, los libros que habían sostenido, la mayoría deshojados y muchos cubiertos en llamas, se volatilizaban en una lluvia de jirones de papel ígneo convirtiendo

a toda la habitación en un entorno propio de una hecatombe. A sus espaldas, el gran ventanal por el que se entreveía parte del pantano bajo el último rayo de sol también había estallado, uniéndose los múltiples fragmentos de cristal al combinado de madera y papel que anegaba la escena.

Fitch se hallaba absorto en un ente que se materializaba en aquel preciso momento allí, en el ventanal, cuando ellos hicieron su violenta aparición. Fue entonces

cuando el viejo, sorprendido, giró súbitamente la cabeza hacia la puerta y los descubrió. El sobresalto pareció desestabilizarle en principio, confundiendo sus sentidos. Eran sus ojos dos globos rojos en torno a unas pupilas negras como el abismo, verticales y delgadas. Virginia sintió entonces una corriente de pánico atizando su médula y a punto estuvo de dejar caer el arma ante tan horrenda visión. El impacto provocó en ella, además, una sorprendente reacción

de la que su compañero se percató cuando ya era demasiado tarde: su cabello oscuro comenzó a encanecerse súbitamente. Y sólo la voz de Elorza atrayendo su atención para que apartara la vista de los ojos de aquel ser evitó que toda su melena adquiriese un uniforme tono blanquecino.

El fogonazo verdoso que se había filtrado un instante antes procedía de ese espectro que iba tomando forma en el balcón del despacho, próximo a la balaustrada. Ahora su

fulgor se había desvanecido hasta limitarse únicamente al contorno de la figura que moldeaba de manera ávida. Sin duda, ésta poseía la apariencia de un ser humano.

Fitch frunció los labios y elevó uno de sus brazos sobre la cabeza. El aspecto del magnate se metamorfoseaba por momentos: ahora su cabello había encanecido con suma rapidez, quedando lacio y alargándose hasta los hombros. Las arrugas en su piel eran surcos y, al abrir la boca en un gesto de

agresividad, ambos percibieron cómo sus dientes cobraban forma longa y afilada.

De su mano alzada, una suerte de bola incandescente se formó entre los dedos esqueléticos. Emulaba un sol brillante, cuya luz refulgía eclipsando cuanto se encontraba tras ella.

Elorza elevó su arma y profirió otro grito que predispuso a Virginia. Un grito que evocaba al sentido último de su existencia. Y así fue como ella se entregó por

instinto a éste, encañonando con su pistola hacia aquel monstruo de apariencia humana y apretando el gatillo a discreción, evitando siempre que su mirada se cruzara nuevamente con la de aquellos ojos sobrenaturales.

Las pistolas vomitaron una ráfaga de balas sobre Fitch. No se hallaban a demasiada distancia como para fallar, por lo que una tras otra fueron perforando la carne del enemigo, sin compasión, destrozando a su paso músculos,

huesos y órganos.

Y así fue hasta que los cargadores quedaron vacíos.

Tras el estruendo reinó el silencio. Virginia y su compañero aún sostenían las armas encañonando al viejo, cuyo brazo, extendido sobre la cabeza, había extraviado ya esa mágica bola de fuego transformándose en humo. Se convirtió aquel en un momento eterno y cargado de incertidumbre, pues Fitch permanecía en pie, con la mirada diabólica aún clavada en

Virginia, y su expresión seguía denotando ira en lugar de desvanecimiento. Pero, por suerte, finalmente se desplomó, y ambos dejaron escapar un suspiro de alivio.

La luz verdosa emitió un último esplendor tras el destrozado ventanal, dejando sumida en la penumbra de la noche a la figura que se había creado. Era un hombre, sin duda, y tanto Ricardo Elorza como su compañera hubieran jurado que aquella silueta

ensombrecida, medio oculta, pertenecía a alguien a quien conocían demasiado bien. Ambos cruzaron sus miradas, cargadas de esperanza e ilusión ante un pensamiento fugaz que compartieron casi de manera telepática:

Tenía que ser él. Tenía que tratarse de Dante Bellver.

Pero, entonces, el alivio que comenzaba a serenarlos se esfumó con la misma fugacidad con la que había llegado. Del cuerpo

desplomado de Nathan Fitch, un espectro de energía surgió por su boca entreabierta emanado de una última exhalación. Se elevó como el aire, con cierta consistencia y emulando una réplica exacta de la última apariencia del magnate. Parecía una holografía de su cuerpo en vida, transparentando todo cuanto había tras ella. En sus ojos aún se intuía el odio y el deseo de venganza, y tanto el psicólogo como Virginia obedecieron al instinto de encañonar a aquella ánima justo

antes de caer en la cuenta de que ya no quedaban balas en sus cargadores.

El fin de ambos había llegado y se erguía, revitalizado, ante ellos — asumieron en silencio mientras quedaban postrados bajo su amenazante figura.

Y de esta terrible manera podría haber terminado todo.

Sin embargo, el Medallón que Elorza aún sostenía olvidado en su mano vibró llamando su atención. Guiado por una fuerza ajena e

incontrolable, su brazo lo elevó situándolo frente a su rostro. La piedra central adquirió una apariencia acuosa y emitió una luz ambarina que fue cobrando intensidad al ritmo de los latidos de su desbocado corazón. Duró un instante. Y en un furtivo esplendor, el espíritu diabólico del viejo fue engullido por el objeto como lo habría hecho un agujero negro con un átomo de luz, mientras éste emitía un grito desgarrador y sobrenatural: un sonido que, incluso

después de tanto tiempo, Virginia
aún escuchaba cada noche.

Después de ser absorbido por el extraño colgante, el espectro de Fitch dejó de suponer una amenaza. La luz anaranjada se desvaneció en una definitiva irradiación y la mano de Elorza se abrió, dejando que el medallón flotara a través de la estancia hasta la silueta ensombrecida de Dante Bellver, que lo colgó de su cuello.

La figura del profesor permaneció unos instantes oculta bajo la noche. Virginia dejó caer su arma, segura de que el peligro había cesado definitivamente. El psicólogo imitó aquel gesto, y luego alargó el brazo para detenerla cuando ella se disponía a acercarse al ventanal, al encuentro de su viejo amigo.

Como siempre, Elorza sabía algo más, porque así le había sido mostrado.

En efecto, unos cuantos papeles

encendidos se posaron sobre algunos restos de madera e, incomprensiblemente, éstos comenzaron a arder. El fuego se elevó primeramente en una llamarada y, después, se fue extendiendo por los alrededores interponiendo una barrera infranqueable entre Virginia y la silueta de Bellver. La luz rojiza de las llamas reveló el rostro de éste, ratificando así su identidad. Duró tan sólo un instante, pues la figura se volvió hacia la balaustrada, se

encaramó a ella con agilidad felina y saltó hacia el bosque, donde desaparecería para siempre llevándose consigo aquel colgante que encarcelaba el espíritu del djinn.

* * * *

Para cuando la mansión se vio envuelta por las llamas, las ventanas estallando y vomitando

fuego, todos ellos se hallaban a salvo, contemplando el desastre desde la lejanía:

Miguel, maltrecho, se apoyaba en Virginia aliviado bajo el amparo de su salvadora.

El señor Beck se preocupaba por el estado de la herida de Tony Delpy, al que acababa de hacer una cura de urgencia a sabiendas de que aquello no revestía gravedad.

En cuanto a Ricardo Elorza, parecía ensimismado ante la escena, quizá bajo los efectos y la

resaca de la pesadilla.

A su lado, igualmente absorta, Norah Beck daba gracias en silencio por aquella visión que había tenido en el vuelo 201 con destino a Louisiana; aquella donde había sido testigo de su propio asesinato a manos de un guardaespaldas de Fitch, que la disparaba cuatro certeros balazos desde la planta alta de la mansión. Porque gracias a eso había decidido colocarse el chaleco antibalas bajo su camiseta antes de

entrar al rescate de Miguel Corbal.
La providencia, en esta ocasión,
había resuelto salvar su vida.

Epílogo

Capítulo XX

La noche sobre Babilonia

Habían pasado meses desde aquella odisea en la fortaleza de Media, y las heridas habían cicatrizado en la piel y en el espíritu de Mâlik. De vez en cuando se resentía ante alguna punzada, pero más física que de otra índole, pues sólo el tiempo podría sanarlo

plenamente.

El ejército de Darío se había trasladado a Babilonia con el fin de sofocar otra revuelta instigada por un nuevo usurpador y el nuevo rey había logrado acabar con éxito la misión. Antes de partir hacia otros destinos con semejante objetivo, presto a instaurar el orden, había dispuesto que el general descansara en palacio hasta que estuviera recuperado, dejándolo bajo la protección de sus mejores sirvientes. Y así, poco a poco, con

descanso y buenos cuidados, Mâlik se fue reponiendo a buena marcha.

En los momentos de intimidad, solía reflexionar sobre su vida y sobre cómo el destino actúa en el hombre, avocándolo a su fin más justo. En cuanto a su pasado como soldado, prefería que el tiempo borrara también sus macabros recuerdos. Darío le había propuesto que, una vez listo, formara parte de su guardia personal; mas tenía bien claro que no aceptaría semejante oferta. Las armas ya le habían

ocasionado demasiado dolor, demasiada angustia y suficiente sufrimiento. Consumada la venganza con la muerte del djinn, su alma abrigaba la sensación de haber cerrado un círculo. Ya sólo pretendía apartarse de ese mundo cruel que jamás había entendido; un mundo en el que la muerte justificaba todos los aspectos de la vida. Y aunque aún era incapaz de encontrar un sentido a la suya, estaba seguro de que su lugar no se hallaba allí.

Aquella noche, Mâlik paseaba por los jardines del palacio como acostumbraba, solitario. Bajo las estrellas y la calma, un silbido proveniente de detrás de unas palmeras lo alertó. El persa se detuvo y se asomó, incauto. Mas cuál sería su sorpresa al descubrir —apoyada en una pared— la figura de la única mujer que había conseguido alterar su corazón, que tropezó y acabó cayendo a sus pies en una maniobra cómica.

Desde que perdiera el sentido

entre sus brazos, en la sala de la fortaleza, no había vuelto a saber de Raal. Por eso se abrazaron ambos con efusividad y pronto iniciaron el paseo mientras que la joven le narraba lo que había sucedido tras la muerte de Gaumata: ella había regresado a Kush para entregar a Snefer el Medallón de orihalcon que contenía al genio; el objetivo final de su misión. Y ahora, alcanzada la paz, el sacerdote la había vuelto a enviar a Persia con otro objetivo.

—He venido a buscarte, Mâlik, para que regreses conmigo —le reveló.

—¿A Kush?

—Se aproximan tiempos oscuros. Por el bien de la humanidad, el templo ha de ser enterrado bajo la arena del desierto, protegiendo así el secreto de la pirámide invertida. Y Snefer te necesita a su lado. Tu destino te aguarda.

Raal levantó la vista y miró a través de los almendrados ojos del persa, en los que descubrió el

resplandor de su alma renovada. Entonces, una extraña corriente de energía los atravesó, acelerando el compás de sus corazones.

A su alrededor, el tiempo se detuvo. Sus figuras se reflejaban en los enormes ojos verdes y luminosos de un curioso gato que presenciaba la escena desde un tejado. Y, ante la enorme luna llena que iluminaba la noche sobre Babilonia, este instante quedó grabado en la memoria de ambos como el momento en que sus vidas

alcanzaron una nueva dimensión.

En los años venideros, el sacerdote Snefer se internó en la pirámide y desapareció para siempre acatando un último designio: proteger la construcción que, junto con las otras once, son fuentes canalizadoras de la energía del Universo. Elementos que permiten que ésta fluya entre lo que existe fuera y lo que existe en el interior de nuestro planeta. Precisamente, a Raal, al sacerdote Anen y a mí, nos trajo hasta Kush su

actividad, pues ésta crea campos magnéticos que curvan el espacio a su alrededor, provocando que partes de nuestro mundo no sean visibles y se hallen en lo que, en el futuro, los científicos conocerán como materia oscura. Sólo nuestra experiencia vital en este lugar nos ha permitido conocer estos secretos, y por ello decidimos no regresar jamás.

Tras la partida de Snefer, el sacerdote Anen y yo nos encargamos de cumplir la misión

que nos había encomendado: ultimar los preparativos para que el templo pudiera ser sepultado. Aún tendríamos que morar en él un tiempo, bajo el manto protector de Mâlik y de su esposa, Raal. Cuando el clima comenzó a cambiar, como se nos había aleccionado, trasladamos la aldea al noroeste, tras las montañas, y la organizamos para que las nuevas generaciones pudiesen crecer y perpetuar los conocimientos aprendidos. Gracias a los secretos de Snefer, y a sus

piedras de energía extraídas de la pirámide, envejecimos mucho más despacio que el resto, lo que nos permitió cerciorarnos del éxito de nuestro cometido.

Hace ya un siglo, una terrible tormenta del desierto azotó sobre el vergel donde persistía, abandonado algunos años atrás, el templo. La arena arrasó a su paso el oasis que había sido nuestro hogar, asolando el paisaje para siempre.

Y así fue, mi desconocido lector, como quedó enterrada la pirámide

invertida.

La ciudad perdida

20 de julio de 2010.

Al Garner cerró el libro sobre su escritorio.

Sentados frente a él, Virginia Solves y Miguel Corbal aguardaban expectantes.

—Estarán de acuerdo conmigo en

que si Dante Bellver hubiese tenido acceso a este manuscrito —habló el presidente de la Corporación Nethuns—, no habría ido en busca de sus compañeros. —Levantó la cabeza hacia sus invitados—. Sarah Rahal, Andrew Ebner y Allen Levine encontraron su destino, y lo aceptaron. —Tamborileó con los dedos sobre la encuadernación de piel como si aquellas palabras sentenciaran una verdad irrefutable—. Pero Nathan Fitch lo engañó.

Se puso en pie, tarde. Con el libro

en una mano y la otra hundida en el bolsillo de su pantalón, avanzó sin prisa hacia el mirador acristalado del fondo, desde el que se contemplaba una maravillosa vista de la ciudad.

—En el año mil ochocientos setenta y nueve —continuó, cambiando de tema—, un explorador inglés llamado Oliver Barrow se hizo con unas cartas de un misionero español datadas a finales del siglo dieciséis. En ellas, el padre Francisco de Toledo

aseguraba que los jefes de la tribu indígena con la que había convivido en la selva Lacandona, en México, le habían hablado de una ciudad extraordinaria que había existido cientos de años atrás, repleta de riquezas, habitada por hombres blancos y cuyo rey ostentaba el poder de los dioses. —Se detuvo ante un cuadro de arte abstracto colgado en la pared—. La ciudad había desaparecido de la noche a la mañana junto con sus habitantes, tras ser asediada por los vikingos

en el año novecientos ochenta y nueve —explicó mientras retiraba el cuadro de la madera oscura que forraba el tabique, abriéndolo de derecha a izquierda como si se tratase de una puerta.

Tras la pintura se ocultaba una caja fuerte. Garner giró la rueda de la combinación en ambos sentidos, tres veces. La portezuela se abrió.

—Con los datos reflejados en aquellas misivas sobre su supuesta localización, Barrow se internó en la selva. Toda su aventura quedó

relatada en diversas cartas que fue enviando a su hijo, William, hasta el día en que desapareció. Veintitrés años más tarde, William Barrow escribió un libro titulado *La ciudad perdida*, que jamás llegó a publicar... En él narraba las peripecias de su padre, basándose en las cartas que le había remitido. —Introdujo el *Libro de Qustul* en el interior de la caja y sacó en su mano otro. Éste, en cambio, no parecía más que una novela de bolsillo, de pastas gastadas,

maltratadas por el tiempo, y hojas oscurecidas. Garner cerró la portezuela y, sobre ella, volvió a encajar el cuadro—. En los años sesenta, uno de los bisnietos del explorador descubrió el pasado de su familia, y llevado por el afán de notoriedad rescató el texto y lo publicó. Verdaderamente, tuvo escasa difusión.

Virginia y Miguel cruzaron sus miradas. Al Garner regresó tranquilamente al escritorio, la vista clavada en la portada del libro.

—Pero lo que nos interesa es lo que cuenta en sus páginas. —Se sentó en su butaca, dejando el libro sobre la mesa—. El explorador desapareció junto con las cartas del misionero, por lo que no hay pruebas de que lo que cuenta sea real. Sin embargo, cuando su viejo amigo, el señor Delpy, lo leyó, quedó sorprendido por ciertos pasajes. E inició una investigación.

Garner empujó suavemente la novela por la superficie del escritorio hacia Virginia. La

portada mostraba un dibujo con grandes hojas verdes que se abrían dejando a la vista las ruinas de una civilización en medio de la jungla. En la parte superior figuraba el nombre de Stephen Barrow; y, en la inferior, el título: *Kilupalm: La ciudad perdida*.

—¿Tony Delpy trabaja aún para la Corporación? —preguntó sorprendido Corbal.

—Es el director del departamento de arqueología. Supongo que tendrán mucho de qué hablar.

Virginia se mostró desconcertada.

—Espere un momento. No me interesa nada que tenga que ver con sus proyectos. Le entendí que, a cambio de robar la reproducción, usted me ayudaría a encontrar al profesor Bellver. Yo he cumplido con mi parte...

Garner asintió con un movimiento de cabeza.

—Y yo estoy siendo fiel a mi palabra. Verán, el departamento de cosmología ha hecho grandes avances en el estudio sobre el

comportamiento de la materia oscura. En coordinación con éste y gracias al libro, Tony Delpy y su equipo localizaron hace quince meses unas muestras de un antiguo asentamiento en la selva de Lacandona. Él se lo explicará con más detalle, señora Solves. Pero Delpy está convencido de que ese rey del que hablaban los indígenas es el profesor Bellver...

Los ojos de Virginia se abrieron exageradamente.

—...Y, si la teoría de nuestros

científicos no es errónea —
concluyó recostándose en su butaca
—, hay una posibilidad de
rescatarlo.

Miguel, visiblemente escéptico,
carraspeó.

—En el caso de que estuvieran en
lo cierto... ¿Han pensado que el
profesor puede que no quiera ser
rescatado? —Miró a su mujer,
como si le rogase un poco de
cordura.

—Miguel, por favor... —suplicó
ella.

—Señor Corbal, fueron ustedes quienes insistieron hace seis años en que desenterráramos nuevamente el templo de Nubia. En agradecimiento a lo que hicieron por la Corporación y por todos nosotros, estudié la posibilidad de hacerlo. Fue imposible, y lo sigue siendo. Ahora Tony Delpy está convencido de que se ha presentado una oportunidad de...

Inconscientemente, Virginia fue alejándose de la discusión que mantenían su marido y el magnate,

centrando su atención en el libro.

Lo abrió por la primera página.

La hoja, de un marrón que parecía tener quemados los bordes, era tan fina que daba la impresión de irse a deshacer en sus manos.

Y, sin apenas darse cuenta, se sumió en su lectura:

1

*Una breve introducción —
Las cartas del padre*

Francisco de Toledo —
Los gemelos Glick —
Preparativos.

Por las venas de Oliver Barrow corría la estirpe de los valientes: desde corsarios al servicio de la Corona a ancestros que combatieron en la Guerra de los siete años, pasando por intrépidos viajeros y marinos que se habían lanzado al Pacífico para circunnavegar y cartografiar nuevas

islas.

A sus treinta y cinco años, Barrow era socio de la Royal Geographical Society, y entre sus hazañas destacaba haber surcado el Océano Atlántico en busca de islas míticas o haber completado por primera vez el recorrido del río Congo en África junto a Henry Morton Stanley, donde había vivido fascinantes experiencias en los tres años que duró la expedición.

Después de aquello, resultaba difícil encontrar un nuevo desafío

que satisficiera sus expectativas y ansias de acción. Sin embargo, en 1879, cayeron en sus manos las cartas de un misionero español del siglo dieciséis. En su lectura hallaría un reto a la medida: ir en busca de la ciudad perdida de Kilupalm; un lugar que, según las tribus indígenas, había escondido grandes tesoros e innumerables misterios.

A pocas semanas del comienzo de su travesía, Barrow y su equipo desaparecieron en el corazón de la

selva, en el Nuevo Mundo, sin dejar más rastro tras de sí que el halo de una leyenda.

Esta que me dispongo a contar fue su última aventura...

Autor

J.D. Lisbona

(Madrid, 1974)

Tras licenciarse en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, cursó estudios de diseño gráfico, ejerciendo posteriormente ambas profesiones en gabinetes de prensa y agencias de publicidad.

En el ámbito literario, es autor de la novela *La redención de los ángeles caídos* (Ed. Jirones de Azul); un thriller que, alternando

aventuras, terror y suspense a lo largo de diversas épocas y escenarios de la Historia, sirve de marco para el análisis de la existencia humana.

El reflejo de un extraño, su segundo trabajo publicado, recupera las características clásicas del género negro: ambientes oscuros y asfixiantes, personajes ambiguos movidos por bajas pasiones, mundos donde el bien y el mal se entremezclan... En sus páginas propone una trama

angustiosa, cargada de misterio, suspense y violencia.

La leyenda de la pirámide invertida, publicada en 2012, combina aventuras, intriga y acción en un viaje que propone explorar algunos de los misterios del Universo en el que vivimos.

Novelas no publicadas:

La angustia de Abraham (1997. Finalista del Premio de Novela Yoescribo 2007)

Las sombras de un crimen (2009)

La trama de la telaraña (2010)

Cuadro de Tinieblas (2011)

Además de novela, también es autor de relatos de terror:

R.I.P. (2006)

Baja Frecuencia (2006)

El retrato de las ánimas (2006)

Y ha escrito varias historias en formato de guión cinematográfico:

Espectros (2006)

Renacido (2006)

D.E.P. (2009)

Contacto:

<http://www.jdlisbona.blogspot.com>

<http://www.facebook.com/jdlisbona>

